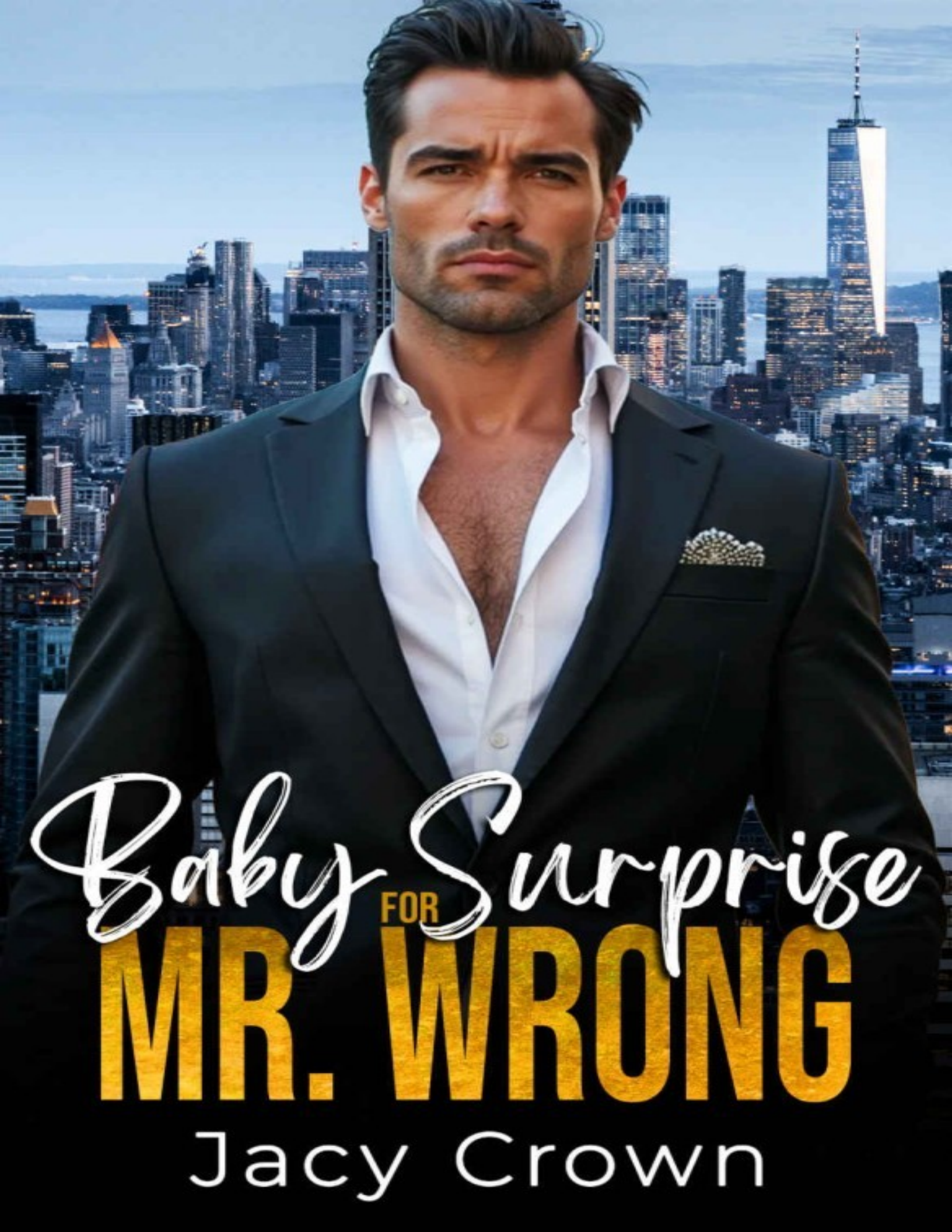

Baby Surprise
FOR
MR. WRONG
Jacy Crown

Baby Surprise for Mr. Wrong

Jacy Crown

Copyright 2025 @ Jacy Crown
Todos los derechos reservados
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma sin permiso escrito del editor o autor, excepto lo permitido por la ley de derechos de autor de EE.UU.
Editorial
Ruben Herzhoff
Mozartstr. 6
47239 Duisburg

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

Epílogo

1

Amy

—Oh, de ninguna manera —exclamo cuando veo lo que me espera al final de la calle. Luces de diferentes colores brillan en el malecón, en la zona céntrica más concurrida de la ciudad. Multitudes de personas se mueven de un lado a otro, todas vestidas para impresionar en su noche de bares del viernes. Las tiendas están abiertas hasta tarde, abundan los vestidos resplandecientes, y agarro el hombro de mi mejor amiga para impedir que siga avanzando.

—¿Qué? —se da vuelta para sonreírme con picardía y yo niego con la cabeza.

—Ni loca me quedo parada en esa fila. —La fila en cuestión se extiende más allá de la esquina y da la vuelta a la manzana del edificio, casi formando un doble bucle. Y, por supuesto, tiene sentido. Está frente a uno de los clubes más exclusivos de la ciudad, y eso es mucho decir para una ciudad como Nueva York.

Glandine no es solo exclusivo por la clientela que atiende y su rica decoración, con paredes de obsidiana negra que rompen la monotonía de color en la calle.

También es único porque solo abre una vez al mes, si acaso. Y no anuncia necesariamente qué días estará abierto. O tienes que tener el dato o la suerte de estar ahí en el momento justo.

Y hoy, para nosotras, es una mezcla de lo primero y lo segundo.

Cosa que mi mejor amiga Grace, trata de recordarme. —Esta es una oportunidad única en la vida, Amy.

Pongo los ojos en blanco. —¿Una oportunidad única en la vida para hacer qué? ¿Desperdiciar toda mi noche parada en una fila? Grace, ¿ves cuánta gente hay ahí? Dudo que dejen entrar ni a la mitad en el corto plazo y hasta ahora nadie ha salido. —El edificio no es pequeño, pero tampoco es lo suficientemente grande como para albergar a esa multitud. Y estoy bastante segura de que ya están al

máximo de su capacidad porque el Bouncer escanea a los de la fila con cara de pocos amigos, incluso mientras varias personas intentan llamar su atención con gritos audaces o guiños coquetos.

—Vamos, G, traigo tacones. —Le ruego a mi amiga, que todavía sigue mirando hacia allá—. Me veo bien por primera vez en meses y pasé todos mis exámenes finales. Quiero ir a divertirme, bailar y tomar con mis amigas, no pasarme toda la noche en una guerra de miradas con un Bouncer en un club al que nunca voy a entrar.

—No tendrás que esperar mucho en la fila. —Grace me guiña un ojo—. Ya tengo a Sabrina y a Mel en la fila, guardándonos lugar. Han estado allí desde antes de que abrieran y están casi al frente.

—¿Cómo sabían que estaría abierto esta noche?

—Ya conoces a Sabrina. Conoce a todo el mundo —dice y asiento. Sabrina es nuestra amiga alta y hermosa que podría haber sido modelo si hubiera querido. Con sus rasgos felinos y la suave gracia de su cuerpo esbelto, fácilmente habría sido una supermodelo si lo hubiera intentado. Pero en cambio, está estudiando derecho corporativo y comenzará la facultad de derecho el próximo año.

Hermosa e inteligente, es difícil no sentir celos de Sab a veces. Si no fuera un amor de persona, probablemente la odiaría.

—El amigo de Sabrina nos aseguró que podía meternos —continúa Grace—. Estoy segura de que solo están esperando a que lleguemos para que ella lo llame.

Suspiro. —Si tú lo dices. —Pero a pesar de mi cara de poco entusiasmo, no puedo negar que estoy emocionada con la posibilidad de entrar realmente a Glandine. Todos han oído historias sobre lo que pasa en ese club, pero tengo curiosidad por saber cuáles son exageradas y cuáles son ciertas.

Y esta noche solo quiero divertirme, sin importar lo que eso implique. He pasado los últimos tres o cuatro meses encerrada en mi cuarto, terminando trabajos, estudiando para los exámenes e intentando descifrar qué diablos quiero hacer con mi vida después de la universidad. Es una pregunta deprimente a estas alturas, considerando que me gradúo en unos días.

Todas mis otras amigas son mujeres brillantes y ambiciosas que tienen un plan claro en mente. Grace se va a un posgrado en Maine.

Sabrina va a la facultad de derecho. Mel empieza un nuevo trabajo en una FAANG en Silicon Valley.

Y luego estoy yo. La simple Amy que todavía se siente un poco como una adolescente jugando a ser adulta.

Nunca he sido súper ambiciosa, ni siquiera de niña. Siempre he querido una vida agradable y sencilla, con una familia agradable y sencilla haciendo cosas agradables y sencillas de familia. Siento que eso fue algo que me faltó toda mi vida y es algo que anhelo: una domesticidad que a veces me llama a hacer cosas como hornear y llevar una vida de campo.

Pero todo eso a veces parece una quimera, especialmente en esta ciudad. La mayoría de los chicos que conozco no buscan sentar cabeza o empezar una familia, e incluso cuando lo hacen, según lo que me dijo mi ex, les encantan las mujeres ambiciosas y con carrera como mis amigas, que tienen sus vidas resueltas. No estorbos.

No, no pienses así, me regaño. *Charles era un imbécil, así que no tomes su palabra como ley. No eres un estorbo.*

También tengo un trabajo después de graduarme de la universidad, como asistente de oficina. Eso al menos debería mantenerme ocupada y a flote hasta que descubra los siguientes pasos de lo que haré con mi título en comunicaciones.

—Vamos. —Cansada de discutir, Grace simplemente envuelve su pequeña palma alrededor de mi muñeca y comienza a arrastrarme hacia la fila—. Vámonos.

Intento no tambalearme sobre mis tacones a medida que nos acercamos a la fila, pero conforme nos aproximamos, empiezo a sentir las miradas hostiles de la gente que probablemente piensa que estamos intentando colarnos. Lo cual, estamos haciendo, pero de la manera legal.

—¡Eh! —Mel nos saluda con la mano cuando nos acercamos y me sonrojo mientras la chica detrás de ella murmura y nos lanza miradas de odio—. Llegaron justo a tiempo. Sab está tratando de llamar a su amigo.

—«Tratando» es la palabra clave aquí —murmura Sab mientras se lleva el teléfono a la oreja de nuevo—. La molestia arruga un

poco sus cejas, pero su frente sigue lisa y sus rasgos siguen siendo perfectos—. Te juro por Dios que si todo esto fue una especie de artimaña para que saliera con él, no le volveré a hablar nunca más.

—Espero que no —dice Mel—. Llevamos horas paradas aquí y tengo que hacer pis.

Sí, y mis tacones no son lo más cómodo del mundo. Claro, cuando estoy bailando y pasándola bien puedo ignorar la incomodidad momentánea, pero ahora mismo, solo parada aquí, es en lo único que puedo pensar.

—¿Están seguras de que no deberíamos ir a otro lado? —les pregunto a las chicas—. Digo, el Club Orange está justo al final de la calle y es noche de soca.

Pero Mel y Grace ya están negando con la cabeza antes de que pueda terminar.

—Debemos aprovechar el día —dice Mel, uno de sus dichos favoritos.

—¿Cuáles son las probabilidades de que al final de la semana de exámenes, una noche en la que finalmente podemos juntarnos antes de que Grace se vaya a Maine y Mel se vaya a California, que en una noche como esta el Glandine abra sus puertas? —dice Sab—. Tiene que ser el destino o algo así. Es nuestra última salida de bares oficial como universitarias, la última vez que probablemente vivamos todas en la misma zona de nuevo. Y qué mejor manera de conmemorarlo que en Glandine.

—Es una historia que podremos contarles a nuestros nietos —añade Grace.

—Si los tenemos —dice Sab, siempre firme en su postura de no tener hijos.

Yo suspiro. —Sí, pero no será una historia muy interesante si vamos a estar aquí afuera toda la noche.

—Estoy en ello —dice Sab, pero sigue mirando su teléfono con el ceño fruncido, lo que significa que su amigo todavía no contesta.

Suspiro de nuevo y me resigno a esperar al menos la próxima hora más o menos. Espero que eso sea todo lo que se necesite para que mis amigas entren en razón.

Intento aliviar el aburrimiento observando a la gente, pero la mayoría parece tan aburrida y molesta como nosotras. Así que saco mi teléfono y finjo leer mis correos electrónicos o algo así. Los segundos pasan lentamente. El Bouncer continúa juzgándonos en silencio. Mis tobillos empiezan a temblar por la inestabilidad de los tacones presionando mis talones.

Pero entonces, justo a la media hora, algo sucede.

Primero oímos el lento rugido antes de verlo, un auto deportivo blanco doblando la esquina y estacionándose suavemente a un lado de la calle.

La multitud, que había estado mayormente en silencio, ahora comienza a cuchichear con entusiasmo. Todos miramos el vehículo, que probablemente es uno de esos caros que cuestan más que una casa.

No soy una chica de autos deportivos, así que no sé exactamente qué marca o modelo es, pero es elegante con las curvas justas para crear una hermosa silueta, una silueta baja. Casi todos en la fila miran el auto y un valet incluso sale corriendo del club hacia él mientras la puerta se abre hacia arriba.

Pero es el hombre que sale del auto quien realmente nos deja sin aliento a todos.

Mi primer pensamiento es: Hermoso.

Es un hombre hermoso, con el pelo castaño y rizado, algo largo, que lleva atado en un nudo en la nuca. Sus afilados ojos grises están enmarcados por pestañas tan espesas y exuberantes que debería ser ilegal que le pertenezcan a un hombre. Pero mientras que su rostro tiene una belleza casi femenina que me recuerda a los actores franceses de esas obras antiguas, su cuerpo es todo hombre. Alto y ancho, con músculos que se pueden ver incluso bajo una camisa casual de lino abotonada y unos jeans. Sus zapatos también parecen casuales, pero probablemente cuestan más que mi renta.

Y la forma en que camina, con un contoneo fácil y seguro mientras le lanza la llave al valet sin mirar.

Es uno de esos tipos de dinero viejo de Martha’s Vineyard que está en la ciudad por la razón que sea.

O podría ser una estrella de cine.

Solo estar cerca de él es suficiente para dejarme un poco deslumbrada y no soy la única que siente el efecto. Un jadeo colectivo resuena a mi alrededor y no necesito mirar para saber que la atención de todos está únicamente en el hombre. Y no los culpo. Quiero apartar la vista, pero no puedo. Es un Adonis total y no puedo despegar mis ojos porque no sé cuándo volveré a ver a alguien que se vea así.

No seas patética y babees por él. Como si alguien que se ve así fuera a interesarse por ti.

Contrarresto ese pensamiento negativo diciéndome que no estoy mirando porque tenga alguna expectativa. Simplemente estoy mirando porque es guapo y me gusta mirar a los hombres guapos. Además, todo el mundo estaba mirando también, así que no es vergonzoso ni nada.

—Dios santo —dice Mel, que es bisexual pero se inclina más hacia las mujeres. Incluso ella está atónita por su atractivo.

Y algo aún más extraño sucede a continuación. No estoy segura de si es la suave exclamación de Mel lo que llama su atención, pero al pasar, el Adonis mira en nuestra dirección y siento que por un segundo, o un montón de segundos, sus ojos se clavan en los míos.

Y mi corazón se paraliza de inmediato y luego empieza a acelerarse por el intenso contacto.

Mi cuerpo se congela y no hago más que devolverle la mirada. Se me corta la respiración, mi voz desaparece prácticamente en ese mismo instante. Simplemente lo miro como una idiota enamorada.

Luego aparta la vista y continúa hacia la entrada, ignorando las miradas de todos los demás que lo están viendo.

Sin embargo, antes de entrar, le da un golpecito en el hombro al Bouncer y le susurra algo al oído. Es sorprendente darse cuenta de que los dos hombres son más o menos del mismo tamaño, pero mientras que el Bouncer es corpulento, este hombre tiene músculos definidos y una gracia ágil.

Después de que termina, el Bouncer asiente y el hombre entra.

Estamos tan concentradas en verlo irse que casi no nos miss damos cuenta de que el Bouncer nos hace una seña. Pero Sab lo capta primero y luego le responde: —¿Sí?

No dice nada, simplemente apunta con el pulgar hacia la entrada.

En medio de los quejidos de protesta a nuestro alrededor, nos quedamos atónitas por unos segundos.

—Acaba de... —dice Mel.

—Lo hizo —digo sin aliento, incrédula—. Entramos.

2

Pierre

En el instante en que pongo un pie en el antro, ya quiero irme.

Me golpea una abrumadora sensación de incomodidad, provocada por las luces parpadeantes, la música a todo volumen, el olor a sudor, perfume y alcohol, y la vaga e innecesaria niebla que llena toda la sala. Por no hablar de los cuerpos que se rozan conmigo mientras me abro paso hacia la sección VIP, algunos de ellos incluso intentan agarrarme. No reacciono cuando lo hacen, salvo para quitarme las manos de encima. Ya estoy acostumbrado, aunque un único pensamiento me atraviesa la mente, más fuerte que el bullicio:

Estoy demasiado viejo para esta mierda.

El problema es que, aunque por dentro me siento de cuarenta, solo tengo veintiséis años y, de hecho, no soy demasiado viejo para esto. Según mi padre, tengo la edad perfecta para estas tonterías. También le gusta decirme que es sano para mí salir de fiesta con gente que apenas soporto. *Hacer contactos*, le gusta decir, *te lleva mucho más lejos en los negocios que el trabajo duro.*

Así que, desde los quince años, aprendí a actuar. Aprendí a poner una sonrisa en mi rostro y a cautivar a quien yo quisiera, aprendí a usar mi máscara para manipular y fingir ser quien ellos querían que fuera hasta que les clavaba los dientes.

Y probablemente tendré que hacer esto hasta el fin de los tiempos.

Suspiro y flexiono los hombros para deshacerme de la tensión acumulada allí. Llego a las escaleras de las secciones de la zona VIP, descorro las cortinas de seda y asiento con la cabeza a los dos corpulentos guardaespaldas en mi camino. Luego subo las escaleras

hacia el balcón, donde todos observan la cacofonía de abajo con cierto interés, como dioses entretenidos por los simples mortales.

—¡Ay, Dios mío! ¡Pierre, viniste! —La voz se eleva por encima del resto y una mujer menuda con un vestido sin espalda se abalanza sobre mí, rodeándome la cintura con los brazos y apretando—. Pensé que habías dicho que no vendrías.

—Dije que *tal vez* no vendría —la corregí, dándole un abrazo de compromiso como siempre—. Porque pasé toda la noche con hojas de cálculo para el viejo. Pero como lo resolví a tiempo, decidí recompensarme.

Lana sonríe y me lanza eine mirada coqueta por debajo de las pestañas. —¿Y estás seguro de que tu venida no tiene nada que ver con la foto que te envié por mensaje?

Tardo un segundo en recordar. Me envió una foto suya en ropa interior.

Me inclino y rozo mis labios contra su mejilla, susurrándole al oído: —Eso tuvo al menos algo que ver, *ma cherie*.

Ella suspira y se estremece. Al mismo tiempo, miro más allá de ella, hacia la persona por la que realmente vine.

Borman Dostoevsky es el heredero de un conglomerado de un billón de dólares y, según se dice, también es una criatura socialmente torpe que se volvió aún más así tras la muerte de su padre. Afortunadamente, se está convirtiendo poco a poco en el mejor amigo del líder de este grupito, Simon Reginald, y esa es probablemente la única razón por la que está aquí, en un antro. Él y Simon están conversando en uno de los sofás de felpa y terciopelo, mientras otros zwei hombres están de pie en el balcón. Uno de ellos nos mira a Lana y a mí con una expresión amarga en el rostro.

La envidia y la posesividad no son difíciles de detectar.

Lana, ¿qué has estado haciendo con él?, me pregunto con diversión mientras el hombre aparta la cara ante mi mirada.

Me aparto de ella, tomo su mano y me acerco al sofá mientras digo: —Bueno, pensé que venía a una fiesta, no a un funeral. ¿Qué pasa con este aire deprimente?

Tanto Simon como Borman levantan la vista. Simon me dedica una sonrisa incierta. —Oh, hola, Pierre. No pensé que pudieras venir.

—Yo tampoco pensé que podría —Me acomodo en el sofá como si perteneciera allí, como si no estuviera interrumpiendo su conversación de forma obvia. Aprendí desde una edad temprana que, si actúas como si pertenecieras a un lugar, la gente asumirá que así es.

Me dirijo a Borman y digo: —¿Qué te pasa? Parece que se te murió alguien.

Simon suelta un sonido ahogado, pero Borman esboza una sonrisa. —De hecho, mi padre murió.

—Oh, mierda, ¿en serio? —digo, exagerando mi ignorancia de la situación, aunque ya he leído lo suficiente sobre él como para saber qué tipo de cereal le gusta para el desayuno y en qué orden vierte la leche—. Mierda. Lo siento. Vaya que metí la pata.

—No te preocupes —dice Borman, tomando su cerveza y dándole un trago—. Estoy cansado de que la gente ande con pinzas. Está muerto. Y era un cabrón.

Resoplo. —Bueno, al menos tenemos eso en común. Excepto que mi cabrón sigue vivo —Me sirvo una bebida con un vaso vacío que hay sobre la mesa, luego miro a Borman que ahora me observa con curiosidad.

—Pierre Renaut —me presento y él asiente.

—Sé quién eres.

Por supuesto que lo sabes. —Bueno, eso nos convierte en uno, porque yo no tengo ni la más remota idea de quién eres tú.

—Él es Borman Dostoevsky —presenta Simon—. Su dad es el dueño de Tierra Nova, la que se encarga de todas las expediciones espaciales y los autos eléctricos.

—Ah, sí, he oído hablar de eso —Finjo desinterés, escaneando a la multitud de abajo, fingiendo buscar un prospecto para la noche. Al mismo tiempo, un par de sorprendidos ojos azules destellan en mi memoria—. Sufrieron una paliza el mes pasado en la bolsa de valores —hago una pausa—. ¿Eso fue antes o después de que el viejo estirara la pata?

—Pierre... —le advierte Simon, pero Borman niega con la cabeza.

—No, está bien. Fue antes.

—Lo siento —empieza a disculparse Simon por mí—. Él es de los Renaut, de la firma de corretaje Revenant y ya sabes cómo son. Toda la familia es así. Prácticamente dicen lo que se les viene a la cabeza.

—Ese comentario me describe —digo, todavía inspeccionando distraídamente.

—Está bien —dice Bowman de nuevo—. Es refrescante no tener que fingir y conocer a alguien que puede decir las cosas como son.

Me río para mis adentros. *No tienes ni idea de lo equivocado que estás.*

Lana se posa en el borde de mi asiento e intenta atraer mi atención hacia su profundo escote, pero no estoy interesado. No lo he estado desde hace tiempo y lamento profundamente nuestros acostones en la universidad. No porque no fuera divertido, sino porque ahora ella parece pensar que eso significa algo. A diferencia de la mayoría de mis otros ligues, a quienes puedo ignorar sin más después del hecho, Lana sigue en mi círculo y parece tener algunas ideas delirantes sobre nosotros. Lo cual es extraño porque nunca le he dado esa impresión. Me he esforzado por dejar claro que era puramente físico.

Solo me acuesto con mujeres que saben de qué va el juego, y pensaba que Lana era una de ellas. Pero lo empalagosa que está esta noche, y durante el último mes si soy honesto, me hace pensar que quizá me equivoqué.

Suspiro. Esto se va a complicar.

No quiero una relación. Incluso si quisiera una relación, no la tendría porque no es algo que pueda mantener. Tampoco es algo en lo que crea, viendo que la mayoría de las que veo o se vienen abajo en un desastre estrepitoso (como la de mis padres) o terminan viendo cómo la vida se les apaga lentamente, aunque las dos personas en la relación sigan técnicamente juntas (como tantas otras personas de la alta sociedad que conozco).

Esa no es la vida que quiero. Creo que preferiría estar solo antes que tolerar eso.

Así que, aunque no me importaría volver a acostarme con Lana, tengo la sensación de que está buscando algo que no estoy

dispuesto a darle.

—El fracaso en la bolsa fue por una campaña de desinformación, no por un fallo del producto —siente Bowman la necesidad de explicar. Resulta que mi investigación era correcta y el hombre tiene un punto débil con las pérdidas percibidas, siempre teniendo que dar una excusa para ello. Probablemente adquirió ese rasgo por tener que defenderse constantemente de su autoritario dad. Sé lo que se siente.

—Operamos en el momento equivocado justo cuando surgieron los rumores, probablemente iniciados por rivales, de que nuestros motores explotaban. Llevó un tiempo aclarar esos rumores, por eso las acciones sufrieron.

—Hmm —digo—. Suele pasar. Pero la próxima vez quizá quieras tener la gestión de crisis lista para actuar. Y también usar el Alerist para predecir adecuadamente una caída. Probablemente te dará un mejor resultado.

—¿Un qué?

¿No sabes de eso? —miro a Simon, que también parece no tener ni idea—. Oh, no importa.

—No, dime —dice con los ojos brillantes.

—Es solo un nuevo software que estamos desarrollando. Pensé que ya lo habíamos lanzado, pero no. Nos ayuda con nuestras predicciones.

—Son dueños de una de las mejores firmas de corretaje de la ciudad —dice Simon amablemente—, y Pierre aquí es una especie de genio en eso. Puede ver las subidas y bajadas a kilómetros de distancia.

—¿En serio? —Toma un sorbo de su bebida—. Tengo curiosidad por saber qué predices que nos depararán los próximos meses.

Gimo. —Oh, vamos, vine aquí para alejarme del trabajo, no me hagas hablar de eso también.

—Ninguno de nosotros se aleja realmente de los negocios —sonríe Simon—. Vamos, ya estás aquí.

Suspiro y me trueno el cuello. —Bien. No va a ser tan bueno como esperas. Eso es todo lo que puedo decirte. Algo va a pasar en

las próximas semanas que hará que la mayoría de las compañías de autos eléctricos entren en picada.

—¿Y tu aplicación te dice eso?

—No. Mis años en el negocio me lo dicen y nunca me equivoco.

Y puedo ver el interés brillar en sus ojos. He plantado la primera semilla. Cuando mi predicción se cumpla, vendrá a mí por otra y luego por otra, y no pasará mucho tiempo hasta que esté manejando oficialmente su cuenta.

No hablo más de negocios por el resto de la noche, por mucho que me insistan. Borman no es un idiota. Si hago demasiado, sabrá que algo pasa. Así que, en su lugar, me levanto y arrastro a Lana a la pista de baile.

Está extasiada, rodeándome el cuello con sus brazos y rozando sus pechos contra mi pecho, pero a mi cuerpo le cuesta responder. Principalmente porque no estoy prestando atención. Sigo pensando en el trabajo, sigo pensando en lo que voy a hacer para conseguir la cuenta de Borman. Lo que hice allí fue un comienzo, pero sé que al menos otras tres compañías importantes están compitiendo por su cuenta y todas tienen formas de atraerlo. Pero él es *mi* presa. Necesito asegurarme de que muerda el anzuelo.

Mientras reflexiono sobre ello, bailamos hacia el balcón y miro hacia abajo. Casi en ese preciso instante, la veo. La luz pasa sobre ella, revelando su brillante cabello oscuro y mis ojos se quedan fijos allí.

Está sola, cuidando una bebida mientras otros cuatro están sentados en la mesa frente a ella. Mira a su alrededor nerviosamente, como si no estuviera segura de qué hacer. Tiene esa misma mirada de emoción contenida e incomodidad que tenía cuando estaba en la fila.

Todavía me pregunto por qué me tomé la molestia de hacer que la dejaran entrar. No es propio de mí. Pero la miré a sus ojos azules y algo en ellos me llamó, despertó mi curiosidad.

Ha pasado tanto tiempo desde que alguien despertaba mi curiosidad.

Y ahora un impulso me empuja a saciar esa curiosidad.

Bueno, ya he hecho lo que vine a hacer. Bien podría divertirme un poco ahora.

—Disculpa —le digo a Lana mientras me libero de ella. Me agarra la mano antes de que pueda irme.

—¿A dónde vas? —pregunta.

—Al baño —digo, soltando su mano suavemente mientras me dirijo a las escaleras.

Y, para ser justos, sí me detengo en el baño para lavarme las manos antes de abrirme paso entre los cuerpos que se contonean hacia ella. Está de espaldas a mí cuando llego.

—Hola —digo y ella se da la vuelta.

Miro de nuevo esos hermosos ojos azules.

Y de repente, pienso que quizá no sea tan malo haber venido.

3

Amy

El hombre es aún más devastador de cerca. Intento no quedarme mirándolo boquiabierta, a esos ojos grises de ensueño que parecen brillar como los de un lobo en la oscuridad. Mechones de su cabello algo largo se escapan de la coleta y enmarcan su rostro con rizos descuidados. Su expresión es relajada y luce la hermosa sonrisa de un Adonis disfrutando despreocupadamente de la vida en la tierra.

Hay un aire casi negligente en él, la forma en que su camisa de lino no está completamente abotonada, la pulsera casi femenina que rodea una de sus muñecas, la copa de champán en sus manos... todo habla de un hombre que está acostumbrado a una vida fácil y que solo busca pasar un buen rato.

Pero los ojos... eso es lo único que me dice que estoy equivocada. Son demasiado intensos para pertenecer a alguien tan despreocupado como parecía. Mientras me mira fijamente, parecen escanearlo y asimilarlo todo, incluso cosas que no necesariamente quiero que vea.

Y me intrigan tanto que paso horas mirándolo hasta que una sonrisa socarrona se dibuja en sus labios.

Ahí es cuando me di cuenta de que probablemente dijo algo que no oí. —Lo siento, ¿qué? Creo que no te oí.

Él se ríe entre dientes. —No pasa nada. No sé cómo alguien puede oír algo con esta música.

Me río. —Oh, pensaba que era la única que tenía problemas. —Al entrar aquí, esperaba encontrar música de baile, o pop, o incluso algo latino con lo que realmente pudiéramos movernos. Pero esta música es rara. Solo fuerte y retumbante, pero sin un ritmo de verdad. Supongo que encaja con el ambiente oscuro y misterioso de la sala, pero no está haciendo mucho por mi estado de ánimo.

Y en general estoy un poco decepcionada. Esperaba más al venir a Glandine, dado lo exclusivo que es. Pero es casi como cualquier otro club, solo que con un mejor interior y gente más rica.

—¿Dónde están tus amigas? —pregunta y yo trago saliva.

Así que sí nos recuerda de la entrada. Me pregunto una vez más si fue él quien nos dejó entrar. Parecía que sí, y las chicas ciertamente pensaron que lo hizo.

¿Pero por qué? También me había mirado directamente cuando lo hizo. ¿Estaba interesado en mí?

Nah. La idea es demasiado ridícula para seguirla. Los hombres como él ni siquiera se fijan en mujeres como yo. Aunque soy guapa, es más bien del tipo chica de al lado del Medio Oeste. Un nueve en Alabama, pero un seis en Nueva York, como le gusta decir a Sab.

Lo más probable es que viera a Sab y sea a ella a quien quiere. Probablemente es por ella por quien está preguntando ahora mismo. Mientras la decepción me pesa en el estómago, intento alegrarme por mi amiga, porque un verdadero bombón como este la va a invitar a salir.

—Están por ahí —digo, mirando a mi alrededor aunque no las veo—. Grace, creo que está en el baño, y Mel vio a una mujer que le gustó y se fue a bailar con ella. Sab fue a buscar al tipo que dijo que podía hacerla entrar, para cantarle las cuarenta. Sab, creo que fue a la parte de atrás para hablar con un amigo, pero debería volver en cualquier momento.

—¿Sab? —pregunta él.

Hago un gesto. —Ya sabes, la alta y guapa con el pelo largo y negro. —La confusión brilla en su mirada, así que completo la frase —. La del vestido rojo.

—Ah —dice, asintiendo finalmente—. Hasta lo del vestido rojo, pensaba que te estabas describiendo a ti misma.

Lo dice con una mirada de apreciación que inmediatamente calienta mis mejillas, incluso mientras algo en mi mente grita: *Dios mío, ¿acaba de llamarme guapa? ¿Qué está pasando aquí?*

Me aclaro la garganta. —De todos modos, Sab debería volver pronto si eso es lo que te preocupa.

—¿Por qué me preocuparía eso? —suena divertido y perplejo al mismo tiempo.

—Supongo que la estás buscando, ¿no? —ladeo la cabeza e intento pensar qué decir para no arruinarle esto a mi amiga—. ¿No fue por eso que le dijiste al portero que nos dejara entrar?

—Le dije al portero que te dejara entrar porque parecía que estabas a punto de caerte con esos tacones de quince centímetros.

Me sonrojo profundamente y él se ríe entre dientes mientras añade: —Y también porque no podía dejar de mirarte.

—¿A mí? —chillo y él asiente.

—Sí. Y no vine aquí a buscar a Sab, sea quien sea o esté donde esté. Vine a buscarte a ti.

No sé qué decir a eso, así que solo parpadeo mirándolo. Es realmente atractivo, hasta el punto de distraer, tanto que hace difícil respirar cerca de él y mucho menos pensar. Y el hecho de que diga que vino aquí a buscarme está revolviendo mi cerebro más allá de lo imaginable.

—OK —es todo lo que murmura mi boca y eso le hace reír. Tiene una risa agradable, profunda y gutural, como si viniera del pecho. Deja su bebida en la mesa auxiliar y luego me tiende la mano.

—¿Quieres bailar? —pregunta.

—Eh... —miro a mi alrededor. Mis amigas todavía no aparecen por ninguna parte, y estoy cansada de estar aquí de pie, sola y torpemente. Además, ¿cuándo volveré a tener la oportunidad de bailar con un hombre como este?

Aprovecha la noche. Las palabras de Mel resuenan en mi cerebro mientras extiendo el brazo y dejo que mi mano caiga en la suya, sintiendo mi corazón acelerarse aún más cuando una corriente eléctrica se dispara en el punto de contacto.

—Me encantaría.

Él guiña un ojo y luego me aleja de la mesa hacia la pista de baile en el centro de la sala, donde los cuerpos ya se están fusionando y contoneando juntos. Y estamos a punto de convertirnos en uno de ellos. Los miro y observo cómo un hombre ahueca audazmente el pecho de la mujer que tiene delante y ella se

muerde los labios, con el rostro relajado en éxtasis. Me sonrojo, pero no puedo apartar la mirada mientras mi corazón late con fuerza.

Ahora lo entiendo. No es que la música no sea bailable, es que yo estaba intentando los bailes equivocados.

Adonis me hace dar una vuelta y luego me rodea la cintura con un brazo, atrayéndome hacia él hasta que mi espalda se apoya en su pecho. Mi cuerpo entero se tensa. Es más grande de lo que parece, y todo su físico parece cernirse sobre el mío, incluso cuando deja caer su cabeza en mi cuello.

—Relájate —susurra y yo trago saliva, tratando de acallar los latidos de mi pecho y calmar mis nervios. Hace tiempo que no estoy tan cerca de un hombre. Ha pasado casi un año desde mi última relación e incluso entonces, no creo que él me haya abrazado así nunca.

Hay una orden silenciosa en su mano, incluso mientras se balancea juguetonamente conmigo de un lado a otro. Su nariz sigue recorriendo el espacio entre mis omóplatos, y se me pone la piel de gallina, la lujuria se despliega en mi cuerpo, centrándose en mi núcleo.

Un pulso comienza a latir en mi clítoris mientras apoya su mano en mi estómago y me acerca más a su cuerpo. Siento su aliento en mi pelo y contra mi oreja y está haciendo que mi cuerpo reaccione de formas locas. Lo siento en los dedos de los pies, como una cuerda tensa. El sonido de su respiración y el martilleo de mi corazón ahogan la música.

—¿Cómo te llamas? —su voz es un susurro bajo que me hace morderme el labio por todos los pensamientos sucios que provoca. Como él presionándome contra la pared, y subiéndome el vestido para poder tomar mi sexo, jugar con mi clítoris, y hundir su dedo dentro de mí.

Y entonces quizás yo pueda estirar la mano hacia atrás y bajarle la cremallera. Quizás saque su pene, lo acaricie con la palma de la mano y lo provoque hasta que esté duro como una barra de acero. Y finalmente, él pueda meter su pene, y follarme lentamente, aquí mismo, delante de toda esta gente.

Con un gemido indefenso, dejo caer mi cabeza sobre su hombro. Siento su cabeza rozar mi cuero cabelludo. No sé qué me pasa. Me siento drogada de lujuria. Dejo que mi cuerpo se balancee contra el suyo y poco a poco sentí una dureza que se encontraba con mi culo, presionándome. Dios, se siente enorme. Apuesto a que si lo metiera dentro de mí, me partiría en dos.

Lo imagino ahora de nuevo con vívidos detalles, trazando mentalmente las venas de su pene.

Oigo otro gemido y tardo un segundo en darme cuenta de que es mío. Antes de que pueda avergonzarme por ello, va acompañado de un gruñido suyo. Su mano sigue en mi cintura, pero entonces roza mi entrepierna también y todo mi cuerpo se estremece como si una descarga eléctrica acabara de atravesarme.

Mis ojos están abiertos para inspeccionar el entorno. Está demasiado oscuro para ver mucho, pero la pareja de enfrente no nos está mirando.

Están demasiado ocupados besándose como si no hubiera un mañana.

—¿Quieres ir a la parte de atrás conmigo? —susurra de repente con voz ronca en mi oído. No tengo que preguntar qué quiere decir con eso. La dureza que presiona mi culo es prueba suficiente.

Es una idea estúpida. No debería irme con un extraño del que ni siquiera sé el nombre para hacer Dios sabe qué.

Aprovecha la noche.

Por otro lado, es la noche de las ideas estúpidas, ¿no es así? Hay luna llena, hay magia en el ambiente, y un subidón increíble que me impulsa a aprovechar esta oportunidad que quizás nunca vuelva a tener.

Asiento.

Inmediatamente toma mi mano y comienza a guiarme hacia el fondo de la sala, a través de un pasillo oscuro que acabo de notar. Debe venir aquí a menudo porque parece conocer muy bien la ruta. Dobla la esquina y terminamos frente a un pequeño armario vacío con solo astillas de luz de luna entrando por una ventana alta. Me mete dentro y cierra la puerta.

Apenas tengo tiempo para respirar y su boca está sobre la mía.

Oh, Dios.

Sabe a vino y a pecado. Su lengua se mueve con lascivia, provocando magistralmente a la mía en una danza prohibida, antes de tomar el control una vez más.

Es la mezcla perfecta de dominante y persuasivo. Besa como un sueño.

Se aparta para decirme: —Joder, qué bien sabes.

Y entonces por fin tengo la suficiente presencia de ánimo para preguntar: —¿Cómo te llamas?

Me dedica una sonrisa torcida. —¿Importa?

Asiento y trago saliva. —Soy...

Me besa de nuevo y el pensamiento se desvanece en mi mente. Su beso embriagador apaga mi capacidad de pensar, incluso mientras su contacto hace que el calor aumente. No duda en deslizar su mano por mis muslos para apretar mi trasero, gimiendo en mi boca cuando lo hace. El calor que me derrite hace que mi entrepierna se inunde y le devuelvo el gemido, finalmente hundiendo mis manos en su pelo, bebiendo de sus labios, anhelando aún más de él.

El beso se vuelve más hambriento, más sucio, rozando la violencia mientras ambos atacamos los labios del otro luchando por el dominio. Mis piernas se abren ligeramente mientras él inserta sus muslos entre ellas y yo me froto lentamente contra él sintiendo la presión enroscarse fuertemente dentro de mí.

Oh, Dios.

Ha pasado tanto tiempo desde que sentí algo remotamente tan bueno. Ni siquiera hemos hecho mucho, todavía no me ha tocado la entrepierna, y ya siento que estoy al borde de una explosión.

Y entonces él rectifica esa primera parte muy rápidamente, su mano buscándome bajo mi vestido para ahuecar mi sexo justo como en mi imaginación.

—Oh, Dios mío —gimo fuerte, lascivamente, mi cerebro hace cortocircuito por el deseo.

Su mano hace a un lado mis bragas, su dedo índice recorriendo mi húmeda intimidad.

—Ya estás tan mojada —susurra y me sonrojo, pero no lo dice como si fuera algo malo. Al contrario, su gruñido suena aún más ahogado mientras me frota.

Mi ex solía odiar lo mucho que me mojaba porque le dificultaba permanecer dentro de mí. Y nunca he estado tan mojada con él como lo estoy ahora.

Pero este hombre parece disfrutarlo, murmurando sobre cuánto lo excita, cuánto lo quiere en su cara.

Oh, Charles, desgraciado, pienso.

Y entonces me besa de nuevo mientras me toca el clítoris, y me olvido por completo de pensar.

4

Pierre

He tenido sexo apasionado y desesperado antes, esa clase de sexo que tienes cuando estás encerrado en una pequeña habitación en la que no deberías estar, casi sin espacio para moverte, pero ambos están demasiado hambrientos el uno por el otro como para parar. Ese es el sexo que espero cuando entramos aquí a los tumbos, arrancándonos la ropa. Es la clase de sexo que anhelo de ella.

No sé qué se apoderó de mí en el segundo en que empezamos a bailar. Fue como si mi cuerpo, que había estado completamente inerte mientras bailaba con Lana, hubiera rugido y cobrado vida. Y ni siquiera sé decirte exactamente qué es lo que hace a esta mujer tan irresistible. Quizás es la expresión de ingenua que tiene, la forma en que la honestidad brilla en su rostro. Es raro conocer a alguien tan sin defensas, especialmente en esta ciudad. Me atrae como una polilla a la llama, o mejor dicho, como un depredador a su presa.

Eso, combinado con sus movimientos suaves, su suspiro de anhelo, la forma en que su cuerpo respondía a mis más leves caricias...

Es tan involuntariamente sensual, con la combinación de sus suaves y esbeltas curvas y sus escalofríos, cada vez que rozo sus hombros con mis labios o deslizo mis manos por su vientre. Y cuando le agarro el pelo mientras nos besamos, con un poco de fuerza, gime en voz alta. A todas luces le encanta, esa muestra de dominio. Tiene los ojos nublados cuando me aparto, su pulso desbocado en su garganta.

Pero por muy tímida y aparentemente inexperta que sea, no es solo una participante pasiva en esto.

Oh, no. La diablilla devuelve tanto como recibe.

Me ataca con sus labios, aferrándose desesperadamente a los míos. Gimo y dejo que mi lengua la devore de nuevo, probando la ambrosía en su lengua y tragándome sus suspiros mientras mis manos se meten bajo su vestido y le aprietan con fuerza el culo. Jadea en mi boca y yo también saboreo eso. Luego arrastro mi lengua para saborear la línea de su cuello. El dulce aroma de su perfume nos envuelve, pero no es nada comparado con el sabor de su piel.

Joder, qué dulce sabe.

Mientras sigo jugando con su rendija, su aroma inunda el ambiente. Lucho por mantener la cordura para no precipitarme. Para que también sea bueno para ella.

Aunque está tan jodidamente mojada que apenas puedo pensar.

Esta es una nueva experiencia para mí. He tenido sexo apasionado y desesperado antes, pero nunca he tenido a una mujer como esta ardiendo en mis brazos.

Harto de cualquier obstrucción, finalmente tiro de sus bragas y se las arranco por completo.

—Joder —siseo cuando la tela empapada cae y revela el líquido tibio untado por sus muslos—. ¿Cómo carajos está tan mojada ya? ¿Es en serio?

Oh, va a hacer que pierda la cabeza.

Dejo que mi mano se deslice entre sus pliegues, encontrando el nudo palpitante que hay allí. Y me tomo mi tiempo, lo rozo ligeramente, lo rodeo, lo provoco hasta que pequeños gritos desesperados salen de su boca.

Y todavía no he terminado.

Mientras uso mi pulgar para provocar su clítoris, clavo los dientes en el costado de su cuello y ella se estremece, su cabeza cayendo hacia atrás. Entonces meto mi dedo índice en su coño y gimo mientras me absorbe con tanta desesperación, los anillos apretándose alrededor de mis dedos como si estuviera al borde y necesitara usarme para venirse.

Me gusta que me use.

La combinación de su cálida y necesitada humedad rodeando mi dedo, su embriagador aroma en el aire... No puedo soportarlo.

Ahora lo monta con ganas, desesperada por ello, su cuerpo prácticamente rogando por venirse. Apenas hago nada y ya está ahí. Quiero reír triunfante por haber encontrado a una mujer tan apasionada, pero en lugar de eso, le tomo la barbilla con la otra mano y la atraigo para besar su boca, esta vez más húmeda, más sucia y mucho más desesperada.

Se estremece mientras su humedad inunda mi mano. Su aroma tiñe el aire y se me hace agua la boca y no deseo nada más que bebérmela. Pero mi verga se ha endurecido hasta el punto de doler ahora y no creo que pueda contenerme más.

Solo una vez más, me digo, embistiéndola más rápido esta vez. *Solo necesito hacer que se venga una vez más.*

—Oh, Dios mío. —Sus gritos desesperados me incitan, llevándome más cerca de la locura mientras la follo con los dedos hasta que pierde la noción de todo. Siento que empieza a venirse de nuevo y gruño. Grita con fuerza e inunda mi mano y yo gruño como un moribundo en su pelo.

Y entonces la hago girar y la empujo contra la pared. La urgencia me impulsa mientras me bajo la cremallera y saco la verga, levantándole el vestido al mismo tiempo.

Ella se estira hacia atrás para ayudarme, sus manos acariciando mi verga, su culo rozándola.

Doy un paso atrás fuera de su alcance, el aliento siseando de mi boca. No puedo soportarlo.

No puedo soportar que me toque ahora mismo, porque estoy demasiado cerca del límite.

Si no tengo cuidado, podría acabar viniéndome en dos embestidas.

Aprieto la base de mi verga con fuerza para contener la embestida mientras la alineo con su centro. Me muerdo el labio e intento recitar números al revés para distraerme de lo increíblemente bien que se siente.

No funciona. A medida que empiezo a entrar en ella, todo lo que grita en mi cabeza es el hecho de que no sé cuánto tiempo podré aguantar.

Maldita sea, siento como si me estuviera succionando la mente a través de la verga. Siento que con cada centímetro que me adentro en ella, estoy perdiendo un poco más de mí mismo. Como si ya no fuera un hombre pensante, sino un ser puramente sensorial. Como si fuéramos animales en celo apareándonos sin fin y sin ton ni son, solo impulsados por la necesidad desesperada de hundirnos juntos en esta lujuria.

Renuncio a la necesidad de mantener el control, le agarro la cadera y la follo con fuerza. Grita mientras la lleno con mi palpitante longitud, incapaz de resistirme. Joder, tenía razón. Me está volviendo loco.

Le muerdo el hombro, la bestia en mí me impulsa a hacer cosas salvajes. Como agarrarle el pelo y tirar de él hacia atrás, arrastrando mis dientes por su cuello. Eso la pone aún más mojada, la hace gemir aún más, arquear su culo en el aire para mi verga.

Oh, le gusta rudo. Puedo decir que le encanta por lo mucho que se frota contra mí con desesperación.

—Oh, me voy a venir —solloza y me estiro para pellizcarle el clítoris.

Ella jadea su orgasmo esta vez y con un gemido gutural, me vengo dentro de ella.

Solo para darme cuenta... —Joder.

—Eh... —Su voz es débil y aturdida por la lujuria. Descansa lánguidamente contra la pared, todavía estremeciéndose por sus orgasmos consecutivos.

Como no respondo, ladea ligeramente el cuello para preguntar—: ¿Qué pasa?

—El condón —digo y todo su cuerpo se congela.

—Oh, mierda.

—Sí —río entre dientes. No culpo a ninguno de los dos. Todo pasó demasiado rápido, y nunca antes el deseo se había apoderado de mí de esa manera. Se podría pensar que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve sexo, pero solo han sido un par de semanas. Así que, ¿por qué demonios me abalancé sobre ella como un hombre hambriento?

Mmm, tal vez sea algo en la forma en que se sentía contra mi cuerpo, ligera, vacilante pero aun así deseosa. La forma en que me miró. Me tocó las fibras correctas de la mejor manera.

Y ahora tenemos que lidiar con las consecuencias de nuestros errores de adultos.

—Tomo la píldora —dice mientras logro apartarme de ella sobre piernas temblorosas—. Y estoy limpia. Me hice un chequeo después de mi última relación y no he estado con nadie desde entonces.

Asiento. Podría estar mintiendo, pero no creo que lo haga. De alguna manera ya sé que esto no es algo que haga a menudo.

—Yo también estoy limpio. Me hago chequeos religiosamente. —Tampoco me acuesto nunca con nadie sin condón. Esto también es una primera vez para mí.

—Deberíamos estar bien entonces —digo.

Ella asiente y finalmente, se endereza, dejando caer su vestido. Pero no antes de que lo vea en la oscuridad, mi corrida bajando por su muslo.

No puedo apartar la mirada.

Y de repente el deseo ruge de nuevo a la vida.

Sí, una vez no fue ni de lejos suficiente. La necesito de nuevo. Ahora mismo.

Pero quizás no aquí en la oscuridad. Quiero verlo todo la próxima vez. Mi familia tiene acciones en el hotel de enfrente. Estoy seguro de que puedo conseguir una suite VIP para pasar la noche.

—¿Quieres que nos vayamos de aquí? —le pregunto mirándola a los ojos—. Tengo una habitación de hotel justo al otro lado de la calle con nuestro nombre.

—Mmm... —El deseo persiste en su rostro, pero parece insegura. No la presiono, dejándola que luche consigo misma.

—No lo sé —dice—. No puedo irme sin decírselo a mis amigas al menos.

La victoria cobra vida. Eso no es un «no».

—Entonces vamos a buscarlas —digo, tratando de no mostrar lo emocionado que estoy de llevármela conmigo. Nos arreglamos la ropa, y luego la tomo de la mano y la llevo de vuelta a donde la encontré, la mesa al otro lado de la pista de baile. Ahora está

ocupada por otras tres mujeres, que miran a su alrededor con aburrimiento, pero se giran para mirarnos cuando nos acercamos.

Puedo sentir cómo se sonroja y en un momento creo que intenta esconderse detrás de mi espalda. Sonrío. Qué mona.

Supongo que estas son sus amigas. A medida que nos acercamos me observan con una mezcla de asombro, curiosidad y sospecha.

—Hola —las saludo y dos de ellas recorren mi cuerpo con la mirada de forma apreciativa mientras una de ellas sigue pareciendo sospechar.

—Hola —dice la de pelo oscuro—. ¿Quién eres?

La mujer con la que estoy elige ese momento para hablar, aclarándose la garganta—: Chicas, eh, este es...

Frunce el ceño como si acabara de darse cuenta de que no sabe mi nombre.

Sonrío con suficiencia. Yo tampoco sé el suyo. Para ser justos con ella, preguntó, pero en ese momento no estaba de humor para la respuesta.

Sus ojos muestran su mortificación y sus mejillas se encienden.

—Soy Pierre —le digo—. Encantado de conocerte.

—Encantada de conocerte también —murmura, sus ojos brillando con regocijo.

—Hola, Pierre —dice la rubia—. ¿Qué está haciendo usted con nuestra Amy?

Amy. Qué bonito nombre. Mono. Le va bien.

—Bueno, espero llevármela a mi habitación de hotel al otro lado de la calle, pero dice que primero tiene que consultarlo con ustedes.

Parecen sorprendidas por mi honestidad, y entonces la de pelo oscuro se dirige de nuevo a Amy. —¿Quieres irte a un hotel con un hombre que apenas conoces?

—Lo conozco —dice Amy a la defensiva.

—¡Acabas de saber su nombre hace cinco segundos!

—Déjalo, Sab —la rubia esboza una sonrisa y luego dice—: Aprovecha el momento, ¿recuerdas?

No sé qué significa eso, pero hace que la de pelo oscuro se relaje un poco. La tercera mujer, que no había hablado hasta ahora, me clava la mirada y dice—: Su teléfono.

Meto la mano en el bolsillo, lo saco y lo desbloqueo antes de entregárselo.

Lo usa para llamarse a sí misma y luego, mientras sigue mirando su teléfono, me pregunta—: Nombre completo.

—Pierre Renaut.

Supongo que lo busca en Google porque sus ojos se desorbitan al cabo de un rato.

—¿Qué? —pregunta Sab—. ¿Qué pasa?

Las otras dos mujeres se inclinan sobre ella para mirar su teléfono. Sus ojos también se desorbitan, y luego me miran a mí.

Sonrío amablemente. —¿Necesitan algo más?

—Eh, no —dice la rubia, aclarándose la garganta—. Solo cuide de nuestra amiga. O si no.

—Anotado —digo y dejo que Amy se despida de ellas con un abrazo antes de arrastrarla fuera. No sé qué pensó de la reacción de su amiga a mi nombre completo o si siquiera lo vio.

O tal vez en ese momento estaba demasiado ocupada mirándome a mí.

En cualquier caso, no me importa. Estoy feliz de tenerla toda para mí.

Al salir del club, pienso que hemos logrado una escapada limpia, pero entonces oigo una voz detrás de mí: —Pierre, espera.

Mis hombros se tensan.

Mierda. Una complicación que había olvidado. Lana.

5

Amy

La mujer que salió corriendo del club detrás de nosotros es hermosa.

De una belleza despampanante, una belleza que solo podría ser rivalizada por alguien como Sabrina. Pero es deslumbrante de una manera diferente. Mientras que la belleza de Sab es más exótica y de modelo, esta mujer es la típica belleza americana, del tipo que gana todos los concursos de belleza y viene de una familia adinerada de abolengo y, con suerte, hasta podrías verla de vez en cuando en la pantalla grande.

Mientras Pierre se detiene en seco, no puedo evitar mirarla, parpadeando. Para ser sincera, estoy un poco deslumbrada por ella, e intento recordar si la he visto antes en alguna película.

Pero cuando sus ojos pasan sobre mí, son fríos y hostiles.

—¿Quién es esta? —pregunta con una voz de acento ligero. Creo que percibo un toque europeo, tal vez, pero no tengo el conocimiento suficiente para decir de dónde. Y me distraigo cuando la mano de Pierre aprieta la mía. Echo un vistazo a nuestras manos unidas y luego a su rostro. Aunque su expresión permanece serena e imperturbable, me da la sensación de que no está feliz con su presencia.

¿Quién es esta? ¿Su ex? ¿O su novia?

Oh, Dios, espero que no sea lo segundo. Me sentiría fatal.

Charles me engañó en el pasado con muchas mujeres. Algunas de ellas sabían de mí y otras no. Pero no tenía vergüenza al respecto y esa fue una de las cosas que realmente destrozó mi autoestima después de que terminamos.

Odiaría haber sido una herramienta utilizada para hacerle algo así a otra mujer.

—Lana. —Pierre no suena culpable ni nada. Solo vagamente molesto.

—¿A dónde vas? —La mujer intenta sonar casual, pero nada en ella lo es. Su espalda está tiesa como una tabla, sus ojos brillan de ira y sus labios están apretados. Se cruza de brazos sobre el pecho, realzando sus muy bonitos senos. Está claro que está lista para algún tipo de pelea.

—A casa —dice Pierre—. Ya terminé por esta noche.

—Pensé que habías venido a pasar el rato con nosotros.

—Y lo hice.

—Por apenas media hora.

—Tengo que irme a casa, mañana tengo un día largo. Pero te veré por ahí, ¿de acuerdo?

Pero la mujer no parece dispuesta a ceder. En lugar de eso, sus ojos se posan en mí y enarca una ceja en señal de desafío. —¿Quién es esta?

Él suspira. —Lana... vamos. ¿Tenemos que hacer esto?

—Solo estoy haciendo una pregunta.

—Una pregunta que no tienes derecho a hacerme. No eres mi novia y no hay nada entre nosotros. Así que no, no necesitas saber quién es ella.

Lana se estremece como si la hubieran abofeteado. Pero puedo notar por el tono de Pierre que, a pesar de su molestia, está tratando de ser amable con ella. Suena como si ya hubieran tenido esta conversación antes, o quizá varias veces, y lo está frustrando porque ella todavía no parece entender. Simpatizo con él, pero creo que también puedo simpatizar con ella. Después de todo, yo he estado en su lugar, tan perdidamente enamorada de un hombre que nunca podría sentir lo mismo por mí. Excepto que Charles era un canalla que me mintió en cada paso del camino. Parece que Pierre no está haciendo lo mismo.

Pero aun así, es una situación triste de presenciar.

Y cuanto más tiempo estamos ahí parados en el aire fresco y cortante, más empieza a volverme la cordura a pedazos. ¿De verdad quiero ir a casa con él? Para empezar, ¿cuánto sé sobre este hombre? Prácticamente nada. Y parece que tiene una situación

complicada con esta mujer despampanante que claramente lo desea. Probablemente todas las mujeres de ese club lo deseaban. ¿Qué está haciendo conmigo?

¿Estoy haciendo lo correcto? De alguna manera, no siento que lo esté haciendo.

Quizá esto es un error.

—De hecho —le digo a Pierre, desviando su atención de la chica —. Creo que tal vez debería volver. Ya no estoy segura de esto...

Él me enarca una ceja. En lugar de enojarse o acusarme de darle falsas esperanzas, simplemente sonríe.

—Sí que lo estás —dice y luego se inclina para susurrarme al oído —. Sé que quieres más, igual que yo.

Me muerdo el labio para contener la oleada de deseo que me inunda. No puedo negarlo, de la misma manera que no puedo evitar que mis pezones se endurezcan y mi clítoris palpite en respuesta. Solo su susurro hace que mi cuerpo reaccione de nuevo. Es verdad. Quiero más. Y por muy retorcido que sea, no creo que esté dispuesta a dejarlo ir así, incluso con la complicada situación que tenga con la otra mujer.

Oh, cielos, no seas patética, Amy.

Me vuelvo hacia ella, esperando que tal vez la desolación en su expresión me haga entrar en razón.

Pero en lugar de desolación, encuentro su rostro rebosante de ira e indignación.

—¿Y es a esta perra a la que quieres? —gruñe, la malicia irradiando de ella—. ¿En serio? ¿A esta chica de pueblo con el vestido de rebajas?

Me encojo. ¿Cómo demonios supo de dónde saqué mi vestido? ¿Y que me mudé de Tennessee en mi adolescencia?

Además, eso fue innecesariamente cruel.

—Lana. —La voz de Pierre es diferente ahora, desprovista de su habitual buen humor. Es puro acero, tanto que lo miro y capto la mirada fría en sus ojos de lobo—. Buenas noches.

El rostro de Lana está desolado.

No hay forma de discutir con ese tono, aunque claramente quiere hacerlo. Su rostro se vuelve obstinado, su tez perfecta enrojece y

prácticamente vibra de ira.

Y entonces se da la vuelta y se va furiosa. Mientras la veo irse, Pierre no pierde el tiempo. Se inclina, pone su brazo debajo de mis rodillas y me levanta en brazos.

—¡Pierre!

—Solo para no darte otra oportunidad de cambiar de opinión. —Me guiña un ojo mientras me lleva a su auto, sin esfuerzo. Espera allí mientras el valet se apresura a encontrar la llave y abrir la puerta. Presiona un botón y se abre automáticamente.

Pierre me sienta en su lujoso asiento de pasajero.

Guau.

El auto es más grande y cómodo por dentro de lo que parece. Quizá porque es de dos plazas, pero hay un amplio espacio para las piernas y la cabeza también. Los asientos tienen la cantidad perfecta de elasticidad, y huelen a cuero de lujo y pino. Los aparatos de alta tecnología y los detalles dorados brillan a la luz de la luna, cautivándome por un segundo.

—¿Estás bien? —pregunta Pierre mientras entra por el otro lado del auto. Asiento.

—Sí, solo estoy echando un vistazo. —Le doy una sonrisa avergonzada—. No creo haber estado nunca en un auto deportivo.

—¿Sabes cuál es este?

—No. No sé mucho de autos. Pero estoy segura de que es muy rápido y muy caro.

—Lo es —dice mientras presiona el botón y el motor cobra vida con un ronroneo.

—Oh, eso suena sexi.

—Lo suena, ¿verdad? Ahora mira esto. —Se incorpora suavemente a la carretera y es difícil describir exactamente cuán fluido es el movimiento. En mi experiencia con la mayoría de los autos, puedes sentir el arrastre, sentir el esfuerzo que se necesita para dar una vuelta y realizar maniobras como esa. Pero no el auto de Pierre. Se desliza como si estuviera hecho para eso, sin ningún tipo de esfuerzo.

—Guau.

—Eso, mi querida —dice Pierre—. Es lo que llamamos un buen torque.

Y luego, sin previo aviso, acelera por la calle vacía haciéndome chillar y reír mientras reduce la velocidad para un semáforo.

El resto del viaje también es más agradable de lo que esperaba.

Creo que finalmente entiendo por qué a la gente le gustan tanto los autos deportivos. Antes de esto, los autos para mí eran solo cosas para llevarte cómodamente del punto A al B. Pero manejar un auto de lujo como este es una experiencia. Es el hecho de que no puedes sentir la carretera debajo de ti, así que se siente como volar. Al mismo tiempo, te sientes anclada y baja al suelo. También es la temperatura interior perfecta, la increíble comodidad y la emoción de poder hacer que el auto vaya muy rápido muy deprisa. Por supuesto, Pierre no lo hace a menudo, solo en ráfagas cortas cuando la carretera está vacía, pero cuando lo hace es toda una experiencia.

Y cuando finalmente llegamos a su hotel, mi corazón late deprisa como si acabáramos de bajar de una montaña rusa.

—Eso fue muy divertido —le digo y su sonrisa se vuelve sexual.

—Lo que estamos a punto de hacer es aún más divertido.

El deseo que ha estado vibrando en mi vientre desde el club estalla en un infierno total. Me lamo el labio, nerviosa, y sus ojos siguen ese movimiento, sin perderse ni un solo detalle.

—Vamos —dice.

Salimos del auto frente a un edificio que se extiende varios metros hacia el cielo. Es un hotel en el que he oído que se hospedan celebridades, y nunca pensé que yo misma estaría aquí.

Le sonrío al portero que nos saluda y Pierre me guía a través de un vasto vestíbulo de oro reluciente y altos candelabros hasta un ascensor. Somos los únicos en el ascensor y en el momento en que las puertas se cierran, me atrae a sus brazos y susurra contra mis labios.

—Ahora te tengo toda para mí —dice—. Prepárate para una noche que nunca olvidarás.

Trago saliva, incapaz de hacer otra cosa que mirarlo a los ojos. El tiempo parece ralentizarse y ninguno de los dos se da cuenta cuando el ascensor suena al abrirse. O tal vez no me doy cuenta

porque Pierre me saca del ascensor y me lleva en brazos de nuevo hasta una puerta.

Que resulta dar a un *penthouse*. Trago saliva.

Ya no hay vuelta atrás.

6

Pierre

Sí, debería haber esperado a que llegáramos a mi apartamento antes de besarla de nuevo.

Pero es que no pude contenerme. Cuanto más hablaba, más atractivos me parecían sus labios. Suaves, carnosos e invitando a mi lengua, a mis dientes a morderlos. Cuanto más oigo esa voz suave y melodiosa, más quiero oírla gemir, suspirar y gritar de nuevo.

Necesitaba besarla más de lo que necesitaba volver a respirar. Es una locura pensarlo, pero era verdad. Hay algo en ella que no logro descifrar. Cada vez que habla con ese tono entrecortado que tiene, cuando sus ojos se abren con placer genuino y lo expresa con palabras que no parecen tener una doble intención...

Es como si su dulzura irradiara en el aire, desprendiendo un aroma adictivo, y yo solo quiero devorarla, tragarme esa inocencia y reclamarla para mí. Quiero verla gritar de placer, quiero verla retorcerse para mí, y esta vez no quiero que sea apresurado.

Quiero que vayamos tortuosamente lento, que nos disfrutemos al máximo, que nos volvamos locos el uno al otro. Tengo un plan en mi mente, un video sucio reproduciéndose en bucle.

Si tan solo pudiera controlarme lo suficiente como para ejecutarlo.

Oigo un tintineo en el fondo de mi mente, pero estoy demasiado ocupado devorándola como para prestarle atención. Las puertas del ascensor intentan cerrarse de nuevo y, por costumbre, saco la mano para evitar que se cierren. Y entonces, por fin consigo apartarme de ella, contemplando sus flexibles labios rojos, jadeando por más.

—Vamos. —Mi voz es poco más que un gruñido a estas alturas, el deseo la ha espesado hasta convertirla en un tono grave y tenso. Tomo su mano y la arrastro hacia el pasillo, casi sintiendo cómo le

da vueltas la cabeza mientras admira la suntuosa decoración, desde las alfombras marroquíes hasta los cuadros colgados y las delicadas lámparas que iluminan nuestro camino. Estas cosas no significan nada para mí. Las he visto tanto y tan a menudo, desde que nací, que ya ni siquiera me doy cuenta de que están ahí y apenas noto su ausencia. Pero puedo sentir su evidente asombro, que no trata de ocultar bajo una falsa capa de sofisticación como han hecho algunas amantes del pasado. Cuando la miro por encima del hombro, su expresión permanece sin reservas, su reacción es auténtica y eso me excita aún más.

Llego a mi puerta y tecleo rápidamente el código en el teclado numérico antes de usar mi huella dactilar para permitir el acceso. Y entonces, cuando entramos en su *penthouse*, su expresión se vuelve aún más asombrada.

—¿Es en serio? —exclama mientras inspecciona el espacio—. Esto es una locura. Aquí cabría mi apartamento cuatro veces. Diablos, probablemente también cabrían algunas iglesias de mi pueblo.

Eso me hace esbozar una sonrisa. —¿De dónde eres? —le pregunto. Detecté un ligero acento sureño, pero era tan leve que no podía asegurarlo.

—Soy de Tennessee —dice—. Me mudé a Nueva York cuando tenía quince años y desde entonces he hecho todo lo posible por convertirme en una chica de ciudad. —Niega con la cabeza y dice—: Pero parece que en el fondo sigo siendo una chica de campo, porque nunca había visto nada como esto. Definitivamente, ya no estamos en Kansas.

Sonrío con suficiencia, me encanta su forma de hablar. Tan encantadora. A pesar del deseo que me consume, me cruzo de brazos mientras ella deambula por la sala de estar, dejándola explorar a su antojo. El *penthouse* está diseñado con un estilo minimalista y discreto, con grises y detalles en negro, un techo alto y los candelabros que brillan sobre ella, volviendo su piel dorada.

Lo señala. —¿Eso no es real, verdad?

—¿Qué parte?

—Ninguna.

Sonrío con suficiencia. —La base es de oro real, pero hasta donde sé, los diamantes no son reales. Y el cristal... quizás un cincuenta por ciento.

—Increíble. —Niega con la cabeza, y sus ojos brillan cuando se encuentran con los míos—. Conocí a una señora que vendía cristales a doscientos dólares cada uno en la feria del condado. En ese entonces me pareció bastante caro. Me pregunto qué diría si supiera que hay gente que hace candelabros enteros con eso.

—Me lo pregunto también. —Finalmente, me acerco a ella, incapaz de contenerme más. Porque algo en su asombro inocente y sus palabras suaves y cantarinas me está poniendo aún más cachondo. Estoy haciendo todo lo posible por no saltarle encima como un animal, pero no estoy seguro de que esté funcionando. Porque la bestia dentro de mí lucha por ser liberada.

Paso mi mano por su cintura y la acerco a mi cuerpo, de espaldas a mí, en una pose similar a la que teníamos cuando bailábamos.

—¿Sabes cuál es mi parte favorita de este apartamento? —susurro, y su pulso se dispara, su estómago se contrae visiblemente bajo mi palma.

—No —dice—. ¿Cuál?

—Está ahí. —La giro hacia el gran balcón con barandillas elaboradas y una vista impresionante del horizonte de Nueva York y el lago a lo lejos—. Es poder estar ahí y observar a todo el mundo a todas horas. Y ahora mismo, es llevarte allí, presionarte contra el cristal y dejar que me vean jodiéndote por detrás.

—O-oh. —Tartamudea mientras el aliento se le escapa del pecho. Su cabeza cae hacia atrás ante eso y un escalofrío de deseo recorre su cuerpo mientras un jadeo silencioso se escapa de sus labios. Sus deliciosos y carnosos labios me suplican otro beso.

Me tomo un segundo para pensar en cómo y dónde la quiero. Por muy tentador que sea tenerla extendida sobre el cristal para ver su expresión en el reflejo mientras mi verga entra y sale lentamente de ella...

Si hacemos eso, todo esto se acabará. Ya dije que quiero tomarme mi tiempo con ella y tengo la intención de cumplirlo.

Quizás la próxima vez. Después de todo, no creo que una vez sea suficiente con ella.

Necesitaré hacer esto una y otra vez.

Así que la giro, agarro su pelo con mi mano y la beso de nuevo. Esta vez ralentizo el beso incluso cuando ella gime en mi boca y nuestras lenguas se enredan ferozmente. Incluso cuando intenta aumentar la velocidad y la intensidad, rodeando mi cuello con sus brazos y acercándome más, resisto la tentación. Suavizo sus movimientos, domando su lengua con maestría. Le hago saber que aquí vamos a mi ritmo. Yo soy quien controla esto. Será mucho mejor para ella. Y estará mucho más mojada por ello también.

Su cuerpo vibra y se deja caer contra mí mientras cede. Su sumisión innata empuja mi dominio al frente, haciéndome gemir en su boca.

Siempre me han gustado las mujeres dóciles. Algunas de mis amantes anteriores asumieron que no, y por eso muchas de ellas lucharon consigo mismas a pesar de que inherentemente querían someterse. Tal vez se avergonzaban de ello.

Pero ella no, y lo aprecio. Es delicada y entregada sin disculpas, permitiéndome moldear su cuerpo contra el mío. Lentamente, le subo el vestido, agarrando su culo, gimiendo de nuevo ante lo suave que es su piel. Joder, es como si todo en ella estuviera hecho para volverme loco de deseo, como si hubiera sido creada puramente para mi placer.

Mientras seguimos bebiendo de los labios del otro, la hago retroceder hacia el sofá. Se sobresalta un poco cuando sus rodillas golpean el borde, pero no dejo que se caiga. La sujeto mientras pierde el equilibrio y la bajo suavemente sobre los cojines. Retrocedo un poco después de hacerlo, disfrutando de la imagen de ella extendida en el sofá de terciopelo rojo, como un hada arrojada al reino mortal.

A punto de ser corrompida por un hombre como yo.

Intento quitarle el vestido por encima de la cabeza, pero jalo con demasiada fuerza por el ímpetu de mi deseo y termina rasgándose. Ella ríe, un sonido ligero que me provoca algo mientras rasgo el resto, exponiéndola ante mí. Joder.

Es toda esbelta, pero desnuda se ve toda la extensión de sus sutiles curvas, la concavidad de su cintura, que conduce elegantemente a la curva de sus caderas. Nada es demasiado ni muy poco, todo es justo lo suficiente.

Es magnífica, toda una mujer.

Y mientras la contemplo, se me corta la respiración. El hambre se apodera de mi estómago. Verla acostada ahí, con el pelo esparcido alrededor de su cara, sus ojos oscuros y anhelantes, sus labios entreabiertos por donde pasa su aliento...

No sé por qué carajo, pero me produce algo poético, como si me alcanzara el corazón y apretara un puño justo alrededor de mi pecho.

Tengo que tenerla.

El hambre me carcome, mi verga late como un corazón, pero estoy decidido a tomarme esto con calma.

Me inclino sobre ella y su cabeza se levanta al instante, sus labios suplicando mi beso. No se lo doy. En cambio, paso mis labios desde su hombro hasta su cuello y luego lamo su pulso. Emite un sonido anhelante mientras desciendo, mis ojos se fijan al instante en sus pezones rosados y erectos. Preciosos y un poco más hinchados de lo normal, justo como me gustan.

Paso la superficie de mi lengua por el pezón, haciéndola temblar salvajemente. Luego lo succiono dentro de mi boca y ella se arquea bruscamente, dejando escapar un suspiro.

Dios, me encanta lo sensible que es y lo receptiva que es incluso a la cosa más pequeña. Cuando paso mis dedos por su costado, se le pone la piel de gallina. Cuando bajo mi cuerpo sobre el suyo, de modo que la tela de mi ropa roza sus pezones, gime más fuerte. Sin mencionar la evidencia de su deseo que ya puedo ver manchada en sus muslos.

Quiero probarlo, el tentador aroma provoca a mis fosas nasales, pero tenso los músculos para controlar el impulso de simplemente caer sobre ella de una vez. *Tómate tu tiempo. Esto es una maratón, no una carrera de velocidad. Disfrútala.*

Paso la lengua alrededor de su pezón, cerrando los ojos mientras succiono. Ella grita de nuevo, sus manos se abren paso entre mi

pelo, aferrándose como si su vida dependiera de ello. Tiran un poco cuando la succiono más fuerte, rozando la punta con mis dientes, pero no me importa. No me importa un toque de dolor con mi placer.

Y de alguna manera sé que a ella tampoco.

Añado más mordida la siguiente vez y ella se arquea contra mi boca. Sus caderas también se arquean intentando restregarse contra mi verga que todavía se cierne sobre ella. Sus movimientos inconscientemente sensuales están destrozando mi mente, tratando de persuadirme para que acelere esto. Y de alguna manera están ganando porque todos los pensamientos de prolongar esto se desvanecen en el fondo.

Joder. La deseo demasiado. No voy a durar.

Suelto su pezón con un chasquido, admirando cómo de alguna manera se endurece aún más bajo mi mirada. El hambre se convierte en un cántico incesante en mi cabeza.

Tómala, tómala, tómala.

—Por favor —jadea abriendo las piernas, empujando las caderas hacia arriba lascivamente—. Me duele.

Joder. ¿Cómo se supone que voy a resistir una súplica tan dulcemente pronunciada?

Finalmente me quiebro, cediendo y diciéndome a mí mismo que lo tomaré con calma la próxima vez.

Beso su estómago, mi verga se endurece imposiblemente más a medida que me acerco a su esencia. Y entonces, cuando finalmente me acerco lo suficiente como para ver sus labios hinchados abrirse para mí, no puedo contenerme. Hundo mi cara en su intimidad y la devoro con la boca con todas mis fuerzas.

Me pierdo un poco en el proceso, todo mi cuerpo vibrando de necesidad mientras ella grita en mis oídos. Su agarre en mi pelo se tensa. Se mueve salvajemente, rodeando mi cara con sus piernas, los dedos de sus pies se clavan en mi espalda.

—¡Pierre! —jadea—. Joder, voy a correrme.

Esa es la única advertencia que da. Succiono su clítoris en mi boca aún más fuerte, y su cuerpo se tensa como una cuerda que se estira demasiado.

Y entonces se corre por toda mi cara.

Siento cómo lo hace, sus muslos apretándose alrededor de mis oídos, todo su cuerpo temblando violentamente y arqueándose para hundirse más rápido en mi cara. Me pierdo en su aroma, su sabor, deleitándome en ello, cubriéndome toda la cara. Huele tan bien, sabe tan bien. No quiero olvidarlo nunca. Quiero que siga y siga.

Y entonces, cuando finalmente me controlo, me doy cuenta de que:

Puede que acabara de ocurrir algo que cambiará mi vida.

7

Amy

Me despierto a la mañana siguiente con un quejido y un estiramiento, con el cuerpo adolorido, pero de la manera más satisfactoria. Los recuerdos vuelven a mí con facilidad, porque se repitieron una y otra vez en mis sueños.

Pierre de verdad me dejó agotada anoche. Creo que tuvimos sexo unas tres veces más antes de que ambos sucumbiéramos al sueño, lo cual me parece una auténtica locura. No creo haber tenido tantos orgasmos de un tirón, ni siquiera cuando uso mi práctico juguetito. Y desde luego no con Charles, de quien dudo que tenga el aguante para ello.

Pero Pierre... él simplemente siguió y siguió; el hambre en sus ojos no hacía más que aumentar con cada uno de mis orgasmos, como si le encantara hacerme acabar, como si lo deseara con ansias.

Sacudo la cabeza para quitarme las imágenes de la mente y me giro hacia el otro lado de la cama. Está vacía, pero las sábanas están arrugadas y tibias, lo que significa que acaba de estar aquí. La luz entra a raudales por los grandes ventanales de piso a techo, apenas cubiertos por persianas y cortinas de seda.

Me siento y me estiro un poco más, haciéndome sonar el cuello. Me doy cuenta de que, en algún momento, Pierre recogió mi bolso del piso de la sala y lo puso en la mesita a mi lado.

Qué tierno de su parte.

Es tierno en muchos sentidos, lo cual es sorprendente porque siempre supuse que la gente tan asquerosamente rica como él sería engreída y distante. Pero él no lo es, lo que demuestra que no se puede juzgar un libro por su portada.

Incluso cuando hice todos esos comentarios tontos sobre su casa, con la lengua suelta por una combinación letal de deseo y

nerviosismo, pensé que se molestaría y se burlaría de mí por ser una chica de campo que se maravillaba con cosas básicas. Como solía hacer Charles.

Pero él parecía más divertido que otra cosa.

Hablando de eso, necesito dejar de usar a Charles como mi vara para medir a los hombres. Con él, la vara estaba por los suelos y yo aceptaba lo mínimo indispensable de un hombre al que nunca debería haberle dedicado ni un segundo, como a mis amigas les gusta decirme.

Pero Pierre... no quiero suponer nada sobre nuestra relación ni ponerle etiquetas a algo tan reciente, pero anoche sentí una conexión real con él. Y creo que él también la sintió, por la forma en que me miró a los ojos casi al final. Me miró fijamente y susurró lo hermosa que era mientras me besaba la piel. Ningún hombre me había hecho sentir tan apreciada antes... tan vital.

E incluso si esto termina siendo solo una aventura de una noche y no volvemos a hablarnos, al menos me alegro de que haya sido con él.

Quizá Mel tenía razón con su mantra de «aprovecha el día» después de todo.

Hablando de Mel...

Meto la mano en mi bolso y reviso mi celular. Aún no hay mensajes de pánico de las chicas, lo que significa que o tienen resaca o están con sus respectivos desconocidos. Envío un mensaje al chat del grupo para que todas sepan que estoy viva y bien, y luego salgo de la cama cuando oigo que la ducha se enciende. Voy de puntillas hacia el baño, sabiendo que él está ahí adentro, con el corazón acelerado a medida que me acerco.

—Pierre. —Toco por alguna razón, repentinamente tímida—. ¿Puedo pasar?

—¿A estas alturas tienes que preguntar eso? —oigo su voz divertida por encima del chorro de agua y me sonrojo. Empujo la puerta y lo encuentro en una ducha enorme, con unas llaves elegantes que bajan por un costado. Veo su cuerpo con claridad a través de los paneles de cristal, el agua deslizándose por sus músculos.

Se me corta la respiración por un segundo y mi cerebro hace cortocircuito. Claro, ya lo he visto desnudo *técnicamente*, cuando estaba encima de mí, pero era difícil observarlo todo desde este ángulo.

Pero ahora puedo observarlo en toda su magnificencia y, Dios mío, parece una maldita estatua griega. No, incluso mejor que eso. Su cuerpo tiene la cantidad perfecta de músculo, afinado y esculpido a la perfección gracias a entrenamientos regulares, supongo. Alto y ancho, ocupa la mayor parte del espacio en la ducha, que probablemente es una de las más espaciosas que he visto en mi vida.

Y su verga...

Me quedo boquiabierta al mirarla.

¿Es así de grande incluso estando flácida? Con razón a veces sentía que iba a partirme en dos.

Mientras la miro, comienza a cobrar vida.

Un hambre instantánea retumba en mi interior y me lamo los labios. Sus ojos oscuros se encuentran con los míos.

—¿Ves algo que te guste? —Su voz es pura seducción líquida.

—Eh... —Me aclaro la garganta. *Resiste, Amy. Resiste.* —Sí, pero probablemente debería irme. Tengo algunos pendientes que hacer hoy y necesito empezar con la inducción para mi nuevo trabajo.

—¿Nuevo trabajo? —pregunta y casi me río porque me recuerda lo poco que realmente nos conocemos. Demonios, apenas intercambiamos nombres y no sé su apellido.

Pero sé la cara exacta que pone cuando se viene, cómo su respiración se entrecorta, sus caderas sacudiéndose sin control mientras gime y se clava en mí...

—Trabajo como asistente de oficina. —Le doy una sonrisa tensa, intentando valientemente luchar contra mis pensamientos lujuriosos —. Emocionante, lo sé. Pero tengo un caso grave y nada raro del síndrome de Peter Pan. No maduré cuando los demás lo hicieron y, hasta el día de hoy, todavía no sé qué quiero hacer con mi vida.

Mientras hablo, por dentro me estoy gritando.

Vaya, ¿por qué le acabo de decir eso? Qué vergüenza. No era mi intención desahogarme con él. ¿A eso se referían cuando decían que

el buen sexo atonta el cerebro?

Pero a él no parece importarle mi parloteo. Sigue mirándome fijamente mientras se ducha, con una leve sonrisa en los labios. Y su cuerpo es tan increíblemente sexi que siento que necesito seguir hablando o de lo contrario voy a hacer alguna estupidez como meterme en esa ducha con él. El deseo ya está rugiendo en mi cuerpo de nuevo, mi coño punzando de necesidad.

—No es que no sea inteligente ni nada —suelto de repente, con el corazón acelerado mientras el deseo lentamente me ahoga—. Lo soy. Aprobé todas mis clases con sobresalientes, excepto la clase de química del Mr. Chauncey, pero eso es porque está pasando por un mal divorcio y, básicamente, nadie saca un sobresaliente. —Me encojo de hombros—. Soy *summa cum laude* y soy muy buena en muchas cosas, solo que no tengo mucha ambición, para ser honesta. Y sé que es vergonzoso admitirlo, lo entiendo, especialmente viviendo en una ciudad como esta donde todo el mundo prácticamente come, duerme y respira ambición, pero ahí lo tienes.

Respiro hondo, intentando evitar que continúe la perorata. Pero fracaso y más palabras salen a borbotones.

—Digo, es curioso, ¿no? Que la gente sienta que todo el mundo tiene que tener grandes ambiciones. Siendo realistas, no todo el mundo puede ser un CEO, pero se supone que todos debemos querer serlo, se supone que debemos aspirar a ello. Y si no lo hacemos, entonces se nos ve como perde...

—¿No tienes un botón de apagado? —pregunta Pierre, pero no de una manera insultante. Todavía suena divertido, pero también casi... ¿fascinado?

—Desafortunadamente no —le digo—. Mi dad solía decir que yo podía hablarle hasta por los codos a una chicharra. —Ante su mirada, aclaro—: Son unos escarabajos verdes grandes y solíamos tener un montón de ellos en el patio de nuestra granja durante el verano.

—Ya veo. —Sale de la ducha, por fin, y para mi alivio y mi decepción, toma una toalla y finalmente se la envuelve en la cintura —. Puedes contarme todo sobre eso en el desayuno.

¿Desayuno? —trago saliva.

—Ustedes comen eso en la granja, ¿no? —bromea y yo pongo los ojos en blanco.

—Por supuesto. Un buen y contundente desayuno es la piedra angular de cada día. —Es necesario para que el cuerpo se mueva y la mente se active.

Pero es difícil pensar en el desayuno cuando todo lo que quiero es comérmelo a él.

De camino a la salida, se detiene justo delante de mí y su cercanía me confunde tanto la mente que olvido todo lo que acababa de decir. Y se queda ahí el tiempo suficiente, sus ojos claros escudriñando mi rostro como si buscara... algo. No estoy segura de qué, pero la intensidad de su mirada hace que mi corazón se acelere mientras espero su próximo movimiento.

—Estás bloqueando la puerta —dice con una de esas medias sonrisas.

Una vez que las palabras atraviesan mi cerebro aturdido por la lujuria, mi cara se sonroja. —Lo siento. —Intento apartarme de un salto, pero entonces me golpeo la cabeza con un estante y, mientras me recupero, resbalo y casi acabo con el trasero en el inodoro.

—Qué ágil, Amy —me burlo de mí misma mientras él me atrapa y me endereza, y entonces algo sucede.

Se ríe. No como una risa educada, o una risa para disipar la incomodidad. Esta es una carcajada genuina, que le brota con eco, sus ojos arrugados en una auténtica alegría.

Y transforma su rostro en otra cosa. Me hace sentir como si todo el tiempo que hemos estado juntos solo hubiera estado mirando una máscara. No vi al verdadero él hasta este preciso momento. Es la primera vez que expresa una emoción verdadera hasta ahora.

Ya no estoy avergonzada. Estoy hipnotizada.

La risa no dura mucho, quizá diez o quince segundos como mucho. Pero se graba en mi mente, añadiendo más al enigma que es el hombre que está de pie frente a mí.

Me endereza, su mano sosteniéndome en mi sitio durante unos segundos. Y luego, sin esfuerzo, me levanta y me aparta. Mientras se dirige a su vestidor, me lanza una sonrisa por encima del hombro.

—Más vale que te prepares rápido. Es casi mediodía. A menos que ya no quieras ese contundente desayuno.

Con la cara acalorada, finalmente cierro la puerta y me meto a la ducha.

Después de que ambos terminamos de arreglarnos, bajamos. Al principio, creo que me va a llevar al restaurante del hotel para su bufé de desayuno, pero en lugar de eso, me guía hacia el estacionamiento donde un aparcacoches espera de pie junto al auto de Pierre.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—Ya veremos —dice Pierre guiñándome un ojo mientras se adelanta para abrirme la puerta.

Terminamos manejando en un cómodo silencio hasta un exclusivo lugar de brunch en el centro de la ciudad. Es uno de esos a los que las celebridades van a comer todo el tiempo, y Sav se ha propuesto como misión en la vida comer allí al menos una vez para ver de qué se trata tanto alboroto. Desafortunadamente, la lista de espera es de meses, y no pudo conseguir un lugar antes de irse de Nueva York para siempre.

—Sav se va a morir de la envidia —le comento a Pierre mientras me ayuda a salir del auto.

Pierre no dice nada, dedicándome una de esas miradas divertidas.

—Sav... ya sabes, mi amiga de pelo negro y vestido precioso, ha querido comer aquí desde hace años, pero nunca hay lugar. —Siento la necesidad de explicar—. ¿Tuviste que reservar con antelación? —Y si lo hizo, ¿con quién pensaba que estaría comiendo aquí? Ciertamente no conmigo, porque no nos conocíamos antes de ayer. —Tengo una reservación permanente —explica simplemente y me siento estúpida. Por supuesto. Este lugar está hecho para atender a los ricos y famosos, y él es definitivamente rico, si no famoso.

Esto se ejemplifica por el hecho de que la anfitriona ni siquiera le pregunta su nombre. Simplemente le echa un vistazo, asiente y luego saluda: —Bienvenido de nuevo, sir. —Se vuelve hacia mí con una sonrisa de servicio al cliente—. Señorita.

La saludo con un breve movimiento de mano. —Hola...

Una leve confusión cruza su expresión por un segundo, antes de que asienta y comience a guiarnos hacia el interior del restaurante. Es un lugar de brunch muy chic, con la estética de Instagram, flores surgiendo de las esquinas y un concepto de cocina abierta en el centro del espacio. Además del interior, tenían un exuberante patio al aire libre decorado con macramé y esculturas de cerámica. Mientras estiro el cuello para verlo todo, Pierre pregunta: —¿Adentro o afuera?

Tardo un segundo en registrar la pregunta. —Oh, adentro está bien.

La anfitriona asiente y nos lleva escaleras arriba a un asiento junto a la ventana con una vista impresionante, similar a la del apartamento de Pierre.

Después de que nos sentamos y nos dan los menús, Pierre dice: —Pide lo que quieras. A diferencia de la mayoría de estos locales sobrevalorados, la comida aquí es realmente fantástica.

—Es bueno saberlo —digo, aliviada.

Mientras ordenamos y conversamos, no puedo evitar mirar a mi alrededor un poco más, los delicados detalles de la decoración, las flores pintadas a mano en las paredes y la vajilla con relieve.

Normalmente no soy de esas, pero este lugar me da ganas de sacar el celular y tomar fotos. De la vista, de la comida.

Y especialmente de Pierre, que sigue mirándome con esa mirada insondable, haciéndome preguntar: ¿Qué está pasando aquí exactamente?

8

Pierre

Paso más tiempo viendo a Amy que comiendo mi propia comida.

Es que es involuntariamente graciosa y es súper cautivador ver sus reacciones y conocer sus opiniones sobre las cosas.

Por ejemplo, mira fijamente alrededor del edificio mencionando pequeños detalles de aquí y de allá sobre la decoración que yo nunca había notado, como que una de las esculturas en la esquina, un diseño geométrico abstracto sobre un tocón rústico, parece un matemático confundido obligado a hacer arte.

—Como si le hubieran dicho que tiene que crear algo para su clase obligatoria de arte, y él dijera: «Bien, aquí tienes un hexágono, gracias».

Me río entre dientes de su imitación del matemático gruñón y niego con la cabeza.

—Creo que pretende ser una representación en 3D de un Morellet —digo—. Y se supone que simboliza nuestro impulso eterno por comprender y formular nuestro mundo, desde lo básico hasta lo complejo. A los humanos nos gustan los patrones y nos gusta crear patrones con todo, incluso cuando los patrones son tan rebuscados que terminan confundiéndonos aún más. Parece algo que haría Gene Dubois, aunque no estoy del todo seguro de que sea él.

Cuando termino, ella parpadea y luego dice:

—Vaya. Eso fue sorprendentemente profundo.

—¿Sorprendentemente? —enarco una ceja y ella se sonroja mientras se apresura a disimular su metida de pata.

—Lo que quiero decir es que, pues, no pensé que lo describirías así. Suena como algo que diría un estudiante de arte.

Me encojo de hombros.

—Bueno, tomé algunas clases de historia del arte en la universidad.

—¿En serio? —la sorpresa vuelve a cruzar por su rostro—. Qué interesante. Nunca te imaginé de ese tipo.

—¿Entonces de qué tipo me imaginas? —pregunto, interesado en saber qué piensa cuando me ve.

—¿Honestamente? Mi primera suposición fue que eras una estrella de cine. Pero luego cambié de opinión cuando te vi vestirte hoy.

—¿Qué, no me visto como una estrella de cine?

—No, no es eso. Es solo que, sin querer estereotipar, siento que las estrellas de cine suelen ser muy particulares sobre cómo se muestran al público. O sea, nunca sabes dónde se esconde una cámara, ¿verdad? Así que, como alguien consciente de eso, habrías pasado más tiempo mirándote en el espejo, asegurándote de que tu cabello se viera bien desde todos los ángulos y que tu cara no estuviera demasiado hinchada. Pero apenas le echaste un vistazo al espejo antes de irnos, y no te has revisado desde que llegamos. Tampoco has mirado a tu alrededor, alerta por los paparazzi.

Asiento, algo impresionado por su perspicacia.

—Ok, descartado lo de estrella de cine. ¿Entonces qué crees que soy ahora?

Ella ladea la cabeza.

—Sabes, tienes el aplomo y el control de un corredor de bolsa. Como todos esos tipos de Wall Street que están todo el tiempo en sus teléfonos, hablando a gritos y dándole a los baristas órdenes odiosamente elaboradas en Starbucks. Ah, y siempre están tratando de hablarte de su más reciente negocio de criptomonedas o lo que sea y cómo les va a hacer ganar millones a ellos y a sus clientes, aunque nunca lo logran. Al menos no para sus clientes, porque de alguna manera siempre se las arreglan para dejarlos en la estacada justo antes de que todo se venga abajo.

Sonrío con ironía.

—Eso fue... descriptivo.

Un toque de desagrado convierte su labio en una mueca de desdén.

—Sí, digamos que tengo mucha experiencia con ese tipo. Y, diría que a primera vista pareces de ese tipo. Pero en cuanto a tu carácter, no eres como ellos. Eres más reservado... reflexivo.

—¿En serio? —la mayoría de la gente en mi vida nunca me llamaría reservado. Como casi siempre llevo puesta una máscara de extroversión, la mayoría me confunden con un completo fiestero.

Pero noto que no llevo esa máscara con ella. De hecho, me siento más yo mismo que en mucho tiempo, sobre todo porque siento que ella también está siendo ella misma. Con ella tampoco hay máscara, y no hay juicio en sus ojos, así que no siento la necesidad de llenar el silencio ni de interpretar una personalidad falsa con ella.

Mmm. Interesante.

Pienso en ello durante toda la cena mientras ella parlotea y yo la escucho divertido.

Una vez que terminamos, la llevo a su casa, a un pintoresco complejo de apartamentos en East Village. Allí, finalmente pregunto:

—¿Quieres cenar conmigo?

Inmediatamente después de que las palabras salen de mi boca, una alarma resuena en mi cabeza.

No sé qué me poseyó para invitarla a cenar. Normalmente no es así como funciona. Por lo general, alrededor del setenta por ciento de las veces, la mañana después del encuentro, la mujer ya se ha ido o se está preparando para irse para cuando me despierto.

Esa es una de las razones por las que investigo bien a mis conquistas y trato de elegir solo a mujeres que saben de qué va la cosa y que están tan dedicadas a su falta de compromiso como yo. A veces la cago y elijo mal, pero incluso en esas situaciones, solo suelen quedarse unos minutos más, hasta que menciono algo sobre ir al trabajo o que tengo que irme y entonces captan la indirecta. A veces se necesita más que eso, unas cuantas llamadas ignoradas y mensajes de texto frenéticos para que se den cuenta de lo que acaba de pasar. En esos casos, les envío un bonito regalo como agradecimiento por la noche, pero les dejo claro y firme que no habrá una segunda vez. Y luego, las cosas suelen quedar en silencio después de eso.

Pero de vez en cuando, si estoy disfrutando lo suficiente de la compañía de alguien, la llevaré a desayunar. A veces incluso a almorzar. En raras ocasiones después de eso, acordaremos otra fecha para vernos, generalmente una fecha lejana en el futuro cuando probablemente queramos volver a acostarnos. Y a veces les envío un mensaje de texto yo mismo para decirles cuándo y dónde quiero verlas.

Pero muy rara vez las invito a cenar. Cenar juntos es una actividad demasiado parecida a una cita y puede hacer que surjan expectativas donde no deberían. Pero por alguna razón, cuando el desayuno termina, no estoy listo para dejar de estar con ella. No quiero irme y es demasiado tarde para almorzar, así que las siguientes palabras que salen de mi boca son para invitarla a cenar.

Error de novato. Un error que alguien como yo no debería cometer. Pero incluso cuando sus ojos se abren como platos, sus mejillas se sonrojan y baja la mirada con timidez, no me retracto. No puedo obligarme a hacerlo. Simplemente no quiero.

«Claro», dice ella. «Una cena sería encantadora».

«Genial». Tomo su mano, sosteniendo su mirada mientras la llevo a mis labios para rozar el dorso. Veo visiblemente cómo su pulso se acelera y eso me envía olas de placer. «La esperaré con ansias».

Ella asiente y luego salgo del auto para abrirle la puerta.

—Qué caballero —bromea, con los ojos brillantes mientras sale del auto.

—Siempre —rozo mis labios contra su mejilla y observo su pulso agitarse cuando retrocede. También la observo mientras sube los escalones hacia su apartamento. Se da la vuelta una vez que está arriba y me saluda con la mano de nuevo—. Adiós.

Tan linda.

Una sonrisa se extiende por mis mejillas y le devuelvo el saludo.

—Adiós.

Mientras entra a la casa, creo ver que las cortinas se mueven, lo que sugiere que alguien nos estaba observando. Pero no me importa. Todo lo que siento es un latido de anticipación en la sangre al pensar en volver a verla.

Es solo el sexo, me digo a mí mismo mientras doy la vuelta hacia el lado del conductor. *Solo quieres tener sexo salvaje y loco con ella otra vez.*

Sí, eso es cien por ciento verdad. Pero tal vez también disfruto de su compañía. Tal vez es agradable y cálido pasar el rato con ella y relajante estar con alguien cuyos pensamientos secretos no tengo que descifrar. Tal vez tampoco haya nada malo en eso.

Mientras ella no empiece a confundir este... interés temporal con algo que no es, entonces todo debería estar bien.

Mientras enciendo mi auto y empiezo a salir del estacionamiento, suena mi teléfono. El identificador de llamadas aparece en la pantalla del tablero, y contesto con el clic de un botón en mi volante.

«¿Lo hiciste?», llega una voz tensa.

«Buenos días a ti también, Dad», digo divertido. Mi padre no es de saludos, especialmente cuando está tan ansioso por algo.

«No me jodas, Pierre. Dime si conseguiste la cuenta de ese imbécil».

Hago una mueca ante la imagen, sintiendo que los últimos vestigios de calidez abandonan mi cuerpo. Me deslizo sin esfuerzo de vuelta al modo de empresario implacable.

«Todavía no», digo, y cuando mi padre maldice, le recuerdo: «Estas cosas llevan tiempo. No puedo forzarlo o saldrá corriendo como un conejo, especialmente dado lo desconfiado que ya se siente. Su dad acaba de morir y es como si todos los buitres hubieran salido de la nada tratando de aprovecharse». Y yo. Yo soy uno de esos buitres.

«Sí, pero Lancaster y Crowley ya están presionando fuerte al chico y si no nos movemos rápido, esos dos tiburones se lo van a comer antes que nosotros».

Suspiro y me pregunto por qué mi padre siempre ve las cosas como un juego de suma cero, como si siempre tuviera que haber un ganador y un perdedor, y tuvieras que ser el tiburón más grande y comer antes de que te comieran. Quiero decir, claro, en muchos sentidos, tiene razón, pero también hay más matices. A veces, no tienes que ser el tiburón más grande, solo el más inteligente.

«Lancaster no tiene nada de tacto», le digo a mi padre. «Borman se dará cuenta de sus intenciones y no querrá trabajar con ellos. Y Crowley es un idiota que no sabe ni dónde está parado. Incluso si consigue la cuenta, no podrá conservarla. Paciencia, Dad. La conseguiremos. Estas cosas llevan tiempo».

Mi dad suelta un suspiro y entiendo su frustración. Sé lo que le preocupa. Hasta ahora hemos perdido tres de nuestras cuentas más grandes debido a algunos cambios internos. Las luchas internas entre los accionistas con respecto a la dirección de la empresa y el más reciente ataque al corazón de mi dad fueron las principales cosas que asustaron a la mayoría de ellos, además de todos los cambios que hice para revolucionar la empresa con la adición de los modelos predictivos y tal, que no entendieron. Así que, en resumen, un montón de clientes vieron todo el movimiento y la inestabilidad y buscaron una salida.

Mientras mi dad trabaja en retener a algunos de nuestros otros clientes, yo estoy trabajando en conseguirnos nuevos. Una cuenta como la de Borman sería enorme y exactamente lo que quiero. A nivel personal, es el cliente perfecto. Es inteligente, pero también es lo suficientemente inteligente como para saber cuándo quitarse de mi camino y dejarme hacer mi trabajo.

Voy a conseguir esa cuenta de Borman, llueva o truene. He pasado demasiado tiempo investigando al chico como para no hacerlo y, la verdad, he estado investigando durante mucho más tiempo de lo que mi padre siquiera sabe. Sabía que algunas de nuestras cuentas más antiguas se opondrían a la idea de mi nuevo modelo meses antes de que lo hicieran, así que personalmente busqué algunas cuentas que ocuparían su lugar. La de Borman es solo una de ellas. Si no funciona con él, que lo hará, entonces hay varias otras direcciones que esto puede tomar.

«Esto tiene que funcionar», dice mi padre con gravedad, «No te das cuenta de lo en números rojos que estamos sin eso».

«Funcionará», digo. «Ten un poco de fe. ¿Alguna vez te he fallado?».

Él duda antes de admitir a regañadientes:

—No.

—Exactamente. Y no voy a empezar ahora.

Después de colgar, el resto de la jornada laboral la paso en varias reuniones, apagando más de un incendio y, en general, haciendo más relaciones públicas y contactos. Para cuando llego a casa, alrededor de las siete de la tarde, estoy cansado hasta los huesos, y el agotamiento se filtra por todo mi ser. Pero por alguna razón, me doy una ducha y empiezo a ponerme mi ropa de salir de todos modos.

Tengo una mañana temprano mañana y toneladas de trabajo que hacer esta noche y lo inteligente en este punto sería cancelar la cita. Y probablemente no volver a verla nunca más, porque tampoco tengo tiempo para una aventura prolongada.

Pero en lugar de eso, aquí estoy, vistiéndome. Y luego le envío un mensaje para avisarle que estoy a punto de ir a recogerla. Cuando responde con una carita sonriente, siento un murmullo inexplicable de placer en mis entrañas que tengo que sacudirme de encima.

Esto es solo sexo y compañía, me recuerdo.

De camino a recogerla, siento un cansancio profundo en los huesos y casi me arrepiento de todo esto.

Pero cuando llego y ella sale con un hermoso vestido azul que se amolda a su cuerpo, todo mi cansancio se desvanece.

Vale la pena, y no me arrepiento de nada.

9

Amy

En cuanto entré al departamento, me vi rodeada al instante por Sav, Mel y Grace. Me acorralaron contra la puerta y me bombardearon con preguntas que se mezclaban tanto que no podía entender ni jota de lo que decían.

Me metí dos dedos en la boca y silbé fuertemente una vez para que se callaran. Luego levanté ambas manos.

—Retrocedan, todas —digo mientras contemplo sus expresiones entusiastas—. Apenas tengo espacio para respirar. Sí, sé que quieren saber cómo fue, y yo también me muero por contarles, pero no puedo hacerlo si me desmayo por falta de oxígeno, ¿o sí? Así que todas para atrás, siéntense y les contaré todo.

Se miraron entre ellas y luego corrieron en grupo a sus asientos, ya sea en el sofá o en el suelo, empujándose y dándose codazos por conseguir un lugar. Esperé a que se acomodaran y, una vez que lo hicieron, parpadearon hacia mí con la expectativa y los ojos bien abiertos de unos cachorritos recién nacidos a punto de ser alimentados.

Solté un bufido.

—Sí, pasé la noche con él —empecé—. Sí, estuvo bien. Muy bien, de hecho. Desayunamos y luego me trajo a casa.

Mel fue la primera en levantar la mano, y yo puse los ojos en blanco y dije: —Mel, no estamos en una clase. No tienes que levantar la mano para hacer una pregunta.

—¿Qué tan grande la tiene? —dijo sin rodeos, haciendo que Grace jadeara y Sav asintiera de acuerdo.

—No puedes preguntarle eso. —Grace sonaba escandalizada.

—Ay, por favor, ¿vas a fingir que no hablamos de eso ayer? ¿Y toda la mañana? Para que conste, yo pensé que probablemente

estaba un poco por encima del promedio, Grace pensó que era promedio y Sav cree que es grande.

—Enorme —dice Sav, asintiendo—. Tiene esa energía de estar bien dotado.

Negué con la cabeza. —¿En serio se pasaron toda la noche hablando de eso?

—Por favor, no te hagas la importante. Hablamos de eso como diez o quince minutos después de que te fuiste y luego cada una se fue con su respectivo ligue de la noche.

—Ellas dos sí —dice Grace, señalando a las otras mujeres—. Yo solo bailé con unas cuantas personas atractivas y luego me fui a casa sola.

—Porque es una buena chica de iglesia —dice Sav.

—No, porque el único chico con el que quería ligar anoche resultó ser casado.

—Ohhh. —Todas hicieron una mueca y le lanzaron miradas de disculpa—. Qué horrible.

—Sí, lo siento, Grace —digo—. Qué mal plan.

Ella se encogió de hombros. —Son cosas que pasan. No pude ver la marca del anillo de bodas en el antro, pero la vi clarísima bajo las luces de la calle. E intentó venderme un cuento de que estaba separado y que su esposa era una perra. Sí, claro, mister, como si hubiera nacido ayer.

—Hombres —Mel negó con la cabeza con asco, y todas la imitamos con la cabeza.

—Bueno, ahora responde la pregunta —dice Mel, volviendo su rostro hacia mí de golpe.

Siento el sonrojo subiéndome por la cara mientras la clara imagen de Pierre duchándose aparece en mi mente. También la imagen de él embistiéndome, partiéndome en dos, por detrás en el antro y luego de frente cuando estábamos en su habitación.

—Oh, Dios, mírale la cara —se ríe Mel—. Tenía razón, ¿verdad? La tiene enorme. Lo sabía. Ya sabes lo que dicen de los franceses.

—¿Cómo sabes que es francés? —pregunta Grace.

—Se llama Pierre. Obvio, Grace, ¿reprobaste francés?

—No seas mala, Melissa. Sabes que llevé español en la prepa.

Mientras discuten sobre eso, me dirijo a la cocina a por un café porque, sinceramente, todavía me siento emocionada por todo lo que pasó anoche y no me siento del todo despierta todavía. Siento que todavía estoy atrapada en un cuento de hadas, y que todo lo que pasó anoche fue un sueño. Y no puedo hacer que mi cuerpo se despierte ni se asiente en la realidad.

El sexo con Pierre fue lo más intenso que he experimentado en mi vida, y no puedo creer que realmente lo hiciera.

Y voy a verlo de nuevo esta noche. El placer me recorre. No puedo esperar.

Paso la primera mitad del día con mis chicas comiendo papitas y viendo la tele. Y luego tomo mi computadora portátil y empiezo el proceso de incorporación al trabajo. Empezaré en Friedman e Hijos el lunes y, aunque no estoy necesariamente emocionada, estoy preparada para dar lo mejor de mí de todos modos, lo que significa planificar con antelación.

Y si hay algo en lo que soy buena, es en planificar y organizar.

A medida que se acerca la noche, la anticipación comienza a resonar en mi sangre. A las cinco y media, me levanto y digo: —Mmm, voy a darme una ducha. Tengo que ir a un sitio esta noche.

—¿A dónde? —pregunta Sav, y hago una mueca. Esperaba que ella y Mel no se quedaran para no tener que explicar a dónde iba, pero hoy parecía ser un día de quedarse en casa para ellas dos. E incluso si no estuvieran aquí, Grace tiene la boca muy grande, así que probablemente les diría que salí de todos modos.

Bueno, más vale que lo suelte todo ahora y acabe con esto.

—Una cita —digo, tratando de decirlo de manera despreocupada e informal. Pero eso hace que Sav frunza el ceño.

—¿Con quién? ¿Pierre? —La pregunta hace que Mel, que está en la mesa del comedor con su computadora, estire el cuello para mirarme.

—Mmm, sí —digo y ahora Grace también me está mirando, sin pestañear—. ¿Hay algún problema con eso?

—No, por supuesto que no —se apresura a decir Sav—. Es solo que... como que pensábamos que esto era cosa de una sola vez. O al menos de un solo día.

Me encojo de hombros. —Bueno, el día aún no ha terminado. Y no le pusimos exactamente una etiqueta, pero podríamos salir unas cuantas veces más. —Al menos Pierre dio la impresión de que quería volver a verme. Y yo definitivamente también quiero volver a verlo.

Mis palabras parecen preocupar a las chicas, que intercambian miradas para comunicar sus inquietudes. Y cuanto más intercambian esas miradas en silencio, más me irrito.

—¿A qué vienen esas miradas? Vamos, chicas.

—Es solo que... —empieza Grace—. Bueno, preguntamos por Pierre y también le preguntamos al cadenero que nos dejó entrar. Según él, Pierre aparece de vez en cuando con una chica guapa diferente y se va con ellas, o con otra persona. Pero nunca ha vuelto allí con la misma chica dos veces.

Me encojo de hombros. —¿Y qué? No es como si pensara que era un sacerdote o algo así.

—Es solo que... no es precisamente material de novio. Y tú no tienes experiencia con las aventuras de una noche, así que no queremos que te confundas, te hagas ilusiones y salgas herida.

—Ay, vamos, ¿creen que soy tan ingenua? —pongo los ojos en blanco hacia ellas—. No soy ingenua, chicas. Sé lo que es esto.

—¿Lo sabes? —dice Mel tentativamente.

—Por supuesto. Es una aventura. Ustedes las tienen todo el tiempo.

—Sí, pero tú no; y no sabemos si conoces las reglas del juego —dice Sav—. A veces, no es solo que el tipo sea un imbécil. A veces simplemente hay reglas implícitas que no entiendes. Y algunos tipos son tan encantadores que podrías sentir la tentación de olvidarlas. Especialmente al principio de la relación, un tipo puede ser súper dulce y decir y hacer todas las cosas correctas y, antes de que te des cuenta, tus sentimientos se están involucrando. Y luego, al final, cuando te aplican la ley del hielo, te rompen el corazón y te das cuenta de que te engañaste a ti misma. Esa es una de las realizaciones más dolorosas que se pueden tener.

—Eso no va a pasar.

—Sabemos que no decimos que vaya a pasar. Pero tienes un corazón tan grande y esa es una de las cosas que amamos de ti. No

queremos que ese gran corazón tuyo se rompa de nuevo.

—No lo hará —digo—. E incluso si lo hace, no soy una niña. Sé cómo manejarlo. —Estoy tratando de no frustrarme ni ponerme borde. Sé que mis amigas tienen buenas intenciones y han sido un poco más protectoras después de todo lo que pasó con Charles, pero deberían saber que no soy el angelito inocente que creen que soy.

—Es más fácil cuando es solo una aventura de una noche que nunca vuelves a ver —continúa Sav suavemente—. Cuando empiezas a cenar con ellos y a ir a desayunar, es cuando se complica.

—Lo entiendo, Sav, de verdad. Pero solo me estoy divirtiendo ahora mismo. Prometo que no me enamoraré de él ni nada de lo que ustedes creen que pasará.

—De acuerdo —sonríe Sav—. Entonces diviértete montando ese caballo mientras puedas.

Niego con la cabeza y me sonrojo al recordar el caballo de Pierre. Y luego me meto en el baño compartido para ducharme y prepararme.

Me pruebo varios vestidos para la cita, pero la mayoría son descartados por mis chicas por ser demasiado o demasiado poco. Finalmente, me decido por un vestido largo, azul y con la espalda descubierta del armario de Sav, que me hace parecer una princesa. Para realzar la imagen de princesa, Sav también me ayuda con el maquillaje y sugiere que me recoja el pelo en un moño.

Por supuesto, sigo su consejo, porque Sav tiene razón en todo lo que se refiere al aspecto. Para cuando terminamos, me veo realmente bien, si se me permite decirlo, y me admiro en el espejo durante varios segundos.

Y luego llega la espera. Me siento en el sofá mientras el tiempo pasa y el sol se pone, y todavía no hay noticias de Pierre. Por un segundo, me pongo nerviosa. Empiezo a pensar que tal vez mis chicas tenían razón y me está dejando plantada.

Pero entonces recibo un mensaje de texto suyo diciéndome que está en camino y el alivio me inunda.

Treinta minutos después, Mel mira por la ventana y anuncia: —Amy, creo que tu cita está aquí.

Me levanto y ella me sonríe. —Esta vez vino en un Bugatti. Auto sexy para un hombre sexy.

—¿Cómo me veo? —les pregunto un poco ansiosa. Pasé los últimos minutos sentada en el sofá trabajando en mi computadora y me preocupa que se haya arrugado el vestido.

—Te ves bien —me asegura Grace—. Como Anne Hathaway en *El diario de la princesa*.

—Espectacularmente hermosa, entonces.

—Ya lo sabes.

Respiro hondo y Mel anuncia: —Ya sale del coche.

—Vale, yo también salgo. —No quiero que mis amigas lo embosquen de nuevo, así que salgo deprisa antes de que pueda subir las escaleras. Y nos encontramos a medio camino.

Me sonríe. —Hola.

—Hola —digo nerviosamente, admirando lo bien que se ve con una camisa negra de botones, pantalones negros y un reloj Rolex, con el pelo alborotado alrededor de su cara de nuevo. Mi corazón empieza a latir el doble de rápido, e intento recordar el consejo de mis amigas. *No sientas demasiado. No te hagas expectativas. Tómatelo con calma, sin complicaciones.*

—¿Lista para irnos? —pregunta.

—Sip. —Prácticamente chillo.

Una vez que estamos en el auto y él está saliendo, noto algunas cosas más sobre Pierre que se me habían pasado.

Primero, sus hombros tienen tensión y los rota varias veces para quitársela.

Además, sus ojos tienen un cansancio que no estaba allí esta mañana. Y bosteza una vez mientras maneja, lo que no creo que sea porque esté aburrido de mi compañía.

Parece agotado.

Debe estar cansado del trabajo. Y aun así vino a nuestra cita. A pesar de mis propias advertencias, mi corazón revolotea de todos modos.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —digo.

—¿Cuál?

—¿Qué tal si en lugar de ir a donde sea que me quieras llevar, vamos a tu casa?

Él enarca una ceja. —¿Quieres ir a mi casa?

—Sí —digo y me mira. El calor brilla en su expresión y tira de mis entrañas. Claramente, tiene una suposición sobre lo que vamos a hacer una vez que lleguemos a su casa.

No me molesta que tenga esa suposición, sobre todo porque su mirada le hace cosas a mi interior. Llegamos a su casa, que resulta ser una casa adosada justo en West Village. Mientras que el exterior es el clásico de ladrillo rojo y mármol, el interior tiene la misma elegancia chic que el *ático*, con detalles minimalistas a excepción de unas cuantas esculturas más pequeñas que acentúan el espacio.

Realmente le gusta el arte, me doy cuenta. Se nota de inmediato al entrar en su lujoso apartamento. Lo primero que me llama la atención son las líneas claras y limpias y la elegancia discreta de todo. En lugar de opulencia, elige piezas discretas y colores apagados. Y tiene pequeñas chucherías artísticas aquí y allá, como un coche rojo de época sobre el mueble de la televisión y una pequeña pintura abstracta en la esquina de la habitación. A primera vista, parecen colocadas arbitrariamente, pero una vez que miras con atención, te das cuenta de que prestó una cuidadosa atención al detalle y colocó las piezas en posiciones que equilibrarían el peso de la habitación para que ningún lado estuviera demasiado cargado.

—Muy buen gusto —digo mientras entramos, el sonido de nuestros pasos resonando en los suelos de mármol.

—Gracias —dice.

—Ahora siéntate.

Esta vez levanta ambas cejas.

—Lo siento —digo—. Eso fue mandón, ¿no?

Una sonrisa aparece lentamente en su rostro.

—No me molesta lo mandón —dice y luego se dirige con aire despreocupado hacia el sofá, sentándose y reclinándose en él.

En lugar de sentarme a su lado, me coloco detrás de él y deslizo mis manos por su cuello hasta sus hombros.

—Ahora, Pierre —digo con la voz ronca porque no puedo tocarlo sin que el deseo se dispare dentro de mí—. Prepárate para el masaje de tu vida.

10

Pierre

Segundos después, el placer se derrite en mis huesos mientras las dulces manos de Amy se hunden en los músculos de mi nuca. Un gemido se me escapa de la garganta cuando sus manos encuentran un nudo especialmente difícil y lo trabajan con una maestría que me sorprende.

—¿Dónde aprendiste a hacer esto? —le pregunto.

—En algunos videos de YouTube —dice—. Aprendí por mi cuenta a dar un masaje de cuerpo completo.

—¿Aprendiste por tu cuenta?

—Sí. Aprendo muchas cosas sola —dice con naturalidad, y mi mente deja de funcionar de nuevo cuando baja más, presionando sus nudillos en otro punto rígido.

—Dios —susurro—. Tiene un don para encontrar los puntos más contracturados y simplemente presionar con una fuerza que debe de venir de haber trabajado en una granja en algún momento. Es perfecto.

Cierro los ojos y dejo caer la cabeza en el respaldo. Más gemidos retumban en mi boca; cuanto más me masajea el hombro, mejor me siento. El ciclo constante de presión y liberación, dolor y placer, me relaja y convierte mi cerebro en papilla. La pesadez hunde mi cuerpo aún más en el sofá y su voz suena como si viniera de muy lejos.

—¿Lo estás disfrutando?

—Creo que si lo disfrutara más, estaría muerto. —Mi voz no parece la mía. Suena lánguida, arrastrándose por mis cuerdas vocales. Ella se ríe por lo bajo y me la imagino riendo mientras continúa con el masaje.

No estoy seguro de lo que pasa, pero la siguiente vez que abro los ojos, está claro que he estado dormido durante un buen rato.

Vuelvo en mí lentamente, mi cuerpo demasiado flojo y relajado como para entrar en pánico. Abro los ojos parpadeando y contemplo la oscuridad al otro lado de los ventanales que van del techo al suelo. ¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?

Un cuerpo cálido se acurruca contra el mío, bajo la mirada y sonrío. Todo vuelve de golpe cuando veo el pelo oscuro extendido sobre mi brazo, sus pestañas apoyadas delicadamente en sus mejillas y su boca ligeramente entreabierta mientras duerme.

Me estiro y le aparto suavemente el pelo para poder verle mejor la cara.

Qué linda. Y con las manos de una diosa.

Dios, ese ha sido el mejor masaje que me han dado en la vida, sin lugar a dudas. Debo de haberme quedado dormido en algún momento sin darme cuenta. Y en lugar de despertarme, me cubrió con una manta y se metió conmigo. También creí sentir sus labios rozarme la frente mientras dormía, pero no estoy seguro de si me lo imaginé. Tampoco estoy seguro de cómo acabó en mis brazos, pero me alegro de que lo hiciera y de que no se fuera, porque estoy disfrutando de abrazarla. Sobre todo de abrazarla con ese vestido despampanante con el que apareció.

Hasta aquí llegó nuestra cita, pienso con ironía. Pero también me pregunto si este era su plan desde el principio. Me miró de forma extraña en el auto antes de decirme que la llevara a mi casa. En ese momento, malinterpreté la mirada como deseo, pero ahora veo que probablemente era preocupación. Estaba preocupada por mí y básicamente canceló nuestra cita para que yo pudiera descansar un poco.

Eso es increíblemente dulce de su parte. No conozco a muchas otras que hubieran hecho lo mismo.

La miro fijamente un rato más, preguntándome qué es lo que tiene que me fascina tanto, que me atrae sin esfuerzo. Es guapa, pero no excepcionalmente, y es claramente inteligente, pero tampoco es eso.

Hay algo en ella, una esencia interior que aún no he descifrado del todo que me atrae. Me inclino y rozo mis labios contra los suyos, su aliento choca con el mío.

Perfecto, pienso, cerrando los ojos.

La acerco más a mí y me entrego al sueño una vez más.

***

Amy y yo nos vemos muchas más veces después de eso. Sobre todo para cenar cuando ambos terminamos de trabajar, pero a veces también durante el día. De vez en cuando, me tomo una tarde libre en el trabajo para verla, y otras veces planeo viajes de fin de semana para llevarla a The Vineyard o Long Island. A veces incluso la llevo de compras y disfruto viéndola probarse ropa y comprándosela a pesar de sus protestas.

Y de alguna manera, mantenemos esto durante tres semanas. Tres semanas enteras, que es más tiempo del que he estado con ninguna amante. Maldición. Sé que no debería alargar esto. La verdad es que sigo sin tener tiempo para ella, pero es como si mi mente convenientemente se olvidara de todo esto y simplemente quisiera divertirse.

Y no puedo negar que me estoy divirtiendo con ella.

Por desgracia, la diversión tiene un límite de tiempo que se acerca rápidamente cuando mi padre se entera de lo que está pasando.

Me hace una visita un sábado por la mañana, golpeando mi puerta como si hubiera un incendio en algún lugar del edificio. Entraría en pánico, excepto que lo ha hecho suficientes veces como para saber inmediatamente que es él. Por suerte, esta no es una de las mañanas en las que Amy se quedó a dormir, lo cual es un golpe de suerte porque hacer que ella conociera a mi dad sería una pesadilla.

Mientras los golpes continúan, me tomo mi tiempo para salir de la cama, bostezando y estirándome pacientemente antes de salir de mi habitación. No hay necesidad de apurarse. Ya sé lo que me espera al otro lado de la puerta, incluso antes de abrirla.

—¿Tienes novia? —pregunta mi dad en cuanto abro la puerta. Su voz es hostil, su mirada penetrante. Su pelo se eriza alrededor de su cabeza de una manera muy a lo Einstein.

Me apoyo en la pared y lo examino. —¿Sabes, dad? A tu edad, se supone que debes descansar más o menos. Tienes los ojos inyectados en sangre. ¿Has dormido?

—Cómo se supone que voy a dormir cuando mi empresa se está derrumbando frente a mis narices. —Pasa a mi lado, irrumpiendo en mi sala de estar—. Mientras tanto, mi hijo está muy ocupado con su nueva relación como para preocuparse.

Suspiro. —Estás siendo dramático, Dad.

—¿Lo estoy? —Entrecierra los ojos—. He oído que te tomaste el fin de semana libre la semana pasada y fuiste a Long Island con ella. Y has estado saliendo del trabajo antes de las seis todos los días para cenar con ella y saliendo para almorzar también. Jesús, te estás comportando como un cachorrito enamorado. Nunca antes habías hecho nada de eso.

Me encojo de hombros. —Para esa hora ya he terminado la mayor parte de mi trabajo. No veo cuál es el problema.

—El problema es que hay mucho en juego. ¿Necesito recordártelo? ¿Y recordarte que todos los problemas de nuestra empresa empezaron porque alguien se distrajo demasiado con una mujer?

Suspiro. Aunque mi padre está siendo histriónico como de costumbre, tiene razón en una cosa. Amy ha estado desviando parte de mi atención del trabajo y no puedo permitirme eso ahora mismo.

Por muy desagradable que sea, tengo que romper con ella.

—No, padre —digo, con la amargura revolviéndose en mis entrañas—. No necesitas recordármelo. Lo entiendo.

11

Amy

Sé cuándo es el principio del fin.

Puedo sentirlo en todas las llamadas perdidas, los mensajes secos y la conversación que se va apagando. Pierre ya no me busca y, las pocas veces que lo hago yo, la conversación es corta y al grano. Ya no tenemos más citas, no me invita a cenar y desayunar para hablar. No más noches de sexo alucinante. Todo eso desaparece en una semana y entonces tengo que aceptarlo con amargura en mi corazón.

La aventura terminó.

Vaya. Es tarde en la noche cuando de verdad caigo en cuenta, y me doy la vuelta para mirar el techo y tratar de ordenar mis ideas. Vi venir esto pero, al mismo tiempo, no. Sabía que terminaría en algún momento, me preparé para ello...

Pero no puedo negar el dolor en mi pecho al pensar que nunca lo volveré a ver.

Dios, ¿eso es todo? ¿Un final tan abrupto para algo que apenas comenzaba? ¿Sin un cierre? ¿Nada?

Digo, pensé que habría alguna advertencia o algo así. Sab describió el final de su relación sin compromiso como un distanciamiento lento después de una discusión que tuvo con su pareja, pero también me dijo que no siempre sucede así. Me advirtió que tuviera cuidado porque podría no verlo venir. Todo podría parecer perfecto y luego, en un instante, todo se desmorona.

Incluso con eso, pensé que notaría algún cambio en su comportamiento. Pero no. La semana pasada todo estaba bien. Me besaba lentamente en su auto como si nunca quisiera parar. Me hacía el amor casi todas las noches. Pasábamos los fines de semana juntos e íbamos de viaje a la finca de su familia.

Y luego, esta semana, silencio total.

De repente, el dolor enciende una ira que ruge dentro de mí. ¿Qué pasa con los hombres de esta maldita ciudad? ¿Acaso la palabra «cortesía» no existe para ellos? ¿Cómo puedes terminar con alguien y ni siquiera avisarle?

Al menos, podría haber tenido las agallas para decirme que ya no quería verme, pienso con fastidio. En lugar de hacer que lo buscara una y otra vez, preocupada de que pudiera estar enfermo o muerto y que por eso no me hablara.

En cualquier caso, ni siquiera puedo culparlo. Yo misma me metí en este lío y si así es como suelen ser las cosas, entonces supongo que no me puedo quejar.

Pero si este es el tipo de dolor al que conduce una aventura, entonces puedo ver por qué mis amigas estaban preocupadas. No volveré a hacer esta estupidez nunca más.

Intento aguantármelo y no pensar en ello. Afortunadamente, tengo mucho trabajo para distraerme. Mi nuevo empleo es en una empresa de gestión de eventos y me lanzan directamente al meollo del asunto desde el segundo en que llego. El sueldo es decente, pero no si consideras el hecho de que estoy haciendo el trabajo de tres personas por menos de la mitad del salario. Glen, mi boss, tiene suerte de que sea tan buena para hacer varias cosas a la vez, pero por supuesto, eso solo hace que me dé aún más trabajo. A veces parece interminable, y llego a casa exhausta todos los días de esa semana.

La peor parte es que, como la empresa está en Manhattan, tenemos muchos clientes de alto nivel y a veces alguien entra con un traje de Armani o un Rolex, o un Ferrari pasa por la calle y me acuerdo de él una vez más. Una chispa de esperanza me hace pensar que tal vez vino a buscarme, solo para que se desvanezca cuando levanto la vista y veo que no es él.

Y mi corazón se estrujará con anhelo y algo que se parece demasiado a un corazón roto para mi gusto.

Para ya, me advierto a mí misma una vez que me encuentro soñando despierta con Pierre de nuevo en el trabajo. *No eres una niñita ingenua. Sabías que terminaría, y aunque nunca lo*

discutieron, sabes que era una aventura. Las chicas te lo advirtieron y les aseguraste que estarías bien. Así que no tienes derecho a tener ni un poco el corazón roto.

Pero saber algo mentalmente y sentirlo son dos cosas diferentes.

Mi ira hacia Pierre y hacia mí persiste, y una inusual melancolía se instala en mí, quitándole la alegría incluso a las cosas que solía disfrutar, como la jardinería, la cocina y leer un buen libro. Todos esos pasatiempos ahora me recuerdan a él, porque hablé con él sobre ellos largo y tendido. Hacerlos me recuerda sus comentarios ingeniosos. De alguna manera, siempre tenía algo divertido y perspicaz que decir, cuando no estaba silenciosamente pensativo.

Recuerdo haber pensado que la próxima vez que nos viéramos, quería prepararle algo rico para cenar en lugar de que me llevara a algún sitio.

Y nunca tuve la oportunidad de hacerlo. No me dio la oportunidad.

Dios, mis pensamientos se habían vuelto ridículos. Nos conocemos desde hace un par de semanas y sueno como una colegiala enamorada. Esto es exactamente lo que temían las chicas. Y tenían razón.

Probablemente sea bueno que lo haya terminado tan rápido y sin piedad. Si hubiera durado más, podría haberme enamorado de verdad de él para fin de mes.

Después de la estresante semana, intento desestresarme viendo la televisión en casa el fin de semana. No ayuda.

Suspiro mientras miro sin ver los fuegos artificiales que explotan en la pantalla. No tengo ni idea de lo que estoy viendo. He estado desconectada desde el principio.

Sav regresa con sus palomitas y se desliza en el sofá a mi lado.

—¿Estás bien? —pregunta. Es la única que queda en el departamento después de que Mel y Emma se fueran a sus respectivos estados anoche. Fue una despedida llorosa llena de muchos sollozos, muchas risas y promesas de vernos pronto. Eso es otra cosa que se suma a mi tristeza. Sabrina se va mañana por la noche y eso probablemente me sumirá en otro caos de emociones.

Luego, tengo un mes para mudarme a mi nuevo departamento de una habitación que es más pequeño que un armario de escobas.

—Sí. Es solo que... las voy a extrañar, chicas. Y a este departamento. —Apenas estoy cayendo en cuenta de que no las volveré a ver tan seguido. Nunca más seremos el cuarteto inseparable que éramos en la universidad y, con el tiempo y las crecientes responsabilidades, solo nos distanciaremos más y más. Y en lugar de pasar mis últimos días absorbiendo todo el tiempo que pude con ellas, lo pasé en una aventura con un imbécil al que ni siquiera le importa terminar las cosas conmigo en persona, o con un maldito mensaje.

Uf, qué estúpida soy. Cuanto más lo pienso, más me enojo.

—Vendremos a visitarte seguido —dice Sab, extendiendo la mano para apretar la mía—. Tú también puedes venir a visitarnos.

—Claro. Cuando consiga un trabajo que me dé para algo más que vivir al día, entonces me compraré un boleto de avión. —Suspiro, dándome cuenta de lo sarcástica que sueno—. Lo siento. Estoy irritable sin razón y no te mereces eso. Simplemente ignórame.

—Claro. —Me lanza una mirada cómplice—. ¿Estás segura de que es sin razón?

Me encojo de hombros. —Como dije, estoy muy triste porque ustedes se van.

—Ajá. No, te creo, es solo que no has dejado de mirar tu teléfono y suspirar desde hace una semana.

Me sonrojo. Maldita sea, pensé que estaba siendo discreta con eso. Me giro hacia ella, molesta por haber sido descubierta.

Ella sonríe y levanta la mano a la defensiva. —Oye, no iba a decir nada, pensando que se te pasaría. Pero si quieres hablar de ello...

Niego con la cabeza. —No quiero. —No había nada de qué hablar sobre Pierre y yo. Nos estábamos divirtiendo juntos y ahora no. El momento pasó y volvemos a ser dos extraños que no saben nada el uno del otro.

¿Alguna vez lo supimos? ¿Algo de eso fue real?

Puedo oír a Sab pensar y tengo la sensación de que va a ignorar mis deseos y hablar de ello de todos modos. Compruebo que tengo

razón dos segundos después cuando dice: —No es tu culpa.

—Lo sé.

—Sí, sé que lo sabes, pero solo quiero reiterarlo. A veces, te sentirás sola y tu mente empezará a preguntarse qué hiciste mal. Querrás buscarlo para tener un cierre. Mantente fuerte y no lo hagas. Solo te hace parecer patética y, créeme, a él no le importa. Porque no hiciste nada malo. Y en cierto modo, él tampoco, a menos que haya sido un completo imbécil al respecto. Es simplemente la naturaleza de una aventura que, en un momento u otro, tiene que llegar a su fin.

—¿Sin siquiera un mensaje? —Las palabras brotan de mi boca, y me vuelvo para mirarla, sus palabras retorciendo el cuchillo en mi pecho—. ¿Ni siquiera un «bueno, fue divertido pero tengo que irme a la mierda a hacer otra cosa así que supongo que nunca te volveré a ver»? ¿Ni siquiera eso? ¿Solo silencio total?

Las cejas de Sabrina se alzan con sorpresa y pregunta: —¿No te envió un mensaje?

Niego con la cabeza, apartando la mirada y ya arrepintiéndome del arrebato. —No. Simplemente desapareció de la faz de la tierra, para nunca más ser visto, probablemente. —Y recién me doy cuenta de lo mucho que no sé de él. Ni siquiera sé dónde trabaja o cuál es su apellido. Y me obligo a no buscarlo.

—Maldición. —Niega con la cabeza—. Algunos tipos son así. No les gusta la confrontación y les parece demasiado tedioso, así que en lugar de tener una conversación directa contigo, simplemente desaparecen. Pero no pensé que fuera de ese tipo. Parecía tener más agallas que eso.

Hablar de su pene no me hace sentir mejor porque, a pesar de lo enojada que estoy con él, todavía siento una punzada de deseo en mi vientre. Y por mucho que me avergüence decirlo, si me llamara ahora mismo y se disculpara, no estoy segura de que no volvería corriendo con él solo para poder tener otra dosis, como una adicta.

Jesús, así que así es como las mujeres se obsesionan con hombres a los que no les importan un bledo. Resulta que somos criaturas muy simples. Una aventura vertiginosa con un amante

increíble puede hacernos perder la cabeza por completo, justo como me ha pasado a mí. ¿Cómo lo llamaba Mel?

Cierto, idiotizada por el miembro.

—Estarás bien, Amy —dice Sab con una sonrisa—. Confía en mí. Dolerá por un tiempo, y podría parecer que nunca conocerás a otro tipo que pueda hacerlo por ti tan bien como él, pero te garantizo que hay muchos peces en el mar. Este fue solo el más reciente después de una racha de sexo horrible con tu ex.

Uf. Hablando de Charlie, no he pensado en él en semanas, lo cual es agradable porque cuando rompimos por primera vez, era en lo único que podía pensar. En un momento, pensé que nunca lo superaría, pero lo hice. Y ahora aquí estoy, obsesionada con otro tipo.

Definitivamente necesito abstenerme de los hombres por un tiempo hasta que ponga mi cabeza en orden.

Pero recordar eso me demuestra que Sabrina tiene razón. Superaré a este también. Solo necesito poner las cosas en la perspectiva correcta.

—¿A qué hora es tu vuelo? —le pregunto, necesitando cambiar de tema.

—A las dos de la tarde. —Mira alrededor del lugar que hemos compartido durante los últimos cuatro años, con tantos recuerdos incrustados en él. Se ve dolorosamente vacío sin las cosas de las otras chicas—. Voy a extrañar este lugar.

Suspiro, sintiendo ya las ganas de llorar. —Sí, yo también.

***

Justo como esperaba, lloro cuando Sabrina se va. Nos abrazamos por lo que parecen horas en el aeropuerto y ella me besa en la mejilla y dice: —Estarás bien, ¿de acuerdo? Eres más fuerte de lo que crees.

—Eso espero —respondo con una vocecita, llorosa. Lloro también de camino a casa, y para cuando llego, me doy cuenta de que tengo un dolor de cabeza punzante. Intento dormir para que se me pase, pero no funciona.

El dolor de cabeza persiste intermitentemente durante la mayor parte de la semana, a pesar de cuántas pastillas de Tylenol me tomo. Y la intensidad de mi horario tampoco lo mejora.

Finalmente, visito una clínica de urgencias para averiguar qué está pasando. Después de hablar brevemente con un doctor y someterme a una extracción de sangre, vuelvo a casa, esperando noticias sobre un virus o algún tipo de tumor.

En cambio, me llama más tarde con noticias aún más impactantes.

—Creemos que el dolor de cabeza es inducido por el estrés —dice—. Pero también podría haber factores coadyuvantes que lo causen, según los análisis de sangre.

—¿Factores coadyuvantes? —pregunto.

—Sí —continúa—. En este caso, un embarazo.

12

Pierre

Tres años después....

—... y entonces, durante la próxima semana, nos centraremos en estas diez cuentas de las que acabo de hablar —concluye James, mi asistente personal—. Y vamos a deshacernos de estas otras cuentas. Como ya hemos discutido, no están alcanzando nuestro umbral mínimo de gasto, y se sospecha que la segunda es una actividad fraudulenta. Con la tercera es simplemente un fastidio trabajar debido a la insistencia del CEO's en microgestionar. Insiste en aumentar sus acciones de Machiavelli Chain, que tienen un rendimiento inferior en un cinco por ciento, y simplemente hay demasiada volatilidad en el mercado en este momento como para que nos arriesguemos con eso. También estamos cambiando más nuestro enfoque de la energía renovable, que predecimos que disminuirá en las próximas semanas, a la tecnología, que ha continuado su tendencia al alza, y a la atención médica, que se ha mantenido estable. —Pasa a la siguiente diapositiva—. Estas son las nuevas propuestas de inversión y vamos a diversificar a nuestros clientes en todas ellas. Además, nuestra inversión colectiva en la marca de Baschiorr va a aumentar en un treinta y cinco por ciento, lo cual es un salto enorme, pero coincide con la predicción de nuestro modelo de una explosión en sus ventas la próxima semana.

Me mira al final de su presentación como si buscara mi aprobación. No se la doy. En cambio, me quedo mirándolo fijamente, preguntándome si no ve el fallo en su propia presentación.

James ha sido, de lejos, uno de los mejores asistentes que he tenido, pero incluso él tiene sus fallos; fallos que he pasado por alto

o manejado en su mayor parte. Pero ya no puedo seguir haciéndolo. Este no es el tipo de puesto en el que pueda darme el lujo de consentir a nadie, incluso si quisiera. Lo cual no quiero. No me convertí en el hombre más poderoso del mundo en tres años por tener un corazón de oro, y no soy un boss cruel, pero sí uno estricto.

—¿Alguna pregunta? —recorro con la mirada la sala llena de gerentes de cuentas sénior de la empresa. Se miran entre ellos y luego me miran a mí. No saben si es una pregunta trampa o no. Probablemente pueden notar que algo en la presentación me está molestando, pero ninguno está seguro de qué es, y ninguno quiere arriesgarse a hacerme enojar con respuestas estúpidas. No es que yo fuera a gritar o a hacer alarde de mi poder. Simplemente, ese no es mi estilo.

Pero si me hacen enojar lo suficiente, simplemente me desharé de ellos. Sin preguntas, sin una conversación real. Solo un despido rápido y una generosa indemnización.

Nadie quiere ser despedido de la principal firma de corretaje del mundo. No con lo mucho que se les paga y todas las ventajas que obtienen.

Así que nadie responde a la pregunta hasta que un alma valiente levanta la mano.

Asiento con la cabeza para que empiece a hablar.

—¿Qué hay del escándalo de Baschiorr que estalló anoche? —dice—. ¿Consideró eso?

James mira hacia atrás y el error se vuelve evidente para él. Su rostro palidece al instante y luego se sonroja. Es obvio que no lo tuvo en cuenta, ya sea porque no lo sabía o porque lo olvidó. De cualquier manera, inaceptable.

Sus ojos vuelan hacia mí y empieza a tartamudear. —Ah, sí. Ahora lo veo. Sí, fue culpa mía. Pero en realidad no cambia mucho la conclusión. El escándalo es relativamente menor y pasará en una semana más o menos.

James intenta parecer sereno, pero por su sonrisa parece que está a punto de orinarse encima. Y yo ni siquiera he dicho una sola palabra todavía. Simplemente lo estoy mirando fijamente, tratando de decidir qué hacer con él.

Por un lado, tiene razón en que su error no habría supuesto una gran diferencia en la conclusión general. Seguiremos aumentando nuestras inversiones en Baschiorr, solo que con un margen menor. Por otro lado, su error es bastante obvio y el hecho de que no se diera cuenta significa que no estaba prestando suficiente atención. Y si esto hubiera sido una presentación frente a clientes o accionistas, habría sido potencialmente humillante y habría puesto en duda mi liderazgo.

Porque incluso después de años de ser CEO, de conseguir no solo la cuenta de Borman sino otras diez grandes y exitosas, después de disparar nuestras ganancias y consolidarnos como la principal firma de corretaje del país, ciertos miembros de la junta todavía tienen mierda que decir sobre el hecho de que soy tan joven y estoy al mando.

En parte se debe a que ya tenían planes sobre quién se suponía que tomaría el relevo después de que mi padre tuviera que retirarse. Un montón de ellos querían que fuera el autoproclamado tiburón de la industria, Monty Myers. Pero Myers no es ni de lejos tan inteligente como yo y no es tan bueno como yo en lo que hago. No es que yo sea arrogante o lo esté menospreciando. Es bueno, pero es bueno de la misma manera en que la mayoría de los demás corredores son buenos.

Él no es yo.

No es un planificador obsesivo y casi psicótico hasta el último detalle.

No será capaz de mantener el éxito que hemos tenido hasta ahora. Así que no importa cuánto quieran lloriquear al respecto, no me voy a ir a ninguna parte.

Actualmente no tienen el poder para destituirme, pero odio darles a esos viejos bastardos algo válido que usar en mi contra, incluso algo tan pequeño como un error de cálculo.

—Lo siento —dice y eso me irrita aún más. Debe estar más nervioso de lo normal hoy, porque ya debería saber cuánto odio las disculpas. *No lo sientas. Sé mejor.* Ese es el lema de todos mis empleados. La mejor disculpa que pueden dar es simplemente no volver a cometer el mismo error.

—Eso es todo, James —digo, y él traga saliva con fuerza antes de volver a tomar asiento.

Una vez que lo hace, el resto de las presentaciones se reanudan. Sigo observando a James de vez en cuando, notando algunas cosas más. Sus ojos se mueven por la habitación varias veces y hay una gota de sudor que no se ha limpiado de la cara. Está inusualmente distraído. También hay un par de gemelos nuevos en su traje.

Una por una, todas estas cosas significan muy poco. Estamos teniendo un verano cálido. Podría haber decidido irse de compras.

Pero ayer tuvimos un día cálido y él nunca había estado tan sudoroso e incómodo. También hoy se siente un poco más nervioso. No llamaría a James precisamente imperturbable, pero no tiene una constitución nerviosa.

Y los gemelos no son de su estilo. Son unos gemelos de John Miorre, una pieza de diseñador particularmente desconocida. Alguien como James ni siquiera sabría por dónde empezar a buscar eso y probablemente preferiría un obvio Van Cleef o St. Laurent. No hay forma de que los haya comprado, así que tendría que ser un regalo. Repaso en mi mente su lista de amigos y concluyo que ninguno de ellos le habría hecho ese regalo.

Tampoco su esposa, a quien le gustan aún más las marcas llamativas que a él.

Es un regalo de alguien con mucho dinero y mucho gusto, probablemente de la vieja guardia, que ha estado en el negocio lo suficiente como para haber vivido el apogeo de Miorre y su posterior retirada de la fama. Probablemente alguien que piensa que los regalos son la manera de sellar un trato de negocios.

Sonrío. *Ah, James, estúpido necio.*

A medida que las presentaciones concluyen rápidamente, me levanto y James aparece inmediatamente a mi lado, leyéndome lo que tengo a continuación.

—Tiene una reunión con Stamford and Sons —dice mientras salimos por las puertas corredizas de cristal de la gran sala de conferencias—. Así como una cita con su padre...

—Cancele eso —digo—. Mi padre y yo ya hablamos por teléfono esta mañana y no hay razón para que nos veamos más de una vez

al mes. Adelante mi cita de las dos en su lugar. Y también prepare un paquete de indemnización.

—¿Para quién, sir?

—Para usted.

Se queda paralizado en seco, lo que me hace detenerme también mientras me giro para observarlo. El resto de los empleados pasan a nuestro alrededor de camino a su oficina, lanzando miradas curiosas y ligeramente compasivas. Le dedico una sonrisa de tiburón.

—Si es por la presentación, sir, lo siento mucho. Esta mañana yo...

—No me importa —digo—. Y no es por la presentación. Es por los gemelos.

El poco miedo que se asoma detrás de la confusión en sus ojos me convence de que estoy en el camino correcto.

—¿Los gemelos?

Camino hacia él lentamente, observando cómo su rostro palidece aún más mientras retrocede.

—No pensó que no me enteraría, ¿verdad? Es especialmente audaz de su parte llevarlos al trabajo, lo que significa que debe pensar que soy estúpido. Lo que también significa que es usted mucho más tonto de lo que le había dado crédito en el pasado.

—No, sir —niega con la cabeza desesperadamente—. Yo nunca... quiero decir, me temo que no tengo idea de lo que está hablando. Los gemelos —los mira—, solo fueron un regalo de un amigo.

—¿Cuál de sus amigos? —pregunto—. Damon, Peter, Zane, Cole...

No sé por qué parece tan sorprendido de que mantenga una lista detallada de todos sus amigos. Incluso sin que él me lo diga, es algo que puedo averiguar con bastante facilidad y algo que necesito saber sobre el hombre que trabaja más cerca de mí.

—Ninguno de ellos le habría dado ese regalo —digo.

—Fue un nuevo amigo —intenta, pero incluso en sus ojos puede ver que ya lo han atrapado.

Sonrío.

—Espero que valiera la pena —le digo mientras me alejo.

El cansancio me recorre la espalda mientras entro en mi alta oficina, con paredes de cristal que dan a las nubes. *Otro que muerde el polvo.* Por curiosidad, me pregunto cuánto le ofrecieron para que me espiara. Ya le estoy pagando cerca de un millón de dólares al año, así que tuvo que ser más que eso. Al último asistente le ofrecieron diez millones, y esa me parece una cantidad respetable. Cualquier cosa menos habría sido insultante.

No siento ira por el giro de los acontecimientos, solo decepción. Hace mucho que perdí la fe en la gente.

En segundos, llamo por teléfono a mi director de operaciones, Trey.

—Voy a necesitar un nuevo asistente.

Él se ríe. —¿Tan rápido? Pensé que este podría durar un par de meses esta vez.

—Yo también lo pensé.

—¿Y qué fue? ¿Demasiadas horas extras? ¿Se cansó de tener que leerte la mente todo el tiempo?

—Más bien que Myers lo alcanzó.

—Oh.

—Sí. —Monty ha estado tratando de infiltrarse en mi equipo sénior durante mucho tiempo, plantando espías aquí y allá. Con qué fin, no lo sé. Por lo general, no me importa. Me da igual. Pero ahora me molesta que tengamos que pasar por el proceso de contratar a un nuevo asistente. Pensé que no tendría que hacer eso por un tiempo.

Mientras estoy al teléfono con Trey, la puerta de mi oficina se abre de golpe y un frenético James entra como una tromba.

—Lo siento —dice—. Pero no lo entiende. Necesitaba el dinero. Hicimos algunas malas inversiones y estoy hundido en deudas.

La ironía de que alguien que trabaja para mí haga una mala inversión no se me escapa. Sonrío.

—Íbamos a perder la casa —añade como si eso fuera a significar algo para mí.

—Su falta de una gestión financiera adecuada no tiene nada que ver conmigo y no es mi problema. Ahora salga de mi oficina, antes de que haga que seguridad lo saque a rastras.

Su rostro se descompone, luego se tensa. La ira brilla en sus ojos. Por un segundo, me pregunto si va a saltar sobre el escritorio y estrangularme. Sería divertido verlo intentarlo.

Pero no lo hace. En cambio, dice: —Solo quiero que sepa que este es el peor trabajo que he tenido y que usted es un imbécil desconsiderado salido de las entrañas del infierno.

Mi sonrisa solo se ensancha. —Es bueno saberlo. —Supongo que no tiene ningún plan de volver a trabajar con ninguna firma de corretaje en la ciudad, viendo que está quemando todos sus puentes. Pero también tengo contactos en el extranjero que pueden hacerle la vida miserable.

Pero probablemente no lo haré. No tengo tiempo para eso.

Después de su pequeño berrinche, sale furioso. Me vuelvo a poner el teléfono en la oreja.

—¿Oíste eso? —pregunto.

—Sí. —Trey suena como si se estuviera riendo—. Y yo que pensaba que tu última secretaria era emocional. Al menos ella tenía la excusa de estar embarazada de dos meses.

—Sí. Se acabaron los graduados blandengues de la Ivy League —le digo—. Consígueme a alguien con inteligencia, integridad y una voluntad de hierro. Tiene que quedar al menos uno de esos en esta ciudad.

13

Amy

El agotamiento recorre mis huesos y me deja sin fuerzas mientras escribo con el teléfono apoyado en la oreja para escuchar los dictados nocturnos de mi boss.

—Creo que la Mrs. Wentworth podría estar ahí —dice—. La conocí en la fiesta de Noho y me dijo que estaría en la ciudad por unos meses, por lo menos, haciendo algunas compras. Creo que su marido le está poniendo los cuernos de nuevo, pobrecita, y está decidida a llevarlo a la bancarrota. Se lo tiene bien merecido. En fin, la invité a la fiesta, así que tienes que asegurarte de que el prosecco sea de primera calidad y que no pare de fluir. Ya sabes cómo le gusta a esa mujer su vino blanco, específicamente esa marca. A mí todo me sabe igual, pero ella insiste en que puede notar la diferencia.

—Sí, sir —lo interrumpo antes de que pueda continuar con su divagación, como suele hacer cuando no me meto—. ¿Y eso sería todo? —Es una indirecta sutil, que se supone que le recordará lo tarde que es para que pueda concluir esta conversación en poco tiempo.

Por desgracia, o decide ignorar la indirecta o simplemente no le importa, porque continúa como si nada.

—Hay una cosa de la que no estoy seguro —continúa—, y es cómo coordinar la gala submarina al mismo tiempo que se celebra el espectáculo musical. Ah, y también si tener una máquina de clima para interior o para exterior.

¿Qué tal ninguna de las dos? Mi fastidio sube de nivel, pero me muerdo la lengua. Ha sido uno de esos días. Corriendo constantemente de un lado a otro por el trabajo, reuniones interminables y recogiendo pedidos. Mi horario de trabajo terminó

oficialmente hace tres horas y, aun así, a mi boss le pareció bien llamarme a las ocho de la noche, cuando se suponía que debía estar durmiendo, para molestarme con una lista exagerada de cosas que necesita para su próxima fiesta. Y yo, la idiota complaciente que soy, contesté la llamada.

Estúpida, murmuro para mis adentros, pero no hay nada que hacer al respecto. Si no hubiera contestado, mañana tendría que escucharlo quejarse. Una de las condiciones que se establecieron para que yo obtuviera el beneficio de trabajar desde casa es que tengo que estar disponible en todo momento.

Énfasis en «todo».

Quizá sería mejor si me pagaran horas extras, pero la última vez que siquiera saqué el tema, actuó como si fuera una ofensa personal.

—¿Horas extras? —preguntó—. ¿Para qué? Trabajas menos que mi anterior asistente por más dinero.

Lo cual era cierto. Y al principio estaba muy agradecida porque me pagaba más que en mi último trabajo en la empresa de gestión de eventos en la que estuve hace dos años.

Me «robó» descaradamente de ese trabajo, cuando acababa de terminar mi licencia por maternidad, ofreciéndome el doble de lo que me pagaban.

—Tus habilidades se desperdician aquí —dijo—. Eres tan buena en la multitarea, y tan inteligente. Te iría mejor y ganarías más dinero trabajando como mi asistente personal. Y el horario también es más flexible.

El horario flexible fue lo que me convenció. Quería pasar el mayor tiempo posible con mi bebé y también quería quedarme en casa con ella. Así que di el salto de la gestión de eventos a trabajar para el analista de riesgos al que, por alguna razón, le gustaba planificar fiestas elaboradas para sus clientes.

Fue un pacto faustiano y lo he estado pagando desde entonces.

—Creo que eso es todo por ahora —dice finalmente—. A menos que se te ocurra algo más que haga de esta fiesta un exitazo.

Estoy empezando a odiar la palabra «exitazo» por la frecuencia con que la usa. Luther es unos diez años mayor que yo, pero actúa

como si tuviera diez años menos. —No, creo que todo lo que ha mencionado debería hacer que sea una fiesta muy exitosa.

—¿Verdad? ¡Ah! Y con todos los fuegos artificiales del final, siento que tenemos un *exitazo* literal entre manos. —*Ahí está esa estúpida palabra otra vez.*

Me muerdo la lengua y siento que mis labios se tensan incluso mientras finjo reírme.

Considerándolo todo, no es un boss terrible. No es un microgestor y es más bien un tipo que ve el panorama general, dejándome a mí la logística de cómo hacer realidad su visión. Tampoco grita ni menosprecia a sus empleados. Y me deja quedarme en casa con mi hija.

Es mucho mejor que mi último boss y con lo que me pagan, ya no tengo que vivir en un apartamento del tamaño de una caja de fósforos.

Pero con la subida de los precios en la ciudad, y sin tiempo para conseguir un segundo trabajo, no sé cuánto tiempo más podré aguantar sin un aumento.

Hasta ahora, mis padres me han estado ayudando mucho con el cuidado de la niña, pero me siento fatal echándoles mis responsabilidades encima. Se supone que están disfrutando de su jubilación en Boca, no lidiando con mi pequeño «error».

Aunque nunca considero de verdad a mi hija un error.

Es perfecta, un pequeño manojo de alegría, una de las pocas luces de mi vida.

Pero su llegada significa que no tengo tanto lujo como antes para saltar entre puestos y por eso me quedo con Luther, sobre todo.

Mamá y Dad quieren mudarse a Boca a finales de año. Así que tengo que averiguar qué voy a hacer después de eso. Por mucho que odie la idea de estar lejos de ella, tengo que considerar la guardería, que puede ser cara. Mi sueldo actual, aunque suficiente por ahora, no va a alcanzar.

—Bien, eso es todo por esta noche, entonces —dice Luther por fin—. Muchas gracias, Ames. No sé qué haría sin usted.

—De nada —digo y luego, cuando él cuelga, suspiro. Me reclino, me trueno el cuello y me paso una mano por los ojos cansados.

Dios, ya estoy agotadísima. Y todavía me queda mucho trabajo que hacer esta noche.

—¿Mami?

Me giro para mirar a la niñita que se asoma desde nuestra habitación. Su frondoso cabello castaño ha sido peinado y recogido en dos coletas a los lados de su cabeza, sus ojos grandes y curiosos. Al instante, todo mi agotamiento se desvanece.

Abro los brazos y ella se acerca dando tumbos, sobre sus piececitos. La tomo en mi regazo, abrazándola con fuerza, inhalando su suave y empolvado aroma infantil.

—¿No puedes dormir, cariño? —le pregunto y Tamara niega con la cabeza, jugueteando en silencio con los botones de mi blusa.

—Me dijiste que me leerías un cuento para dormir —murmura.

—Ah, es cierto, te lo prometí. —Y estoy tratando de acostumbrarme a cumplir las promesas que le hago a mi hija, pase lo que pase.

Así que, a pesar del agotamiento que siento y de todo el trabajo que me queda por hacer, levanto el trasero y llevo a mi pequeña de vuelta a su dormitorio. Después de acostarla en la cama, voy a su pequeña estantería y ojeo los libros de tapa dura.

—¿Qué tal *La ovejita negra*? —pregunto, y ella asiente. Debo de haberle leído ese libro unas veinte mil veces, pero sigue siendo su favorito.

Me acuesto a su lado y empiezo a leérselo. —Érase una vez una ovejita negra...

Mientras mi hija se acurruca a mi lado, mi voz la arrulla lentamente hasta dormirla, y hago un gran esfuerzo para no relajarme contra las almohadas de nuestra cama compartida y dormirme también. La tentación es tan fuerte que, una vez que estoy segura de que está dormida, no me permito quedarme como suelo hacer. Si lo hago, me voy a quedar dormida, lo sé. Así que rozo mis labios sobre su frente y me levanto de la cama, volviendo al sofá raído de la sala. Me siento en el suelo y apoyo mi laptop de nuevo en mi regazo, lista para volver al trabajo.

Me concentro, pero el agotamiento hace que todo me lleve más tiempo, ya que pierdo el foco con frecuencia. Unas dos horas

después, recibo una llamada de mi madre. Siento la tentación de no contestar, pero sé que eso solo la preocupará.

—Hola —digo, bostezando.

—Oh, Dios, cariño, suenas más agotada que tu padre después de ese torneo en el que no tenía nada que hacer. —Después de un ataque extremo de indigestión que mi padre estaba convencido que fue un miniinfarto, se ha convencido de que necesita hacer más con su vida de lo que ha estado haciendo. Ha empezado a hacer cosas más atrevidas, saltar de acantilados con sus amigos y hacer paracaidismo. También se ha convertido en un fanático de la salud que se apunta a casi todas las maratones de las que se entera.

Mi mamá la llama su crisis de tres cuartos de vida, pero le sigue la corriente la mayor parte del tiempo. Hasta que intentó comprarse un deportivo. Eso fue un no rotundo.

—Estoy bien —digo, porque puedo sentir la preocupación en su voz—. ¿Cómo están tú y Dad?

—Estamos muy bien, pero estamos preocupados por ti, cariño. También nos preocupa lo que harás cuando nos hayamos ido. ¿Estás segura de que no deberíamos quedarnos?

—Por supuesto que no —les digo.

Durante un tiempo, el sueño de mis padres ha sido jubilarse en Boca, y finalmente tienen la oportunidad de hacerlo este año, después de recibir una oferta por su casa. Se lo han ganado después de trabajar tan duro, no voy a quitarles ese sueño.

Además, sé que mi dad me guardaría rencor por ello, aunque no diga nada. Ya está enfadado por lo del bebé. No me malinterpretes, quiere a Tamara, pero no le gusta la situación que rodea su concepción y nacimiento. Nuestra relación ha sido tensa desde que le dije que estaba embarazada y que iba a criar al bebé sola.

—Pensé que te había educado mejor que eso —dijo—. No puedo creer que tú, de entre todas las personas, hagas esto.

Su voz atravesó mi corazón ese día y lloré durante días.

Y aunque al final se disculpó, gracias en parte a un regaño de mi madre, nunca hemos vuelto a ser los mismos.

—Estaré bien, mamá —le digo—. Tengo algo de trabajo que terminar. Te llamo luego, ¿de acuerdo?

Parece que todo el mundo quiere llamar esa noche porque ni cinco minutos después de mi madre, llamó Mel. Probablemente sea lo mejor. Estaba haciendo todo lo posible por no quedarme dormida sobre mi computadora mientras preparaba el expediente y cuando me puse el teléfono en la oreja, la voz de Mel fue como un chute de energía directo a mi cerebro.

—¿Lo viste?

—¿Ver qué?

—El mensaje que te envié esta tarde.

—Oh, lo siento. Apenas he tenido tiempo para limpiarme el trasero y mucho menos para leer mensajes.

—Y por eso quería que lo leyeras lo antes posible. ¿No viste el mensaje de seguimiento con docenas de signos de exclamación?

Casi le pregunto a Mel cómo espera que lea el segundo mensaje si no pude leer el primero, pero me limito a sonreír. Se necesita mucho para que Mel se excite tanto, así que anticipo que probablemente sean noticias alucinantes.

—¿Alguien se casa? —le pregunto mientras la pongo en altavoz para revisar mis mensajes. No es una posibilidad muy probable. Sab tiene un rollo intermitente con un compañero de trabajo, Mel ha renunciado a los amantes por el momento, y Grace tiene un novio que todas odiamos y que no parece que vaya a sentar cabeza con ella pronto.

Así que sí, una boda no está en los planes de nadie por ahora.

Mel resopla. —Para nada.

Abro los mensajes y me desplazo más allá de los otros mensajes sin responder para encontrar el de Mel. Al abrirlo, aparecen una serie de hilos de texto y enlaces de documentos reenviados por otra persona.

—¿Qué es esto?

—Un trabajo —dice Mel—. Una de mis amigas que trabaja para una empresa de reclutamiento en Nueva York me lo reenvió preguntándome si conocía a alguien que cumpliera los requisitos. Pensé en ti.

—Qué amable, pero Mel, ya tengo trabajo.

—No como este. Mira la paga. Creo que lo mencionó en el tercer mensaje.

Me desplazo hasta allí y encuentro la parte donde hablan de cuánto es el salario. Me quedo boquiabierta. Se me salen los ojos y parpadeo antes de volver a leerlo.

—¿Estoy viendo cosas?

—Nop —dice Mel—. Tuve exactamente la misma reacción.

—Son demasiados ceros —digo—. ¿Casi un millón de dólares? ¿Por ser asistente?

—Sí, pero al parecer el boss es un demente. Un verdadero negrero.

—Pues que traigan el látigo y me llamen esclava, porque con esa paga estoy dispuesta a hacer casi cualquier cosa que no implique un delito. —Lo pienso un poco—. Quizá delitos menores.

Mel se ríe, pero entonces, mientras leo los requisitos con más atención, me doy cuenta.

—Rayos, Mel, es una firma de corretaje. Y requiere un título en finanzas y al menos tres años de experiencia.

—¿Y qué?

—Pues que no tengo esas cosas.

—No importa. Eres la mejor persona para el puesto, y te he oído darle consejos financieros a tu boss un montón de veces.

—Dar consejos es diferente a tener un título.

—Tomaste un par de clases de finanzas en la NYU y las aprobaste con las mejores notas.

—Sigue sin ser lo mismo que tener un título.

—Solo hazlo —dice con severidad—. Estoy cansada de que ganes una miseria en ese trabajo tuyo mientras prácticamente llevas las riendas. Es hora de que prosperes y tengo un buen presentimiento sobre esto. Conozco a la señora de la contratación y ya hablé muy bien de ti.

Sonrío. —Gracias, Mel.

—De nada. Ahora pule ese currículum, envíalo y reza por un milagro. Te envío vibras positivas.

—Te quiero —le digo.

—Yo también te quiero.

Y parece que, de algún modo, las vibras positivas y las oraciones de Mel funcionan.

Presento la solicitud y trato de no pensar en ello. He aprendido a no esperar demasiado de la vida, así que no me hago ilusiones con nada tan increíble.

Así que me quedo totalmente sorprendida cuando recibo la llamada un domingo por la mañana.

—¿Ms. Mathews? Llamamos de Revenant Brokerage. Queremos invitarla a una entrevista mañana.

14

Pierre

—¿Para qué es esto otra vez? —le pregunto a mi COO, que está sentado frente a mí, recostado en el sofá de mi oficina. Muy poca gente puede estar tan relajada en mi presencia, pero nos conocemos desde la preparatoria, así que él está más acostumbrado a mí que la mayoría.

Por eso entró aquí sin tocar y me entregó un iPad sin más contexto.

—Es el primer grupo de candidatos que entrevistaremos mañana —dice—. Algunos son un poco poco convencionales, así que solo te lo advierto.

—Ah —. Normalmente, no me involucro mucho en el proceso de contratación. Ya tengo demasiadas cosas de qué preocuparme como para añadir eso. Pero después del fiasco de James, pensé que más me valía involucrarme más. Claramente, al equipo de contratación se le está pasando algo por alto si me siguen trayendo a gente que al final se convierte en un problema.

Y sé que yo no soy el problema. De ninguna manera.

Mientras continúo con el iPad, Trey pregunta—: ¿O no querías revisarlo?

—Por supuesto que no quiero, pero lo que yo quiero no ha importado desde hace tiempo —. Solo lo que tengo que hacer.

Hace una mueca de falsa lástima. —¿Aww, qué triste por ti. ¿El pobrecito niño rico necesita un abrazo o algo?

Le enseño el dedo medio y él se ríe entre dientes mientras empiezo a deslizarme por las solicitudes. La mayoría de las solicitudes son sólidas, pero solo me toma una fracción de segundo para descartar a algunas de ellas en mi mente. Una se ha mudado demasiado, lo que probablemente significa que no le gusta la

estabilidad. Otra habla demasiado bien de su empleo anterior, lo que significa que todavía existen lazos allí. Una de ellas es de Wharton. No hay más que decir.

Me detengo en una solicitud. Mis ojos pasan por encima de sus cualificaciones antes de llegar al nombre.

Amy Michaels.

Me quedo helado. Algo se oprime en mi pecho.

No es un nombre raro. Qué diablos, probablemente haya millones de Amy Michaels por ahí en la ciudad de Nueva York. Pero solo una de ellas importa. La Amy Michaels que conocí hace tres años.

Lo recuerdo como si fuera ayer, yo burlándome de Amy después de descubrir su nombre completo.

—Tus padres te pusieron dos nombres en lugar de un apellido —bromeé.

—No digas tonterías —se rio mientras me empujaba. Y entonces la atraje hacia mí y le borré esa sonrisa de los labios con un beso.

El recuerdo resuena en mi mente y lucho por recuperar la concentración suficiente para releer los puntos de su currículum de nuevo.

—No tiene un título en finanzas —menciono, mientras mi mente se pregunta si será mi Amy—. Y tampoco tiene la experiencia que requerimos.

—Sí, pero considera lo que sí tiene —sonríe—. Mira para quién ha estado trabajando durante los últimos dos años.

Echo un vistazo al nombre y levanto una ceja. —¿Luther Valdam?

—Sí.

Luther es un asesor de riesgos financieros, conocido por ser un tipo duro que consume asistentes más rápido que yo. Es bueno en lo que hace, y tiende a encontrar gente buena, pero no los retiene muy bien.

El hecho de que haya trabajado para él durante dos años habla bien de ella.

O podría significar que es una masoquista demente. De cualquier manera, debe ser buena en lo que hace.

—Luther y yo tenemos requisitos diferentes —digo—. Solo porque trabajó para él sin dificultad no significa que lo hará igual

conmigo.

—Justo —dice él—. ¿La quitamos de la lista entonces?

Sí. La palabra está en la punta de mi lengua. Pero no puedo dejar de pensar que podría ser Amy. La Amy que conocí trabajaba para una empresa de gestión de eventos y no hay mención de eso en su currículum. Aun así, no puedo dejarlo pasar.

—No —le digo finalmente—. Puedes entrevistarla —. Si no es Amy, entonces no será gran cosa de todos modos. Simplemente no la contrataré.

Por el resto del día, lo único en lo que puedo pensar es en las entrevistas de mañana. Incluso mientras trabajo, una constante anticipación y emoción zumban en mis entrañas.

Y luego, cuando al fin llega el día siguiente, no puedo evitar bajar a la zona de las salas de conferencias, donde están llevando a cabo una entrevista grupal.

En el segundo que doblo la esquina, la veo a través del cristal reflectante. El reconocimiento me golpea de lleno.

Es ella.

Se ve un poco diferente, con el pelo más corto, su cuerpo un poco más lleno y más cansancio en sus ojos, que antes eran grandes *y despreocupados. Pero todo lo demás en ella es tan familiar que duele.*

Realmente está aquí.

—¿Sir? —uno de mis empleados, probablemente de camino de vuelta a la sala de conferencias, se detiene para hablarme—. ¿Se encuentra bien?

—Bien —mascullo, molesto con el hombre por interrumpir mi examen de ella. O por intentar interrumpir, mejor dicho, porque todavía no puedo quitarle los ojos de encima. Han pasado tres años. Tres años deberían ser tiempo suficiente para olvidarla, para al menos atenuar esta necesidad instintiva que siento al mirarla.

No debería estar pensando en la forma en que sus ojos se arrugan en las esquinas cuando sonríe, la forma en que su cabello se extiende sobre mi almohada mientras grita en pleno éxtasis. No debería estar imaginando esas manos agarrando mi cabello mientras le como el coño, o clavándose en los músculos de mi espalda para

aliviar mi tensión y darme uno de los sueños más maravillosos de mi vida.

Todo eso debería ser agua pasada, pero incluso después de que nuestro *asunto* terminó, ha aparecido en mi mente más veces de las que puedo contar. Sobre todo en las primeras semanas, cuando tuve que luchar conmigo mismo para no llamarla e invitarla a salir de nuevo. Una vez tuve que tener una conversación honesta conmigo mismo para convencerme de no follármela una vez más.

Ella no se merecía eso, que la manipularan y jugaran con ella, así que resistí el impulso lo mejor que pude. Y funcionó, gracias a una disciplina ganada a pulso, pero mi éxito no me trajo ninguna alegría.

Algunas veces después de ese incidente, me sorprendí mirando su número en mi teléfono, pero no cedí al impulso de llamar. Incluso hace tan solo dos semanas, pensé en ella de nuevo, cuando alguien mencionó almorzar en Blue Roses, el lugar de *brunch* al que la llevé la noche después de que nos conocimos. Ya no como allí porque me recuerda demasiado a ella, algo que no puedo decir de ninguna otra amante que he tenido. No sé qué tiene ella que hace que sea tan difícil dejarla ir.

Quizás porque, y hay que reconocérselo, aceptó la ruptura con elegancia. No hubo un largo muro de texto diciéndome qué cabrón soy, aunque lo habría entendido si lo hubiera hecho. Me merecía eso y más. Pero no llama ni aparece en mi puerta, ni llora ni nada. Para mi sorpresa, simplemente acepta que se acabó y sigue adelante.

Y lo odié. Quería una excusa para volver a hablar con ella, quería que se pusiera en contacto para poder darme una razón para reunirme con ella y fingir que era solo para disculparme y darle un cierre, cuando en realidad era para satisfacer la necesidad infernal de ella. De hablar con ella. De follármela.

Finalmente logré borrar su número hace aproximadamente un año. Pensé que eso significaba que la había superado.

Pero verla de nuevo, a través del cristal, todo vuelve de golpe.

Está sentada escuchando atentamente al asistente de Trey y por un segundo de locura desearía ser yo quien estuviera allí dentro. Normalmente no realizo entrevistas. Mi tiempo se aprovecha mejor haciendo otras cosas importantes, pero de repente desearía estar a

cargo de llevar a cabo esta, solo para poder tener sus ojos intensamente sobre mí de nuevo.

Solo imaginarlo hace que se me agiten partes que creía muertas desde hace tiempo.

Sí, se me está poniendo dura mientras la observo escuchar al maldito *asistente* de mi COO.

Pierre, maldito loco.

Y lo que es aún más loco es que no me he follado a ninguna otra mujer después de ella. No por falta de intentos. Intenté seguir con mi vida, fui a fiestas obligatorias e incluso llevé mujeres a casa. Y nada. No se me ponía dura. No podía besarlas. Apenas podía mirarlas sin que una abrumadora sensación de que algo estaba mal me invadiera.

Sí, no sabía cuál era mi problema. Todavía no lo sé, pero decidí que tal vez era solo agotamiento por todo el estrés al que estaba sometido. O tal vez simplemente perdí el interés en el sexo.

No me he follado a una mujer en tres años. Eso es algo jodidamente inaudito para un hombre como yo. Pero es la verdad, y mi cuerpo no tarda en recordármelo mientras observo su lengua pasar distraídamente por su labio inferior.

Mi polla se sacude en respuesta.

Mierda, necesito controlarme.

De repente me giro hacia el empleado que sigue ahí de pie, deseoso de complacer. Estoy bastante seguro de que está en el equipo de contratación, ayudando a coordinar las entrevistas.

—Haz que la envíen a mi oficina cuando termine —le digo.

—Ehm, ¿a quién, sir?

Señalo. —A la mujer de la blusa azul.

—Por supuesto. ¿Hay alguna razón en particular?

—¿Necesito darte explicaciones?

Tiene la decencia de parecer avergonzado. —No, sir. Lo haré.

—Bien —. Me doy la vuelta para regresar a los ascensores, sintiendo un torrente de *algo* arremolinándose dentro de mí. Mierda, ¿qué estoy haciendo? ¿Por qué la estoy invitando a mi oficina? Diablos, ¿por qué vine aquí en primer lugar? ¿Por qué estoy tan malditamente feliz de que esté aquí?

Se supone que debo mantenerme alejado de ella, pero parece que no puedo evitarlo.

De vuelta en mi oficina, me siento en mi escritorio haciendo clic con mi bolígrafo una y otra vez. Esperándola. Se libra una guerra en mi psique. Hacerlo o no hacerlo. Miro por la ventana. Debería cancelar la reunión. Pero no me decido a hacerlo. Todo dentro de mí la anhela.

Es como una locura en mi mente, un impulso que necesita ser satisfecho.

He hecho todo lo que tenía que hacer. A lo largo de los años, he tenido un éxito que va más allá de la imaginación de mi padre.

He sacrificado todo por el trabajo. ¿No merezco algo por eso?

Claro, estoy demasiado ocupado para tener citas, pero nunca llegaré a un punto en el que no esté ocupado. Así que, ¿por qué no divertirme un poco mientras tanto? ¿Por qué no obtener finalmente el desahogo que se me ha negado durante tantos años?

Por otro lado, puede que ella no quiera saber nada de mí. Pero puedo convencerla, seducirla.

Sus suspiros resuenan en mis oídos ahora. Rememoro, recordando cada punto que debía besar para provocarlos, las partes que debía mordisquear para hacerla gritar. He reproducido escenas entre nosotros una y otra vez.

Lo hago ahora, cerrando los ojos mientras la lujuria anula el sentido común, la culpa que debería sentir. Solo quiero verla de nuevo. Mi mano desciende hasta mi polla, apretando la dureza allí y gimiendo.

Probablemente me dirá que me vaya a la mierda. O podría estar casada. Por vergonzoso que sea, esa segunda opción tampoco me detendría. Realmente no me importaría arruinar su matrimonio solo para tenerla.

Y si eso no te dice el cabrón egoísta que soy, no sé qué lo hará.

Si no quiere tener nada que ver conmigo, entonces obviamente voy a respetar eso.

Pero si existe la más mínima posibilidad de que pueda estar con ella de nuevo... Me lamo los labios, la anticipación palpitando en mi estómago. Me ajusto la polla dura, gimiendo ante la sensación.

Mierda, tengo cosas que hacer hoy. Trabajo que terminar. Esta es una distracción que no necesito. Masturbarme en mi oficina definitivamente no es lo correcto.

Pero la imagen de ella en mi mente permanece, no puedo evitar frotarme.

Afortunadamente, un golpe en la puerta me impide continuar. Quito la mano de mi polla y digo con voz sombría:

—Adelante.

La puerta se abre lentamente, con vacilación. Su boca ya está abierta en un saludo antes de que me vea.

Y la sonrisa de trámite se congela en su rostro.

15

Amy

No.

Esto no puede estar pasando ahora mismo.

Parpadeo para aclarar la vista, preguntándome por qué estoy viendo cosas, por qué me imagino a Pierre en la cabecera de la gran mesa de caoba ahora mismo.

Durante las primeras semanas después de que rompimos, de verdad lo veía por todas partes, tanto que pensé en ir a un terapeuta. Pero, por suerte, eso se desvaneció después de un tiempo.

Excepto que tal vez no, porque en este momento lo estoy viendo de nuevo, en lugar del CEO con el que se supone que me voy a reunir.

Y se ve tan real, tan lleno de vida. Parece mayor que la última vez que lo vi, aunque solo hayan pasado tres años. Quizás sea la dureza de sus rasgos, cuando antes eran más suaves y relajados, al menos a mi alrededor.

O quizás es la manera en que sus ojos penetrantes descienden sobre mí, abrasándome con la intensidad de una llama fuera de control. Esa intensidad solo aumenta a medida que se levanta de su escritorio y comienza a caminar hacia mí. Y entonces me doy cuenta de que no solo estoy viendo cosas, también las estoy oyendo. El raspado de la silla. Los golpes sordos de sus pies en la alfombra. Mi propia respiración agitada y mi corazón desbocado.

Oh, Dios mío. La revelación me golpea justo cuando el aroma de su colonia inunda mis sentidos.

Siento el calor de su cuerpo acercándose a mí, mientras estira el brazo para rodearme la cintura con él, metiéndome en la habitación y cerrando la puerta detrás de mí.

—Tú —jadeo.

—Yo —su voz es de alguna manera aún más profunda de lo que recuerdo, grave y ronca—. Sus ojos brillan amenazadoramente y sus labios...

Cuando mis ojos se posan en ellos, un gruñido grave retumba en su pecho, despertando un deseo como no había sentido en mucho tiempo. Tres años, para ser exacta.

A pesar de lo que dijo Savannah, nunca encontré a un hombre que pudiera despertar el deseo que Pierre despertaba y, para ser sincera, realmente no lo intenté. Aparte de algunas citas aquí y allá que ni siquiera llegaron a un beso, he pasado la mayor parte de mi tiempo libre con mi hija, tratando de ser la mejor madre posible. No he tenido sexo en tres años y la mayor parte del tiempo ni siquiera pienso en eso.

Pero ahora mismo sí pienso.

Es en lo único en lo que puedo pensar mientras su embriagador aroma inunda mis fosas nasales y su cuerpo duro roza el mío. El calor inunda mi coño y la lujuria se apodera de mi mente. No puedo pensar, apenas puedo respirar mientras su rostro se acerca, sus labios rozando los míos.

Y entonces susurra mi nombre contra mi boca. —Amy.

Estoy cautiva de un deseo tan fuerte que me hace temblar las rodillas. Extiendo la mano para agarrar su camisa, pero la idea de apartarlo nunca llega a materializarse.

Mi mente se dispersa cuando se inclina para lamer el lóbulo de mi oreja.

—Oh, Dios —un escalofrío recorre mi cuerpo, mis pezones se endurecen bajo mi blusa, mi sexo pulsa dolorosamente—. La humedad moja mis bragas, un rastro que baja por mis muslos. Mi clítoris se hincha mientras el deseo recorre mis nervios y su lengua le hace cosas perversas al lóbulo de mi oreja.

Y entonces se lo mete en la boca, haciéndome jadear de nuevo mientras intento no desmayarme de pura lujuria.

No estoy pensando en nada ahora mismo, excepto en ceder. Me está arrastrando hacia el fondo y quiero caer. De hecho, lo único que me mantiene en pie es su cuerpo contra el mío, los brazos que se

aprietan alrededor de mi cintura. Su áspero susurro resuena en mi oído mientras presiona su miembro contra mi estómago.

—Joder —masculla sombríamente.

Unos golpes en la puerta casi destrozan el momento, haciéndome sobresaltar.

—Pierre —pregunta una voz masculina—. ¿Estás ocupado?

El suspiro de Pierre choca contra mi piel y sus ojos brillan de ira cuando se echa hacia atrás para fulminar la puerta con la mirada, como si de alguna manera pudiera quemar a la persona del otro lado con sus ojos.

—Vete, Trey —su voz es un estruendo.

—Pero necesito hablar contigo. Hay un problema con uno de los equipos en la cuenta de Bergman y...

—Que. Te. Vayas —su tono deja claro que no está jugando ni está de humor para discutir.

Trey parece entenderlo y se calla al instante. En segundos, sus pasos se alejan lentamente.

Una vez que se ha ido, Pierre intenta reanudar la succión en el lóbulo de mi oreja, pero la breve pausa me dio tiempo para recuperarme de la conmoción y recobrar un poco los sentidos.

Pongo las manos sobre su pecho y lo empujo hacia atrás. O intento empujarlo, de todos modos.

Como no se mueve, suelto las palabras entre dientes. —Suéltame.

No lo miro a la cara cuando lo digo, asustada de que si lo hago, el deseo me hará flaquear de nuevo y le dejaré hacerme más cosas. Ya estoy tentada, malditamente tentada.

Pero me niego a ceder a esa tentación y tropezar dos veces con la misma piedra.

Tengo que pensar con el cerebro, no con el coño. No importa cuán tortuosamente difícil sea.

—¿Estás segura? —pregunta Pierre y su voz es pura seducción líquida. `

—Sí —la palabra es casi un suspiro y por un segundo me asusta que vaya a besarme de nuevo y que no sea capaz de resistir la atracción.

Estoy aterrorizada de que descubra mi farol.

Pero no lo hace. Da un paso atrás y me suelta, dejando un vago arrepentimiento revolviéndose en mis entrañas.

Finalmente lo miro, con el muy necesario espacio entre nosotros, y siento que mi corazón intenta arrancarse de mi pecho.

—¿Qué haces aquí? —mi voz es ronca y tengo que toser para aclararla.

—Trabajo aquí —dice—. O más bien, la dirijo.

Solo entonces se me ocurre.

Él es el puto CEO.

Cuando me dijeron que el CEO quería verme, pensé que era parte del procedimiento habitual de la entrevista. La entrevista grupal había ido bien y también las entrevistas individuales con el equipo de contratación sénior. Pero ahora el CEO se reuniría con nosotros uno por uno para determinar personalmente cuán preparados estábamos para el puesto.

Al menos, así lo vi yo.

Estaba nerviosa, pero emocionada por haber llegado tan lejos. Y aunque intenté no hacerme ilusiones, realmente rezaba por conseguir este trabajo.

Serían horarios similares a mi antiguo trabajo, sin el beneficio de trabajar desde casa. Pero con este puesto, puedo pagar una guardería y, no solo eso, puedo ahorrar suficiente dinero para permitirme estar desempleada durante unos años.

Si duro unos años, planeo ahorrar al menos tres millones de dólares y luego poner parte en el fondo para la universidad de mi hija. El resto serán ahorros, que nos sostendrán cuando finalmente renuncie a este trabajo para encontrar uno que me dé más tiempo para pasar con mi bebé.

Pero ahora ni siquiera sé para qué estoy aquí. Porque el CEO es el puto Pierre.

El hombre que se fue de mi vida sin mirar atrás hace tres años.

Y también el padre de mi hija.

16

Pierre

Observo mientras Amy cae en la cuenta, mientras se da cuenta de cuál es exactamente mi papel aquí. Un sonido ahogado escapa de sus labios. Le cuesta encontrar las palabras para hablar.

Mientras lo hace, la absorbo con la mirada. Entera.

No puedo creer que esté aquí, tan cerca de mí. Dios, se ve y huele exactamente como la recuerdo. Quizá no exactamente. Tiene el pelo más corto. Su cuerpo se ha rellenado de la mejor de las maneras; sus pechos y su trasero ahora son más de lo que podría abarcar con mis manos, una madurez inexplicable en su postura. Aparte de esas pocas diferencias estéticas, es la misma Amy que conocí. Los mismos ojos grandes y cándidos, hermosos incluso con las ojeras apenas cubiertas por el corrector. Sigue frunciendo los labios de la misma manera cuando piensa en algo con intensidad, y su cara todavía se sonroja con delicadeza desde el cuello hacia arriba cuando se avergüenza.

O cuando se enfurece.

Sus ojos también brillan con furia, y un jadeo indignado finalmente se escapa de su boca.

Mi mirada se detiene de nuevo en sus labios mientras el rubor furioso le sube por las mejillas y le inunda todo el rostro. Mierda. Debería haberla besado cuando tuve la oportunidad. A la larga, podría haberla enfurecido aún más, pero habría valido la pena en el momento, solo por tener la oportunidad de saborearla.

El estúpido de Trey se irá al infierno por interrumpir.

—¿Planeaste esto? —Su voz tiembla un poco cuando habla. No estoy seguro de si es por el deseo o por la furia. O por ambos. Probablemente por ambos.

—¿Planear qué? —pregunto porque no estoy seguro de a qué se refiere. No hay intrigas ni planes en mi cabeza. Normalmente, sí los hay. Típicamente, siempre estoy tramando algo, pero mi cerebro funciona en cámara lenta ahora mismo, nublado por la lujuria, agobiado por una necesidad tan embriagadora que se abre paso a través de mí, tensando mis músculos y drogando mis nervios.

Mi pene palpita con cada inhalación, y es una tortura saber que no podré hacer nada al respecto.

—Esto —explica abriendo los brazos a su alrededor—. ¿Me invitaste a esta entrevista solo para joderme?

Acaba de decir «joderme». El pene palpita de nuevo, el dolor es aún más agudo esta vez.

La palabra suena extraña en su boca. No suele ser del tipo que dice groserías. Solo la he visto decir groserías en dos ocasiones. Una vez, cuando estaba enfadada con un imbécil en un restaurante por ser cruel con la mesera. Él la estaba regañando por traerle la bebida equivocada.

Amy primero había intentado calmarlo y apaciguar la situación expresando empatía por su frustración, pero también recordándole que la mesera era un ser humano también y que los seres humanos cometen errores. Al imbécil no le importó y respondió despotricando más, lo que finalmente degeneró en que él tomara su bebida y se la arrojara a la cara a la mesera.

No creo haber visto nunca a nadie tan furiosa como Amy en ese momento. Pensé que le arrancaría la cabeza porque estaba lo suficientemente furiosa como para soltar palabrotas a diestra y siniestra. Dijo que no le importaba quién era él ni cuánto dinero tenía, que nadie debía tratar así a otro ser humano.

El imbécil había intentado responder, pero una mirada mía y había cambiado de opinión. Bien. Hubiera odiado tener que arruinarle la vida por decir algo inapropiado.

Pero aun así me vengué más tarde y me aseguré del colapso de su incipiente empresa de tecnología. Solo por principios.

La única otra vez que he oído a Amy decir groserías fue en medio de la pasión, cuando estaba fuera de sí por la lujuria, suplicándome

que le hiciera más..., que por favor, *por favor*, la jodiera más fuerte....

Me está parpadeando y se me ocurre que está esperando una respuesta, pero yo estaba demasiado ocupado comiéndomela con los ojos como para registrar la pregunta.

—Perdona, ¿cuál era la pregunta?

Me lanza una mirada incrédula y luego se gira hacia la puerta, lista para irse. Mi cuerpo se mueve antes que mi mente y, para cuando su mano se cierra sobre el picaporte, estampo mi mano en la madera manteniéndola cerrada.

Se pone rígida. La ira emana de su ser y mira fijamente hacia adelante. —Déjame ir.

—No —digo—. No vas a ir a ninguna parte. No hasta que me escuches. —*No hasta que vuelva a besarte.* Ese casi beso no fue suficiente. Ansío más hasta la mismísima médula de mis huesos. Hace mucho, mucho tiempo, que no me sentía tan ferozmente cachondo.

—¿Por qué debería? —exige y me cuesta todo mi ser no bajar la nariz al hueco de su cuello de nuevo e inhalarla como un moribundo.

—Bueno, quieres un trabajo, ¿o no? —Mi voz es grave a estas alturas, cada palabra requiere un esfuerzo—. Todavía no hemos tenido la entrevista.

—¿Hay realmente una entrevista? ¿O esto es solo una artimaña para que suba hasta aquí?

—No supe que eras tú hasta hace unos minutos. —Es solo una mentira piadosa que es técnicamente cierta. No estaba seguro de que fuera ella hasta hace unos minutos. Después de todo, hay muchas Amy Michaels en el mundo y podría haber sido cualquiera de ellas la que llenara la solicitud.

Excepto que no era cualquier otra extraña. Resultó ser mi Amy.

Estoy jodidamente extasiado por ello, aunque sé que no debería estarlo.

Amy duda. Una guerra se desata en su rostro mientras contempla mis palabras. —¿Dices la verdad?

—Sí —miento—. Llegaste aquí por tus propios méritos. Solo estoy tratando de ver si eres la adecuada para el puesto.—Entonces, ¿por

qué me besaste cuando subí?

—No pude resistirme —le digo la verdad. Todavía apenas puedo contenerme ahora, la lujuria aún gritando dentro de mí—. Pero no lo volveré a hacer si no quieres que lo haga.—No quiero. —Su pulso se acelera visiblemente ante mi cercanía, y dice la palabra con suficiente mordacidad como para envenenar, pero ni siquiera su negación contundente me convence.

Me desea. Vi el deseo en sus ojos cuando me acerqué a ella antes de que su cautela se activara. Sentí cómo su cuerpo se amoldaba contra el mío cuando estaba a punto de besarla. No puede ocultarlo, aunque estoy seguro de que está haciendo todo lo posible por hacerlo. Desea follarme sobre ese escritorio tanto como yo deseo follármela a ella.

—¿Estás segura? —le pregunto, tentándola al dar un paso más y rozar su cuello con mi nudillo. Mi cuerpo casi roza el suyo y, por un segundo, ella cierra los ojos en éxtasis, su cuerpo temblando. Lucha contra sí misma tanto como lucha contra mí.

—Sí —dice con firmeza y abre los ojos para fulminarme con la mirada. Sonrío, su mirada solo me excita más, pero accedo y me alejo de ella.

Me obligo a retroceder hasta mi escritorio, sacando una silla para ella en el camino.

—Toma asiento —le digo mientras tomo el mío. Ella duda de pie junto a la puerta con la mano todavía apoyada en el picaporte. Lucha por tomar una decisión y vuelve a mirar la puerta, claramente considerando la idea de salir furiosa de aquí.

Sin embargo, cuanto más duda, más sé que no se irá. Ya ha llegado hasta aquí y, para bien o para mal, quiere este trabajo.

Como era de esperar, finalmente suspira y camina en silencio hacia el asiento frente a mi escritorio.

Cuando lo hace, sonrío, luego acerco mi iPad para leer las notas que su entrevistador anotó junto a su solicitud.

«*No tiene un título en finanzas, pero tiene conocimientos suficientes sobre el campo. Responde a las preguntas con prontitud y claridad y no teme pedir aclaraciones. Piensa rápido. ¡¡¡Trabajó*

para Luther Valdam!!! Y parece bastante agradable, quizás demasiado agradable».

Las notas no me dicen nada que no sepa ya. Ser demasiado agradable suele ser un punto en contra de un candidato, pero he visto el núcleo de acero oculto de Amy y la he visto mantenerse firme contra imbéciles prepotentes que alardean de su poder y su dinero. Trató a ese cabrón como el niño desobediente que era. Y puede que no tenga un título en finanzas, pero sé lo inteligente que es.

¿O al menos solía saberlo?

¿O solo estoy poniendo excusas por ella?

—¿Cómo te enteraste de este puesto? —empiezo.

Exhala antes de responder, probablemente en un intento de recomponerse.

—Me enteré por un reclutador —dice—. Pensaron que podría ser buena para el puesto.

—¿A pesar de que no tienes un título en finanzas?

—Trabajé para Luther Valdam, que es un corredor de finanzas. También tomé clases de finanzas en la universidad e hice una pasantía para Charles Schwab durante un tiempo en el último año del secundario. Sé lo básico y lo que no sé, puedo aprenderlo en el trabajo. Descubrirás que aprendo rápido, con o sin título.

—¿Estarías dispuesta a obtener algún tipo de título en el campo? Ella asiente. —Por supuesto.

Me muevo en mi asiento para estirar los hombros. —Voy a ser sincero contigo. Aunque este puesto está bien pagado, no es nada fácil. Mucha gente lo ha llamado un infierno. Este puesto requiere proactividad e ingenio, y necesitas ser bastante dura. No voy a llevarte de la mano durante todo el proceso. Tienes que descubrir por tu cuenta lo que hay que hacer y hacerlo. No voy a consentirte.

—Nunca esperé que lo hicieras. —Hay una agudeza en su tono que insinúa un sentimiento de traición, pero no se lo tengo en cuenta. Incluso si viniera hacia mí ahora mismo y me abofeteara, no se lo tendría en cuenta. Pero podría sentir la tentación de sentarla en mi regazo para darle un beso en ese caso de todos modos.

Deja de pensar cochinadas, imbécil. Al menos por ahora. Esto es trabajo.

—Si tomaste clases de finanzas, ¿por qué nunca obtuviste el título en finanzas? —pregunto.

Se encoge de hombros. —Nunca hubo nada que me inspirara particularmente de las finanzas. Simplemente sentí que era algo bueno sobre lo que tener un conocimiento general, y trabajé en el campo porque estaba bien pagado.

—¿Es eso algo que deberías decirle a un futuro boss?

—Me dijiste que tenía que ser competente en mi trabajo, no que tenía que gustarme. Te aseguro que seré competente.

Justo. Tampoco es que trabajar para una firma fuera mi sueño y puedo apreciar el hecho de que esté siendo honesta conmigo.

Sin embargo, hasta ahí debería llegar.

Si estuviera pensando con claridad, aun así no la contrataría. Aparte de trabajar para Valdam y sobrevivir de una pieza, no hay nada en particular que destaque en su solicitud. Ni siquiera tiene una carta de recomendación del propio hombre, aunque tendría sentido si él no quiere verla partir. A menudo he visto cartas de recomendación efusivas que se leen más como un «Por favor, Dios, quítennosla de encima» que otra cosa, así que no me molesta que no tenga ninguna.

O, de nuevo, tal vez solo estoy inventando excusas para poder contratarla.

Ni siquiera sé por qué estoy discutiendo conmigo mismo a estas alturas porque no va a cambiar mi respuesta. Si no la contrato, va a desaparecer y probablemente nunca más la vuelva a ver. Y por mucho que no la merezca, realmente quiero volver a verla.

No debería estar haciendo esto, jugando con mi empresa de esta manera. Tampoco debería jugar con ella así. Pero no puedo evitarlo.

—Estás contratada —le digo y observo la sorpresa que cruza su rostro.

—¿En serio?

—En serio. Obviamente, habrá una oferta a prueba, pero si la superas, puedes continuar. —Estoy bastante seguro de que no superará el período de prueba. Una vez que la ilusión se desvanece

y la gente experimenta lo selvático que puede ser este lugar, la gente empieza a caerse con bastante rapidez y no tengo ninguna duda de que ella será una de ellas.

—Bienvenida al equipo.

17

Amy

No me permito respirar ni pensar hasta que llego a casa.

No quiero tener un ataque de nervios en mi auto y sufrir un accidente, así que espero unos segundos después de entrar para asegurarme de que mis pensamientos estén completamente en blanco y mi respiración totalmente serena. Es un esfuerzo consciente de mi parte, porque por dentro estoy a punto de entrar en pánico e hiperventilar. Pero lo mantengo encerrado en mi interior, enciendo el auto y me concentro en manejar por las calles hasta llegar a casa.

Mientras subo las escaleras hacia mi apartamento, espero que mi hija esté dormida. No quiero que me vea derrumbarme y quiero algo de privacidad para lidiar con mis pensamientos.

No tuve esa suerte.

Cuando empiezo a forcejear con la cerradura, la puerta se abre desde adentro, revelando a mi madre de pie en el umbral con una mirada expectante en su rostro.

Aprieto los labios, esperando poder mantenerme entera, al menos hasta que ella se vaya.

—¿Y bien? —pregunta ella, con los ojos brillantes—. ¿Cómo te fue?

—Me fue bien —digo evitando su mirada mientras paso a su lado para entrar al apartamento. Mi mamá siempre sabe cuándo miento y suele decir que lo ve en mis ojos.

Sin embargo, incluso evitar su mirada no parece funcionar esta vez.

—Oh, no. —Su voz se apaga—. No lo conseguiste, ¿verdad?

Respiro hondo. No estoy lista para hablar de esto, pero tengo la sensación de que mi mamá no me dejará en paz hasta que lo haga. —Sí lo conseguí.

Sus ojos se abren como platos. —¿En serio?

Asiento. —¿Dónde está Tamara?

—Tomando una siesta. —Mamá me observa con atención, ladeando la cabeza, perpleja—. Si conseguiste el trabajo, ¿por qué te ves tan abatida? ¿Como si alguien se hubiera muerto?

Intento sonreír. —Solo estoy cansada, mamá. Tuve que pasar la noche en vela ayer para organizar un proyecto de mi trabajo actual y corrí para llegar a la entrevista temprano esta mañana.

—Oh, pobrecita. Deberías descansar un poco entonces.

Asiento. No puedo descansar porque tengo más trabajo esperándome, pero ella no necesita saber eso. —Sí. Gracias por cuidar a la niña.

—Por supuesto —dice como si no fuera nada para ella manejar hasta aquí a último momento después de que la niñera me cancelara. Fueron dos horas de viaje al amanecer para cuidar a mi hija por otra hora, pero lo trató como si no fuera la gran cosa. Amo a mi mamá por lo dispuesta que está a dejarlo todo por nosotras y odio tanto estarle causando estrés a estas alturas de su vida.

—No te preocupes por eso. Sabes que te amo a ti y a mi nieta —dice, y yo sonrío.

—Ahora, tú, a la cama —dice mientras me guía en dirección al dormitorio. Abro la puerta y veo a mi pequeña acurrucada bajo las mantas, todavía profundamente dormida.

—Me voy ya para llevar a tu padre a su cita en el hospital —dice mientras me insta a meterme también bajo las sábanas. Sonrío y obedezco.

—Gracias, mamá —susurro mientras me arropa y me da un beso en la cabeza como solía hacer cuando era niña.

En el instante en que me meto en la cama, mi hija suelta automáticamente el osito de peluche que estaba abrazando y se da la vuelta para abrazarme a mí. La aprieto con fuerza y finalmente exhalo para liberar la tensión que todavía se enrosca en mis huesos.

Conseguí el trabajo.

Debería estar extasiada ahora mismo, saltando de alegría, pero mi emoción se ve opacada por la ansiedad y la rabia que se retuercen en mi pecho.

Porque trabajaré para Pierre. El hombre que casi me destroza la vida. También la mejoró al darme a mi dulce niñita.

Nunca le dije a Pierre que estaba embarazada. Hice un intento a medias de contactarlo en algún momento de mi primer trimestre, pero nunca contestó la llamada y simplemente no volví a intentarlo.

Ya sabía lo que diría. Probablemente me haría firmar un acuerdo de confidencialidad para no revelarlo y luego me diría que no está interesado en criar al niño. Luego intentaría comprar mi silencio y me pagaría para que renunciara a sus derechos parentales.

Pero no necesita hacer todo eso, porque no me interesa obligarlo a ser padre de mi hija. Su nombre ni siquiera está en el certificado de nacimiento, porque, en lo que a mí respecta, él no es su familia.

Quiero que ella solo esté rodeada de amor y de personas que se preocupan por ella. No de un hombre que puede abandonarla sin mirar atrás y lastimarla sin pensarlo dos veces.

A veces, me sentía culpable por guardar el secreto, y después de que Grace me animara a hablar con Pierre al respecto, lo llamé. Me sentí aliviada cuando nunca respondió porque ni siquiera sabía qué le habría dicho.

Y todavía no lo sé.

Desde luego, no puedo decírselo ahora. Podría poner en peligro el trabajo que tengo y, además, estoy bastante segura de que ni siquiera me creería. Incluso si me cree, solo se enojará porque le oculté este secreto, aunque él nunca planeó ser padre del niño en primer lugar.

De cualquier manera, no puedo permitirme decírselo y potencialmente perder mi trabajo en este momento y, en el proceso, destrozar la vida de mi hija. Pierre dejó claro que no quería nada más de mí que sexo.

Y ahora yo tampoco quiero nada de él. Solo necesito hacer mi trabajo el tiempo suficiente para ahorrar dinero para mi bebé.

Aunque conseguí el trabajo, dejó en claro que esto es estrictamente un período de prueba. Su tono implicaba que me despediría al primer error. El equipo de contratación también nos recordó varias veces lo estricto que es el boss y lo intolerante que es con los errores.

Así que no voy a cometer ningún error ni a darle ninguna razón para que me despida. Tampoco voy a contarle sobre mi hija.

Me había propuesto trabajar allí unos años, pero quizá lo reduzca a un año. Dios sabe que pasar demasiado tiempo con Pierre no puede ser bueno para mi salud mental.

Intento no pensar en la forma en que sus labios rozaron mi cuello, en el deseo que todavía me invade.

Oh, Dios, soy patética. Han pasado tres años y todavía lo deseo con la misma intensidad que el día en que se fue. Pensé que ya lo había superado. Pensé que mi mente y mi cuerpo habían acordado que él era totalmente malo para nosotras. Pero casi le devolví el beso allí mismo. Si me hubiera besado, definitivamente se lo habría devuelto.

De nuevo, muy patético.

Inhalo y cierro los ojos, sintiendo el pánico ir y venir. Solo necesito dormir y olvidarme de todo. Mañana tengo un largo día.

***

—¿Cómo que vas a renunciar? —La voz de Luther es fuerte y chillona en mis oídos y tengo que alejar el teléfono por un segundo mientras corro de un lado a otro haciendo una limpieza de último minuto antes de tener que salir. Ya dejé a mi hija en casa de mi mamá, donde se quedará a pasar la noche, por si vuelvo tarde.

—Exactamente lo que dije —respondo a la pregunta de Luther—. Quiero agradecerle todo lo que ha hecho hasta ahora, por todo lo que he aprendido y...

—¿Me estás tomando el pelo?

—Solo quiero que sepa que...

—No, no me importa. Me niego. No vas a renunciar.

Suspiro. Sabía que esto sería difícil, pero no pensé que se negaría rotundamente a aceptar mi renuncia. Mientras tomo mi bolso y hago una última revisión mental para asegurarme de que tengo todo, él sigue desahogándose: —¡La fiesta es en una semana! ¿Cómo diablos se supone que haga eso sin ti cuando tú planeaste todo?

—Sí. —A decir verdad, sí me siento mal por eso. No era mi intención dejarlo colgado, pero no pensé que recibiría una respuesta de Revenant tan rápido, ni tampoco que tendría que empezar inmediatamente al día siguiente. Todo se está moviendo tan de prisa, y me ofrecería a quedarme una semana más hasta después de la fiesta, pero no tengo ese tiempo y, al fin y al cabo, tengo que velar por mí y por mi hija primero.

—Ya he dejado todo listo para la fiesta —digo—. Trabajé horas extra los últimos días para asegurar que todo se coordinara sin problemas sin mí y le di a Elsa un resumen de todo lo que necesita. —Elsa era su segunda asistente y se encargaba principalmente de sus asuntos cotidianos, como recoger la ropa de la tintorería y pasear a su perro.

—Elsa no es tan avispada como tú. Tengo que decirle qué hacer todo el tiempo.

—Sí, pero tomé eso en cuenta, por eso dejé un montón de notas y una lista de exactamente lo que tenía que hacer. También dejé una lista de sus preferencias para el próximo asistente que contrate.

—No puedo creerlo —dice con voz incrédula—. Después de todo lo que he hecho por ti, así es como me lo pagas.

No sé qué más decir, así que simplemente me aclaro la garganta. —Lo siento.

—Sí, lo vas a sentir —dice—. ¿A dónde te vas a trabajar? ¿Siquiera para quién vas a trabajar? ¿Sabes que puedo ponerte en una lista negra en toda esta industria y asegurarme de que no vuelvas a trabajar ni un solo día en tu vida? ¿Es eso lo que quieres que haga?

Mi molestia aumenta ante la amenaza, pero mantengo un tono de voz sereno.

—Si usted considera que es lo mejor —digo.

Puedo oírlo hervir de rabia. —¿Cuánto te están ofreciendo?... no importa. Me aseguraré de que todos sepan lo que acabas de hacer. Cuando averigüe quién te contrató, me aseguraré de que lo lamenten. Perra malagradecida. —Y con eso, cuelga. Suelto un suspiro.

Bueno. Para ser sincera, fue mucho más fácil de lo que pensé. Por un lado, sí me siento culpable porque dejarlo así lo pone en una situación difícil. Por otro lado, tengo que ser egoísta aquí. No puedo darlo todo a los demás. Necesito guardar algo para mí y para Tamara.

Aunque su amenaza permanece en mi cabeza.

En el trayecto hacia Revenant, me doy una charla motivacional. Me digo a mí misma que puedo manejar cualquier obstáculo que la vida me ponga enfrente y que he estado haciendo eso toda mi vida. Manejé un embarazo inesperado, para el caso, y resultó ser lo mejor que me ha pasado.

Puedo manejar este trabajo también.

Cuando llego, estaciono en el lugar de estacionamiento designado para empleados como se me indicó y luego me aseguro de que mi maquillaje y mi peinado estén impecables antes de bajar del auto. También llevo mi mejor traje y tacones. Ayer me sentí súper fuera de lugar, porque todos llevaban ropa de los mejores diseñadores, luciendo casualmente Rolex y Patek Philippe en sus muñecas.

Incluso mientras me acerco, paso por seguridad y entro en el edificio con mi buen traje de cien dólares, sigo notando las miradas inquisitivas, especialmente cuando me detengo en la recepción y pregunto: —Hola. Disculpe. Busco la oficina de Recursos Humanos para mi proceso de inducción.

Una de las mujeres sentadas allí recorre mi cuerpo con la mirada y una breve mueca de desdén se dibuja en sus labios. Señala hacia arriba y dice: —Quinto piso. Oficina de la esquina.

—Gracias —le dedico una sonrisa un tanto forzada antes de continuar mi camino, uniéndome a la corriente de gente que se dirige al elevador.

Encuentro la oficina de Recursos Humanos con facilidad y firmo los documentos que necesito.

Luego me dirijo al último piso para encontrarme con Pierre.

Los nervios revolotean en mi estómago mientras subo de nuevo en el elevador. *Puedes hacerlo*, me digo a mí misma. *Puedes manejar esto.*

Una vez que el elevador se abre, salgo y le asiento con la cabeza al hombre que está a punto de entrar, pero él frunce el ceño en respuesta.

—Espere —me llama después de que me alejo. Hago una pausa.

Se acerca a mí.

—¿Quién es usted? —pregunta.

—Soy Amy —respondo.

—¿Está perdida? —pregunta.

—No, trabajo aquí.

Sus ojos le dan un repaso analítico y, francamente, insultante a mi cuerpo.

—No, no trabaja aquí —dice.

—¿Disculpe?

—No hay forma de que trabaje aquí —dice—. Escuche, he visto a las de su tipo antes, tratando de meter su currículum por debajo de cada puerta que pueden, pero le ahorraré su tiempo y le diré que no funcionará. Así que debería irse.

Indignada, abro la boca para responder, pero alguien más se me adelanta.

Una voz profunda procedente de detrás de mí dice: —¿Hay algún problema aquí?

18

Pierre

Mientras me acerco a la pareja, mantengo mis ojos fijos en el rostro de Amy. Veo la ira que intenta reprimir y eso enciende una furia en mi pecho. Vuelvo mi mirada hacia el hombre, que palidece y traga saliva.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Lo siento, sir. Es solo que... no pensé que trabajara aquí y solo intentaba averiguar qué hacía en este piso.

Le levanto una ceja al desgraciado. —¿Y para eso lo contratamos? ¿Para jugar al guardia de seguridad?

Traga saliva. —No, sir, pero...

—Porque puedo asegurarle que nuestra seguridad es muy competente en su trabajo y no permitiría que nadie que no debiera estar aquí entrara en el edificio. —Mi voz es firme, a pesar de la rabia que se acumula en mi interior—. Así que, si usted lo hace, solo puedo asumir que piensa que nuestros guardias de seguridad no están haciendo su trabajo correctamente. ¿Quiere que los llame para que suban y demuestren su valía ayudándole a limpiar su escritorio?

—No, sir —dice tragando saliva y Amy por fin hace su jugada.

Se aclara la garganta, atrayendo mis ojos hacia ella.

—No es necesario —dice—. Fue un simple malentendido. Ya lo habíamos aclarado antes de que usted llegara.

¿Está intentando defenderlo ahora mismo? —¿Estás segura?

Ella asiente. —Además, sin el Mr. Stevens, nos faltaría un agente para la cuenta de Bergman.

La cabeza de Stevens se gira bruscamente hacia ella, sorprendido. Yo también estoy sorprendido. Claro, sé que Trey le envió las carpetas con la información de todas nuestras cuentas más importantes, pero nunca esperé que se lo memorizara todo tan

pronto. Y tampoco esperaba que supiera quién era exactamente el Mr. Stevens y qué cuenta manejaba.

¿Buscó en el sitio web de la empresa a todos nuestros agentes principales y memorizó sus caras? Sería una locura si lo hubiera hecho en un período tan corto, pero también sería lo que esperaría de alguien que trabajó para Luther Valdam.

También podría ser pura coincidencia, porque hacer algo así estaría por encima de lo que espero de cualquiera a estas alturas. Y, desde luego, no lo espero de ella.

La miro fijamente durante un rato y luego desvío mi atención a la cabeza del hombre por encima de la de ella.

—Lárguese —le digo simplemente, y él asiente y obedece de inmediato.

—Ms. Michaels —dice Trey detrás de mí y recuerdo que está aquí —. Es un gusto verla a usted también.

—Igualmente —sonríe ella—. De hecho, qué bueno que me lo encuentro. Vi el correo que me envió sobre las principales cuentas de la empresa, lo leí y tenía algunas preguntas de seguimiento.

—¿Ya leyó todo? —dice él, con la sorpresa evidente en su voz—. Eran como cien páginas.

Ella asiente. —Tuve algo de tiempo y me encanta leer.

Trey y yo compartimos una mirada de sorpresa. Me pregunto si está diciendo la verdad o si simplemente lo dice para impresionarnos. Tengo la tentación de hacerle preguntas al respecto para ponerla a prueba. Después de todo, no sé cuánto tiempo libre puede tener con esas ojeras prominentes que tiene bajo los ojos.

—Bueno, sin duda es un buen comienzo —responde finalmente Trey. Ayer no me dejaba en paz, tratando de averiguar por qué contraté a esta mujer sin pasar por el resto de las candidatas, sobre todo porque es todo lo contrario a lo que siempre he buscado. Tiendo a preferir a los hombres simplemente porque me siento menos como un imbécil si me meto con ellos. Además, es menos probable que hagan alguna estupidez para intentar acostarse conmigo.

Así que sí, una mujer soltera sin un título en finanzas no es típicamente el tipo de persona que elijo. Pero aquí estamos.

Pero Trey me lanza una mirada con los ojos entrecerrados como si se preguntara qué está pasando aquí. Le hago un gesto con la cabeza para decirle que se largue también, y él sonríe con suficiencia mientras obedece.

Una vez que se ha ido, le digo: —Sígueme.

—¿A dónde vamos? —pregunta ella.

—A una reunión con el director del Grupo Umbras. Operaremos en su nombre muy pronto, así que necesitamos averiguar todo lo que hay que saber sobre ellos.

—Entendido —dice y noto que sus tacones producen un fuerte y discordante golpeteo contra el suelo. Me detengo y me tomo un segundo para mirarla. Se ve bien arreglada, el pelo recogido en una pinza en la nuca, su traje planchado y limpio, sus zapatos de cuero lustrados. Pero también puedo ver el hilo que cuelga del borde del dobladillo y las bolitas en la tela, y noto que el tacón es demasiado inestable para soportar bien sus tobillos.

—Tenemos una parada antes de eso.

—¿Qué?

—Vamos de compras.

Ella ladea la cabeza y una mirada perpleja aparece en sus ojos mientras sigo caminando. La oigo seguirme.

Estamos solo nosotros dos en el ascensor y ella no dice nada; se limita a mirar al frente, como si intentara ignorar mi existencia. Sonrío. No va a funcionar. No puede ignorarme más de lo que yo puedo ignorarla a ella. Estamos atrapados el uno con el otro en el futuro previsible y, en algún momento, vamos a tener que enfrentarnos a esto que hay entre nosotros.

Por ahora, le permito su distancia y su enfado.

—¿Cómo has estado? —le pregunto, y ella se pone rígida. Supongo que es una referencia demasiado cercana a nuestra relación anterior.

—Bien. —La palabra es cortante y luego añade—: Existe la amenaza de un nuevo impuesto a la importación en México. Podría afectar las acciones de Cage. ¿Deberíamos informarles de eso?

Chica lista. —No. Georgie ya está en ello y está vigilando la situación de cerca.

—¿Normalmente lo deja a su discreción?

—Sí. Ha trabajado conmigo el tiempo suficiente como para demostrar que tiene más de media neurona, así que confío en él lo suficiente como para que se encargue al menos de eso.

Ella aprieta los labios y asiente.

—¿Qué piensas de la reciente adquisición? —le pregunto, para comprobar si de verdad ha leído todo el expediente.

—¿Te refieres a la de Journey?

Asiento.

—No sé lo suficiente sobre eso —dice—. Solo tuve la oportunidad de hacer una lectura superficial de cada una de las empresas. Pero sé que la tendencia de esa acción en particular va al alza, así que...

—No perseguimos las tendencias. En el segundo que persigues una tendencia, ya es demasiado tarde. Miramos más allá del ahora y, de vez en cuando, creamos la tendencia.

Ella asiente. —Creo que necesitará más observación.

No es mucho, pero es más de lo que esperaba de ella, y me convence en parte de que no estaba hablando por hablar. Sí leyó todo el expediente. Vaya.

Tal vez siga sorprendiéndome, después de todo. Diablos, puede que dure más de un mes al final.

La guío afuera, hacia un Rolls Royce que han traído al frente para nosotros, conducido por un chófer. Manejo de vez en cuando, pero en los días ajetreados, hago que alguien me lleve para poder trabajar durante el trayecto.

Pero hoy, me encuentro sin trabajar demasiado mientras estamos encerrados en el asiento trasero. Soy demasiado consciente de ella.

La tensión aumenta entre nosotros. Ella se sienta a mi lado en un silencio rígido, leyendo los documentos en su regazo. O quizás fingiendo leerlos. Sé que puede sentir mi presencia de la misma manera que yo siento la suya, y no es algo que ninguno de los dos pueda ignorar. Trabajaremos juntos y tendremos que lidiar con la incomodidad que eso conlleva. Y con el puro y palpitante deseo.

La deseo.

Quizás incluso más que antes, porque sé a qué sabe, cómo se siente envuelta a mi alrededor.

El deseo ahora está abriendo un agujero en mis entrañas, instándome a inclinarme ahora mismo y enterrar mi nariz en su cuello de nuevo. Ya puedo olerla desde aquí, pero no es suficiente. Quiero hundirme hasta desenterrar su esencia, y luego quiero seguir. Quizás me dejaría bajar mis labios, abrirle la blusa para rodear sus pezones con mi lengua.

Seguiré bajando hasta que esté entre sus piernas, lamiendo y sorbiendo su néctar una vez más. Quizás ese aroma y sabor de ella sea todo lo que se necesite para volverme loco una vez más, con un placer más allá de mis más salvajes fantasías.

Un calor abrasador recorre todo mi cuerpo.

Ya puedo imaginar su cabeza echada hacia atrás con las manos en mi pelo y mi lengua en su clítoris. Le agarro los muslos mientras sus ojos se ponen en blanco y su aliento se entrecorta en su pecho...

—Ya llegamos —dice y es entonces cuando me doy cuenta de que estamos en nuestro destino. Su voz también es ronca, su pulso acelerado, la respiración agitada. Una gota de sudor baja hasta su clavícula a pesar del fresco interior del coche.

No es tan ajena a mí como le gusta aparentar. Y lo que es más delatador, se niega a mirarme mientras el chófer sale para abrirle la puerta. Yo salgo por mi cuenta y luego doy la vuelta mientras ella mira el edificio de cristal con la marca del diseñador estampada audazmente en la fachada.

Sonia Mastiff confecciona trajes de calidad auténtica con solo los mejores materiales. Además, el tiempo de entrega de sus arreglos es rápido.

Maniquíes con trajes elegantes decoran el escaparate de la tienda, mostrando también bolsos auténticos y tacones cómodos pero a la moda.

—Esta parece una tienda de ropa solo para mujeres —comenta Amy.

—Eso es porque lo es.

¿Estás comprando en una tienda de ropa solo para mujeres?

Le sonrío y entonces sus ojos se vuelven ardientes antes de que apague la llama. Sé exactamente lo que está asumiendo, que estoy

comprando estas cosas para otra mujer, pero la dejo que lo asuma, al menos por ahora.

Para cuando descubra lo que realmente estoy tramando, ya será demasiado tarde.

Entramos y nos reciben las dependientas, mostrando idénticas sonrisas blancas.

—¿Qué necesita, sir? —preguntan.

Echo un vistazo a las opciones y señalo. —Ese es un traje de pantalón negro en la esquina. ¿De qué es?

—Es de la colección de primavera. Mezcla de cachemir y seda.

—Bien. Tráigame tres más como ese. Y ese de color canela también. ¿Es de lana de vicuña?

—Sí, sir.

—Bien. Tendrá que ser ajustado.

Finalmente la miro y ella me devuelve la mirada.

—Tendrás que probártelos. Es más o menos de tu talla.

Amy se sonroja intensamente. —No puedes...

—Puedo y lo voy a hacer. ¿O acaso olvidas que eres mi empleada?

Sus labios se aprietan. —Esto no era parte de la descripción de mi trabajo.

—Quizá quieras volver a leer el contrato, porque la descripción de tu trabajo es, literalmente, hacer lo que yo digo que hagas —digo—. Mientras tanto, me estás haciendo perder el tiempo. La reunión era en treinta minutos. Manos a la obra.

Una chispa de genio brilla en sus ojos, pero finalmente obedece.

No me dice ni una palabra más mientras se prueba un traje tras otro, aunque intenta sonreír a las dependientas para no ser grosera.

Cuando está con el último traje, digo: —Muy bien, es suficiente. Quédate con ese para nuestra reunión, empaca todo lo demás y envíalo a mi apartamento. La dirección está en el archivo.

—Pero... —protesta ella, pero la detengo con una mano en alto.

—No tenemos tiempo para discutir. Vámonos.

Ella suspira y me sigue de vuelta al coche.

El resto del día es un torbellino de reunión tras reunión, y no tenemos un descanso para comer hasta que se pone el sol. A favor

de Amy, hay que decir que aguanta bien. Puedo verla tomando notas durante las reuniones y sus ojos se mueven hacia cada persona para identificar a los actores principales. Todavía no me ha hecho ninguna pregunta, pero solo el tiempo dirá si es porque lo está descifrando por su cuenta o si simplemente es demasiado orgullosa para hacerlo.

—Puedes irte —le digo cuando por fin volvemos a mi oficina, sobre las siete—. Ve y estudia todo lo que aprendiste hoy. Ven mañana por la tarde.

Mañana es fin de semana, y me pregunto vagamente si protestará, pero no lo hace. Solo asiente.

—¿Seguro que no necesitas nada más de mí? —pregunta y sonrío con suficiencia. Ella se ruboriza, dándose cuenta de su error.

—Oh, necesito muchas cosas de ti. —Finalmente me acerco a ella, cediendo al impulso que me ha estado dominando todo el día. Ella da un paso atrás, pero no tiene a dónde escapar. Su espalda está contra la pared.

Cuando la alcanzo y me inclino hacia adelante, espero que me detenga o que ponga una mano sobre mi pecho en señal de protesta. Pero no dice nada. Un desafío resuena en sus ojos. Está tratando de demostrar que no le afecto.

Sonrío con suficiencia mientras mis labios tocan los suyos. A ver cuánto dura eso.

19

Amy

Estoy furiosa conmigo misma por no haber detenido esto, por haberlo desafiado en silencio a que me besara. No sé en qué estaba pensando. Creí que tal vez podría resistirme a él o demostrar que no me afecta.

Ay, qué tonta e ingenua fui.

El beso es innegablemente dulce. Desde el segundo en que sus labios tocan los míos, el placer me recorre y no cede, intensificándose y creciendo a medida que su sabor se adentra en mí. Sus labios atrapan los míos lentamente, su lengua jugando en la comisura y la lujuria me contrae las entrañas.

Como siempre, besa como los dioses.

Después de tantos años, creí que tal vez lo había exagerado en mi mente: su tacto, su beso, la forma en que me volvía loca de deseo. Creí que la pérdida, el dolor, o incluso la naturaleza vertiginosa de la aventura me hizo idealizar y obsesionarme con algo que solo había sido mejor que el promedio.

Pero ahora recuerdo el placer que me derretía el cerebro que solía darme.

Recuerdo la forma en que me hacía gemir y gritar, y aunque lucho por no darle la satisfacción de responder a su abrazo, mentiría si dijera que no lo sentí. Oh, lo siento, por dentro y por fuera. El corazón se me acelera. Me sudan las palmas de las manos y todo el cuerpo me tiembla por dentro.

En realidad no quiero que me suelte.

Quiero de nuevo ese placer que me nublaba la mente.

Aunque lucho, se siente como una batalla perdida. Resistir el placer es una tortura, pero soporto la agonía y me niego a

permitirme reaccionar a su beso. Me queda algo de autocontrol, algo de orgullo. Tengo algo que demostrar.

Así que cuando se aparta y me mira fijamente los labios, simplemente enarco una ceja.

—Si eso es todo, ¿puedo irme ya? —Me enorgullece que mi voz no tiemble, ni un poquito. Tampoco tiemblo. Solo mantengo mi distancia y lo miro fijamente.

Él sonríe. —¿Estás segura de que quieres irte? —Deja un beso en mi hombro, en la base de mi cuello. Esta vez, no puedo evitar el escalofrío que me recorre la espalda. Aprieto las manos en puños.

—Por mucho que te guste fingir, puedo notar cuánto me deseas y cuánto deseas esto. ¿Estás segura de que quieres que te deje ir ahora mismo?

—Estoy segura. —Mascullé las palabras, mis uñas clavándose en la palma de mi mano con la fuerza que me cuesta contenerme y no ceder al deseo salvaje que late dentro de mí. Me niego a ser la chica que vuelve a caer en la cama de este imbécil, por muy tentador que sea.

Él cede. Me suelta y da un paso atrás. —Puedes irte a casa.

Asiento y entonces, básicamente salgo disparada de allí.

Me dirijo directamente a la salida del edificio. Por suerte, nadie me detiene, todo el mundo ya estaba demasiado ocupado con sus propios asuntos. Para cuando llego a mi auto, tengo que tomarme un segundo para calmarme.

Respiro hondo, cierro los ojos y apoyo la frente en el volante para aclarar mis ideas antes de poder manejar. Lo último que quiero es arriesgarme a chocar con alguien o algo ahora mismo porque tengo la cabeza hecha un lío.

No solo mi cabeza.

Siento todo el cuerpo revuelto. El deseo ruge y se desliza por mis nervios. Es incontrolable. No sé si es porque han pasado años desde que estuve con alguien. O simplemente por la pura presencia magnética de Pierre. Sea como sea, su efecto en mí es potente.

Lo odio.

Pasar todo el día con él es una tortura lenta: ver su cara perfecta todo el tiempo, tener sus ojos sobre mí, escuchar ese timbre suave

de su voz, la forma en que domina un lugar... Dios, no sé cómo voy a sobrevivir un año entero trabajando para él.

Sin embargo, tengo que sobrevivir porque tengo que pensar en mi hija. Ella es todo lo que importa ahora mismo, no Pierre y mi deseo por él, y su deseo por mí, y aparentemente esta otra mujer para la que me hizo comprar ropa. La indignación atenúa parte del deseo al recordar.

¿Cómo se atreve a besarme cuando hay otra mujer en su vida? Y la pobre mujer probablemente también piensa que él le es fiel. Probablemente esté en alguna parte cantando sus alabanzas y pensando que él no es como los otros hombres.

No puedo creer que alguna vez pensara que era diferente de Michael cuando es exactamente como él. Dios. Al igual que mis amigas, parece que tengo una mierda de experiencia con los hombres.

Exhalo de nuevo y abro los ojos. Tengo que irme pronto. Esta noche tendré la casa para mí sola, pero mañana recogeré a Mel y a mi hija. Mel vuela a Nueva York por unas semanas por negocios y le dije que podía quedarse conmigo si quería. Le advertí que no teníamos mucho espacio, pero ella afirmó que estaba muy acostumbrada a la vida de sofá cama y que sí quería quedarse, así que acepté. La recogeré en el aeropuerto mañana por la mañana.

Cuando llegue a casa, se supone que debo limpiar y preparar la casa para ella. Pero incluso cuando entro, el calor sexual permanece, distrayéndome. Quizá una ducha ayude.

Dejo mi bolso en el sofá y me dirijo al baño, quitándome la ropa y dejándola caer al suelo. Abro el grifo y pongo la mano bajo el chorro, asegurándome de que esté lo suficientemente caliente antes de meterme.

Pero una vez que el agua empieza a deslizarse por mi cuerpo no ayuda con el calor interior. Al contrario, lo empeora.

Recuerdo cómo se veía Pierre al ducharse esa mañana después de tener sexo por primera vez. Imagino vívidamente su cuerpo perfecto brillando bajo el chorro de agua, sus ojos intensos mientras me miraban, esa curva en su labio incitándome a darle un mordisco.

Acércate.

¿Quieres esto?

Puedes tenerlo.

Trago saliva, el deseo latiendo en mi estómago y mucho más abajo. Mis labios se separan mientras mi imaginación se desboca.

Recuerdo una vez que nos duchamos juntos, recuerdo cómo me presionó contra la pared del baño, su mano deslizándose por mi estómago hasta mi sexo, jugando con mi clítoris. Recuerdo cómo mi cuerpo cantaba para él.

Mi mano sigue el mismo camino ahora por la parte delantera de mi cuerpo. Abro mis pliegues, cierro los ojos, odiándome a mí misma, pero haciéndolo de todos modos. *Necesito liberarme. Eso es todo.*

Me digo a mí misma que no significa que todavía esté obsesionada con él. Es solo que los recuerdos del placer son difíciles de olvidar.

Intento imitar sus movimientos ahora mientras apoyo la cabeza en la pared, tocándome, lentamente al principio y luego más rápido. Mi pulgar trabaja mi clítoris en círculos firmes, haciéndome temblar. Dejo escapar un gemido, pero no es suficiente.

Meto mi dedo corazón en mi sexo húmedo, avergonzada de lo húmedo que está. El placer se contrae en la base de mi columna.

Mientras trabajo mi clítoris, encuentro el manojo de nervios de adentro y lo trabajo también. Él solía ser tan bueno en esto. Me susurraba al oído todo el tiempo mientras me llevaba al éxtasis y su mano fuerte presionaba mi estómago mientras me metía los dedos por detrás.

Pero todo lo que puedo hacer es una imitación más barata y menos placentera que aún así logra arrancarme un placer estremecedor, tanto que me derrumbo en el suelo.

***

—¡Mel! —grito y agito la mano enérgicamente al ver a mi amiga cruzando el estacionamiento del aeropuerto con su equipaje de mano. Cuando me ve apoyada en mi auto, su caminata se convierte en trote y en un saludo efusivo. Prácticamente se lanza a mis brazos

y me abraza con fuerza. Huele a rosas y yo le devuelvo el abrazo con la misma fuerza.

—Te extrañé muchísimo —dice ella.

—Yo a ti también. —Suelto una risita—. ¿Cómo estás?

—Uf, ese vuelo fue agotador, pero aparte de eso estoy bien. ¿Y dónde está mi sobrina? —Mira a su alrededor, frunciendo el ceño—. No la dejaste sola en casa para venir a buscarme, ¿verdad?

Me río. —No, por supuesto que no. Está en casa de mi mamá. Todavía es un poco temprano y no quería despertarla.

—Oh. —La decepción destella en su expresión. Claramente, tenía muchas ganas de verla.

Pongo los ojos en blanco. —Podemos recogerla de camino.

La cara de Mel se ilumina. —Perfecto.

Mientras manejamos, Mel me cuenta todo sobre su vuelo. —Había una pareja que no paraba de parlotear detrás de mí, hablando de las cosas más mundanas, todos acaramelados. —Hace una mueca—. Asqueroso.

—No hay nada de asqueroso en el amor —digo sonriendo—. Puede que no hayamos tenido suerte con él, pero mis padres son la prueba de que el amor puede ser verdadero y hermoso.

—Sí, pero tus padres son la excepción a la regla. La regla ahora es que la mayoría de los chicos y chicas solo buscan placer temporal. Nadie quiere compromisos e incluso los que sí los quieren están dispuestos a irse a la primera de cambio que algo más brillante se les cruce en el camino. Es todo tan superficial y vacuo.

—Supongo que las cosas no van bien con Alberta.

—Están bien —dice Mel secamente—. De todos modos no estamos comprometidas, así que puede hacer lo que se le dé la gana. A mí no me afecta en lo más mínimo. Yo también puedo hacer lo que me dé la gana.

—Claro... —digo. Alberta es una de las amantes intermitentes de Mel y, aunque sospecho que se quieren mucho, ambas parecen estar jugando a ver quién puede fingir que le importa menos. Como nunca la he conocido, no sé si es tan tóxica como la describe mi amiga o no, pero por las historias que Mel me ha contado, son al menos igual de tóxicas la una que la otra.

Mel y yo también hablamos de nuestros amigos, del posible ascenso de Sab y del novio cabrón de Grace.

Mientras Mel despotrica contra él, me pregunto si debería o no contarle el problema de Pierre. Supongo que sí, ya que se va a enterar de todos modos.

—Bueno... —empiezo cuando hay una pausa en la conversación.

—Bueno... —continúa ella.

—¿Sabes qué te conté que conseguí el trabajo en Revenant?

—Lo recuerdo. —Estaba muy extasiada por ello y me dijo como mil "te lo dije" antes de que colgara el teléfono.

—Bueno —continúo—. Resulta que el CEO de la empresa es Pierre.

Mel se queda en silencio, girándose lentamente para mirarme.

—Ya sabes, Pierre. El que...

—Sé perfectamente quién es Pierre, Amy —dice boquiabierta—. ¿Descubriste que el CEO de la empresa para la que trabajas ahora es el ex que te dejó embarazada? ¿Y me lo dices ahora? ¿Hablas en serio, Amy?

Hago una mueca. —Lo siento. Estaba como que asimilándolo yo misma y no tenía ganas de compartirlo hasta este momento. Ay, Dios, Mel, ni siquiera sé qué hacer. Por un lado, de verdad necesito este trabajo, pero por otro, no soporto al tipo.

—¿No lo soportas o no soportas estar cerca de él? Porque son dos cosas diferentes.

Siento la mirada de Mel quemándome el costado de la cara, pero intento no mirarla, aunque el calor me quema las mejillas.

—En fin, esas son mis noticias. ¿Qué hay de nuevo contigo?

—Oh no, no vas a cambiar de tema tan fácilmente. —Ella sonríe —. Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

—¿A qué te refieres?

—¿Le vas a contar lo de Tamara?

—Por supuesto que no —digo, lanzándole una mirada mientras llegamos a un semáforo en rojo—. ¿Por qué pensarías que lo haría?

Se encoge de hombros. —Quiero decir... es su padre. Como mínimo debería estar pagando la manutención.

—No necesito eso de él.

—Como que creo que sí.

—No —digo—. Preferiría no presentarle a mi hija a un hombre que solo la ve como una factura que tiene que pagar cada mes. No quiero que lo sepa. Quizá cuando sea mayor se lo explique y entonces podrá odiarme por ello, pero por ahora, solo quiero que conozca a la gente que la quiere.

Mel me observa y suspira mientras asiente. —Lo entiendo. Lo comprendo totalmente. —Aunque dice eso, todavía puedo sentir un toque de desaprobación en su tono.

De todas formas, no vuelve a sacar el tema. Llegamos a casa de mi mamá y recogemos a mi hija, a quien Mel le da mil besos, haciendo que Tammy se ría.

Nos vamos todas a casa después y nos preparamos para que yo haga un desayuno épico con dibujos animados de fondo. Un golpe en la puerta nos interrumpe.

—Ya voy. —Supongo que es el casero o un plomero que viene a arreglar el inodoro del baño de visitas que gotea y del que me quejé.

Pero no.

Es Pierre, de pie en mi puerta.

20

Pierre

Cerca de las ocho de la mañana, regreso del gimnasio y encuentro varios paquetes con trajes de mujer hechos a medida que han sido entregados en el *penthouse*. Mi celular también tiene unos cinco mensajes de Borman, exigiendo una reunión urgente conmigo. Sé por qué. Una de sus acciones no ha rendido muy bien y quiere una explicación detallada del porqué. Supongo que mi mensaje diciéndole que se recuperaría no fue suficiente.

En fin. Es un cliente demasiado importante como para ignorarlo, así que acepto y organizo una reunión para desayunar.

Básicamente, significa que mi día empieza antes de lo previsto. En lugar de mandarle un mensaje a Amy sobre el cambio de planes, decido pasar a buscarla por su casa. Ya tengo su dirección, la saqué ayer de su expediente de RR. HH. Sí, sé que no debería haberlo hecho, pero al parecer, esta obsesión mía solo se hace más fuerte y desquiciada.

Y sí, probablemente lo caballeroso sería avisarle o al menos mandarle un mensaje para que sepa que voy en camino. Sin embargo, en el fondo, quiero tomarla por sorpresa. La conozco lo suficiente como para saber que no se sentirá cómoda con que vaya a su casa, así que si le anunciara que estoy en camino, simplemente me pediría que nos viéramos en otro lugar.

Y no quiero eso. Quiero verla en su hábitat natural. Tal vez porque tengo la imagen de ella abriendo la puerta en toalla atormentándome la mente. Lo hizo una vez y sigue siendo una de las cosas más sexis que he visto en mi vida.

Lo recuerdo como si fuera ayer. Se suponía que íbamos a salir a cenar, y se le estaba haciendo tarde. Abrió la puerta en toalla, toda apenada, diciéndome que se prepararía lo más rápido posible.

Verla así, empapada, alterada, recién salida de la ducha... bueno, digamos que al final no llegamos a cenar.

Dios, deseo desesperadamente que eso se repita. ¿A quién engaño? Claro que sí. ¿No es por eso que voy para allá?

También quiero verla en un espacio donde no sea tan... formal. Quiero verla cómoda, en su casa.

Sin embargo, cuando abre la puerta, para mi desgracia está completamente vestida y totalmente sorprendida.

—¿Pierre? —Sus expresivas cejas se fruncen con confusión—. ¿Qué haces aquí?

—Me mudé a la casa de al lado.

Sus ojos se abren como platos y me río.

Su expresión se vuelve molesta. —No fue gracioso.

—¿En serio? Porque a mí me pareció que sí. Lo que es más gracioso es que por un segundo te lo creíste.

Ella pone los ojos en blanco de esa forma adorable que me hace sonreír.

—El trabajo va a empezar antes de lo previsto —continúo—. Vine a avisarte.

—¿No podías decírmelo por teléfono?

—¿Y dónde estaría la gracia? Además, también vine a informarte de una entrega especial.

—¿Entrega de qué? —pregunta, pero antes de que pueda responder, escucho una vocecita infantil que dice: «¿Quién es, mami?».

Eso me deja helado. Ella también se queda helada, sus ojos se abren con horror, su rostro palidece. La idea me golpea con pulsos lentos y constantes hasta que la posibilidad explota en mi cerebro.

Tiene un hijo.

No sé por qué, pero no me lo esperaba. Tampoco pensé que Amy tuviera pareja, al menos no después de besarla. Algo en ella era demasiado... reprimido para eso. Yo también estoy reprimido, así que sé cómo se ve y se siente.

Amy no ha tenido sexo en un tiempo, lo que significa que probablemente no tenga novio.

Pero un hijo... sí, eso es un golpe inesperado.

—¿Es...

—¡No! —dice de inmediato, y su voz sube varias octavas—. Es, ehm... la hija de Mel.

—¿Mel?

—Sí. ¿Recuerdas a mi amiga Mel? Está de visita por unos días con su hija.

—Ah, ya veo. —Como para demostrarlo, la puerta se abre más y Mel me mira con una fría sonrisa.

—Pierre —dice con una voz tan gélida y afilada que podría cortar el acero.

—Qué gusto verte de nuevo, Mel —digo educadamente, pero ella solo arquea una ceja.

—Quisiera poder decir lo mismo —suelta antes de volverse hacia Amy y prácticamente ignorarme—. Tienes que ir a trabajar, ¿no?

—Sí. —Amy le lanza una mirada de disculpa—. Lo siento, sé que dije que te prepararía el desayuno, pero...

—No te preocupes. Entiendo cómo es esto, estaré acomodándome en casa mientras no estás.

—Gracias —dice. Se muerde los labios, su mirada se desvía hacia mí—. ¿Te importa quedarte aquí mientras me cambio? Es que la hija de Mel es un poco tímida, sobre todo con los hombres...

—No hay problema —digo y retrocedo—. Pero si te vas a cambiar, ¿preferiría que te pusieras uno de los trajes que compramos ayer?

La confusión vuelve a arrugar sus cejas. —¿Trajes?

Sí. Están en mi departamento, así que tendremos que pasar por allí primero.

—Oh, ehm... está bien.

Comparte una mirada indescifrable con Mel antes de decir: —Déjame tomar mi bolso, entonces. —Luego corre de vuelta a la sala de estar, dejándome con su amiga, que parece cada vez menos amigable a medida que pasa el tiempo.

No es que la culpe. Si estuviera en su lugar, probablemente ya me habría dado un puñetazo en la boca y habría terminado con esto.

—Entonces —se cruza de brazos sobre el pecho—, ¿eres su nuevo boss, eh?

—Supongo que sí.

—¿Sabías quién era antes de llamarla para esa entrevista?

—¿Sabes cuántas Amy Michaels hay en este mundo? —Hay al menos un centenar. Lo sé porque lo comprobé, calculando las probabilidades de que fuera ella.

El rostro de Mel se tensa. —Solo que sepas que ha pasado por mucho. No tiene tiempo para los jueguitos que estés intentando jugar con ella, y no se merecía lo que le hiciste hace tantos años.

La culpa me retuerce el pecho. Estoy de acuerdo. No por primera vez, dejo que mi mente viaje al abrupto final de nuestras aventuras.

El corazón se me contrae en el pecho.

Lo que hice me convirtió en la escoria de la tierra. Amy nunca se mereció eso. Lo hice porque sabía que terminarlo de esa manera era lo mejor que podía hacer por ella, y no tuve las agallas para hacerlo en persona. Si me hubiera encontrado con ella, nunca podría haber sido tan cruel.

Me habría acobardado, sé que lo habría hecho. Hubiera cedido a la necesidad de tenerla al menos una vez más. Y una vez más se habría convertido en dos, y luego en tres hasta que no pudiera tener suficiente.

Pero dejarla sin una explicación sería la mejor manera de que me odiara. Así, para ella sería más fácil superar nuestra intensa aventura. Pensé que sería mejor así, para ser el único que viviera con el remordimiento.

Pero después de que terminó, me di cuenta de lo estúpido que fui.

—Lo sé —digo—. Lo siento.

Eso no cambia nada en su expresión, no es que pensara que lo haría. Un «lo siento» no repara un corazón roto ni arregla meses de dolor. Mel simplemente gruñe en mi dirección mientras Amy regresa con el bolso en la mano.

—Estoy lista —dice y luego nos mira a Mel y a mí. Debe notar el ambiente tenso, pero no hace ningún comentario al respecto.

—Vamos —digo. Le doy a Mel un último asentimiento, pero ella lo ignora y prácticamente se burla. Amy abraza a Mel, quien luego se retira y cierra la puerta detrás de nosotros.

Mientras bajamos las escaleras, me doy cuenta de que nunca le he pedido disculpas a la persona que realmente se lo merecía. Amy.

¿Debería disculparme ahora? ¿Eso lo haría mejor o peor?

Probablemente lo segundo. Siento que solo lo haría para calmar mi conciencia culpable.

Demonios, si realmente lo sintiera, no habría contratado a Amy en primer lugar. Me habría mantenido alejado de ella. Pero la contraté porque la deseaba. Soy el mismo bastardo egoísta que siempre he sido. Soy hijo de mi padre.

Quizá pueda ser mejor.

El pensamiento persiste mientras le abro la puerta del Ferrari, haciendo que ella murmure un rápido «gracias» al entrar. Quizás esta vez pueda intentar no ser ese tipo. No voy a seducirla porque la deseo. No está aquí para ser mi juguete, no existe para mi diversión.

Quizá lo mejor que puedo hacer por ella ahora mismo es enterrar el deseo que siento y simplemente dejar que siga siendo solo mi asistente.

21

Amy

El pánico me abrasa la mente, pero hago todo lo posible por no demostrarlo. Me recuesto en los lujosos asientos de su Audi, mientras Pierre rodea el auto para subir al asiento del piloto, y respiro rápida y profundamente para calmar mi ritmo cardíaco. No funciona. No puedo creer que Pierre haya venido hasta mi casa.

Casi conoce a Tamara, por el amor de Dios, y si no fuera por mi mentira rápida, nos habríamos metido en problemas. Habría descubierto que tengo una hija. Quizás no habría atado cabos y rastreado las fechas para descubrir que era suya. Después de todo, solo estuvimos juntos unos meses, e incluso si supiera su edad, podría suponer que encontré a otro amante después de que rompimos. Puedo decirle que esa persona, y no Pierre, es el padre de Tamara.

No sé si me creerá.

Él comparte cierto parecido con Tamara, ese brillo en sus ojos y la sonrisa irónica que Tamara a veces me dedica cuando hago tonterías con ella. Aunque no sea obvio a primera vista, Pierre podría ser lo suficientemente perspicaz como para darse cuenta y entonces...

¿Y entonces qué?

No sé qué haría Pierre con eso exactamente, y no quiero averiguarlo. Lo más probable es que todo se vaya al diablo. Incluso si no quisiera a la niña, podría ofenderse mucho por el hecho de que la oculté durante tanto tiempo.

—¿Estás lista? —pregunta él.

Asiento. —¿A qué reunión vamos?

—Es con uno de nuestros clientes VIP, Borman Dostoevsky. Su familia es dueña de Tierra Nova y estamos manejando su portafolio

—. El coche cobra vida con un silencioso zumbido y sale del estacionamiento—. Sus acciones de KLF están flaqueando actualmente y han estado en baja durante meses, principalmente por motivos políticos, pero también hay una desaceleración del mercado que no podemos pasar por alto. Creo firmemente que pronto habrá un repunte, pero necesita un poco más de convencimiento —. Me mira de reojo mientras maneja y algo parecido a la diversión se refleja en su mirada—. ¿Leíste algo sobre sus acciones?

—Un poco —. He estado haciendo lo posible por familiarizarme con todos sus clientes, particularmente los VIP, ya que Pierre los maneja personalmente—. ¿Por qué no intentamos diversificar aún más? Simplemente retiramos un poco de esa acción y la invertimos en otro lado, quizás en una acción similar, solo para tranquilizarlo.

—Porque eso significaría perder potencialmente millones cuando llegue el repunte, y ambos nos arrepentiremos de eso. Retirar ahora mismo también podría llevar a la desestabilización de nuestras otras acciones, especialmente si nuestros otros clientes se enteran.

—No tienen por qué saberlo.

—Secretos como ese no permanecen secretos por mucho tiempo en nuestra industria, especialmente dada la importancia de Borman. Si él retira esas acciones, todos querrán retirarlas y entonces tendremos una pequeña crisis entre manos. La mayor parte de lo que estamos pasando ahora es solo ruido. Incluso podría ser una oportunidad de compra. Pero se dejarán llevar por sus emociones y harán suposiciones sin fundamento y arruinarán todo —. Me mira por el retrovisor—. Por eso nuestros clientes nos pagan para que pensemos por ellos. Saben que son un manojo de nervios llenos de ansiedad que a menudo la cagan y cometen errores por su miedo. Se supone que nosotros debemos mantenernos racionales y tranquilos porque ellos saben que no pueden. Se supone que debemos ver más allá del ruido. Eso es lo que se supone que Borman confía en que yo haga, pero tiene problemas de confianza.

Mmm. La estrategia de Pierre tiene sentido, pero sería difícil explicárselo a un cliente que está perdiendo dinero, por muy racional que parezca.

—¿Y si vendemos opciones de compra cubiertas? —pregunto—. De esa manera, aún puede mantenerlas y obtener ganancias. O un fondo cotizado. Es un concepto que aprendí en mi clase de finanzas, pero no sé lo suficiente para saber si es relevante para la situación. Aun así, podría ser algo que valga la pena investigar.

Se queda en silencio por un momento. —En realidad, no es una mala idea.

Sonrío, complacida por el cumplido y le digo: —¿Mencioné que saqué las mejores notas en mis clases de finanzas, no?

—Sí, pero sacar buenas notas en clase y ser bueno en este negocio en la vida real son dos cosas diferentes.

—Cierto, pero siempre he sido buena con el conocimiento práctico también.

—¿Ah, sí? —Me sostiene la mirada y luego se aparta con una sonrisa secreta. Dejo que mi sonrisa se desvanezca cuando me doy cuenta de que ha estado ahí demasiado tiempo, y significa que, de alguna manera, me estoy relajando en su presencia aunque no quiera. No quiero confiar en él ni volver a ser su amiga, pero tampoco es que pueda pasar años sin tener una conversación casual con él, ¿o sí?

Está bien, me digo a mí misma. *Es solo una agradable conversación de trabajo. No significa nada para nuestra relación.*

Sorprendentemente, cuando sale de la autopista, entra de inmediato en una comunidad cerrada en Murray Hill.

Está lleno de dúplex y su auto toma la carretera sinuosa colina arriba, hacia la más grande de todas, con un pequeño lago justo detrás.

Nunca he estado aquí antes. Debe ser una nueva adquisición.

—¿Vendiste el *penthouse*? —pregunto cuando llegamos, y el arqueo de su ceja resalta el hecho de que esta es la primera vez que me refiero a nuestro pasado juntos.

Me sonrojo.

No fue mi intención, pero la curiosidad me pudo.

—Todavía está ahí —responde—. Pero prefiero quedarme aquí los fines de semana. Es agradable y tranquilo, y a veces voy a pescar.

—¿Pescas? —pregunto.

Se encoge de hombros. —Es un pasatiempo que adquirí en los últimos años.

No puedo imaginármelo, a Pierre pescando. Me imagino a Pierre detrás de un escritorio en una sala de juntas, trabajando, en un yate de lujo o simplemente en un club exclusivo. Excepto que ahora que lo pienso, eso no era todo lo que hacía cuando estaba conmigo. Cuando salíamos, lo vi relajarse un puñado de veces y noté su amor por sentarse en total silencio y contemplar la naturaleza en Aspen. A veces simplemente disfrutaba acurrucarse conmigo en un sofá y ver la televisión.

Más que los regalos extravagantes y los lugares fuera de este mundo, esas fueron las pequeñas cosas que me enamoraron de él. Me hacían sentir que estaba viendo algo real, como si estuviera echando un vistazo detrás de la máscara de cuidada indiferencia que lucía.

—Si quieres ver el condominio, solo tienes que pedirlo —bromea, girándose para mirarme con una mirada coqueta.

—No, está bien —toso y aparto la cara—. Solo tenía curiosidad.

—Claro —. Sus ojos me dicen que no me cree. Se baja del coche antes que yo y me abre la puerta.

—Gracias —digo y salgo también, contemplando el edificio frente a mí. Tiene un estilo clásico del viejo Hollywood, un balcón dorado sobre una gran entrada arqueada con grandes puertas de caoba. Una arquitectura simplemente georgiana resalta el interior, y aunque está escasamente decorado, todo aquí es de un gusto *vintage*. Lo único que desentona es un conjunto de cajas de regalo en medio de la habitación.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Compruébalo tú misma —dice, y me acerco. La abro y saco artículo por artículo, notando que son trajes de pantalón y vestidos, los mismos que me hizo probar en la *boutique*.

—¿Para quién son?

—Bueno, no son para mí.

Lo miro, y me está dando una mirada significativa. —¿Son míos?

Él sonríe, y esa es toda la respuesta que necesito.

—¿Por qué?

—Porque este trabajo se trata tanto de la apariencia como de cualquier otra cosa. Y en este momento, tu apariencia es incongruente con que seas mi asistente.

El casi insulto me duele, y lo fulmino con la mirada, pero él simplemente sonríe. De todos modos, tiene razón. Sé que no me veo como se supone que debo verme, como el resto de la gente que trabaja en Revenant, pero es porque no puedo permitirme ropa más bonita en este momento.

Y ahora me ha traído un guardarropa entero de ropa de trabajo de diseñador. No sé qué decir al respecto. No espera ningún elogio ni nada, simplemente se da la vuelta y dice: —Vístete rápido. El baño de invitados está justo frente a ti. Tengo que hacer un montón de llamadas antes de que nos vayamos.

Asiento mientras sus pasos resuenan fuera de la habitación, y elijo un sensato traje de pantalón, antes de entrar al baño para cambiarme.

Cuando salgo, tiene una expresión aún más irritada en su rostro. Se pasa la mano por la cara y suspira. —Sí, y por eso te lo digo. No hay nada de qué preocuparse —. Sus ojos se encuentran con los míos y me pone los ojos en blanco para indicar que el hombre al otro lado de la línea lo está volviendo loco. Sonrío, pero luego me controlo. Nada de sonrisas cerca de mi nuevo boss. Así fue como terminó en mis pantalones la última vez y la vez anterior.

«Estoy lista», articulo con los labios, y su mirada recorre mi cuerpo, el deseo ardiendo en sus profundidades. Mi cara se acalora. El traje no es exactamente ceñido, pero me queda bien, como si estuviera hecho a mi medida. Tampoco lo llamaría seductor, dado que cubre cada centímetro de mí.

Sin embargo, Pierre me mira como si llevara lencería y quisiera arrancármela.

—Hablamos luego, Horace —. Cuelga y dice—: Otro cliente VIP entrando en pánico.

—¿Por la misma acción?

—No. Una diferente. No sé qué le pasa al agua estos días —. Suspira—. En fin, nos reuniremos con Borman en el restaurante de

carnes justo al lado del Marriott. Al que fuimos esa noche cuando yo...

Se me hace un nudo en la garganta. Recuerdo la noche exacta de la que está hablando, la noche en que hablamos durante horas, bailamos en un balcón bajo las estrellas y luego me folló hasta el cansancio en el coche.

No sé si lo mencionó intencionadamente, pero cubro mi reacción con una mirada fría. —De acuerdo —es todo lo que digo.

Borman ya está allí cuando llegamos, y Pierre me señala al hombre de rostro adusto en cuanto estamos en la entrada. Está sentado rígidamente, observando a todos en la sala con una incomodidad que me hace preguntarme si se siente incómodo con la gente, o tal vez simplemente es socialmente torpe. Por otro lado, Pierre parece estar completamente en su elemento mientras avanzamos. En algún momento entre el coche y aquí, su expresión había cambiado de tranquila e introspectiva a relajada y casi perezosa. Es una máscara que lleva sin esfuerzo, pero todavía la reconozco por lo que es... una máscara.

La sonrisa que luce al acercarnos a la mesa no es su verdadera sonrisa. Esta es una sonrisa destinada a tranquilizar al otro, pero está cuidadosamente practicada. Me hace preguntarme cuántas veces ha tenido que usarla con la gente.

¿Por qué? ¿Es porque su personalidad normal no es tan extrovertida y llamativa, y podría no parecer tan carismática?

Extraño, porque yo prefiero mil veces al verdadero.

—¡Borman! —lo saluda Pierre al acercarse a la mesa. Borman se pone de pie y asiente a modo de saludo, pero la tensión no abandona su rostro.

Sus ojos se desvían hacia mí por un segundo cuando Pierre me acerca una silla.

—Esta es mi nueva asistente personal, Amy —dice.

—Otra más —. Borman arruga la nariz—. Vaya que pasas por ellas rápidamente.

Se encoge de hombros. —¿Qué puedo decir? Soy exigente.

Borman suspira. —En cualquier caso, no quiero hacerle perder mucho tiempo. Las acciones de KLF. Creo que deberíamos vender.

—Yo creo que no deberíamos.

—He escuchado su razonamiento, pero sigo sin estar convencido. ¿Cómo sabe que va a haber un repunte? ¿Cómo sabe que la empresa no va a cerrar mañana?

—¿Cómo sabe usted que el cielo no se va a caer, Borman? —se encoge de hombros con facilidad y le hace un gesto al mesero.

La expresión de Borman se tensa. —No estoy seguro de estar lo suficientemente cómodo con la forma en que está manejando las cosas.

—¿Ah, sí? —Pierre enarca una ceja—. Bueno, no quiero que se sienta incómodo. Si cree que hay otra correduría por ahí que le va a hacer ganar casi un billón en tres años, entonces, por supuesto, vaya con ellos.

El rostro de Borman se contrajo, y dijo: —No, me quedaré por ahora. Solo sepa que ha habido rumores.

—¿Rumores? ¿De qué?

Niega con la cabeza. —No importa.

Los ojos de Pierre se entrecierran ligeramente, pero asiente y dice: —Está bien, entonces.

Mientras pedimos vino, le ofrece a Borman las sugerencias que le hice, refinándolas, y parecen calmar las plumas erizadas del otro hombre. Por ahora, al menos. Intento prestar atención y tomar nota de diferentes cosas, pero me miss algo del contexto de lo que están discutiendo. Todo lo que sé es que Pierre lo maneja como un campeón.

Pero después de que se va, permanecemos sentados y la mirada relajada desaparece de su expresión. En cambio, sigue en silencio, sumido en sus pensamientos, mientras yo doy sorbos cuidadosos a mi champán.

De repente, rompe el silencio preguntando: —¿Qué tan buena eres para mentir?

22

Pierre

Amy se atraganta con el agua, tosiendo y parpadeando para aclararse la garganta.

—¿Perdón?

Me inclino para frotarle la espalda, solo para ayudarla con la tos, pero se estremece y se aparta, así que retiro la mano.

Sonrío.

—Te pregunté si eras buena mintiendo.

—¿Por qué me preguntas eso así de la nada? —finalmente logra calmar la tos y aclararse la garganta—. ¿Parezco una mentirosa?

Ladeo la cabeza.

—No lo sé. Los mentirosos no tienen un aspecto particular. —Su rostro parece inocente y modesto, pero sé mejor que nadie que en Amy hay más de lo que se ve a simple vista. Lo que la convierte en la persona perfecta para esta tarea especial que tengo en mente.

El plan se me acaba de ocurrir mientras hablaba con Borman y notaba que sabe ciertas cosas que no debería. Sin mencionar ese desliz sobre los «rumores» que había escuchado. Sé que es obra de Monty Myers y los secuaces que lo apoyan. Aunque Borman no lo admita, sus patrones de habla durante la llamada telefónica y la naturaleza de la información que conocía apuntaban a Myers, al igual que su excesivo estado de nerviosismo. Myers ha estado afectándolo y contándole historias pesimistas y catastróficas. Con razón. Borman no suele ser tan histriónico.

La pregunta es, ¿de dónde saca Myers esta información? La mayor parte de la información solo debería ser conocida por los gerentes de caso, algunos miembros de la alta dirección y yo. Ninguno de esos empleados debería estar hablando con Myers,

quien no está involucrado en las operaciones diarias de la agencia de corredores.

Así que ahora, solo puedo concluir que Myers de alguna manera se ha infiltrado a través de mis estrictas defensas y ha comprado a suficientes de mis empleados como para ahora conocer algunos de los funcionamientos internos de mi empresa. Desde cuándo, no lo sé, pero probablemente habría pasado desapercibido por más tiempo si no hubiera intentado arruinar mi asociación con Borman.

Quizás no pensó que Borman delataría accidentalmente tal información, o tal vez no creyó que yo me daría cuenta. Quizás no le importó. De cualquier manera, no me lo voy a tomar a la ligera.

El problema es que no sé cuán profundo y extenso es el daño. Tampoco conozco el objetivo final de Myers. Claro, es apoderarse de la empresa, pero ¿cómo planea lograrlo? ¿Haciéndonos perder a nuestro cliente más importante? Uno pensaría que tendría cuidado de no dañar demasiado la empresa si quiere dirigirla, porque eso solo significa más desorden que él tendría que arreglar. O quizás ya tiene una cartera de clientes que quiere traer una vez que yo me haya ido. Bueno, qué lástima.

Sus planes de obligarme a salir y tomar el control nunca se realizarán. Ganaré una vez más, tal como gané hace tres años.

Me pregunto si mi padre tiene alguna idea sobre esto. Desde su jubilación, el viejo se lo ha estado tomando con calma y solo pide resúmenes mensuales de los cambios notables. Creo que es porque ahora confía en mí lo suficiente después de que estabilicé nuestras pérdidas y nos lancé a temporadas de ganancias sin precedentes. Hasta ahora, ha estado hablando principalmente de nuestra expansión en el extranjero a más países, pero por ahora he frenado eso. Necesitamos poner nuestra casa en orden primero o eso será un desastre.

Y ahí es donde entra Amy. No tengo ninguna duda de que Myers se le acercará pronto con una oferta. Es nueva, trabaja justo a mi lado, y es alguien a quien le vendría bien el dinero extra. También parece ingenua a primera vista, alguien a quien sería fácil chantajear o de quien aprovecharse. Myers no se tomará el tiempo de mirar

bajo la superficie de esa mente aguda suya. La verá como un blanco fácil.

Se tomará su tiempo para acercarse a ella, aunque habiendo aprendido de su error con James, probablemente no ofrecerá regalos tan obvios. Lo más probable es que la contacte usando un enviado. Sin embargo, estoy casi seguro de que querrá comprarla y ponerla de su lado. Como mi asistente, es un objetivo demasiado bueno para que él lo deje pasar. Sin mencionar que quizás ya haya notado cuánto me gusta.

No me engaño creyendo que estoy haciendo un buen trabajo ocultando mi atracción por Amy. Cualquiera de los espías de Myers podría haberme notado defendiéndola el otro día y haberle pasado la información. Las emociones y el afecto lo vuelven a uno vulnerable, y él la verá como mi punto débil, alguien en quien podría confiar y a quien podría confesarle mis secretos importantes. Definitivamente la querrá, aunque solo sea por eso.

Lo que significa que puedo aprovecharme de eso y usar a Amy como una agente doble.

Le hago un gesto al camarero, y pronto trae otro vino, un Monet que pedí por adelantado antes de que saliéramos de casa. Los ojos de Amy se abren de par en par con emoción. Es su vino favorito. Le sonríe con gratitud al camarero que le pone una copa delante, y yo reprimo una oleada de ira irracional ante su sonrisa, aplacándola y diciéndome que no quiere decir nada con esa sonrisa. Lógicamente, sé que solo está tratando de ser respetuosa con nuestro servidor, pero es difícil hacer que mi corazón acepte eso.

Mía.

La posesividad ruge en mi cerebro y hace que mi ira aumente al pensar que cualquier otro hombre la mire. La mirada del camarero se detiene en su sonrisa, pero cuando se vuelve hacia mí, palidece. Traga saliva mientras me sirve una copa, evitando mi mirada, y se escabulle.

Ella no parece darse cuenta, demasiado ocupada probando el vino, cerrando los ojos con deleite y asintiendo. Me tomo el tiempo para admirarla. Recuerdo la primera vez que probó este Monet en Aspen. Fue la primera vez que vi sus ojos brillar fuera del sexo, y la

forma en que lo saborea ahora me hace pensar en otras cosas más sucias.

—No has respondido mi pregunta sobre qué tan buena eres para mentir.

Se atraganta con su vino de nuevo, pero esta vez evita escupirlo y traga.

—Primero tendré que saber para qué me necesitas antes de responder —dice.

Chica lista.

—Tengo una tarea para ti que requiere que tengas cierta habilidad para el engaño —le digo—. Verás, la agencia de corredores la dirijo yo, pero hay una junta de inversores a la que respondo. —Si leyó el manual, entonces probablemente ya sabe sus nombres. Asiente. Su expresión se transforma del placer por el champán a la seriedad en un abrir y cerrar de ojos, y casi lamento haber sacado el tema y arruinado su disfrute. Sin embargo, esto tiene que hacerse.

—Uno de ellos, su nombre es Monty Myers. Es... a falta de una palabra mejor, un completo desgraciado.

Ella sonríe de lado.

—Esa es una acusación fuerte.

—Es porque es verdad. Te ahorraré la lista de artimañas rastreras que ha empleado a lo largo de los años. En resumen, Monty cree que él debería ser el CEO y ha convencido a algunos miembros de la junta de lo mismo. Intenta sabotearme a cada paso, pero evito las trampas siendo más inteligente que él. Mejor que él. —Sonrío—. El problema es que ha plantado topos en mi empresa con la intención de sabotearme haciendo que perdamos clientes. No sé cuántos son, y necesito erradicarlos. Necesito que me ayudes a descubrir quiénes son estos topos.

Ella ladea la cabeza.

—¿Cómo?

—Myers se te acercará pronto —le digo—. Ya sea directamente o a través de un enviado, y te pedirá que trabajes con él, que me espíes. Te daré información para que se la pases y luego veré el efecto de la información y cómo se difunde en la empresa. Eso me

permitirá rastrear cuánta gente ha captado, y lo usaré cuando esté limpiando la casa.

—Ah, ya veo. —Asiente lentamente, y frunce los labios, pensativa —. Aunque no estoy segura de poder mentir de forma tan convincente.

—No tendrás que mentir mucho. Todo lo que tendrás que hacer es transmitirme lo que sea que él te diga, pero cualquier cosa que te pida que hagas, simplemente hazla. De esa manera, podemos mantener la farsa. Ten en cuenta que te va a poner a prueba en el camino para asegurarse de que no has corrido a contármelo todo. También te ofrecerá una cantidad obscena de dinero. Tómalo —dice él—. Y podría ayudar fingir algo de animosidad hacia mí, aunque no demasiada. No si crees que no puedes manejar el engaño. Intenta ser lo más honesta posible mientras averiguas todo lo que puedas. Si tienes éxito, puedes esperar un aumento. ¿Qué te parece el doble de tu sueldo actual?

Sus ojos se abren de par en par.

—¿De verdad?

—De verdad.

Lo piensa, frunciendo los labios un poco más.

—Quizás. Tengo que considerarlo.

—Claro —le digo y luego le hago un gesto al camarero de nuevo —. ¿Qué quieres pedir?

—Realmente no tengo hambre.

—Claro que la tienes, te saqué de tu casa sin siquiera dejarte desayunar. Debes de estar hambrienta. —Cuando llega, le digo—: Bistec para mí, cordero y espárragos a la mantequilla para la dama. Con mucha mantequilla.

Sus ojos se agrandan mientras el camarero se marcha.

—¿Lo recuerdas?

Le guiño un ojo.

—Por supuesto. Hay muchas cosas que recuerdo sobre ti, cariño.

Su cara se sonroja, pero rápidamente aparta la mirada de la mía, aclarándose la garganta. Su pulso revolotea en su cuello. Sé que me desea. Es difícil negar que lo hace porque no puede ocultarlo, y yo tampoco. Debería alejarme de ella, pero cada segundo en su

presencia, el deseo me carcome hasta que casi no puedo soportarlo más.

Esa lujuria crece mientras comemos en silencio, repasando ocasionalmente más detalles sobre Monty Myers. Finalmente, noto que sus ojos evitan los míos. Quizás porque no he dejado de mirarla desde hace minutos. No puedo evitarlo. Es tan malditamente irresistible, y aunque intentamos mantener la conversación casual, el deseo vibra más allá de lo creíble. La

deseo, más de lo que he deseado nada en mucho tiempo. Mi corazón late con fuerza por ello, mi alma prácticamente canta con ello. Aunque ella evita mi mirada, sé que desea lo mismo.

Cuando estamos en el auto de nuevo manejando, enciendo la radio para aliviar un poco la tensión sexual que invade la atmósfera. No ayuda. Suena una suave melodía de jazz, y me hace hiperconsciente de la lujuria que emana de ambos al aire. Soy consciente de la forma en que se mueve en su asiento y sus muslos se presionan. Soy consciente de sus ojos en mis manos que descansan sobre la palanca de cambios, y la forma en que se lame los labios.

—Para aquí —dice cuando nos acercamos a su casa. Todavía estamos al final de la calle, y pongo el auto en modo de estacionamiento.

—Me bajaré aquí —dice.

—¿Por qué?

—La hija de Mel tiene el sueño ligero. Quizás el sonido del auto la moleste.

Asiento. El auto apenas hace ruido, pero no quiero hacer nada que pueda despertar a una niña. No sé mucho de niños, pero sí sé que despertarlos de su siesta es una mala idea.

—Bueno, supongo que te veré más tarde en el trabajo. —Puede hacer el resto del trabajo de hoy desde casa y solo necesita acompañarme a una reunión por la noche. Ella asiente.

Pero antes de que pueda irse, digo:

—Solo una cosa más.

Se vuelve hacia mí.

—¿Qué?

—Esto. —Me inclino y le ahueco la mejilla, besándola.

Sí, no debería haberlo hecho.

Sí, soy un cabrón egoísta por ceder a mis impulsos más básicos.

No, no me arrepiento.

¿Cómo podría, cuando un solo beso me revuelve por dentro? Inicialmente intento que sea ligero, solo dos labios tocándose, sin lengua. Quizás es mi débil intento de mantener alguna apariencia de control, pero no hay ni la más remota posibilidad de que eso tenga éxito. El beso explota en mi mente, calcinándola, convirtiendo el fuego dentro de mí en un infierno. Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, la jalo a mi regazo y ella jadea dentro de mi boca.

Me lo trago, junto con su gemido desesperado.

Se mueve como fuego en mis brazos, moliéndose en mi regazo, su pasión como una droga en el aire. Le agarro la cadera mientras se mueve, moviéndola con más fuerza contra mi polla. Incluso a través de la tela de nuestra ropa, su calor me abrasa. Mi cuerpo se tuerce para igualar sus contoneos, mi mano tiembla con la fuerza del deseo que me recorre. Siento como si el corazón estuviera a punto de salírseme del pecho, pero sigo adelante, animándola a que siga montándome, a que se desahogue. No importa si yo no me vengo, pero ella tiene que hacerlo, necesita hacerlo.

—Así es, nena —le susurro al oído, lamiéndole la piel, saboreando el gusto—. Toma lo que necesitas. Úsame.

Lo hace, con abandono. Sus caderas y sus rodillas chocan contra el costado de la puerta, pero no parece darse cuenta, echando la cabeza hacia atrás mientras me monta. Dios, se ve gloriosa así, con el rostro sonrojado de placer, sus ojos abiertos por la pasión y es tanto que ella

—Me estoy viniendo —sisea antes de que un estremecimiento de cuerpo entero la sacuda y caiga de lleno, desplomándose en mis brazos.

La abrazo con fuerza, besándole el pelo, pasando mis manos por su espalda para bajarla suavemente de ese clímax.

Sin embargo, antes de que pueda recobrar la compostura, ella jadea y prácticamente se escabulle de mis brazos, abriendo la puerta de un tirón y huyendo.

23

Amy

Mi corazón está acelerado, mi respiración se escapa en jadeos frenéticos mientras entro corriendo a mi casa.

No puedo creer que eso acaba de pasar, que acabo de dejar que me hiciera venirme en el coche. No me cabe en la cabeza, aunque mi cuerpo sigue temblando por las réplicas del mejor orgasmo que he tenido. Mis muslos siguen pegajosos por mi flujo, mis bragas húmedas.

Dios, me desbordé sobre él.

Recuerdo su mirada brillando de satisfacción, su sonrisa casi cruel que de alguna manera contenía un hilo de ternura mientras yo jadeaba y temblaba contra su pecho.

¿Fueron cinco minutos? ¿Un minuto? No lo sé, pero no pudo haber sido tanto tiempo. Si eso no es un récord, no sé qué lo es.

Quizás fue el vino que me soltó, o el hecho de que beber con él en ese restaurante con poca luz me trajo recuerdos y bajó mis inhibiciones. Tal vez simplemente estaba muy caliente, simple y llanamente. Sea como sea, no pude contenerme y en el segundo que me besó, perdí la cabeza.

Me paso la mano por la cara y miro hacia atrás justo a tiempo para ver su coche deportivo alejarse. Maldito sea. Debe sentirse muy petulante sabiendo que todavía puede provocar tales emociones en mí y hacerme olvidar por completo mi juramento de mantenerme alejada de él.

Con solo un roce de labios, puede tenerme retorciéndome en su regazo una vez más. No tuvo que hacer mucho. Un beso y fui suya. Un beso y olvidé cómo me destrozó el corazón hace años, sin pensarlo dos veces. Un beso y olvidé todas las razones por las que debería mantenerme alejada de él.

Suspiro y apoyo la mano en el pomo de la puerta, pero no la abro. Todavía no puedo entrar, con la tormenta desatada dentro de mí. No puedo enfrentarme a mi hija cuando no tengo la cabeza en su sitio.

Tengo que calmarme, asentar la volátil mezcla de vergüenza y deseo que hay en mí para poder volver a ser su madre.

Antes de que logre controlar mi ritmo cardíaco, la puerta se abre, sobresaltándome. Mel está de pie y se apoya en el marco de la puerta, con una sonrisa irónica en su rostro.

—Te lo tiraste, ¿verdad?

El calor me inunda la cara, mis ojos se abren de par en par. —¿Cómo...?

—Se te nota en toda la cara. Recuerdo cómo te veías después de volver de estar con él, toda sonrojada y avergonzada. —Sus ojos brillan con picardía—. También te vi salir disparada de su coche como si te persiguiera el diablo.

Maldita sea. El objetivo de que estacionara tan lejos era para que Mel не viera juntos.

Es que no se le puede ocultar nada a Mel y mi autodesprecio solo aumenta bajo su mirada divertida. —No sé qué me pasa.

La expresión de Mel se suaviza. —Lo mismo que a toda mujer enamorada.

—No estoy enamorada de él. —La fulmino con la mirada y ella se encoge de hombros.

—Quizás ahora no, pero lo estuviste.

Eso no lo puedo negar. O sea, podría, pero Mel me leería como un libro abierto, como siempre hace. Es un poco fastidiosa en ese sentido.

Suspiro y pregunto: —¿Tammy me vio salir de su coche?

—No. Todavía está durmiendo la siesta. Estaba viendo reposiciones mientras tanto y me di cuenta del coche tan bonito que se detuvo al final de la calle. Así fue como te pillé. —Retrocede para que yo pueda entrar a la casa y cerrar la puerta, quitándome los zapatos. Su mirada finalmente se fija en mi atuendo y dice—: Eso se ve caro.

—Lo es. —Recuerdo las etiquetas con precios desorbitados en cada conjunto cuando fuimos de compras, recordando lo ridículo que se sentía gastar tanto dinero en un trozo de tela. Tengo que admitir, sin embargo, que la tela se siente bien contra la piel, suave y suntuosa.

—No llevabas eso puesto cuando te fuiste, ¿o sí?

—No. —Le dedico una sonrisa sombría—. Al parecer, lo que llevaba puesto no era lo suficientemente bueno, así que tuve que cambiarme cuando llegamos a su mansión.

—¿Te compró ropa nueva?

—Un montón. —Cierro los ojos ante el interés que se filtra en su mirada y niego con la cabeza—. No es lo que piensas. Es solo por trabajo. Lo acompañaba a un desayuno con un cliente VIP y necesitaba lucir apropiada.

—Oh, ¿así que fuiste a desayunar con él? —Su voz burlona me habría hecho reír si tuviera algo de humor para la situación—. Bueno, al menos se aseguró de que comieras primero.

—Cállate —digo—. Pongámonos a ver la tele y a ponernos al día.

—Claro —dice—. Pero como que ahora quería hablar de ti y tu boss.

—Y es de lo último de lo que quiero hablar —digo mientras continuamos hacia la sala de estar. Entro en mi habitación y le doy un beso suave en la frente a mi hija. Se remueve, pero no se despierta, solo agarra su osito de peluche con más fuerza.

Luego tomo una muda de ropa y entro al baño, dándome una ducha rápida antes de ponerme el pijama. Gracias a Dios, puedo hacer el resto del trabajo de hoy desde casa y solo tengo que ir a la oficina muy brevemente por la noche.

Una vez que salgo del baño, nos sirvo a las dos una copa del vino barato que quedaba en mi refrigerador. No se acerca ni de lejos al Merlot que tomamos, pero servirá por ahora.

Nos instalamos frente al televisor y miramos la pantalla y, por un segundo, es como en los viejos tiempos. Casi parece que nuestras otras dos amigas están en el dormitorio *или* en el trabajo y que volverán en cualquier momento. Parece que Pierre pasará más tarde a recogerme para una cita. Sonrío con amargura.

Tantas cosas han cambiado.

También me tomo el tiempo para considerar seriamente su oferta de actuar como agente doble en su nombre. Inicialmente iba a rechazarla porque dudo que mis dotes de actriz estén a la altura de la tarea, pero tal vez sea mejor si la acepto. Aceptarla significa duplicar mi salario y ganar el dinero que necesito en la mitad del tiempo. Así no tendré que trabajar para él por mucho más tiempo, lo que probablemente sea lo mejor para mí en este momento.

Cuanto menos tiempo tenga que pasar cerca de Pierre, mejor. Ya me he demostrado a mí misma que no se puede confiar en que lo resista. Cada vez que estoy en su presencia, mi buen juicio se nubla y me vuelvo adicta fácilmente a la avalancha de emociones y sensaciones que provoca. Lo peor es que no sé cómo detenerlo.—¿Piensas decírselo alguna vez?

—¿Qué? —Me giro y veo que Mel ya no está viendo la tele. En su lugar, me está mirando fijamente a mí.

—A Pierre —dice—. ¿Le vas a decir alguna vez lo de su hija?

Me quedo boquiabierta, incapaz de creer que de verdad me esté haciendo estas preguntas. —¿Hablas en serio? ¿No estabas ahí cuando lo intenté la última vez? ¿No viste lo que pasó?

—Sí, pero para ser sincera, no te esforzaste mucho —dice—. Lo llamaste un par de veces y luego, cuando no respondió, te rendiste. No le enviaste ni un mensaje de texto ni nada.

—Como estaba ignorando mis llamadas, no quería saber de mí. No veo cómo un mensaje de texto habría sido mejor.

—Quizás ignoraba tu llamada porque no sabía de qué ibas a hablar. O sea, por lo que él sabía, lo llamabas para echarle la bronca por haberte ignorado. ¿Cómo iba a saber que ibas a hablar de su hija?

Me encojo de hombros, sintiéndome incómoda. No quiero hablar de esto. Nunca quiero, aunque Mel y Grace sigan sacando el tema. Sabrina es la única que se pone de mi lado en esto, pero las otras dos insisten en que Pierre merece saber sobre su hija.

Excepto que ninguna de ellas conoce a Pierre tan bien como yo. No saben que pone una fachada encantadora, pero por dentro se mantiene oculto, resguardado del juicio ajeno.

No dudo que Pierre no quiera hijos. Aunque nunca lo mencionó, todo lo que sé de él me dio la fuerte impresión de que probablemente será un soltero de por vida. Si le hubiera contado a Pierre sobre Tamara antes, imagino que probablemente habría hecho un intento a medias de vernos, pero luego habría intentado pagarme para que abortara o para que renunciara a sus derechos parentales.

Me habría hecho el corazón pedazos.

Lo peor sería que insistiera en estar en la vida de Tamara, pero no le diera el afecto y el amor que un padre debería. Pasaría tiempo con ella a veces, pero nunca querría que lo vieran con ella en público para no afectar su estilo de vida de soltero. Quizás hasta nos pagaría para mantenerlo en secreto.

En lo único en que Mel y Savannah están de acuerdo es en que debería habérselo dicho y haber aceptado el dinero, para poder usarlo para cuidar de mi hija. —Ella no debería tener que sufrir por tu orgullo —dice Sav.

Y Grace simplemente piensa que debería decírselo porque es lo correcto.

Por ellas, intenté llamar. Diablos, hasta intenté aparecer en su apartamento una vez y no me dejaron entrar. Hice lo mejor que pude, pero no voy a arrastrarme ni a suplicarle al hombre que acepte a su propia hija. Tamara y yo no lo necesitamos. Puedo cuidar de ella yo sola.

—Nunca conocí a mi dad, ¿sabías? —dice Mel, acomodándose en el sofá y subiéndose la manta.

Asiento. Ya me sé esta historia.

—Es algo que me molestó mientras crecía, el no saber —admite —. O sea, quizás mi mamá sintió que estaría mejor sin que me lo dijera. Quizás era un completo imbécil o un borracho, ¿y quién quiere oír que su padre es alguien así? —Suspira—. Pero creo que realmente habría preferido saber. El no saber era lo que más me molestaba. Soñaba despierta con él e imaginaba cómo era. A veces, y sé que es una quimera, pensaba que quizás él simplemente no sabía de mi existencia y por eso nunca se había molestado en buscarme. Quizás mi mamá nunca se lo dijo porque quería fastidiarlo

o algo así. Eso provocó una relación muy complicada y agria con mi mamá. No quiero eso para ti y Tamara.

—Le contaré a Tamara sobre Pierre cuando sea mayor.

—Pero, ¿y decirle a Pierre sobre Tamara? Ya no tienes la excusa de que no contesta tus llamadas. Ahora lo tienes justo en frente de ti, y puedes simplemente decirle: «Oye, ¿recuerdas hace años cuando intenté contactarte? No era porque quisiera volver contigo ni nada, solo quería que supieras que tienes una hija. No quiero nada de ti y ella todavía no sabe de ti, pero pensé que deberías saberlo».

Hace que suene tan simple, pero incluso la idea de llevarlo a cabo me llena de miedo el pecho. Hay tanto que considerar, tantas variables desconocidas. Niego con la cabeza y suspiro. —No es tan fácil, Mel.

—Yo creo que sí.

—Pues no lo es. ¿Qué pasa si se enoja porque nunca se lo dije? ¿O si piensa que estoy mintiendo e intentando tenderle una trampa? Pierdo mi trabajo, eso es lo que pasa, y no tengo forma de mantener a mi hija sin ese trabajo. —Niego con la cabeza—. Esa no es una opción en este momento.

Mel lo piensa y luego asiente. —¿Y más tarde?

—Puedo decírselo más tarde —digo—. Solo planeo hacer este trabajo por un tiempo y cuando renuncie, entonces le contaré sobre su hija.

Mel se hunde de nuevo en el sofá en un silencio amigable. Levanto una ceja. —¿Es eso lo que te ha estado molestando? —Incluso con mis pensamientos caóticos, me he dado cuenta de que ha estado tensa toda la noche.

—Por favor. No te halagues —dice—. Hay como un millón de cosas que me molestan. Estoy preocupada por todas ustedes. Por Savannah y su vida amorosa y especialmente por Grace. ¿Puedes creer que Chris está tratando de convencerla de que vuele a Singapur con él, sabiendo perfectamente que va a estar lejos de su familia, que es exactamente lo que ella no quiere?

Suspiro. —Claro. ¿Qué podemos hacer por ella? ¿Cómo la sacamos de esa situación?

Mel niega con la cabeza. —No lo sé, de verdad. El problema es que no creo que ella quiera que la salven.

24

Pierre

Su aroma permanece en el aire.

Su almizcle inunda el auto, y echo la cabeza hacia atrás para inhalarlo. No es suficiente. Paso la mano por mis shorts, donde su esencia se filtró en mis pantalones, y me la llevo a la nariz para aspirar, con los ojos en blanco como si fuera la droga más potente.

Mierda.

Mi verga late en mis pantalones. Quiero sacármela ahora mismo y envolverla con mis dedos, todavía húmedos con su esencia. La sensación húmeda y pegajosa podría darme una idea de lo que es estar dentro de ella una vez más. Quiero masturbarme con esa imagen de ella deshaciéndose en mis brazos, pero no puedo hacerlo aquí. Necesito llegar a casa primero.

La observo hasta que llega a su puerta. Luego pongo el auto en reversa, doy la vuelta y me alejo a toda velocidad.

Mi pulso retumba, la urgencia hace que mis dedos se aprieten en el volante. Tengo un millón y una de cosas que hacer hoy, pero no puedo hacer ninguna hasta que despeje mi mente por completo, así que me dirijo de vuelta a mi condominio.

Una vez que entro y cierro la puerta detrás de mí, me libero de los pantalones. Agarro mi verga con los dientes apretados, el placer es tan agudo que raya en el dolor. Su imagen se repite en mi mente, retorciéndose en mi regazo, gimiendo en éxtasis.

Dios.

—Mierda —siseo mientras el éxtasis me recorre la columna vertebral, mis piernas tiemblan con la fuerza de la pasión que me invade. Tal vez es por el tiempo que ha pasado. Tal vez no haber estado con mujeres en años es lo que hace que esto se sienta tan jodidamente intenso.

No importa la razón. Su nombre resuena en mi mente y la pasión se convierte en un infierno abrasador que arrasa con todo. Agarro la base de mi verga, bombeando más rápido y apretando más fuerte, retorciéndome e imaginando su dulce coño apretando, mientras mi verga se endurece hasta el punto del dolor y mi cabeza se golpea contra la pared detrás de mí.

—Jódeme, Amy —su nombre se desgarra con dureza de mi pecho mientras exploto en pedazos, mi cuerpo temblando por la réplica. Lo atrapo en mis manos para que no se derrame en el suelo y mis rodillas tiemblan tanto que tengo que ponerme en cuclillas y considerar mi vida por un segundo.

«Mierda», susurro. Acabo de masturbarme contra una pared. Incluso ahora, cuando mi cuerpo debería estar saciado, sigo hambriento e insatisfecho porque no me corrí dentro de ella como quería.

Ya me dije a mí mismo que no volvería a follármela. Lo que pasó en el auto se suponía que era algo de una sola vez, solo para que ella se corriera. Era para ella, no para mí, aunque lo disfruté a fondo. Todavía planeo mantenerme alejado de ella, y no debería ser tan jodidamente difícil. Nunca he sido de los que se lamentan. Siempre he sido capaz de seguir adelante rápidamente, y tal vez estar con alguien más funcione.

Sin embargo, no hay ni una sola parte de mí que quiera estar con alguien que no sea ella.

Tal vez deberías haber pensado en eso antes de desaparecerte de su vida.

Todavía cargo con esa culpa, aunque sé que nuestra ruptura fue lo mejor. Sin embargo, terminar las cosas sin una conversación fue un movimiento puramente cobarde de mi parte y no la culparía si me odiara a muerte por ello. Es un milagro que no lo haga, pero eso no significa que deba estar con ella.

Eventualmente la lastimaré y la alejaré, tal como mi padre le hizo a mi madre.

Con esa convicción renovada, me levanto del suelo y me dirijo al baño para ducharme y cambiarme de ropa. Tengo un montón de

trabajo que hacer, parte desde casa y parte son reuniones con agentes a última hora de la tarde.

Oigo que la puerta de entrada se abre y se cierra cuando estoy abotonándome la camisa.

Frunzo el ceño. —¿Hola?

Nadie respondió. Pero cuando salgo del dormitorio, hay alguien sentado en mi sala, en mi sofá, tomando una copa como si fuera el dueño del lugar.

Hablando del rey de Roma...

—Dad —comento mientras termino de salir—. ¿A qué debo el honor de su visita?

—No estabas respondiendo a tus llamadas.

—Estaba ocupado —digo, y es bastante irónico que él me reclame por esto. De niño, rara vez veía a mi padre y sabía que no debía llamarlo durante las horas de trabajo a menos que fuera algo urgente o que estuviera en mi lecho de muerte.

—¿Ocupado durante toda la semana?

Enarco una ceja. Él, de entre todas las personas, debería saber lo agitado que puede ser. No todas las semanas, pero ciertamente la mayoría de ellas tienen que ver con planificar modelos, vigilar el mercado y, cuando es posible, controlarlo.

—¿Necesitaba algo de mí? —pregunto y hay algo extraño en la forma en que su rostro se contrae ante la pregunta. Sus labios se juntan, sus hombros se tensan. Hay algo en su mente, pero no parece tener el coraje para decir exactamente qué es. En cambio, pregunta—: ¿Cómo van las cosas?

Enarco una ceja.

—Bien —digo. No quiero darle detalles sobre el plan con Amy todavía porque quiero ver cómo se desarrolla primero. Sin embargo, probablemente debería advertirle para que no lo tome por sorpresa.

—Planeo expulsar a Myers —digo—. Estoy poniendo algo en marcha que lo va a obligar a salir de la junta y nos lo quitará de encima de una vez por todas.

Él enarca una ceja. —¿Eres consciente de que posee el 35 %?

—Soy consciente.

—Entonces, ¿tienes a alguien en mente para comprar esas acciones?

—Yo las compraré —digo y sus ojos se abren de par en par—. Sé que puede que no lo parezca, pero tengo algunos ahorros guardados para esta situación exacta. Dinero para jugar, por así decirlo. No se me ocurre nadie mejor con quien jugar.

Mi padre lo considera y asiente. —Confío en ti, pero sabes que las cosas no saldrán tan fácilmente como crees. He intentado varias veces expulsar a ese hombre en el pasado y nunca ha funcionado.

—Lo sé —digo. Myers no es estúpido y es particularmente terco. También existe la posibilidad de que descubra lo que estoy tramando con Amy si su actuación no es lo suficientemente buena. Pero no me preocupa demasiado. Esa no es la única treta que tengo en juego en este momento y espero que al menos una de ellas funcione.

—¿Es eso todo de lo que vino a hablarme? —pregunto. En realidad, sé que no puede ser. Podría haber hecho todo eso por teléfono y hay una incomodidad en la forma en que se presenta que me hace sentir que todavía hay algo en su mente.

Me mira y sacude la cabeza, luego tose incómodamente, aclarando su garganta. —Pensé que debía hacerte saber que iré al médico. Encontraron algo que podría ser preocupante, pero no quiero que pienses demasiado en ello. Probablemente no sea nada.

Enarco una ceja. No me estaría diciendo esto si no fuera nada.

Lo que sea que hayan encontrado debe ser más serio de lo que aparenta.

No estoy seguro de cómo reaccionar, honestamente. Mi padre y yo nunca hemos sido del tipo cariñoso y después de su último susto de salud, me preparé para que algo así sucediera.

Aun así, no vi venir esto.

—¿Los médicos le dieron alguna pista de lo que es?

Se encoge de hombros. —Dicen que podría ser algo o nada. Pero si *es* algo, entonces podría ser algo que no pueden tratar. Solo me estoy preparando para lo inevitable, pero entonces se me ocurrió que, si muero, todavía no tienes un heredero para Revenant.

Ah, por supuesto.

Por un segundo, casi pensé que mi padre me estaba diciendo esto sin otra razón que el miedo por sus problemas de salud, pero acaba de guiarme a la verdadera razón por la que me lo estaba diciendo. Todo vuelve a Revenant, ¿no es así?

—¿Así que esto es una orden para mí de qué? ¿Tener un hijo?

Él enarca una ceja. —¿Te opones a ello?

Me encojo de hombros. Nunca lo he pensado de una forma u otra, si quiero tener hijos o no. Pero sí sé que no quiero tener hijos si les voy a dar el tipo de vida que yo tuve al crecer. Una vida donde todo era frío y estéril, sin abrazos ni mucho afecto. Una vida donde lo único que me unía a mis padres era la expectativa que colgaba de mi cuello. Una vida de saber que me quedaría atrás si no mantenía el ritmo. Ningún niño merece una vida así.

Cruzo los brazos sobre mi pecho y miro a mi padre con cuidado. —No pensé que le importaran cosas como los niños.

—¿No pensabas que me importaba continuar con mi legado familiar? —enarca una ceja—. ¿Crees que trabajaría tan duro para construir nuestra dinastía familiar, solo para dejar que un idiota sin vínculo con nosotros coseche sus recompensas?

—Tenemos primos —sugiero, aunque me costaría recordar cualquiera de sus nombres en este momento. Dad está distanciado de su hermano y, por el lado de mi madre, no asistí a suficientes eventos como para ser considerado realmente parte de su familia.

Mi padre niega con la cabeza. —No es suficiente —dice—. La hija de Lowenstein está en edad. Creo que está interesada en ti. Sería una buena pareja. Su linaje se remonta a la realeza europea y una fusión con su compañía podría no ser lo peor del mundo.

La ira se acumula en mi pecho. —¿Así que no es suficiente con que planeara toda mi vida, sino que quiere usarme como semental también?

—No seas dramático. No es un ogro, ni tiene una personalidad horrible. Al contrario, es bastante encantadora.

—Entonces cásese usted con ella.

Me lanza una mirada arqueada. —¿No pensé que fueras tan exigente con quién te casas. ¿Es porque ya tienes a alguien en mente? ¿Esa chica con la que solías ir a las fiestas?

Tardo un rato en recordar que está hablando de Lana. Ha pasado un tiempo desde que hablamos. Todavía la veo por aquí y por allá, y a veces actúa amigable y otras veces distante, pero de cualquier manera no me he acostado con ella desde entonces. No me he acostado con nadie, excepto con la dulce chica en mi auto.

De repente, la imagen de tener un hijo con ella aparece en mi cabeza. Vívida, nos imagino a ambos en este condominio, con una niñita que se parece a ella corriendo por ahí. La imagen me provoca algo indescriptible. De repente, la idea de tener un hijo no parece tan horrible.

Mientras tanto, mi padre continúa: —La hija de Lowenstein será una mejor pareja para ti que esa chica fiestera. Es más sensata y entenderá el tiempo y la dedicación que tienes que poner en el lado de los negocios. Será una buena ama de casa.

Suspiro y me pellizco el puente de la nariz. —¿Podemos discutir esto más tarde? Necesito ponerme a trabajar.

—Bien —dice y se pone de pie—. Es tu vida después de todo, y tu decisión al final del día. Solo espero que no cometas un error como el que yo cometí.

25

Amy

Paso los siguientes días sumergiéndome en el trabajo, aprendiendo todo lo que puedo sobre la marcha y descifrando el sistema de Revenant.

Trabajar con Pierre es exigente, por decir lo menos. Hay tantas cosas que no explica y muchas más que espera que aprenda sobre la marcha. Le sigo el ritmo porque tengo que hacerlo, pero a veces no logro entenderlo ni siquiera después de leer numerosos informes sobre el caso. No me queda más remedio que molestar con preguntas a algunos empleados pertinentes, lo cual hago incluso cuando algunos me fulminan con la mirada por ello. Al final, se acostumbran cuando ven que les facilita el trabajo. Después de todo, soy yo quien decide quién tiene prioridad para reunirse con Pierre, y solo puedo organizar su agenda basándome en mi entendimiento de la urgencia del asunto.

Así que les conviene trabajar conmigo y asegurarse de que tenga el entendimiento adecuado.

En general, estoy empezando a agarrarle la mano. No me malinterpreten, sigue siendo un trabajo estresante con largas jornadas que me impiden llegar a casa hasta que mi hija ya está en la cama. Por suerte, Mel está aquí para ayudar, y puedo pagar una niñera para cuando ella no está. Aun así, me deprime lo poco que llego a ver a Tamara.

Me consuelo recordándome que todo es temporal. Esto es solo por ahora, mientras ahorro todo lo que puedo. Muy pronto volveremos a estar juntas.

He pensado un poco en lo que quiero hacer después de renunciar a este trabajo, y creo que me gustaría abrir mi propia guardería de medio tiempo. Me encantan los niños y ahora entiendo

lo importante que es un servicio así para las mamás que trabajan. Tengo suficiente experiencia para que funcione y solo necesito un poco más de dinero para la inversión inicial. Haciendo números, sé exactamente cuánto necesito y cuánto tiempo tendría que trabajar para conseguirlo, que no es mucho en absoluto.

La idea de un futuro haciendo algo que de verdad disfruto me da fuerzas para seguir la mayor parte de esa semana. Entonces, finalmente sucede.

Estoy recogiendo mi café y mi ensalada de una cafetería tranquila a cinco minutos del trabajo, cuando una voz sedosa habla a mis espaldas:

—Usted debe de ser Amy.

Me di la vuelta, sorprendida, porque no oí entrar a nadie más. La cafetería estaba bastante vacía cuando llegué, salvo por un barista detrás del mostrador. Ahora hay un hombre de pie cerca de la entrada, de estatura media, pelo castaño y un traje caro, con unos gemelos brillantes que aseguran el borde de su camisa.

Al instante sé quién es, lo reconozco de los expedientes que me dieron. También sé qué está haciendo aquí. Se me hizo un nudo en la garganta y los nervios hicieron que mi voz temblara, pero lo disimulé como si fuera sorpresa.

—Hola —dije—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Eso depende. —Se adentró más en el local, con una sonrisa encantadora cruzando sus labios. O al menos, la sonrisa habría sido encantadora si no supiera lo que sé. Ahora mismo, sin embargo, puedo detectar la astucia en su mirada.

—¿Depende de qué?

—De lo que usted quiera. —Se sentó en un rincón de la cafetería y me observó con atención. Fingí ignorancia.

—No estoy segura de a qué se refiere, sir.

—Oh, pero yo creo que sí —sonrió. Hizo un gesto con el dedo para que me acercara y obedecí con vacilación, no queriendo que el cajero oyera de qué estábamos hablando.

—Estoy bastante seguro de que Pierre ya le advirtió sobre mí, ¿no es así?

Negué con la cabeza lentamente.

—Mi nombre es Monty Myers.

—Ah. —Dejé que el reconocimiento y la genuina aprensión que sentía se asomaran—. Bueno..., es un placer conocerlo, sir, pero lamentablemente tengo que volver al trabajo ahora.

—Tranquilícese. —Se rio entre dientes y pareció disfrutar especialmente poniéndome nerviosa en este momento—. No voy a morderla ni a atacarla. Solo estoy aquí para hacerle una oferta, y si no la quiere, es libre de volver al trabajo, aquí no ha pasado nada. Le aseguro, sin embargo, que le conviene escucharme.

Tragué saliva y suspiré, agarrando mi taza de café y mi plato lleno de ensalada. Me senté frente a él.

—Está bien.

—Bien —dijo—. Para no hacerle perder el tiempo, seré breve. Verá, sé quién es usted, querida. Me tomé el tiempo de investigarla y descubrí todo sobre su vida, incluido el hecho de que tiene una hija maravillosa.

Mis ojos se abrieron de par en par con verdadero miedo, haciendo que mi corazón se acelerara. No pensé que investigaría tan a fondo mis antecedentes. Me hace preguntarme si Pierre hizo lo mismo. No, no lo hizo, de lo contrario ya habría descubierto mi mentira sobre que Tamara era hija de Mel. Como mínimo, me habría preguntado por mi hija, aunque solo fuera por curiosidad.

Probablemente aún no lo sabe, pero eso no significa que no lo sabrá en el futuro, así que, ¿qué voy a hacer entonces?

—Soy tío —continuó Myers—. Así que sé lo caros que pueden ser los niños. Probablemente por eso aceptó este trabajo, a pesar de que nunca antes había expresado ningún interés particular en las finanzas o en trabajar para esta empresa. Lo sé porque nunca ha asistido a ninguna de nuestras jornadas de puertas abiertas o seminarios de empleo. Tampoco tiene un título en Finanzas. Probablemente odia lo que hace y lo más cerca que ha estado de trabajar para Luther Valdam y una conversación con él no le dieron mucho crédito a sus capacidades en este campo.

Por supuesto que Luther me difamaría ahora que ya no trabajo para él. Típico. Para ser justos, sí me advirtió que me pondría en la

lista negra de todos los demás profesionales de las finanzas de la ciudad.

—Así que —continuó—, solo puedo concluir que la razón por la que está aquí no se debe a sus méritos en sí, sino a que nuestro querido CEO ha cometido la hazaña extremadamente arriesgada de contratar con la verga. —Se rio de su propio chiste y sus ojos brillaron con malicia mientras se inclinaba para soltar la última frase —. Confíe en mí cuando le digo que ese es un mal criterio para el empleo. No va a durar. Al final se dará cuenta de que cometió un error y la va a despedir. Ha despedido a todas sus últimas asistentes en cuestión de meses y estaban cualificadas para este puesto de una manera que usted no lo está. No creo que vaya a durar ni siquiera tanto como ellas.

Apreté los labios, tratando de contener mi molestia porque básicamente se está sonriendo en mi cara mientras me insulta y me llama poco más que un buen trozo de carne.

Mi aversión por el hombre crece, y aunque sé que todo esto es una artimaña para ponerme de su lado, no puedo evitar preguntarme si lo que dice es cierto. ¿Es por eso que Pierre me contrató? ¿Simplemente porque quería acostarse conmigo? ¿Se va a deshacer de mí al final?

—Si se pregunta si lo que digo es cierto, le aseguro que lo es. Pregúntele a cualquiera. Pregúntele incluso a Trey. Le dirán lo suficiente como para que llegue a sus propias conclusiones. No sé si ya se está acostando con él, pero si lo está, puede esperar que su tiempo aquí sea aún más corto. Es una bomba de tiempo. —Negó con la cabeza, compadeciéndome—. Sé que probablemente aceptó este trabajo por el alto salario que conlleva. Digo, seamos sinceros, Nueva York es una ciudad cara, y con ese dinero, puede darle a su hija la vida de sus sueños. Incluso si solo trabaja aquí por un año o dos, eso es una verdadera fortuna. Y así es como consigue que usted juegue su juego según sus reglas. Pero lo que no sabe es que probablemente nunca llegará a ver esa fortuna. De hecho, está tan fuera de su alcance, que dudo que dure lo suficiente para ver su primer cheque de pago.

La ira me contrajo el estómago. Tuve la loca idea de tirarle la ensalada y la bebida por la cabeza, pero de alguna manera me resistí.

—Así que aquí está mi oferta. No es gran cosa, solo que tome esto. —Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un teléfono pequeño y cuadrado—. Este es un teléfono desechable. Es irrastreable. No lo active en ningún lugar del trabajo, pero una vez que esté en casa, envíeme un mensaje de texto. Solo dígame qué está haciendo, con quién se reúne, qué tipo de tratos está cerrando. Y recibirá dos millones de dólares a finales de mes. ¿Qué le parece?

Suena demasiado bueno para ser verdad. Es tan curioso que hasta hace como un mes, no podía ni imaginar tener tanto dinero y ahora ambos hombres me lo están ofreciendo. Y ahora todo se reduce a con quién quiero trabajar.

Cuando no rechazo su oferta de inmediato, sonríe victorioso. —Tómese su tiempo para pensarlo. —Dejó el teléfono sobre la mesa y se marchó.

26

Pierre

Amy se tarda en volver del almuerzo.

Vuelvo a mirar mi reloj antes de tamborilear los dedos sobre su escritorio. No es que llegue tarde en general. La hora del almuerzo es de treinta minutos y ella solo ha usado veinte. Sin embargo, por lo general está de vuelta en cinco minutos. Sé que toma un café y un sándwich de la tienda de la esquina para luego regresar a comerlos en su escritorio. A veces se toma otro descanso para caminar unos treinta minutos después de terminar de comer, para ayudar a la digestión y estirar las piernas.

Es un poco patético que conozca su horario hasta en esos mínimos detalles, pero es una de las pocas veces que me permito observarla. Normalmente encuentro alguna razón para estar en su escritorio a la hora del almuerzo, si es que estoy en la oficina, y hoy vine con la excusa de preguntarle sobre un proyecto secreto en el que estamos invirtiendo actualmente.

Claro, podría haberlo hecho por teléfono. La verdad es que quería verla; más bien, *necesitaba* verla.

Debería mantenerme alejado. Cuanto más alimento esta adicción, más fuerte se vuelve, y no necesito involucrarla más en el desastre de mierda que es mi vida.

¿Pero y si pudiéramos ser solo amigos? ¿Y si pudiéramos hablar y pasar el rato como antes? Más que el sexo, miss su compañía. Simplemente no sé si soy lo suficientemente fuerte como para tenerla sin el sexo.

La puerta de su oficina finalmente se abre y sé que es ella sin darme la vuelta. Su suave aroma a vainilla llena el aire, su respiración se entrecorta en la garganta cuando se da cuenta de mi

presencia. A eso le siguen sus pasos vacilantes mientras finalmente se acerca a su escritorio.

—¿Qué haces aquí?

Cierro los ojos por un segundo y la inhalo, imaginando sus ojos suaves y su cara sonrojada por el esfuerzo, el cabello que se escapa de su moño para caer en suaves ondas sobre sus hombros, sus labios tan carnosos y besables que tengo que clavar las manos en la silla para no agarrarla.

Sí, de ninguna manera puedo ser solo su amigo.

—Vine a ver cómo va tu investigación —le digo, con la voz áspera por el deseo que recorre mi cuerpo.

—Ya casi la termino —dice mientras toma asiento, equilibrando el café y el sándwich en el borde de su escritorio—. Solo necesito hacer un par de llamadas más y las reuniones estarán organizadas.

—Genial. —Se muerde los labios mientras mira la comida y no me mira a los ojos. Noto que algo la molesta, pero antes de que pueda preguntarle qué es, cuadra los hombros, me mira a los ojos y dice:

—Monty Myers se me acercó en la cafetería.

—¿Ah, sí? —Me enderezo, interesado—. ¿Lo hizo él mismo?

Ella asiente. Vaya. No pensé que lo haría. Pensé que habría aprendido a ser más discreto después de lo de James, porque casi cualquiera podría entrar en esa cafetería, verlos hablar y alertarme. Es un tipo de descuido que no espero de él, porque aunque Monty no es ni de lejos tan listo como yo, tampoco pensé que fuera tan tonto como para cometer un error así.

Sospecho constantemente. ¿Será algún tipo de trampa?

—¿Qué te dijo? —pregunto.

—Exactamente lo que dijiste que diría. Me preguntó si quería ganar un dinero extra y me dijo que de todos modos me despedirías en unos meses, así que más me valía ayudarlo a espiarte y me daría dos millones de dólares.

—Ja. —Tal como lo predije, pero aun así hay algo que me molesta. Es extraño que se haya reunido con ella en un lugar público así. ¿O es que Myers es en realidad más tonto de lo que creo?

Ella se muerde los labios. —También hay algo que no te he dicho, algo que él sabe y que podría intentar usar en mi contra en el futuro.

—¿Qué es? —pregunto.

Exhala, me mira a los ojos y junta las manos. —Tengo una hija.

Parpadeo. La sorpresa es una ola que se estrella contra mí, dejándome en silencio mientras ella continúa su explicación.

—Fue... con un hombre con el que estaba saliendo después de que rompimos. Él no quería tener nada que ver con el embarazo, pero yo quería tenerlo y entonces... renunció a sus derechos y he estado criando a la niña sola desde entonces.

La agitación se retuerce en mi pecho, una mezcla de emociones que desencadena una tormenta dentro de mí. La principal de esas emociones es una ira pura y sin adulterar hacia ese cabrón que no pudo asumir la responsabilidad de su hija, dejándola criarla sola. —Entonces la niñita en tu casa...

—Sí. Es mía. Lo siento, te oculté la verdad pero no pensé que me darías el trabajo si lo sabías.

Mi mente explota con la noticia y no estoy seguro de qué decir a eso. Probablemente tiene razón. Este trabajo es demasiado agitado para acomodar a alguien que es la única madre de una niña, y no habría esperado que se las arreglara bien con la carga de trabajo. Me pregunto cómo lo está sobrellevando porque no puede ser fácil.

La miro fijamente y parece estar esperando algún tipo de amonestación, preparándose para ello, pero, extrañamente, no estoy enojado. Tal vez lo habría estado si no me lo hubiera confesado, aunque sé que solo confiesa porque no quiere que Myers lo use en su contra. Aun así, probablemente yo habría hecho lo mismo si estuviera en su lugar, especialmente para mantener a mi familia.

No debería tener que hacerlo sola.

Estoy furioso con el cabrón que la dejó embarazada y la abandonó. —Deberías haberle exigido la manutención. No es justo que lo hagas todo sola.

—Lo sé, pero no quería a alguien así en la vida de mi hija —dice —. Además, no estoy sola. Tengo la ayuda de mi familia y mis

amigos. Solo te lo digo ahora para que no tengas que escucharlo de él. Creo que pensaba usar eso para chantajearme.

Asiento, pero apenas escucho. Sigo atascado en la idea de que tiene una hija. Por extraño que parezca, quiero conocerla. Nunca he sido del tipo que se interesa mucho por los niños. Pero la idea de que ella tenga una hija me llena de... algo. Curiosidad, creo. Quiero conocerla.

—Tienes razón. Es inteligente de tu parte confesarlo. —Considero cuánto debe haber sacrificado ya para tenerla. Trabaja básicamente desde el amanecer hasta el anochecer, y eso cuando no está haciendo horas extras. Eso debe ser duro para su hija.

—¿Necesitas más tiempo libre? —pregunto y considero la logística de contratar a una segunda asistente personal para que su carga de trabajo sea más manejable.

—No —dice al instante—. No quiero ningún trato especial. Puedo seguir con mi trabajo como hasta ahora.

Me encojo de hombros. —Podrías, pero no tienes por qué.

—Quiero hacerlo. —Me mira con determinación en los ojos. No quiere que la perciban como alguien que necesita ayuda o es inferior, y aunque podría aprovechar mi oferta, su orgullo no se lo permite.

Asiento. —Bien, entonces. Pero probablemente debería advertirte que visitaremos Ginebra en un par de días.

Eso la sorprende. —¿Qué? ¿Por qué?

—Porque tengo que reunirme con algunos socios comerciales. Y luego tenemos una conferencia de una semana en los Alpes suizos. ¿Crees que puedes manejarlo?

Veo entonces el conflicto en su rostro. No quiere tener que dejar a su hija, pero al mismo tiempo, no quiere darme la razón, demostrar que sí necesita ayuda. Espero a que decida cómo manejarlo y finalmente cuadra los hombros y asiente secamente.

—Claro —dice—. Puedo hacerlo.

Mujer terca. Sonrío con suficiencia mientras me pongo de pie. —Siéntete libre de compartir mi itinerario de Ginebra con Myers. Pero no de inmediato. Dale unos días para que asuma que realmente tuviste que pensarlo mucho antes de tomar la decisión. Y hagas lo

que hagas, no te reúnas con él en su casa ni en ningún lugar privado. Asegúrate siempre de reunirte con él en un punto público y neutral. —No creo que Myers se ponga violento, pero no quiero correr ningún riesgo con ella. Además, algo en toda esta situación me huele a pescado.

Ella asiente, pero yo permanezco de pie mirándola, mis pensamientos llenos de cosas que nunca más podré decirle.

—¿Eso es todo? —pregunta en voz baja y finalmente retrocedo.

—Eso es todo.

Paso la mayor parte del resto del día distraído del trabajo por la noticia que acabo de recibir sobre su hija. Hay mucho que hacer, los viajes que preparar, los planes que poner en marcha. Pero no puedo dejar de pensar en la voz de esa niñita. Tampoco puedo dejar de pensar en el horario de trabajo de Amy. A veces llega a las cinco y se va casi a las ocho. ¿Pasará algún tiempo con su hija? La niña debe tener unos tres años. Probablemente necesita a su mamá ahora más que nunca.

Le doy el día libre mañana porque, a pesar de sus protestas, no me la voy a llevar sin dejar que pasen un día juntas.

Le digo que puede trabajar desde casa si quiere, pero me aseguro de que deje de trabajar a las tres de la tarde.

Alrededor de esa hora, voy a almorzar tarde con mi padre, en Barney's Steakhouse en el Soho.

Él ya está sentado en nuestra mesa habitual cuando llego, pero me doy cuenta de que no para de mirar el reloj con cara de fastidio.

—No creo que llegue tarde —digo al entrar. Llego justo a tiempo, como siempre.

—No —dice—. No llegas tarde.

—Pero yo sí.

La voz detrás de mí me resulta tan familiar que me detengo en el proceso de sacar la silla y me doy la vuelta.

Lana está de pie detrás de mí.

—Hola, cariño. —Se pone de puntillas para darme un beso en la mejilla. Su perfume es empalagoso y, de alguna manera, hasta ese breve abrazo me resulta desagradable. Se aparta y me sonríe llena

de promesas—. Cuánto tiempo sin vernos. Te has estado escondiendo de mí.

Mi máscara se desliza en su lugar y le dedico una sonrisa superficial. —Claro que no. Ya sabes cómo ha estado el trabajo.

—Sí, pero deberías aprender a tomarte al menos un tiempo para tus amigos.

—Por supuesto. —Miro de reojo a mi padre mientras hablo, notando la falta de sorpresa en su rostro. Él planeó esto, el muy cabrón. Todo esto es obra suya. Estoy sorprendido. Antes desaprobaba que me acostara con ella cuando pensaba que me quitaría tiempo para el negocio. Pero ahora que necesita un heredero, está totalmente a favor.

Imbécil.

Durante la mayor parte de la cena, los observo interactuar. Justo en medio de todo, mi padre pone una excusa como si estuviera a punto de irse, pero antes de que pueda hacerlo, me levanto.

—Con permiso —digo y me dirijo al baño.

Una vez allí, me lavo las manos y pienso en cómo irme antes de que mi padre pueda hacerlo.

La puerta se abre detrás de mí y sonrío con suficiencia, sabiendo ya quién es.

—¿Mi padre también te ha mandado aquí?

—Oh, no seas así —dice—. No puedes decir que no me miss tú también. —Me rodea la cintura con la mano por detrás, haciéndome suspirar.

—No hagas esto, Lana.

—¿No hacer qué?

Me doy la vuelta y la miro a los ojos. —Esta es una jugada de poder de mi padre. Siento que te hayas visto envuelta en esto.

—No me importa. —Se encoge de hombros—. Él quiere lo mejor para ti, y sabe que eso soy yo.

Su rostro sigue brillando de esperanza y me siento como un imbécil cuando niego con la cabeza y me alejo.

Al pasar por la mesa de mi padre, veo que está pagando la cuenta. Levanta la vista cuando me detengo.

—¿Esto es lo que haces ahora? —pregunto, con la voz acalorada —. ¿Prostituirme?

—Yo no...

—La próxima vez, ten la decencia de avisarme antes de intentar que me acueste con alguien como si fuera tu yegua de cría.

Sus ojos se abren de par en par, pero no me quedo para ver más de su reacción. En lugar de eso, me voy.

Sigo echando humo mientras camino por el bulevar en dirección a mi auto. Sin embargo, aun estando enojado, algo llama mi atención. No estoy seguro de qué es exactamente, quizás la risita infantil o el ligero aroma a vainilla.

Sea lo que sea, me doy la vuelta. Y las veo.

—¿Amy?

27

Amy

—Mami, ¿podemos tomar helado?

—Claro que sí, mi amor —. Es un raro día libre para mí y hoy haremos lo que mi hija quiera. Está casi loca de emoción mientras caminamos por un bulevar cualquiera del SoHo, lleno de tiendas, boutiques y, lo más importante, heladerías.

Mi hija señala la más colorida de todas y nos dirigimos hacia allí.

Ha sido una semana difícil para la bolsa y para Revenant en general. Estoy aprendiendo más de lo que jamás pensé que aprendería y le estoy agarrando la mano a las cosas, pero eso no las hace necesariamente más fáciles; solo me hace estar más a la altura del desafío. Estoy física y mentalmente agotada, pero estoy decidida a estar presente y ser entretenida para mi hija, que está emocionada por pasar todo el día con su madre. Camina dando saltitos, balanceando las manos mientras la sujeto para evitar que se cruce en el camino de otros peatones.

Algunas personas que pasan le sonríen. Una o dos ponen los ojos en blanco, como se suele hacer cuando se ve a un niño adorable y revoltoso. Mantengo mi atención en Tamara mientras entro en la heladería, alzándola en mis brazos para que pueda ver todos los sabores que se exhiben.

—Quiero ese, mami —dice, señalando el helado de café.

—¿Solo una bola o dos, mi amor?

Sus ojos se agrandan. —¿Puedo pedir más de una?

—Por supuesto —. La culpa me retuerce el estómago al recordar todas las veces que solo pude comprarle una bola—. Mami también va a pedir uno, así que puedes pedir cuantas quieras.

—¡Yupi! —canturrea—. Gracias, mami.

La señora de la heladería le sonríe y nos ofrece una bola extra para Tamara. Cuando intento pagarla, levanta la mano y niega con la cabeza.

—Invita la casa —dice.

—Gracias —le digo con sinceridad y ella me guiña un ojo.

Es un buen día, y salgo con un humor mucho más alegre que antes. Mi hija me está contando todo lo que ha hecho en los últimos días, incluyendo los dibujos animados, los dibujos que ha hecho y cómo conoció a una nueva amiga en el parque llamada Maisey, que tiene una bicicleta de unicornio que canta cuando tocas la bocina. La escucho, pero mi mente no deja de divagar hacia el trabajo y todo lo que aún no he hecho. Y también hacia Pierre.

No estoy segura de si me dio el día libre solo porque descubrió que tengo una hija. Es un poco vergonzoso y frustrante pensar que esa podría ser la razón, pero tampoco voy a rechazar un día con mi hija.

Quizás todo esto es una prueba suya que estoy fallando al aceptar su ayuda. O tal vez estoy siendo tonta y egoísta al rechazar su oferta de un asistente.

Tampoco podía aceptar esa oferta, no cuando mentí para conseguir el trabajo y le sigo mintiendo sobre algo tan importante. Me sorprendió que no pareciera ni un poco molesto cuando le revelé que tenía una hija, a pesar de que inicialmente le dije que no tenía hijos. Pareció más comprensivo de lo que le habría atribuido y me consumió tanta culpa que no supe qué hacer con ella.

Díselo, las palabras de Mel resuenan en mi oído. Son las palabras que dijo después de que le conté lo que pasó. *Esta es una señal. Quizás no se lo tome tan a mal como crees. Quizás entienda por qué lo ocultaste durante tanto tiempo. Pero ni siquiera le estás dando una oportunidad, y no quieres que se entere por otra persona.*

Mel probablemente tiene razón, pero no quiero pensar en eso ahora. Solo quiero pasar un día relajado con mi hija. Más tarde, podré pensar en el hecho de que le estoy mintiendo a su padre.

—¿Amy?

Al principio, pensé que estaba imaginando cosas. Quizás mis intensos pensamientos sobre Pierre están haciendo que escuche su

voz cuando no debería.

—Amy.

Me doy la vuelta bruscamente, con mi hija todavía en brazos, tan fuerte que su helado se cae del cono y aterriza en el suelo.

—Oh, mami.

—Lo siento, mi amor. Toma, quédate con el mío —. Le doy mi helado distraídamente mientras me quedo mirando al hombre que está a unos pasos de mí, su figura interrumpida por un transeúnte cualquiera en la calle.

No lo he invocado con el pensamiento, pienso mientras mi corazón comienza a acelerarse de nuevo. Realmente está aquí.

Más importante aún, está caminando hacia mí. Hoy viste de manera informal, con una camisa polo que envuelve los músculos de sus hombros de una forma deliciosa y acaricia su figura hasta su estrecha cintura. Sus pantalones se aferran a sus gruesos muslos y parecen costar más que mi alquiler.

El deseo golpea con fuerza mi estómago y la forma fluida y poderosa en que camina hace que todo lo femenino dentro de mí ronronee. También huele tan bien, trayendo consigo el aroma de una colonia especiada mientras se para frente a mí.

—¿Qué haces aquí? —. Mi boca se mueve por voluntad propia, mi garganta está seca y mi lengua de repente está sedienta.

—Tenía una reunión con mi padre —dice—. En un restaurante de carnes a la vuelta de la esquina.

—Ya veo —. Miro por encima de su hombro justo a tiempo para ver a un hombre mayor saliendo del restaurante. Echa un vistazo en nuestra dirección, y su atención persiste, incluso cuando un Mercedes se detiene a un lado de la carretera para él.

Su mirada me inquieta. No puedo ver bien su expresión, pero algo me dice que no me gustaría.

Un chofer sale del auto para abrirle la puerta y finalmente sube. Es seguido por una hermosa mujer bien vestida que también entra en el coche. Me resulta familiar, pero no puedo ubicar dónde la he visto.

_—¿Cómo te llamas? —oigo preguntar a Pierre y me doy cuenta de que está mirando a mi hija. Ella esconde tímidamente la cara en

mi hombro, pero lo mira a escondidas, mientras su helado se derrite y deja gotitas en el suelo._

—Es tímida —le digo cuando mi hija no responde. Estoy nerviosa de que vaya a ver el parecido. No se parece mucho a él, pero el hoyuelo es similar y si la mira demasiado de cerca, quizás empiece a hacer preguntas.

Hora de escapar. —Bueno, te dejo que sigas con tu día.

—¿A dónde vas?

—Mmm... —vuelvo a mirar a mi hija y ahora ella me está mirando a mí—. No sé. Estaba pensando en ir a comprarle algunos juguetes nuevos. ¿Te gustaría eso, verdad, princesa?

Ella asiente contra mi hombro y asoma la cabeza para lamer su helado. Él sonríe con picardía mientras la observa de cerca, y aunque mi corazón se acelera porque tengo miedo de que la reconozca, hay algo más ahí dentro que me asusta más.

—Iré contigo —dice—. Acabo de terminar mi reunión, así que no tengo nada que hacer ahora.

—Oh, no tienes por qué.

—Quiero hacerlo —dice—. Además, todavía tengo que llevarte de compras para la ropa de invierno para nuestro viaje, ¿no?

—Ya tengo ropa de invierno.

Él levanta una ceja y yo hago un puchero.

—Puede que no sean de diseñador, pero sirven.

—Claro —. Ríe entre dientes ante la nota amarga en mi voz—. No tardaremos mucho. Podemos ir primero a la juguetería.

No tengo ninguna razón para seguir diciendo que no, así que suspiro y cedo.

Mientras caminamos, mi hija lo mira continuamente y él le devuelve la mirada. Su escrutinio cercano me pone nerviosa, pero no hay nada que pueda hacer al respecto.

En un momento dado, la oigo reír y miro para descubrir que le ha hecho una mueca.

¿Cuánto tiempo lleva haciendo eso? Tampoco lo imaginaba como el tipo de persona que hace muecas a los niños, así que ahora me pregunto cuánto sé de él en primer lugar.

La juguetería está repleta de estantes de muñecas y todo lo que una niña pequeña podría desear. Tamara empieza a hacer ruidos de emoción en cuanto llegamos, pataleando para que la baje. Una vez que se lo permito, corre cerca y empieza a examinar el estante de cerca, pensando profundamente como si su vida dependiera de ello.

—¿Siempre es así de serio para ella? —pregunta él y yo asiento. Normalmente, solo le permito uno o dos juguetes cada vez que vamos de compras, así que sabe que debe hacer su selección con cuidado.

—Mami, quiero esta —. Decide, sosteniendo una muñeca en el aire. La tomo de su mano y la pongo en una cesta.

—¿Eso es todo lo que quieres, mi amor?

—¿Puedo tener otra?

Asiento y ella sonríe radiante. —¡Este es el mejor día de mi vida!

—¿Qué tal esta? —. Pierre está de pie junto a una casa de muñecas gigante que llega a la altura de la cintura. Es una casa rosa estilo rancho con caballos en el frente y los ojos de mi hija prácticamente se quedan en blanco.

—¿Puedo tenerla, mami?

—No lo sé, cariño —. Le lanzo una mirada de desaprobación—. No sé si tenemos espacio en el apartamento para ella.

—Ohhh —. Se le caen los hombros y me duele el corazón al ver su tristeza.

—Puedo guardarla en mi casa —responde Pierre sin dudarlo—. Así, cuando quieras jugar con ella, las dos pueden venir a mi condominio.

Mi hija se anima una vez más y me mira fijamente. Frunzo el ceño.

_—¿Por qué? —le pregunto a Pierre. *¿Por qué está haciendo esto?*

Su expresión es indescifrable, y se encoge de hombros. —¿Por qué no?

No tengo respuesta.

Terminamos llevándonos las muñecas y haciendo que la casa de muñecas sea entregada en el condominio de Pierre. También elige

algunos juguetes más para Tamara que a ella parecen gustarle y los añade a su cuenta.

Para cuando salimos de la tienda y nos dirigimos al auto de Pierre, la timidez de Tamara se ha derretido por completo. Mientras parlotea, incluso le toma la mano a él con una mano y a mí con la otra, lo que enciende más alarmas.

¿Qué es esto? me pregunto. *¿Qué está pasando aquí?*

Un valet del estacionamiento detrás del restaurante de carnes llega con el coche.

—Gracias —le digo.

—Gracias —repite mi hija como un loro, y eso hace sonreír a Pierre por alguna razón.

La mayor parte del trayecto está llena de la cháchara de mi hija. Le fascinan todos los botones del auto y le pregunta a Pierre sobre ellos. Él responde a todas sus preguntas con paciencia, sin parecer molesto en absoluto, incluso cuando recibe dos llamadas de trabajo en medio de todo.

Como era de esperar, nos lleva de compras a una tienda de lujo. Cuando salimos del auto, Tamara ve algo en el escaparate que hace que sus ojos se abran de par en par.

—Mami, mira, es un vestido de princesa.

—Sí, cariño, es precioso.

—¿Puedo tener uno?

—No estoy segura de que los hagan de tu talla, princesa.

—Pueden hacerlo —es la respuesta de Pierre—. Puedo hacer que hagan uno de tu talla. ¿Te gusta?

Ella se refugia detrás de mí y asiente tímidamente.

—Entonces lo mandaré a hacer.

—Oh, no quiero abusar —empiezo a decir. Los juguetes fueron más que suficientes.

—No es un abuso —dice—. Solo dime tu nombre, princesa.

—Me llamo Tammy —dice ella y él sonríe.

—Es un placer conocerte, Tammy.

Lo que sigue es una de las experiencias de compra más asombrosas que he tenido. A estas alturas, Tamara ha entrado completamente en confianza con Pierre y no tiene reparos en

señalarle todo lo que quiere en la tienda. Al final, nos compra un montón de abrigos de lujo, algunos vestidos, zapatos para mí y una pequeña bolsa para Tammy.

No menciona el costo, pero hago los cálculos en mi cabeza y sé que debe estar en los millones a estas alturas. Dios mío.

Cuando llegamos a casa, estoy confundida y agotada, y Tamara está profundamente dormida.

Mel está allí, murmurando ante su computadora, pero levanta la vista sorprendida cuando nos ve entrar.

—Vaya, vaya, vaya —murmura y le lanzo una mirada de advertencia para que no diga nada sospechoso. Ella sonríe con picardía, pero obedece.

—¿Tuviste noticias de tu boss? —digo.

Ya le había preguntado si podía cuidar a Tamara durante la próxima semana más o menos mientras yo viajaba. Dijo que tenía algunos compromisos de trabajo en los próximos días, pero que le preguntaría a su boss si podía librarse de ellos.

Mel aprieta los labios. —Lo siento. Dijo que no. Tengo que estar en NoHo mañana para un almuerzo de porquería y tengo un montón de reuniones al día siguiente. No creo que pueda cuidar a Tammy.

—Rayos —. Me temía eso.

Considero la logística de llevar a Tamara con mi madre, cuando Pierre dice: —¿Por qué no viene con nosotros?

Me vuelvo para mirarlo fijamente. —¿Quieres que mi hija venga a un viaje de trabajo?

—Claro. Entiendo que es con poca antelación y es mi culpa que no pudieras encontrar una niñera a tiempo.

—Sí, pero...

—No estaremos trabajando todo el tiempo —dice—. La mayoría de las reuniones importantes empiezan por la noche o después del miércoles, momento en el que Mel puede unirse a nosotros. Si quiere, claro.

—¿Un viaje pagado a Suiza? —la voz de Mel sonaba emocionada —. Cuenten conmigo.

—Espera —cierro los ojos—. Todo está pasando tan rápido—. Solo dame un segundo.

—No hay nada que pensar. De esta manera, todos salimos ganando. Puedes pasar tiempo con tu hija en un país extranjero y trabajar al mismo tiempo.

Me muerdo los labios. Realmente no veo la desventaja, pero estoy segura de que la hay. Mi hija no necesita pasar más tiempo cerca de Pierre. Aparte de mi miedo a que Pierre la reconozca, no quiero que ella se encariñe con él.

Sin embargo, no digo que no.

28

Pierre

Unos minutos de charla trivial después, ambos salimos del cálido hogar al frío del exterior. Una sensación de vacío me llena el pecho. No estoy seguro de qué es, o de dónde vino. O tal vez siempre estuvo ahí y apenas lo estoy notando ahora.

No creo que estuviera ahí cuando caminaba por esa tienda, con esa niñita en mi cadera, su sonrisa como el sol iluminando la habitación. Su felicidad y gratitud me dieron ganas de comprarle la tienda entera. Se parece tanto a su madre, con los mismos ojos brillantes y la misma expresión sincera. Disfruté viéndola correr de un lado a otro escogiendo las cosas que quería con una fascinación inocente.

Apenas la conozco, pero sé que quería darle el mundo.

—Quienquiera que sea, es un idiota —gruño y Amy se gira para mirarme inquisitivamente—. El tipo que no quiso ser su dad. Es un reverendo imbécil.

Por alguna razón, hay un conflicto en su rostro ante la afirmación, uno que no puedo descifrar. ¿No está de acuerdo con que lo llame idiota? ¿Sigue enamorada del tipo? No lo parecía cuando me dijo con indiferencia que él no quería ser padre, y ella no parece del tipo que se quedaría enganchada de un imbécil sin cerebro como ese.

Ella mira las estrellas por un momento. Luego dice:

—A veces la vida es más complicada de lo que pensamos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que estoy segura de que tiene sus razones para ello. Al menos fue honesto conmigo. No le guardo rencor y estoy feliz de haberlo conocido, porque, a través de él, obtuve el regalo más preciado que la vida me ha dado.

No puedo evitar mirarla fijamente. Esa mirada tierna en su rostro me toca la fibra sensible y el sentimiento dentro de mí me consume tanto que necesito una válvula de escape. Necesito... Necesito besarla.

Esa necesidad vence constantemente a mi buen juicio. Estoy cansado de luchar, cansado de fingir que solo somos amigos y que no la deseo con cada fibra de mi ser.

—Amy.

—Sí.

—Voy a besarte ahora —le advierto—. Sé que dije que no lo haría más, pero no puedo evitarlo, y si no quieres esto, entonces probablemente deberías alejarte.

Sus ojos se abren de par en par por la sorpresa, su boca entreabierta. Pero, lo más notable, es que no se aleja. Le doy diez segundos, pero sigue ahí parada, con los pies clavados en el suelo.

No protesta cuando paso mi mano por su cintura, solo deja escapar el más mínimo sonido al atraerla hacia mí antes de estrellar mis labios contra los suyos. Su sabor explota en mi boca y mi cuerpo canta de satisfacción. El corazón se me oprime con tanta fuerza que apenas puedo respirar, y mi verga hace lo mismo.

Su mano se aferra a mi hombro y gime en mi boca mientras nuestras lenguas se enredan, deslizándose sensualmente una sobre la otra. No la beso con fuerza como lo hice antes, aunque el ardor y la urgencia que siento son los mismos. Lo modero, saboreo cada lamida y mordida porque sé que podría ser la última. Ella tiene la guardia baja en este momento, tal vez por el día que tuvimos o tal vez porque está sintiendo lo mismo que yo, pero podrían volver a levantarse en cualquier momento.

Pero, ¿y si no lo hicieran? ¿Y si pudiera hacer que me perdonara por mis errores pasados, aunque no merezca ese perdón?

No deberías estar con ella sabiendo que no te vas a enamorar.

¿O sí? ¿Qué es el amor de todos modos? Es una emoción que nunca he entendido realmente, que nunca he visto desarrollarse con total honestidad. Mis padres no estaban enamorados y tampoco los padres de ninguno de mis amigos. Todos los que conozco están casados como resultado de una decisión de negocios o social

calculada. Si se trata simplemente de lealtad, puedo darle eso. Puedo darle afecto, riqueza y sexo también.

¿Se quedaría conmigo solo por esas cosas? En este momento, es difícil imaginar a alguien más con quien preferiría estar que no fuera ella, y aunque no necesariamente quiero casarme o pasar mi vida con alguien, no creo que me importaría tanto si fuera ella.

Puedo darle compromiso, honestidad y consuelo. Puedo darle días brillantes y noches ardientes. A ella y a su hija nunca les faltará nada si estuvieran conmigo, por el resto de sus vidas.

Estás pensando locuras, me digo a mí mismo mientras devoro su boca, atrayéndola aún más cerca, buscando una conexión más profunda. No hay necesidad de que piense tan a futuro, en el amor y los bebés. *Solo piensa en este momento y disfrútalo. No empieces a preguntarte sobre el para siempre. No eres el tipo de hombre para siempres.*

Me obligo a retroceder y la miro a los ojos. Sé que puedo pedirle que venga a casa conmigo ahora mismo y probablemente lo haría. Su rostro está sonrojado y el deseo ilumina sus ojos. Sus muslos probablemente están húmedos de deseo. Me desea tanto como yo a ella. Pero llevarla a casa ahora mismo sería por mí, no por ella, y no quiero volver a lastimarla por mucho que la desee.

Así que simplemente rozo mis labios contra su mejilla y le pregunto:

—Te veré mañana.

Sus cejas se fruncen un poco en una adorable confusión y eso casi hace que ceda y la bese de nuevo en ese mismo instante. Me obligo a alejarme de ella, observándola hasta que entra confundida a su casa, volteando a mirarme varias veces.

Luego me subo a mi auto y me maldigo tres veces.

De camino a casa, finalmente revisé mi teléfono. Mi padre ya me había llamado tres veces, pero lo ignoré porque probablemente quería hablar de lo que pasó en el restaurante. Todavía estoy furioso con él por tenderme una trampa, pero quizás sea mi culpa por no establecer límites más firmes con él desde el principio.

Una vez en casa, recién duchado y con una copa de brandy en la mano, lo llamo y contesta al tercer timbre.

—¿Estás listo para disculparte por tu grosería? —pregunta y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Mi grosería? Tú eres el que la envió al baño para que me cogiera, Dad. No sé en qué estabas pensando pero no solo es extremadamente retorcido, también es una falta de respeto para Lana.

—Fue idea suya.

—No importa. No deberías haberle seguido el juego. ¿Cuál creías que sería el plan exactamente? ¿Que ella entraría, me la mamaría y yo diría: «Claro, casémonos y tengamos un heredero para hacer feliz a mi padre para que finalmente me deje de joder»?

—Estoy tratando de cuidar de ti. —La voz de mi padre también se enoja—. Todo lo que hago, lo hago por ti y así es como me lo pagas.

—Pura mierda —replico, tan enojado como él—. Nunca te pedí que hicieras nada de esa mierda. Nunca pedí ser el heredero de una empresa ni te he pedido que te metas en todos los aspectos de mi vida.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente en serio. —Me está cayendo como una bomba en este momento que he vivido toda mi vida tratando de complacer a mi padre. Fui a las escuelas que él quería, me especialicé en lo que él quería que me especializara y me hice amigo de la gente con la que él quería que me hiciera amigo también. Claro, no ha sido una mala vida y he tenido atisbos de libertad aquí y allá, pero él lo ha dictado todo, me ha gobernado y controlado con su cuchara de plata.

Así que, por supuesto, ¿pensaría que también está bien controlar con quién me caso? Después de todo, ¿cuándo me he opuesto? Siempre he aceptado todo lo que ha hecho porque es mi padre.

—Escucha —digo—. Si algo te pasa, la empresa y yo estaremos bien. Me aseguraré de dejarla en buenas manos antes de morir también. Así que si eso es lo que te preocupa, ten por seguro que lo tengo cubierto. Sin embargo, no voy a ser tu semental y eso es definitivo.

Sin dejar que diga nada más, cuelgo.

***

Temprano a la mañana siguiente, paso a buscar a las chicas en una limusina. No suelo alquilarlas (me parece cursi y odioso hacerlo) pero lo hago por el bien de la niña, que parece fascinada con todos los botones al costado de mi auto. Una limusina tiene más botones con los que jugar que un deportivo. Y también es más segura.

Me veo recompensado al instante cuando salen del apartamento, con sus maletas, y los ojos de Tamara se abren como dos lunas.

—¡Mira, mami! —dice saltando—. ¡Es como la de Sharky Starr!

—¿Sharky Starr? —pregunto mientras el chofer y yo salimos para ayudarlas con sus maletas.

—Sí —responde Amy—. Es su caricatura favorita, sobre un tiburón que es estrella de pop.

—Fascinante.

Tamara se nos adelanta saltando y se sube al asiento trasero sin que se lo pidan, apretando los botones al lado de la puerta.

—¿Qué hace esto? —pregunta.

—Cuidado —dice su madre—. No vayas a romper algo.

—No pasa nada —le digo—. Si lo rompe, simplemente compro uno nuevo.

—Ja, ja, muy gracioso. —Me da esa mirada de desconcierto divertido mientras se une a su hija en el asiento trasero.

Mientras nos dirigimos al aeropuerto, Tamara se da gusto subiendo y bajando el separador y también las ventanillas. Su madre intenta advertirle que se detenga, pero yo la animo, disfrutando al ver a la pequeña explorar.

Cuando finalmente llegamos a la pista, la levanto en mis brazos y ella mira con los ojos muy abiertos el avión.

—Guau. Vamos en un avión, mami.

—Ya lo veo. —Amy me observa de forma extraña, en silencio. No suelo volar en avión privado, pero este parece un buen día para hacerlo. Vale la pena ver la expresión de asombro en su rostro, mientras saluda a todos con un brillante «¡Hola!» que los hace sonreír.

Luego nos acomodamos en nuestros asientos y le doy las vistas de la ventana.

—Esa es el ala del avión —señalo—. Eso es lo que nos va a ayudar a volar alto.

—Como un pájaro.

—Sí, princesa, exactamente como un pájaro.

—Estamos en un pájaro grande. —Patea el aire y ríe emocionada, forzando una sonrisa en mis labios también.

Está despierta y emocionada durante la mayor parte del vuelo, pero sucumbe al sueño durante la última hora más o menos. Sin embargo, una vez que aterrizamos en Ginebra, su madre la despierta para ponerle su abrigo y botas blancas nuevas. Toda abrigada, parece un adorable copo de nieve.

Tomamos otra limusina hasta el Ritz Carlton en Ginebra. Cuando llegamos, está completamente despierta, y algunos de mis socios están allí en el vestíbulo para recibirme.

Mientras Amy nos registra, me tomo unos minutos para hablar con ellos.

Estamos en medio de la elaboración de nuestro itinerario para los próximos días cuando escucho un grito y un fuerte estruendo.

29

Amy

Contemplo la escena, horrorizada. No sé ni qué decir mientras toda la sala queda en silencio.

Dos segundos. Me di la vuelta por lo que parecieron dos segundos y lo siguiente que oí fue el grito de mi hija. La veo a unos metros, junto a una enorme escultura de hielo y, por instinto, corro a tomarla y protegerla justo cuando la escultura se viene abajo.

Ahora, miro el desastre en los inmaculados pisos de mármol, mientras la mortificación me invade.

De repente, me veo rodeada por unos hombres con uniformes de botones que me gritan e insultan en francés.

—Lo siento —intento decir en un francés chapurreado—. Lo pagaré, lo prometo.

No me escuchan, ya sea porque mi francés es mucho peor de lo que pensaba o porque no aceptan mis disculpas. Mi hija, aterrorizada por las voces altas, esconde la cara en mi vientre y la abrazo con fuerza, mientras sigo intentando disculparme al ver que se acercan unos guardias de seguridad.

—¿Qué está pasando aquí? —Pierre se les adelanta y de repente está en la escena, deteniendo a los guardias de seguridad con una mano levantada. El hombre que me estaba despotricando se vuelve hacia Pierre y empieza a despotricar contra él, señalándome todo el tiempo.

El rostro de Pierre está tranquilo e implacable, pero lo conozco lo suficiente como para saber que es una máscara de rabia. Uno de los otros empleados se calla. Rápidamente nos mira a los tres, atando cabos.

Luego le da un codazo a su colega para que también se calle.

Ahora la gente que nos rodea nos mira fijamente. Mi hija me aprieta la mano y su miedo le llena los ojos de lágrimas. Cuando Pierre la mira y le hace un gesto, ella duda solo un segundo antes de soltarme y correr a sus brazos. Él la sube a su cadera y sigue mirando fijamente al hombre, con una mano en el bolsillo.

—Continúe —dice—. Estoy esperando. Creo que la estaba llamando una sucia malcriada americana.

—No, sir —El hombre niega frenéticamente con la cabeza, negando las palabras que todos le oímos decir—. Es que ella... quiero decir... —Suelta una risa incómoda mientras busca ayuda en el público—. No sabía que era su hija, sir. Mis disculpas.

Abro la boca para pronunciar la negación instantánea, pero él dice: —Las disculpas no son suficientes. Le estaba gritando a una niña pequeña. Sea o no mi hija, no debería haber diferencia.

—No, sir. Es que esta escultura era muy cara y yo estaba... preocupado por su seguridad.

—No es lo que pareció —Ella estornuda y él se gira hacia ella, usando el puño de su traje de diseñador para limpiarle la nariz. Algo dentro de mí se derrite con el gesto y apenas puedo creer que esté sucediendo.

—Lamento mucho esto —Un hombre que creo que es el gerente se adelanta, hablando en un inglés con acento—. Es totalmente nuestra culpa. Quisiéramos ofrecerles a usted y a su hija boletos de cortesía para el *Vapeur Parc*.

Pierre frunce los labios para pensarlo y dice: —¿Qué te parece, Gotita de Limón? ¿Quieres un día en el parque?

Tamara lo piensa, luego asiente lentamente con la cabeza, su dedo aferrado a la camisa de él. Pierre sonríe suavemente y casi puedo sentir el suspiro audible de todo el mundo en el vestíbulo, como si un monstruo gigante acabara de ser apaciguado.

Aun así, le lanza al hombre una mirada fría y dice: —Solo te voy a dejar pasar esta porque es mi culpa por no vigilarla más de cerca. Pero si alguna vez oigo que algo así vuelve a suceder...

—Jamás —le asegura el gerente mientras fulmina con la mirada al empleado—. No volverá a suceder y capacitaremos a nuestros

empleados sobre cómo hablar adecuadamente con los huéspedes y sus familias.

Pierre asiente secamente y me lanza una mirada como preguntando si estoy bien. Yo asiento con la cabeza y le doy un pulgar hacia arriba, y él me roza el dorso de la mano al volver con los hombres de negocios con los que hablaba. Veo cómo le presentan a mi hija a algunos de ellos. Pierre no deja que nadie se acerque demasiado, manteniéndola pegada a sus brazos, y ella solo los saluda desde allí.

Ellos le hacen carantoñas y algunos le pellizcan las mejillas, y ella esconde la cara en su camisa. Hablan en una mezcla de francés, holandés e inglés, pero ni una sola vez menciona él que ella no es su hija.

Mientras termino de registrarnos, me quedo allí atónita unos segundos viendo cómo se desarrolla la escena. Se me oprime el pecho, quizá por la culpa o quizá por un cúmulo de otras emociones que no logro identificar. No esperaba que fuera así, y tampoco esperaba que Pierre fuera así. Después de que conoció a mi hija, nunca pensé que la invitaría aquí con nosotros y tampoco pensé que haría todas esas adaptaciones solo para ella.

Sin mencionar la forma en que la presume... La carga con un dejo de orgullo en su rostro, presumiéndola... y ni siquiera sabe que es su hija.

Tengo que decírselo. La culpa me martillea en el bajo vientre. *Tengo que decirle que es su hija.*

—Lo lamento mucho, señora —oigo decir de nuevo al gerente, retorciéndose las manos—. Haré todo lo posible para asegurar que la estancia de usted y su familia sea agradable.

—No se preocupe —Siento lástima por el hombre—. Yo también lamento lo de su escultura. Es mi culpa, debería haberle prestado más atención. Por favor, cárguelo a mi cuenta y yo me haré cargo de los daños.

—Oh, no...

—Por favor —le digo—. Insisto. He trabajado en servicios antes y sé cómo es. Lo lamento de verdad y me encantaría pagarlo.

Se sonroja e inclina la cabeza. —Le estaremos muy agradecidos por eso, señora.

—Genial —digo, contenta de que podamos hacer las paces en ese aspecto.

Subo a la habitación con los botones, sintiéndome cansada y como si mi cerebro estuviera nublado. Es una combinación de todo: la culpa, la confusión, el deseo y la emoción más profunda que todavía hierve dentro de mí. Me estoy dando cuenta de que no sé quién es. El Pierre que conocí en el pasado era amable, pero no era tan cálido. No sonreía del todo con esas arrugas en las comisuras de los ojos y su mente parecía estar muy lejos a veces.

Nunca pensé que mostraría este lado de sí mismo a su hija.

¿Quizás lo he juzgado mal todo este tiempo?

Si tan solo hubieras contestado tu maldito teléfono, Pierre, cuando te llamé hace años.

Suspiro. No importa. No estoy aquí por esto. Estoy aquí para trabajar, y bien podría empezar con eso ahora que Tamara está distraída.

Tomo mi computadora portátil y algunos archivos, la abro y empiezo a leer los documentos. Empiezo a teclear, concentrándome y negándome a que me distraigan, pero unos minutos después, la puerta se abre.

Levanto la vista y veo a Pierre con mi hija, que está profundamente dormida sobre su hombro. Se acerca y la acuesta en la gran cama tamaño *king*.

—Lo siento —digo al instante, queriendo llenar el silencio y también disculparme por lo sucedido—. Por la escultura de hielo. Les pedí que la cargaran a la cuenta de la habitación y puedes descontarlo de mi paga.

Levanta una mano. —Está bien. Es una niña, no son exactamente conocidas por quedarse quietas. Sabía lo que hacía al pedirte que la trajeras. No hiciste nada malo.

Me muerdo los labios. He hecho muchas cosas mal, más de las que él podría imaginar.

Se acerca a mí y yo aparto la vista de él, reenfocándome desesperadamente en mi pantalla.

—Para la reunión de mañana —menciono—. Noté que habrá algunos clientes de Asia. Vamos a necesitar un traductor, ¿no?

—No. Hablo un mandarín lo suficientemente decente y Hao habla un inglés lo suficientemente decente como para que funcione.

Asiento y tomo nota. También anoto volver a revisar el menú con el restaurante cuando oigo las palabras:

—No tienes que venir.

Lo dice en voz baja, pero aun así tiene el efecto de un trueno, haciendo que casi me rompa el cuello al mirarlo. —¿Qué?

Se encoge de hombros. —Puedo encargarme de la reunión solo. Son viejos amigos, así que puedes pasar un tiempo haciendo turismo con Tamara mientras yo voy.

—Pero... —Estoy confundida—. El objetivo de que viniera era para ayudarte.

—Y me estás ayudando —Señala la computadora—. Con toda la planificación que estás haciendo. Has organizado mi agenda a la perfección, pero no necesito que me cuiden un rato. Tamara, sin embargo, sí, al menos hasta que llegue Mel.

Aprieto los labios, en conflicto. Por un lado, aprecio lo que hace por mí, y por otro, siento que no me lo merezco.

No, definitivamente no me lo merezco. No merezco su amabilidad ni su consideración. No merezco el trabajo que tengo y no merezco...

De repente, mi teléfono suena. No el teléfono normal, el de prepago que guardo en mi bolso en todo momento, con el tono especial. Lo saco y veo el mensaje de texto de Myers.

—¿Qué quiere? —pregunta Pierre, sabiendo exactamente quién está enviando el mensaje.

—Tu itinerario.

—¿Por qué?

—No lo dice. Quizás esté en la ciudad y quiera sabotear su reunión. ¿Se lo doy?

Se frota la barbilla. —Puedes darle mi agenda hasta el martes. No me reuniré con nadie importante hasta entonces. Dile que estoy siendo errático y que por eso no has podido planificar mucho más que eso, y adviértele que los planes pueden cambiar.

Asiento y le transmito la información.

—Le vamos a tender una trampa si aparece —dice—. Y si no lo hace, entonces también tengo un plan para eso.

—De acuerdo.

Oigo un murmullo en el centro de la habitación, pronunciado por Tammy mientras se da la vuelta sobre su estómago. Mi mirada se dirige a Pierre justo a tiempo para ver cómo toda su expresión se vuelve cálida.

—Es increíble —murmura.

—Sí —respondo, mientras la culpa regresa con toda su fuerza—. Lo es.

Díselo. Díselo ahora.

La culpa sigue repitiéndose dentro de mí, pero no quiero reaccionar por emoción. Tengo que tomar una decisión con la cabeza fría aquí. Es demasiado pronto. Quizá cuando volvamos del viaje. Quizá cuando reciba mi próximo sueldo y tenga suficiente dinero ahorrado, pueda arriesgarme a que me despida.

Cuantos más «quizás» me doy, más cobarde me siento, pero también tengo que pensar en mi hija y en cómo la revelación la afectará. Ahora mismo, es amable con ella, pero no sabe que es suya. Si lo supiera, ¿cambiarían sus sentimientos por ella? ¿Se volvería frío, transfiriéndole a ella su enojo conmigo?

—Ambas deben tener hambre —dice—. Debería haber un menú de servicio a la habitación por aquí en alguna parte. Está todo cubierto, así que pidan lo que quieran —Con eso, se levanta—. Voy a volver a bajar y terminar de socializar. Puede que tenga que cenar con ellos —Hace una mueca ante eso.

Sonrío. —Gracias.

Me guiña un ojo y me aprieta el hombro antes de irse. Incluso ese simple toque envía una sensación candente a través de mí, pero él no hace ningún movimiento una vez más. Podría haberlo hecho, pero desde aquel beso, se ha estado distanciando cada vez más, probablemente por respeto a mí.

No quiero su respeto. Quiero que me devore.

Suspiro. Ahora solo estoy diciendo tonterías. Es hora de volver al trabajo.

***

Me quedo en mi habitación y sigo trabajando mientras él baja a cenar con algunos socios de negocios. Reviso la lista de todas las personas con las que se reunirá hoy, cotejándola con los agentes de la correduría, y entonces me doy cuenta de algo rápidamente.

Cambió.

Frunzo el ceño y vuelvo a mis notas anteriores, cotejándolas con nuestra base de datos interna. Confirma que a uno o dos de los clientes con los que Pierre se reunirá hoy les cambiaron los agentes, probablemente en las últimas horas. No es inusual que los agentes cambien a veces y algunos han sido cambiados en las semanas previas a esto, pero que suceda tan rápido... Y tampoco me habría dado cuenta si no hubiera revisado esta lista como un millón de veces hoy.

Probablemente sea algo que deba anotar.

Tomo mi teléfono y le envío un mensaje de texto a Pierre al instante: —Oye. Creo que hay algo que deberías saber...

30

Pierre

Recibo un mensaje de texto de Amy mientras escucho a medias una historia que cuenta Anton Beufort, heredero de la dinastía Beaufort. El hombre es un narrador fantástico, exagera en los puntos justos para dar énfasis dramático y hace efectos de sonido de experto. Toda la mesa está entretenida. Por fuera, yo también parezco entretenido, aunque por dentro, preferiría no estar aquí. Preferiría estar en casa o en esa habitación de hotel con la niña dormida y su hermosa madre.

Suspiro. Para este viaje, reservamos habitaciones separadas con baños comunicados, pero incluso estar a solo un baño de distancia podría ser suficiente para levantarme el ánimo. Estar sentado aquí, con esta gente y llevando esta puta máscara de felicidad en la cara solo me recuerda lo asfixiante que empieza a parecer mi vida desde que Amy volvió a ella. Últimamente, me estoy dando cuenta dolorosamente de que las únicas veces que he experimentado la verdadera felicidad, sin el vacío recurrente, es cuando he estado cerca de ella y de Tamara. No sé qué dice eso de mí o de nuestra relación.

Cuando mi teléfono vibra, lo saco del bolsillo y lo miro. Ver el nombre de Amy en mi pantalla es como un bálsamo calmante y no puedo evitar la sonrisa que se me dibuja en la cara incluso antes de abrir el mensaje.

Me escribe: **—Oye. Creo que hay algo que deberías saber. Parece que los agentes de Anton Beaufort y Nils Alexander fueron cambiados en los últimos minutos.**

Mmm. Eso es interesante.

Me tomo un segundo y luego le respondo: **—¿Estás segura?**

—Sí —es su rápida respuesta—. **Lo he estado vigilando todo el día, revisando obsesivamente para asegurarme de no cometer un error durante las reuniones. Los agentes han cambiado sin duda.**

—Esto es después de que le enviaras a Myers mi itinerario, ¿correcto?

—Sí —responde, y eso me dice lo que necesito saber. Confío en ella implícitamente cuando dice que sucedió en los últimos minutos porque sé lo meticulosa que es para hacer las cosas bien. Así que el cambio solo puede atribuirse a Myers. Si tuviera que adivinar, diría que está apuntando a esos clientes en particular, ya que me reuniré con ellos varias veces en este viaje, por lo que adivinó con precisión que eran una prioridad. Está convencido de que hay algo especial en ellos, quizás tengan alguna información que necesito para obtener una ganancia oculta. Quiere colocar a sus espías directamente con los clientes para obtener toda la información que puedan, empujarlos a una mala inversión y provocar una demanda masiva que me expulsará de la empresa.

Tan predecible. Es como si no hubiera intentado esta misma jugada antes.

—Gracias por decírmelo —le digo—. **Eres una estrella de rock.**

—Por eso me pagas un dineral. ¿A qué hora volverás? Tamara y yo vamos a comer algo de comida china antes de dormir. ¿Quieres algo o estás bien con la comida de ricos estirados?

Resoplo ante eso, sobre todo sabiendo que debió de ver el menú de este restaurante, que consta de varios platos de bocadillos que de alguna manera se supone que satisfacen a un ser humano adulto. Antes de que pueda responder, la voz de Anton se hace más fuerte.

«Un momento, ese no era el remate, Pierre». Levanto la vista y lo encuentro frunciendo el ceño en broma. «Lo vas a arruinar si te ríes demasiado pronto».

«No se está riendo de usted», dice un caballero mayor que posee una cadena de clubes en Europa del Este, Adolfus Heinz. «Ha estado

sonriendo como un idiota enamorado a su teléfono durante los últimos cinco minutos».

«No ha sido tanto tiempo», corrijo, haciendo reír a alcuni de los hombres. La risa me da tiempo para responderle a Amy y hacerle saber que yo también quiero algo de comida china.

Cuando vuelvo a prestar atención, Beaufort ya no cuenta su historia y todos me miran en silencio, como si me hubieran salido varias cabezas.

Levanto una ceja. —¿Qué?

«¿Con quién estás hablando?», pregunta Beaufort. «¿Una dama especial?».

«Por favor, no tiene damas especiales», dice Jeremiah Frost.

«No, creo que el problema es que tiene demasiadas damas especiales», replica Heinz. «Deberían haberlo visto en mi club. Todas las mujeres se volvían locas por esos ojos suyos, se les caían las bragas por todas partes. Pero a él apenas parecía importarle. Por un momento, pensé que era gay, pero tal vez es por esta dama especial a la que le envía mensajes».

Me encojo de hombros. —No hay ninguna dama especial.

«Eso es una mentira descarada. Y si no es mentira, entonces eres un idiota, porque nada sienta más cabeza a un hombre que tener una buena esposa».

Gimo. —Suena como mi padre. ¿Podemos volver a los negocios, por favor?

«Espera, si no hay nadie especial, ¿qué hay de la hija que exhibiste esta tarde?», pregunta Nils, tomando un sorbo de su champán. «¿Qué hay de su madre?».

No me molesto en decirle que la niña no es mi hija. Nils jura que ve el parecido, aunque ella es el vivo retrato de su madre. —Su madre y yo ya no estamos juntos.

«¿Por qué no?».

Me tomo un segundo para pensarlo antes de responder: —Porque soy un idiota. —Esa es la forma más fácil y sencilla de explicarlo. Me está golpeando lo idiota que soy, cuánto tiempo he desperdiciado y cómo simplemente deseché nuestra relación hace tantos años como si no fuera nada. Si no hubiera hecho eso...

¿estaríamos todavía juntos ahora? ¿Estaríamos casados, empezando una familia propia? ¿Sería Tamara mi hija?

Los hombres me miran con diversas capas de estupefacción en sus rostros. Entiendo su confusión porque nunca he sido del tipo sentimental.

«A veces se puede arreglar la idiotez», dice Nils en voz baja, pareciendo sentir un poco de pena por mí, y es entonces cuando sé que esta conversación ha ido demasiado lejos.

Aplaudo. —Muy bien, basta de eso. Manos a la obra.

La reunión concluye en la siguiente hora. Para mí, al menos. Creo que el resto de los hombres continúan bebiendo y hablando, but en mi opinión, las conversaciones se han desviado tanto de los negocios que no tiene sentido que me quede allí. Ahora solo están bebiendo, hablando de los viejos tiempos y perdiendo el tiempo.

Consigo sacarle información a Anton antes de que se emborrache estúpidamente, información que puedo usar en mi complot para atrapar a Myers, de la misma forma en que él probablemente intenta atraparme a mí.

Es un juego del gato y el ratón el que estamos jugando, uno que tengo toda la intención de ganar.

Finalmente, me dirijo a la cama, caminando por el pasillo. En lugar de ir a mi propia habitación, toco a la puerta de Amy. Apoyo la oreja y oigo el débil sonido de pasos que se dirigen a la puerta. Retrocedo justo antes de que se abra.

Verla me corta la respiración.

Lleva un camisón, un hermoso modelo de seda que la hace parecer recién salida de un sueño del viejo Hollywood.

«Tengo tu comida china», dice mientras mi cuerpo se endurece, el deseo recorriéndolo como aceite. Levanta la bolsa de papel marrón en su mano. «La mantuve caliente poniéndola justo al lado del calentador, pero puedo volver a calentarla en el microondas».

«No. No me importa que esté un poco fría». Entro y ella no retrocede, así que mi cuerpo roza con el suyo. Normalmente, a estas alturas, ella retrocedería tímidamente y apartaría la mirada, pero esta vez no lo hace. Me sostiene la mirada, mordiéndose los labios, con el rostro enrojecido por el deseo.

Levanto una ceja. ¿Es esto un desafío? ¿Sabe lo cerca del límite que estoy, lo jodidamente difícil que es no besarla?

«¿Quieres que la caliente?», repite, y la cualidad entrecortada de su voz me hace saber que no me estoy imaginando esto.

Ella me desea. Por Dios, yo también la deseo.

Sin embargo, no daré el primer paso. Esta tiene que ser su decisión, su iniciativa. No le quitaré esa elección.

Le hice una promesa a ella y a mí mismo y no la romperé a menos que ella me lo pida.

Así que a pesar de lo mucho que me mata, me quedo ahí. Y espero.

31

Amy

Con cada segundo que pasa, el corazón me late más rápido, más fuerte en la garganta. Pierre está ahí, mirándome, su mirada es a la vez una invitación y un reto. Es suave, con los ojos acariciándome la cara y el cuerpo en esta bata de noche.

Solo Dios sabrá por qué me la puse. Tenía otras cosas que podría haber usado, cosas seguras que no habrían encendido su deseo tanto como para que la tensión se le marcara en cada línea del cuerpo.

Hay un pijama grueso en el fondo de mi maleta que habría sido perfecto para dormir. Pero un diablito en mi hombro me tentó a ponerme este camisón rosa, nada más que un resbalón de tela, solo para ver qué haría cuando me viera.

Traga una vez, dos, con dificultad. Sus ojos, como incapaces de resistirse, vuelven a recorrer mi figura, deteniéndose en los pezones que se erizan y empujan contra la tela. Cuando bajan, mis labios se entreabren y suelto un suspiro sin aliento.

Bésame. Quiero rogar. *Por favor, bésame.*

Quiero que él tome la iniciativa y me bese tan fuerte que se me apague el cerebro y deje de recordar todas las razones por las que esto es mala idea. Acostarnos se siente inevitable. El deseo entre los dos es demasiado denso y demasiado fuerte como para no terminar en la cama otra vez. A estas alturas, solo es cuestión de quién da el primer paso.

Quiero que sea él, egoístamente, porque no quiero llevarme la culpa. No quiero lidiar con el auto-desprecio que viene con lanzarme a los brazos del hombre que me abandonó con tanta crueldad en el pasado.

Pero puedo decir que no va a dar el primer paso. Aunque el deseo se le acumule en los ojos, aunque cierre las manos en puños y se quede inmóvil.

Toma una bocanada de aire para calmarse y sonríe apenas, negando con la cabeza muy levemente. No lo va a hacer.

Quiere que yo me mueva primero.

No puedo. No debería.

Pero mis manos ya lo están buscando, aferrándose a las solapas de su saco. Lo atraigo hacia mí, y él no opone resistencia en absoluto, incluso cuando mi mano se enrosca en la nuca y lo acerco. Su cabeza baja despacio, y una sonrisa genuina se le extiende por los labios.

Pero toda chispa juguetona desaparece en el minuto en que nuestros labios se encuentran y las llamas estallan para consumirnos a los dos.

Grito contra su boca cuando me levanta y me presiona la espalda contra la pared. Ya estoy al borde, y el deseo me hace frotarme contra su abdomen, buscando alivio. Gime en mi boca, su mano se enreda en mi cabello, apretando. Me aprieta más contra la pared, y yo le rodeo la cintura con las piernas, jadeando cuando su dureza roza mi clítoris.

Su lengua explora mi boca sin reservas, y el fuego dentro de mí no conoce límites. No puedo escapar, no puedo luchar. Todo lo que puedo hacer es rendirme a esta lujuria desbocada, sacándole la camisa del pantalón para poder trazar mis dedos por su piel, hambrienta de más contacto. Aparta sus labios de los míos y me besa el cuello todo el tiempo, moviendo sus caderas deliciosamente y volviéndome polvo.

—Mami. La voz de mi hija es lo único con fuerza suficiente para atravesar su lujuria. Lo empujo y miro por encima de su hombro para encontrarla parada en la puerta, mirándonos mientras se frota la oreja.

—¿Qué están haciendo?

Un sonrojo intenso me enciende la cara, y le doy unos golpecitos a Pierre en el hombro para que me baje. Por suerte, accede con un

gemido ronco, se hace hacia atrás y se da la vuelta para respirar hondo.

—Mami se cayó, cariño—, digo, inventando la mentira al vuelo. Mi cabeza sigue girando de deseo mientras intento entender a toda prisa la situación. Qué vergüenza que mi niñita me haya pillado en un momento así. Ojalá esto sea de esas cosas que no recuerda cuando sea mayor. —Pierre solo me estaba ayudando a recobrar el equilibrio.—

—Está bien.— Por suerte, no parece interesada en seguir con el tema.

—¿Dormiste bien, amor?—

—Sí, pero ahora estoy despierta y es de noche y ya no tengo sueño.

—Yo tampoco—, dice Pierre, con la voz todavía un tono más grave de lo normal. Aun así, se da la vuelta y le dedica a mi hija una mirada cálida—. ¿Qué tal si nos quedamos despiertos juntos, comemos más comida china y vemos caricaturas? ¿Te gustaría?

Ella se queda a medio asentir. —Mami dice que no puedo ver caricaturas en la noche o me voy a enfermar.—

—Esta es una ocasión especial—le digo—. Así que solo por hoy no te vas a enfermar por verlas.

—Está bien.— Parece bastante contenta con eso.

Pierre la carga y se la lleva al dormitorio, lanzándome una última mirada que se alarga mientras se van. Yo respiro hondo para calmar el calor interno y los sigo, preguntándome qué diablos voy a hacer ahora. Sigo dolorida y mojada.

Decido volver al trabajo, mientras Pierre y Tamara se recuestan en la cama, comen dumplings y ven caricaturas. Estoy en mi escritorio corrigiendo la agenda de los próximos días cuando me llega otro mensaje de Monty. Es un simple —Well done— con una carita guiñando el ojo. Tras pensarlo un momento, decido no responder. Monty asumirá que ya estoy dormida de todos modos.

Mi hija pierde rápido el interés en la caricatura suiza que está puesta y empieza a ponerse inquieta. Pierre la calma y cambia con maestría al Discovery Channel, donde hay un relato en curso sobre una familia de rinocerontes retozando junto al agua.

Sé cuándo se queda dormida porque escucho su ligero ronquido detrás de mí. Espero oír a Pierre levantarse para irse a su habitación en cualquier momento ahora que ella ya se durmió, pero me doy la vuelta y me encuentro con algo aún más sorprendente.

Él también está dormido, con Tamara acurrucada contra él, su cabeza sobre su pecho, y su brazo rodeando protectora su cuerpo chiquito.

Una punzada de anhelo me atraviesa mientras me llevo la mano al pecho. Es lo más tierno que he visto. Su rostro está completamente relajado, sin su habitual cautela y con ese encanto juvenil.

El cansancio se le nota en las líneas y el tono oscuro alrededor de los ojos. Trabaja tanto. Toda su vida parece girar alrededor del trabajo, y eso no puede ser sano.

Siempre lo tuve por el tipo de trabajar duro y divertirse más, pero ya no se divierte mucho. No lo he visto ni una sola vez salir a una cena con amigos que no fuera una reunión de trabajo disfrazada, ni irse de antro ni nada. Tal vez ya superó las formas en que se divertía, pero necesita algo.

Necesita relajarse, quizá buscar más hobbies. Ahora que lo pienso, no recuerdo haberle oído decir que disfrutara algo solo como pasatiempo.

Me pongo como misión durante este viaje planearle días de relajación solo para él. Le gustan los masajes, así que quizá también le reserve un spa. El problema puede ser lograr que de verdad vaya.

Bostezo, me levanto y me trueno el cuello mientras voy a la cama. Dudo un segundo, me pregunto si debería despertarlo, pero no quiero interrumpir su sueño. Además, la cama es lo bastante grande para los tres. Así que simplemente me acuesto al lado de mi hija y cierro los ojos. En segundos, me pierdo del mundo.

***

Despierto con el frente pegado a un cuerpo cálido y unos dedos que me masajean el cuero cabelludo con suavidad. Gimo por la

sensación agradable, y luego se suman manos más pequeñas, deslizándose por mi cabello.

—Shh. Mami todavía está dormida. La voz de mi hija me resulta familiar y me saca una sonrisa. Luego la acompaña una risita masculina, y al fin abro los ojos para ver de dónde viene.

Levanto la vista y me encuentro con la mirada divertida de Pierre.

—Hola—, dice en voz baja.

—Hola—respondo.

—¿Todavía estás dormida? Mi hija está detrás de mí y trepa sobre mi cuerpo para acurrucarse entre nosotros—. Quiero desayuno, mami, tengo hambre.

—Claro. Le doy un beso en su mejilla gordita y le soplo una burbuja que la hace reír—. ¿Qué hora es?

—Casi es mediodía.—

—¿Qué?— Me incorporo de golpe en la cama, horrorizada. El sol está alto en el cielo gris y el reloj de la pared le da la razón. —Dios mío. Teníamos reuniones... Puse una alarma.

—Lo sé. Dormimos de largo. No parece molesto en absoluto, solo divertido.

—No lo puedo creer.—

—Está bien. Yo tampoco la escuché, y además las reuniones no eran importantes. Ya las reprogramé.—

—Perdón, se supone que ese era mi trabajo.— Estoy tan avergonzada. De verdad pensé que podría con esto, ser su secretaria y su madre, pero estoy fallando al intentar equilibrar las responsabilidades.

Su mirada es suave y para nada acusatoria. —Estás haciendo lo mejor que puedes—susurra y se inclina para besarme, rozando sus labios con los míos.

Suspiro cuando se aparta y me sostiene la mirada. Yo también le sostengo la mirada, preguntándome qué estoy leyendo ahí. No sé si me engaño al leer demasiado en la emoción en su profundidad o si de verdad lo estoy viendo.

¿Estoy delirando o él parece... cariñoso?

—Todavía tengo hambre—anuncia mi hija, y el momento se rompe. Probablemente es lo mejor, porque seguramente estaba

delirando en ese instante. No puedo olvidar que este es el mismo hombre que me engañó la primera vez, que me hizo creer que se estaba enamorando de mí, solo para desaparecer en esas últimas semanas. Necesito recordar que pase lo que pase aquí, aunque volvamos a acostarnos, solo será eso. Él no me ama, y yo estoy haciendo todo lo posible por no enamorarme de él tampoco.

Salto de la cama y llevo a mi hija a la ducha. —Vamos, bebé, pidamos servicio a la habitación y bañémonos.

Después de un desayuno tardío, intento convencer a Pierre de que se pase la tarde haciéndose un masaje, pero se niega. En cambio, decide pasar la mayor parte del día adentro con nosotras también. Se lleva a Tammy a caminar por el hotel y la presenta con aún más gente con la que se está reuniendo.

Tamara interrumpe una de las reuniones para decir que quiere ir por helado, y Pierre no me deja llevarla sola. Para mi sorpresa, recorta la reunión solo para poder venir con nosotras y se salta la reunión que tenía después.

La verdad, no sé qué decir a eso, pero lo más probable es que nuestro viaje tenga que extenderse por todo el caos.

Por suerte, Mel llega a la tarde siguiente y puede cuidar a Tammy mientras Pierre y yo vamos a visitar a uno de sus clientes en su club. La reunión es bastante corta, y el hombre me lanza miradas de reojo durante ella, con una sonrisa cómplice en los labios.

Cuando termina y él se funde de nuevo en la multitud de cuerpos en movimiento y música retumbando, Pierre se vuelve hacia mí.

—¿Listo para irnos?— pregunto.

—No del todo—dice—. Lo tomaría como un insulto si nos fuéramos de inmediato.

—Oh—digo—. ¿Entonces qué hacemos?

Lo piensa, luego se pone de pie. Me tiende la mano, y sus ojos brillan con picardía y una promesa de pecado.

—Bien podríamos bailar—dice.

32

Pierre

Amy se muerde el labio y la vacilación es evidente en sus facciones. No está segura de qué hacer ahora. El diablillo en su hombro la incita a bailar conmigo, pero el angelito en su cerebro probablemente le dice que es una mala idea.

Lo debate mientras se muerde el labio, pero ya sé que va a ceder. Hay demasiada hambre en su mirada, demasiada necesidad irradiando de su piel. Nuestro asunto pendiente de hace dos noches sigue flotando en el aire, y ninguno de los dos tendrá un respiro hasta que saciemos esta lujuria de una vez por todas.

Extiende la mano y toma la mía, para mi gran satisfacción. Sonrío y la pongo de pie de un tirón, guiándola hacia la oscura pista de baile.

El ambiente está cargado de calor y música, las luces estroboscópicas acarician el aire intermitentemente para revelar pieles sudorosas y cuerpos que se contonean.

Tener el cuerpo de Amy derritiéndose contra el mío desencadena la primera señal de locura. Se me eriza la piel y mi polla se endurece de inmediato, pero estoy decidido a no apresurar esto. He esperado tanto tiempo por esto, he esperado tanto para que finalmente cediera a este fuego abrasador entre nosotros.

Ahora que la tengo aquí, descansando voluntariamente en mis brazos, estoy decidido a saborearlo.

Mientras seguimos bailando, su espalda contra mi pecho, deslizo mis manos por su abdomen antes de ahuecarlas lentamente sobre sus pechos. Está demasiado oscuro para que alguien vea lo que estamos haciendo, aunque espero que proteste en este punto. Para mi sorpresa, no lo hace.

En cambio, su cuerpo se estremece y sutilmente empuja su pecho contra mi mano; su cuerpo exige algo que sus labios no pueden decir. Excepto que sí lo dicen un poco. No me miss su sí susurrado, y esas son las palabras que he estado esperando. Me dije a mí mismo que tendría que ser ella quien diera el primer paso, rozando sus labios contra los míos, haciéndome saber que deseaba esto tanto como yo.

Ninguno de los dos sabe qué va a pasar una vez que salgamos de este club o de este país. Todo lo que sé es que, por ahora, ella es mía y yo soy suyo.

Mientras nos mecemos de un lado a otro, rozo con los pulgares la ligera marca de su pezón, saboreando su pequeño suspiro mientras la punta se frunce bajo mi dedo. Las luces pasan sobre nosotros por un segundo, lo suficiente para ver cómo se le eriza la piel del cuello. Me inclino y rozo mis labios sobre ella, provocando que el vello de su piel se ponga de punta.

Sus pezones se endurecen como piedras hasta el punto de que puedo sentirlos prominentemente contra mis dedos. Dios, no puedo esperar a tenerlos en mi boca. No puedo esperar a tenerla por toda mi lengua, goteando, temblando, ensuciándome toda la cara.

Todo a su debido tiempo.

Estoy tratando de ser paciente y alargar esto, pero sé que si no encuentro una habitación privada para tenerla abierta para mí en un segundo, terminaré haciéndolo aquí mismo, delante de todo el mundo.

Su culo sigue frotándose contra mi polla y gimo en su oído. Sabe lo que hace. Está tratando de volverme aún más loco de lo que ya estoy, y está funcionando. Bajo la mano, la paso sobre su coño y trato de ahuecar la unión de sus muslos muy ligeramente. Ya siento el calor a través de su ropa. Está jodidamente mojada por mí.

Tengo que sentirla alrededor de mis dedos y tenerla goteando en mi lengua.

—¿Estás mojada por mí, nena? —susurro en su oído mientras su cuerpo tiembla—. ¿Quieres que te folle aquí delante de toda esta gente?

Nadie nos presta atención, probablemente demasiado perdidos en la música, el ambiente, las drogas. Me doy cuenta de que la emoción de que nos descubran lo hace más excitante para ella. Se contonea contra mi mano y niega con la cabeza.

—Pierre —susurra, pero entonces las palabras se le atoran en la garganta. Deslizo las manos por debajo de su vestido y localizo su clítoris a través de las bragas. Sé que lo he encontrado cuando suelta un grito ahogado.

—Esto me recuerda a cómo nos conocimos. —Sigo hablando mientras sus rodillas tiemblan y apoya más de su peso en mí—. Esa primera vez que te vi al otro lado de la pista de baile, no podía apartar los ojos de ti. Ni siquiera creo que sepas cómo te veías esa noche. Tan suave, tan brillante, tan malditamente seductora. —Aumento la presión sobre su clítoris y sus rodillas tiemblan. Más de su peso cae sobre mi cuerpo como si estuviera perdiendo el equilibrio, y la rodeo con un brazo por la cintura para sujetarla con firmeza.

—Pensé que tal vez solo quería un baile, pero eso solo me hizo querer más —continúo hablando—. Cada roce de tu piel contra la mía me hacía querer aullarle a la luna por lo mucho que te deseaba. El hambre empeoraba cuanto más tiempo pasábamos juntos. Nunca pude saciar mi sed de ti. Pensé que tal vez cuando me fuera, podría dejar la adicción, pero... —Dejo otro beso—. Aquí estoy de nuevo.

—Oh, Dios mío, Pierre.

—Aquí mismo, nena. —No sé por qué le estoy diciendo todas estas cosas mientras juego con su clítoris. Nunca tuve la intención de hacerlo, queriendo llevarme todos estos secretos a la tumba. Pero las palabras y, peor aún, la emoción detrás de ellas, salen de mí sin control. Es como si ya no pudiera contenerlo.

Parece que el deseo me desordenó el cerebro, abriéndome en canal, todas las puertas que mantengo firmemente cerradas. Palabras que debería guardar celosamente se me están escapando.

Nunca he sido de hablar mucho, ni durante el sexo ni para nada que no sea el trabajo. Mi personalidad es bastante sosa cuando no estoy fingiendo ser lo que otra persona quiere, así que no hay mucho de qué hablar.

Pero con ella, no siento que tenga que fingir. No quiero. Quiero que me vea y me acepte, al verdadero yo, sea lo que sea que eso implique.

Nuestros cuerpos pueden traducir todo lo que no puedo decirle. Ahora mismo, todo lo que quiero hacer es devorarla y que ella me entienda.

Sin previo aviso, se da la vuelta y me rodea el cuello con la mano, tirando de mí hacia abajo para besarla. Con un gemido triunfante, me apodero de sus labios, su lengua se enreda ávidamente con la mía, la dulzura del vino se mezcla con su sabor y borra todos los pensamientos de mi cabeza. La deseo ahora de la peor manera posible. Necesito sacarla de aquí.

—Hay una habitación privada en alguna parte —escupo, tomándola de la mano—. No puedo recordar dónde diablos está, pero sé que está ahí.

Ella asiente, luciendo tan ansiosa como yo me siento. —Vamos.

Atravesamos la multitud y nos dirigimos a la parte trasera del club, tropezando por pasillos aún más oscuros. No es un viaje tan simple como te imaginarías.

El deseo hace que sea imposible dar más de unos pocos pasos a la vez sin detenernos para besarla hasta dejarla sin aliento.

Justo al lado de una puerta desconocida, la presiono contra la pared y fundo nuestros labios de nuevo, porque estamos tan hambrientos el uno del otro que no podemos pasar más de unos pocos segundos sin una probada. Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, rozándose desesperadamente contra mí. La lujuria me abrasa el cerebro y mi polla late dolorosamente. Sé que dije que me tomaría esto con calma, pero me va a costar todo no follarla en el segundo en que la tenga tumbada.

Ella chupa mi lengua y yo moldeo sus pechos, respirando por la nariz, rodeado por su aroma. Mi cuerpo me canta para que la folle aquí mismo, pero una mente racional persiste.Me aparto y abro la puerta, y es una habitación privada, con poca luz. Gracias a Dios.

Entramos, viendo el gran sofá modular y una mesa dispuesta con copas de vino. La coloco en el sofá y le subo apresuradamente el

vestido, la desesperación hace que mis movimientos sean bruscos y mis respiraciones temblorosas.

»Necesito saborearte —gruño—. Ahora mismo, joder.

—Sí —dice, y abre las piernas lascivamente, mientras yo le arranco las bragas—. Saboréame.

Joder, está tan mojada. Puedo olerla y sentirla mientras deslizo mis manos por sus muslos, acariciando su piel pegajosa y resbaladiza. Está soltando pequeños gemidos, y para cuando mi cara se cierne entre sus piernas, ya está prácticamente maullando por mí.

No dudo en hundir mi lengua en su coño y saborear su sabor agrio e intoxicante. Ella grita y ondula contra mi cara, sus movimientos bruscos y apresurados mientras trabajo para espaciarlos. Me concentro en su clítoris latiendo contra mi lengua, y lo rozo con mi nariz para provocarla aún más. Me estoy emborrachando de su sabor y su aroma, volviendo a engancharme a ella. Las campanas de advertencia suenan en el fondo de mi cabeza porque la última vez fue casi imposible despegarme de ella después de tener sexo.

Esta vez, será imposible.

Se lo susurro contra la piel mientras la beso subiendo y bajando por sus muslos, mi dedo encuentra su entrada y la tienta. Ella intenta empujar su coño contra mi mano, pero la presiono en el abdomen, obligándola a quedarse quieta y moverse a mi ritmo.

El dominio lo hace más intenso, porque está obligada a tomar solo lo que yo puedo darle. Me inclino sobre ella, la miro directamente a sus ojos nublados y le introduzco lentamente mi dedo índice, sin dudar hasta que estoy completamente dentro.

—Oh, Dios mío —sisea—. Pierre... más rápido, por favor.

—No se puede —murmuro y establezco un ritmo suave, entrando y saliendo y deseando que tuviéramos un poco más de luz para poder apreciar bien el rubor de su piel. Afortunadamente, todavía puedo distinguir su expresión lánguida, sus ojos abiertos y lascivos por mí. Especialmente cuando curvo mi dedo y lo froto contra ese manojo de nervios que encuentro allí.

Eso la hace gritar y luchar contra mi agarre, exigiendo más agresivamente que antes. Mantengo las embestidas lentas y

constantes, porque quiero llevarla a alturas que nunca antes ha alcanzado.

—Qué florecita tan preciosa —murmuro, mirándola fijamente—. No puedo creer que seas mía, no puedo creer que estés aquí conmigo. —La beso suave, dulcemente—. He pensado en ti todos estos años, ¿sabes? Por mucho que intenté luchar contra ello, constantemente me preguntaba dónde estabas, qué estabas haciendo y a quién besabas. Hice todo lo que pude para mantenerme alejado. Tuve que romper mi teléfono y cambiar mi número, para no contactarte y rogarte que volvieras conmigo como un idiota enamorado.

—Oh, Dios mío. —No sé si es una respuesta a mi discurso, o al hecho de que aceleré un poco el ritmo con los dedos.

Esa pequeña parte racional de mí me maldice por decir todas estas cosas, pero ya no puedo contenerlas. Me he estado conteniendo toda mi vida, y estoy harto. Quiero abrirme a alguien, a ella.

Afortunadamente, probablemente está demasiado ida para oír nada de lo que digo. Así que sigo hablando, sigo abriéndole mi corazón y diciéndole todas las cosas que debería haber dicho hace mucho, mucho tiempo.

—Debería haberte llamado. Debería haberte buscado una y otra vez, pero no pude. —Me inclino para besarla una vez más, murmurando—. No pude.

En ese momento, capturo sus labios y embisto una última vez, con la fuerza suficiente para que grite y se deshaga en mis dedos.

Luego la levanto, y ella solloza contra mi pecho mientras le acaricio el pelo.

Una revelación deprimente, liberadora y estimulante le sigue. No puedo dejarla ir.

33

Amy

—¿Qué pasó entre tú y Pierre anoche? —pregunta Mel a la mañana siguiente. Estamos sentadas en el patio del hotel y estoy vestida con ropa formal, lista para asistir a un simposio en el que Pierre va a presentar.

Pierre ya va en camino, but mi hija estaba mañosa esta mañana, así que me dejó quedarme a cuidarla. Bueno, «dejó» es una forma muy suave de decirlo. Más bien fue como si me ordenara quedarme hasta que se durmiera.

Sentí un gran alivio cuando dijo eso, porque hasta ese momento, estaba en un dilema. Tamara lloraba histéricamente ante la idea de que me fuera, y me habría roto el corazón dejarla así, pero tampoco quería eludir mis responsabilidades laborales. La orden de Pierre me quitó la decisión de las manos y, aunque protesté, me alegré de que me callara.

Probablemente él también lo sabía.

Mi gratitud hacia él crece cada día. Su consideración por mí y por mi hija derrite mi resistencia, y me hace sentir culpable de que me esté dando muchas más oportunidades de las que merezco.

Mientras más dulce es conmigo, más culpable me siento por el secreto que guardo.

Nuestra hija ahora está acurrucada en mis brazos, dormida, y una vez que esté segura de que está lo suficientemente dormida, se la entregaré a Mel y me iré.

Mel está sentada frente a mí en el balcón de nuestra habitación de hotel con vistas a la hermosa ciudad, bebiendo un café con leche y lanzándome una mirada que me recuerda que hizo una pregunta.

—¿A qué te refieres? —finjo ignorancia y aparto la vista de su mirada directa.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —dice—. Los dos volvieron anoche, o debería decir esta mañana, con cara de habérselo pasado como nunca.

Me sonrojo. Después de tener sexo apasionado en una sala privada en el club de alguien, nos quedamos allí lo que parecieron horas, acurrucados juntos mientras la música retumbaba a nuestro alrededor. Me esforzaba tanto por no pensar en el enorme error que estaba cometiendo, pero de todos modos estaba pensando en ello.

Porque aunque esperaba no sentir nada más que satisfacción y vergüenza después de tener sexo, sentí mucho más de lo que debería. Sentí lo suficiente como para aterrorizarme.

No puedo admitirle a Mel lo que hice. Sería como admitir el fracaso, o admitir que soy una adicta que vuelve a caer en los mismos patrones de siempre.

—Uno de los socios de Pierre quería reunirse en un club de su propiedad en el centro —explico—. Cuando terminó la reunión, Pierre pensó que sería grosero que nos fuéramos enseguida, así que nos quedamos un rato y nos divertimos un poco.

—¿Qué tipo de diversión? —la voz de Mel sonaba divertida, y claramente no se traga mi cuento—. ¿Fue del tipo que desgarra las bragas, arruga el vestido y deja los cuerpos sudados? Porque así me pareció. Y cuando entró a darle las buenas noches a Tam, me di cuenta de que sus botones ni siquiera estaban bien abrochados y tenía maquillaje por todo el cuello de la camisa, y una marca de mordida en el cuello, y tú te movías como si estuvieras bastante adolorida...

—¡Ya basta! —siseo—. Mi hija de cuatro años está aquí mismo, aunque esté dormida.

Mel se echa a reír, obligándome a reír también, mientras niego con la cabeza.

—Supongo que la respuesta es que sí, se acostaron.

No hay forma de evitarlo, así que le dedico un asentimiento resignado.

Sonríe con suficiencia. —Lo sabía.

—Pero fue cosa de una sola vez. No volverá a pasar.

—Por favor. Ni tú te crees eso. —Se acomoda en su asiento y dice—: Amy, ¿por qué estás complicando todo más de lo necesario?

—No sé de qué hablas.

—Esto podría ser tan fácil —dice—. Solo dile que Tamara es su hija. Dile por qué se lo ocultaste y dile lo que sientes por él. Te dirá que siente lo mismo...

—Tú no sabes eso.

—Claro que sí. —Pone los ojos en blanco—. Por Dios, Ames, ¿estás ciega? ¿No ves cómo te mira ese hombre?

—Me miraba así hace tres años —señalo, con un toque de amargura—. Eso no le impidió dejarme cuando tuvo la oportunidad de hacerlo.

Un matiz de lástima aparece en su mirada. —Sí, eso fue una porquería de su parte. Y la verdad, yo tampoco me lo esperaba. Pero, ¿le has preguntado por qué lo hizo?

Niego con la cabeza. Me dijo un montón de cosas ayer mientras me seducía, pero sé muy bien que no hay que tomarse en serio lo que se dice durante el sexo. Asumo que solo lo dijo en el calor del momento y que no significaba mucho.

—Quizá deberías.

—No —digo—. No cambiará nada. Al final del día, no somos compatibles.

—¿Quién te dijo eso? —dice—. Porque los dos parecen bastante compatibles ahora, y también lo eran cuando salían en aquel entonces.

—No, no lo éramos. Simplemente pasé por alto todas nuestras diferencias porque me sentía muy atraída por él.

—Puras tonterías. O sea, mira a ese hombre. ¿Puedes decirme honestamente que no crees que sería un buen padre? Me trajo hasta aquí para cuidar a tu hija porque no quería que se separaran, y ni siquiera sabe que es su hija. Imagina cuánto más haría por ella cuando lo sepa. Claro, puede que se enoje un poco porque se lo ocultaste todo este tiempo, pero tendrá que entenderlo, dado que ignoró tus llamadas. Y aunque no lo entienda, lo superará. Estoy segura de que lo hará porque, al fin y al cabo, te ama, y todo este andarse con rodeos es una tontería.

Me quedo en silencio, sus palabras apasionadas desatan un motín dentro de mí.

Tengo tantas ganas de defenderme, pero no tengo nada que decir a eso. Extrañamente, lo que más siento son ganas de llorar.

En mi silencio, Mel continúa.

—Sé que piensas que digo esto para molestarte, pero lo digo sobre todo porque me importas y estoy tratando de que aprendas a ser más egoísta. ¿Puedes decir que esta es la vida que quieres vivir? —pregunta—. Trabajando todo el día, viendo apenas a tu hija, luchando para llegar a fin de mes. ¿Es así como quieres vivir, o estás viviendo de esta manera porque crees que es lo que se supone que debes hacer? Porque ambas sabemos que esto no es lo que quieres.

—Lo que quiero no es realista. —En una de nuestras noches de cine, después de demasiadas copas de vino, le confesé a Mel que mi verdadero sueño era ser ama de casa—. Ambas sabemos que ese no es un sueño realista para mí. Tengo responsabilidades y no voy a confiar en nadie para que me proporcione esa seguridad.

—¿Ni siquiera en Pierre?

—Ni siquiera en él.

Ella permanece en silencio un rato mientras sigo meciendo a mi hija. Nuestra conversación no fue precisamente silenciosa, pero Tam no se ha movido, lo que significa que probablemente está profundamente dormida.

Mel toma otro sorbo de su café con leche y cierra los ojos extasiada. —Vaya, esto es vida.

Resoplo. —Me alegro de que estés disfrutando de tus vacaciones, mientras yo intento no ahogarme en trabajo.

—Ni modo.

Niego con la cabeza, sonriendo. —Bueno, creo que ya está noqueada. —Lenta pero segura, me levanto para volver a acostar a mi hija en la cama, antes de salir y tomar mi pequeño bolso de hombro, mi abrigo y mi iPad—. Voy a salir a encontrarme con Pierre. ¿Necesitas algo de mí?

—No. Creo que me quedaré aquí viendo la tele hasta que Tammy se despierte. Then, cuando se despierte, nos iremos de paseo.

—Suena genial. Muchas gracias por esto, Mel. De nuevo, te lo agradezco mucho. —Le doy un beso en la mejilla—. También te agradezco que hables conmigo. —Sé que sigue insistiendo con lo de Pierre porque cree que es lo mejor para mí. No estoy de acuerdo, pero aprecio su fervor.

Mel me toma la mano, apretándola y mirándome a los ojos. —Sé que estoy siendo mandona, pero solo quiero que seas feliz, nena. Quiero que al menos una de nosotras tenga una buena vida amorosa, porque al resto de las tres no nos está yendo muy bien. De verdad creo que tú y Pierre pueden arreglar las cosas.

Le dedico una leve sonrisa. —No estoy segura de que haya algo que arreglar. Pero pensaré en todo lo que dijiste. Lo digo en serio.

Después de eso, salgo y bajo a la limusina que Pierre alquiló para nuestra estancia.

En el camino, reviso los correos electrónicos de Pierre y los míos. Tenemos una auditoría de la junta directiva próximamente, y estoy a cargo de coordinar esa comunicación con el resto de los asistentes. Mientras lo hago, también respondo distraídamente a mensajes de analistas junior y noto que una de sus correspondencias menciona a un nuevo proveedor de datos que no había visto antes.

Frunzo el ceño. —¿Qué es eso? —murmuro.

—¿Disculpe, miss? —pregunta el conductor, y me encuentro con su mirada en el espejo retrovisor.

—Oh, disculpe, estaba hablando sola —le digo y, tras un gesto de asentimiento, me centro de nuevo en mi iPad.

El nombre del proveedor es Quintex Insights. Solo había revisado nuestra lista de proveedores una vez, cuando me acababan de contratar y luchaba por aprender más sobre la empresa. No la he vuelto a revisar desde entonces, pero sí sé que Pierre no ha aprobado la adquisición de ningún otro proveedor en todo ese tiempo.

Cómo apareció este es un misterio.

Seguí el rastro, iniciando sesión en nuestra base de datos para ver cómo se incorporó. Hay muy poco anotado sobre la incorporación, lo que significa que probablemente no pasó por el proceso de aprobación habitual. Fue examinado por un miembro de

la junta no identificado y de alguna manera se coló sin siquiera alertar a Pierre.

Eso es muy extraño. Tengo que decírselo a Pierre.

La gala se celebra en un centro de conferencias en Rue De Varembe. La limusina me deja justo en la entrada y, después de saludar a los acomodadores y entregar mi abrigo, entro por las frescas puertas de cristal a un auditorio de elegantes puestos minimalistas y un amplio escenario. Asisten unas cien personas, y los murmullos de la conversación se ven salpicados por una suave música clásica y el zumbido ocasional de las computadoras.

Encuentro a Pierre casi de inmediato, proyectando una imagen devastadoramente atractiva en su esmoquin entallado. Estaba rodeado de unas cuantas personas, incluida una mujer guapa que tenía la mano en su hombro y lo miraba fijamente mientras él hablaba.

Los celos me aprietan el estómago, pero los ignoro, caminando hacia ellos y rodeada por el aroma de una colonia cara.

—Disculpen la interrupción —digo.

—Una mujer hermosa nunca interrumpe —dice un hombre mayor —. Pero debe presentarse, querida.

—Soy Amy, la asistente de Pierre.

—Ah, así que usted es la famosa asistente.

Él y otro hombre, a quien reconozco del vestíbulo del hotel el primer día que llegamos, intercambian miradas y sonrisas cómplices.

Pierre no les presta atención. Me está mirando a mí, su mirada un poco suave y su sonrisa un poco maliciosa.

Mi vientre palpita por otra razón, pero me centro en los negocios. —Pierre, lamento apartarte, pero necesito hablar contigo ahora mismo.

—¿No ves que ya estamos hablando? —dice la mujer con la mano en su hombro en un inglés acentuado. Me dedica una mirada altanera, pero no retrocedo.

—Lo sé, y de nuevo me disculpo, pero lo que tengo que decir es bastante urgente. Por favor, discúlpennos.

Le lanzo una última mirada a Pierre, y él le quita el brazo de encima casualmente, guiándome lejos del grupo.

Cuando estamos un poco apartados de la multitud, finalmente me vuelvo para encontrar la diversión brillando en sus ojos.

—Tenemos un problema —digo.

Su brillo se apaga un poco. —¿Qué pasa?

—Hay un nuevo proveedor de datos no aprobado que ha estado introduciendo datos en el modelo durante un tiempo. No sé cuánto tiempo, pero no estaba ahí cuando me contrataron.

Sus cejas se inclinan sobre sus ojos. —¿Qué? ¿Cómo no lo supimos?

—Porque el proveedor no pasó por los canales habituales. Fue examinado por un miembro de la junta, y no hay fecha de cuándo se añadió.

—Aun así. Al menos uno de los analistas principales debería haberlo notado.

—Lo sé, pero no lo hicieron. *Porque probablemente han sido comprados*.

Se frota la barbilla, mirando al vacío, y su rostro se tensa más con cada segundo. Sus pupilas se dilatan y se contraen mientras llega a una conclusión en su mente.

—Mierda, es una trampa.

34

Pierre

Está comenzando a tener un sentido descabellado en mi cabeza.

El cambio de agentes fue para ponerlos en posiciones para recopilar información sobre mis clientes. A través de su nuevo proveedor de datos, contamina el modelo predictivo con información inútil que hace que hagamos las apuestas equivocadas y que nuestros clientes pierdan millones. Una vez hecho el daño suficiente, la culpa recaerá sobre mi modelo y la empresa en su conjunto. Quizás en ese momento empiece a investigar lo que pasó, pero para entonces será demasiado tarde.

La reputación de la empresa quedará manchada y, probablemente, me destituirán como CEO.

—Maldito sea. Eso es diabólico —murmuro y me paso una mano por el pelo. Me pregunto cómo habrá descubierto todo esto. Si no fuera por ella, no habría sabido que nada de esto estaba pasando. Una asistente menos diligente probablemente habría pasado por alto las señales, o no le habría importado profundizar tanto solo para comprobar cuándo se agregó el proveedor.

—Eres jodidamente increíble, ¿lo sabías? —le digo y ella se sonroja, desviando la mirada.

—Solo observadora —dice.

—No, también eres lista. Muy lista.

—Gracias. —Empieza a parecer incómoda con los cumplidos, pero yo todavía no estoy listo para dejar de dárselos. Ya es hora de que sepa lo increíble que es.

—Realmente me salvaste el pellejo hoy. Si no fuera por ti, estaríamos en un lío tremendo.

Ella asiente, jugueteando con los dedos porque está ansiosa por cambiar de tema. —¿Y ahora qué hacemos?

—Para ser sincero, no estoy seguro. —Ahora que sé que el juego de Monty no es solo sabotearme a mí, sino arruinar a toda la compañía, tengo que actuar rápido para salvar nuestra reputación...

Maldita sea, es una jugada audaz y más estúpida de lo que le habría creído capaz. Después de todo, ¿cuál era su plan una vez que terminara de dañar y arrastrar nuestro nombre por el lodo? ¿Tomar el control de Revenant y restaurarla? Eso sería difícil y es prácticamente imposible recuperarse de una cagada de ese tipo.

¿También sería muy difícil recuperar a los clientes que perdimos, dado que él estaba en la junta cuando la compañía se hundió?

Probablemente pensó que sería suficiente con cargarme toda la culpa a mí, porque yo era el más firme defensor de este nuevo modelo predictivo. Diría que fue un fallo causado por mi negligencia y codicia, y al final del día, sería mi palabra contra la suya.

Vaya. Hasta dónde puede llegar la gente para hundirme. Me sentiría halagado si no fuera tan psicótico.

—Dile a Trey que asegure todos los registros y cierre el acceso al modelo por ahora. Explícale la situación, pero que le diga a la gente que es un error interno. Además, llama al departamento legal y diles lo que está pasando.

—¿De acuerdo? ¿Eso no alertará a Monty?

—Probablemente, pero no tenemos otra opción. No podemos tener a gente usando ese modelo ahora mismo, cuando es tan perjudicial.

—De acuerdo.

—Mientras haces eso, me despediré de algunas personas y te alcanzo. Tenemos trabajo que hacer.

Ella asiente y la dejo para volver con mi antiguo grupo. —Lamento la interrupción, damas y caballeros, pero parece que tendré que irme para ocuparme de un problema importante. Nada alarmante, solo asuntos internos.

—Oh, ya veo. —Samantha parece disgustada, y me alegro doblemente de irme tan pronto. Se estaba poniendo demasiado sobacona.

Mientras salimos y tomamos nuestros abrigos, empiezo a pensar en una contramedida apropiada para esto. Tengo que encontrar una

manera de sacar a Monty rápido, pero no sé si esto es suficiente para convencer al resto de la junta. Necesito reunir más pruebas primero. La forma más fácil de hacerlo sería que Amy se reuniera con él y grabara su conversación, pero no quiero ponerla en peligro así. Está más loco de lo que pensaba y no quiero que nadie tan desquiciado se le acerque, porque si le hicieran algo y saliera herida de alguna manera...

Simplemente me volvería loco.

Por supuesto, no me detengo a considerar lo que eso significa. En mi corazón, ya lo sé, y es un pensamiento secreto que espera ser explorado con toda la maravilla e introspección que merece.

Por ahora, lo dejo en segundo plano mientras me ocupo de la crisis actual.

—Hay varias formas en las que podemos jugar esto —le digo—. Primero que nada, dile a Trey que despida inmediatamente a la lista de personas que te voy a enviar. Sé que algunos de ellos han estado trabajando para Monty y filtrando información a nuestros competidores desde hace tiempo, pero los dejé estar para poder conseguir más pruebas de la corrupción. No puedo seguir haciéndolo, porque esta mierda ha llegado demasiado lejos, y Monty lo ha llevado al nivel nuclear. Así que yo también tengo que llevarlo a lo nuclear.

Le hago una seña al valet para que traiga la limusina. —Trey necesita confiscarles todo a estas personas, sus computadoras portátiles, sus teléfonos, todo. Que revise cada comunicación y documento con lupa y se asegure de volver a mí con el nombre de Monty en al menos una prueba incriminatoria.

"Entendido. —Está escribiendo eficientemente en su teléfono mientras hablo, con su iPad metido bajo el brazo. No pierde ni un segundo. Dios, a veces es tan imperturbable. Me encanta eso de ella.

Me detengo en ese pensamiento. Una vez más, estoy pensando en la palabra con «a» en relación con ella cuando no debería. Nunca he pensado en nadie en esos términos antes, pero heme aquí.

¿Son mis sentimientos realmente amor, del tipo que la gente normal dice tener? ¿Es eso lo que está pasando aquí, por qué me

obsesiono cada día más y más con esta mujer? ¿Es por eso que siento que la necesito aún más incluso después del sexo, y por qué su sonrisa ilumina mi día, y su tristeza me hunde en los pozos del infierno? ¿Es por eso que carajo estoy teniendo pensamientos tan cursis mientras mi empresa está al borde de una implosión?

Debería estar concentrado en eso, y no aquí poniéndole ojitos a mi asistente, pero no puedo evitarlo.

Mierda, sí que la amo. Soy un idiota, porque en retrospectiva, debería haber sido jodidamente obvio. Pero estaba en una negación tan profunda que me permití herirla en lugar de admitirlo.

Me está parpadeando ahora mismo, confundida de por qué no he dicho nada más en los últimos segundos.

"Pierre —dice. Me encanta la forma en que sus labios se curvan alrededor de mi nombre—. ¿Los nombres?

¿Qué nom...? Oh.

"Te los daré en el coche. —Veo nuestra limusina acercándose con el conductor y me dirijo a abrirle la puerta antes de que el valet pueda hacerlo.

Después de que entramos, recito la lista de nombres de memoria, sin molestarme en revisar mi teléfono para verlos.

"¿Cuántos nombres te he dado hasta ahora? —pregunto.

"Veinte —responde.

"Ok. Añade a Cecilia Platt y Jonathan Border.

—Entendido. —Escribió rápidamente.

"Bien. Ahora... busquemos un buen lugar para desayunar tarde mientras el caos se desata.

Asiento.

Desayunamos en una cafetería y empiezo a hacer llamadas. Sé que el revuelo interno podría llegar a oídos de nuestros clientes VVIP, y quiero asegurarles que estamos al tanto de todo y calmar los ánimos.

Mientras desayunamos, Amy se pone en contacto con Mel y Tamara, que todavía está dormida. Noto que Amy misses a su hija y se siente mal porque Mel está encerrada en la habitación del hotel, cuidándola, pero no podemos evitarlo. Todavía tenemos muchas más

reuniones hoy, y la rutina no parará hasta la noche, lo que significa que no verá a mi hija hasta el final del día.

Al menos, no a menos que yo haga que suceda.

Mientras asistimos a las reuniones, envío algunos mensajes de texto, y por la tarde, cuando vamos a un restaurante italiano para almorzar, veo a Mel cargando a Tamara acercándose a lo lejos.

Amy se queda boquiabierta.

—¿Qué están haciendo aquí? —dice cuando llegan a nosotros, levantándose para abrazar a Mel y besar a su hija en la mejilla.

—Pierre me envió un mensaje, y tu hija te extrañaba —dice Mel, entregándole a Tamara a su madre para que puedan acurrucarse. Adorable—. Así que nos dijo que nos reuniéramos con él para almorzar.

—¿Lo hiciste? —le dirige una mirada de sorpresa.

—Lo hice —digo.

Ella sonríe y sus ojos brillan. —Gracias —dice.

Mi corazón literalmente da un vuelco al verla así. —De nada —respondo.

El almuerzo no durará mucho, considerando cuántas reuniones más tenemos, pero lo disfruto por lo que es. Amy puede abrazar a su hija, e incluso Tammy se sienta en mi regazo en un momento, sacando los camarones uno por uno de mi scampi.

Cuando terminamos, Amy le da un millón de besos por toda la cara a Tamara, antes de que Tamara y Mel se vayan a explorar el malecón.

Amy y yo tenemos más trabajo que hacer.

Después de que terminan todas nuestras reuniones planificadas, tengo otras adicionales con los accionistas que están actualmente en Ginebra. No entro en demasiados detalles sobre lo que está sucediendo, simplemente digo que podrían oír hablar de algunos cambios internos, pero que no afectará sus márgenes de beneficio.

Amy y los analistas logran retroceder y encontrar cuándo se agregó este nuevo proveedor. Señalan que fue unas semanas después de que Amy comenzara a trabajar allí, y el modelo tiene información desactualizada que ya ha provocado algunos errores

menores en el sistema. Es algo que se puede corregir fácilmente, pero aun así es vergonzoso.

Amy y yo nos mantenemos en movimiento hasta la noche, apagando todos los fuegos a la vez. Aunque veo el cansancio en su rostro, no se queja ni una vez. Me sigue el ritmo, e incluso cuando se enfrenta a un cliente beligerante que nos grita y chilla que no sabemos lo que estamos haciendo, Amy lo corrige amablemente y dice: —Lo siento, sir, entiendo su frustración. Pero para ser sincera, sí sabemos lo que estamos haciendo, y por eso estamos aquí. No muchas corredurías llegarían a este extremo por transparencia, y lo estamos haciendo porque valoramos su confianza y queremos cultivarla. Por ahora, no hay motivo de alarma. Le avisaremos si es algo por lo que deba preocuparse, pero por ahora, no lo es.

El hombre frunce el ceño, pero se desinfla y simplemente suspira, frotándose la cara con la mano. —Esto es justo lo que necesitaba esta semana. Mi hija se está gastando todo mi dinero en el puto Mónaco y mi mujer amenaza con divorciarse por tercera vez este año. Ojalá lo hiciera de una vez y dejara de calentar la pava.

Amy suelta un bufido fuerte e involuntario y luego se tapa la boca con la mano, con los ojos abiertos de par en par por el horror.

—Lo siento mucho —le dice—. No sé de dónde salió eso.

—No pasa nada. —Agita la mano, riendo a su pesar—. A mí también me pareció bastante gracioso.

Y así como así, se tranquiliza. Aunque no era su intención, la risa espontánea de Amy calmó a uno de nuestros clientes más nerviosos, y es hermoso de ver.

Debería habérmelo esperado de ella, dado quién era su boss, pero verlo en acción es otra cosa completamente distinta.

Finalmente terminamos tarde, a las ocho de la noche, y acabamos sentados en un patio cualquiera con vistas a un muelle, donde un músico callejero toca su violín con una melodía melancólica. No hablamos durante varias horas, demasiado agotados para hablar de mucho.

"Vaya —digo—. Eso fue algo extraordinario.

—Lo fue. —Ella asiente—. Pero creo que lo logramos.

"Definitivamente lo logramos gracias a ti y a tu rapidez mental. Por cierto, no creo haberte dado las gracias por eso.

—No tienes que darme las gracias. Créeme cuando te digo que mi sueldo es agradecimiento suficiente.

"No lo creo —respondo—. El sueldo es simplemente para que hagas tu trabajo, pero creo que en este caso, realmente has ido mucho más allá. La forma en que irrumpiste en ese simposio como una heroína para salvar el día.

—Yo no...

"Sí, lo hiciste. Y me alegró. Incluso lograste alejarme de Samantha. —Me encuentro con su mirada—. Una parte de mí pensó que solo me estabas llamando porque estabas celosa.

Su rostro se sonroja. —Jamás lo haría.

"Lo sé —digo, casi con nostalgia—. Pero la esperanza es lo último que se pierde.

Sus ojos se clavan en los míos y me sostiene la mirada. La esperanza brilla en sus profundidades, o al menos algo que espero que sea esperanza.

Eso suena gracioso en mi cabeza. Puede que esté más atontado de lo que pensaba.

La música cambia, volviéndose más animada, más romántica. Mientras el trino del violín resuena en el aire, extiendo mi mano.

—¿Bailas conmigo?

—Mmm... —Su boca se abre y se cierra, y mira a su alrededor. No hay nadie más aquí, pero aun así parece reacia—. No lo sé.

—Vamos. Ha sido un día difícil. Al menos acabémoslo con broche de oro.

Me ofrece una pequeña sonrisa. —Está bien, un baile.

Tomo su suave mano y la pongo de pie, arrastrándola hacia el piso de terrazo y atrayéndola hacia mí.

La beso de nuevo y murmuro: —Algo está pasando aquí, Amy.

"¿Qué...? —Su respiración se corta cuando paso mi nariz por su cuello, inhalando su aroma—. ¿Qué significa eso?

"Sabes exactamente lo que significa. Yo también lo sé. —En mi corazón y en mis huesos, lo sé, pero tengo miedo de permitirme creerlo. He estado luchando contra esta atracción durante tanto

tiempo, y estoy tan cansado de luchar, tan cansado de interponerme en mi propio camino.

Todo en mí quiere mandar la prudencia al diablo y simplemente besarla aquí y ahora. A la mierda todo. Todo lo que quiero es a ella.

Mi dedo roza el borde de su cintura. Me contengo, recordándome que al final del día tiene que ser su decisión. No haré ningún movimiento a menos que ella quiera que lo haga.

Pero en este momento, ya admito para mis adentros las palabras que he estado negando, que han estado frente a mí todo el tiempo.

La amo.

35

Amy

Pasamos un último día en Ginebra, y es uno de los días más emocionantes pero agotadores que he tenido en mucho tiempo. A pesar de nuestros esfuerzos por mitigar las consecuencias y limitar que las noticias lleguen a nuestros clientes, algunos de ellos se enteran y nos llaman exigiendo respuestas. Pierre y yo respondemos a esas llamadas, calmando los ánimos tanto como podemos, e informándoles de que estamos haciendo todo lo posible por resolver el problema.

También hay un caos en la sede, y Trey llama cada hora en punto para darnos noticias. Cerrar el acceso a nuestro modelo de predicción también causa un efecto dominó que afecta a las otras sucursales de la correduría y a los socios, lo que lleva a numerosos cambios internos.

También recibimos varias demandas por abuso de confianza y despido improcedente. Trey está buscando como loco algo que pueda imputarle a Monty, para que al menos todo esto no haya sido en vano.

Por desgracia, el hombre es muy bueno cubriendo sus huellas. Según Trey, lo que tenemos ahora son sobre todo pruebas circunstanciales que se pueden rebatir fácilmente, sobre todo porque Pierre no tiene tanto poder e influencia en la junta directiva como Monty. Es igual de fácil para Monty argumentar que un descuido de Pierre causó este desastre, y puede simplemente afirmar que me informó a mí, la asistente, de este nuevo cambio de proveedor debido a los problemas que ya estaban viendo con el modelo.

Por supuesto, en ese caso seré utilizada como chivo expiatorio y despedida.

Pierre se niega rotundamente a escuchar este plan, a pesar de que le quita la presión de encima. Ni siquiera deja que Trey termine la frase, su tono es frío y firme con un toque mortal. —No. Busca otra cosa.

No hay nada que discutir, y por muy tierno que sea, también me hace sentir terriblemente culpable.

No se me escapa que, al negarse a dejar que yo cargue con la culpa, Pierre me está anteponiendo al bienestar de su empresa, y yo ni siquiera he tenido la decencia de ser sincera con él. Él confió en mí, y yo lo traiciono cada día que le oculto el secreto.

Trey quiere que volvamos de inmediato. Afirma que lo mejor para Pierre es empezar a cortejar a la junta directiva con ferocidad, tan pronto como pueda, para ponerlos de su lado.

Sin embargo, Pierre insiste en pasar un día más aquí.

¿Por qué?

Porque le prometió a Tamara que la llevaría al parque de atracciones. Y eso es lo que hacemos en nuestro último día en Ginebra. Incluso con la locura que se cierne sobre su empresa, la lleva sobre sus hombros, y pasean como si no tuvieran ninguna preocupación en el mundo.

Señala los delfines de juguete que flotan en un gran acuario cerca de la entrada y la deja tomarse su tiempo para elegir a qué atracciones quiere subirse.

Luego se sube con ella. Me alegro de que lo haga. No soy fan de esas atracciones de parque y me mareo muy fácilmente, pero a Tammy le encantan.

Estoy feliz de verlos juntos con Pierre, sonriendo como un niño, y a mi hija chillando a todo pulmón con alegría infantil. Él se ríe y sonríe al verla, y se suben una y otra vez, hasta que el pelo de ella se escapa de su cuidada cola de caballo y se convierte en una telaraña de mechones alrededor de su cara.

Mientras tanto, Mel y yo nos sentamos en una banca, bebiendo vino y viendo el espectáculo. De vez en cuando, me lanza una mirada cómplice, pero no digo nada. Sé que tiene otro sermón que preparar.

Afortunadamente, me salva un francés que se sienta a su lado y entabla una conversación.

Después de que eso ocurre, y tras ver que Mel está cómoda a solas con él, voy al encuentro de mi hija mientras Pierre la baja de la atracción.

—¿Te estás divirtiendo, cariño?

—Sí, mami. —Me dedica una amplia sonrisa desde su posición. —Me estoy divirtiendo mucho contigo y el tío Pierre. ¡Este es el mejor día de mi vida!

Mi corazón se oprime de dolor, y me recuerda cuánto le estoy negando a mi hija. Mel tenía razón. Al seguir guardando este secreto, no solo me estoy haciendo daño a mí misma y a Pierre. También le estoy haciendo daño a Tammy, privándola de un padre que claramente se preocuparía mucho por ella. Nunca lo había pensado de esa manera, porque nunca imaginé que Pierre sería un buen padre, pero ahora reconozco lo injusta que he sido con Pierre todo este tiempo.

En parte es porque estaba tan amargada después del desengaño que creé una imagen de él que no era la verdad. Lo veía como este hombre despreocupado, insensible, casi psicópata, porque era la única manera en que podía justificar lo que me hizo y la única forma de entender su capacidad de apartarme tan por completo sin darme la más mínima explicación. Quería que fuera malvado, el villano, para poder odiarlo.

Ahora que lo he superado, puedo reconocer que la mayor parte de mi juicio sobre Pierre provenía del resentimiento y del miedo a que me rompieran el corazón de nuevo. Pensé que si no lo veía como el villano, entonces me enamoraría de él otra vez.

Ahora puedo admitir que puede que Pierre no me ame, pero amaría a su hija, a pesar de mi mentira. Cuidaría de ella y nunca querría que le faltara nada.

Eso resuelve la razón más grande para no decírselo.

—Ven aquí un segundo, nena —le hago un gesto a Tammy.

Pierre se acerca a mí, y tomo a mi hija de sus brazos, buscando a Mel con la mirada. Quiero que se lleve a Tammy a alguna parte para poder contarle la verdad a Pierre.

Sin embargo, Mel sigue ocupada hablando con el encantador francés, y no quiero interrumpirla. Además, ahora Pierre me está lanzando una mirada curiosa, y mis nervios empiezan a aumentar.

—¿Está todo bien? —pregunta. Trago saliva e intento sonreír. —Sí. Todo está bien.

Una vez que terminan, vamos a cenar, y después de eso, tenemos que tomar nuestro vuelo de regreso a casa. No hay suficiente tiempo para hablar a solas con Pierre, y todo el viaje nos la pasamos poniéndonos al día con el trabajo. Me pregunto si debería posponer la conversación hasta que Pierre termine con su crisis. No quiero seguir guardando el secreto, pero tampoco quiero darle más cosas de las que preocuparse cuando ya carga con tanto.

—Voy a hablar con Pierre —le digo a Mel cuando aterrizamos. Es de mañana en Nueva York, y mientras Mel y Tamara se van a casa, Pierre y yo vamos a refrescarnos en su apartamento y luego iremos directamente al trabajo. —Le diré la verdad.

—¿De verdad? —Sus ojos se abren de par en par, y no puede evitar que se le forme una sonrisa. —¡Eso es genial! No pensé que te hubiera convencido.

—Lo hiciste. —Y mi maldita culpa ayudó. —Tengo que decírselo. El secreto me está matando, y es lo mejor para Tamara.

—También es lo mejor para ti —dice. —Sé que puede que no lo creas ahora, pero él te ama. Te juro que, cuando se lo digas, todo va a encajar.

Eso espero. A estas alturas, sé que probablemente habrá represalias, pero solo espero que no se desquite con Tamara y no empiece a tratarla mal por ello. Eso me destrozaría.

Nos preparamos en su condominio y nos dirigimos a la oficina para encargarnos de todo. Trey nos recibe en la puerta, y nos conducen directamente a una reunión con el departamento legal. A partir de ahí, es una cacería de un miembro de la junta u otro.

Cinco horas después, estoy agotada, con *jet lag* y exhausta. Pierre está fuera con uno de los miembros de la junta, dejándome a cargo de la situación. Estoy junto a la cafetera, preparando la taza más fuerte y cargada de cafeína que puedo imaginar para reactivar mi cerebro.

La puerta de la suite del CEO se abre, y me doy la vuelta esperando que sea Pierre.

—¿Cómo te fue...?

Me doy la vuelta y la garganta se me seca de inmediato.

Monty Myers está de pie en la puerta, y a pesar de su sonrisa, no parece muy feliz de verme.

Al instante agarro mi teléfono, pidiendo ayuda.

—No es necesario. —Levanta la mano. —No voy a hacerle daño. Creo que usted misma se ha hecho más que suficiente daño. —Niega con la cabeza—. Estoy decepcionado. Pensé que sería más inteligente y tomaría la decisión correcta para usted y su hija. Ahora va a perderlo todo.

—Tiene que irse o lo denunciaré —digo.

Se ríe.

—¿Denunciarme por qué? ¿Por tener una conversación con usted? —pregunta—. ¿También va a denunciarle a Pierre lo que ha hecho? ¿O va a seguir ocultando que ella es su hija?

La sangre se me va del rostro. Mi corazón se congela y luego empieza a latir al doble de velocidad. Me ahogo con el aire, completamente derribada por la sorpresa.

Oh, Dios. ¿Cómo lo supo?

—Soy muy bueno descubriendo cosas sobre la gente —dice—. No me costó absolutamente nada descubrir que era su hija. ¿Cuánto tiempo cree que le tomará a él una vez que le siembre esa semilla en la cabeza?

Niego con la cabeza. —No lo haría.

—Claro que lo haría. A menos que, por supuesto, usted me ayude.

36

Pierre

Hoy apagué metafóricamente unos ciento un incendios y mi cuerpo está agotado.

Sin embargo, estoy caminando de regreso a la oficina con una sonrisa gigante en la cara. No porque alguna de las reuniones haya ido particularmente bien. Logré conseguir más pruebas afortunadas, pero todavía hay un cincuenta y cincuenta de probabilidades de que haya convencido al resto de los accionistas de que Monty está detrás del escándalo que enfrentamos.

Mostré las pruebas que teníamos de su sabotaje, y algunos me creyeron, otros no, y a algunos no les importó en absoluto porque eran cómplices. Algunos accionistas incluso se centraron en el hecho de que no creían que yo hubiera manejado la crisis tan bien, aunque no pudieron articular del todo qué podría haber hecho mejor.

Mañana tendremos una reunión de emergencia para discutir todo el caos que está ocurriendo, pero para ser muy honesto, eso no me importa.

Así es. Mi compañía, todo por lo que he trabajado durante años, en realidad durante toda mi vida, prácticamente parece que se está desmoronando frente a mí. Monty podría ganar con esta táctica, pero en lugar de provocarme alarma, rabia o represalias, estoy aquí sonriendo de oreja a oreja.

Y hay una razón muy simple y estúpida para ello.

Es porque voy a ver a Amy de nuevo.

Compré el almuerzo de camino, comida para llevar de un restaurante que tengo en la mano ahora mismo. También vi una florería al lado y tomé un ramo. Fue una estupidez de mi parte hacer eso. Ni siquiera sé cómo voy a explicarlo si alguien pregunta por qué le estoy llevando flores a mi secretaria. Salir con compañeros de

trabajo no es ilegal, pero tampoco da una buena imagen, especialmente considerando que soy su boss. Esta relación nuestra, si es que alguna vez se convierte en algo, será complicada, sin duda.

Pero una vez más, no me importa. Solo la quiero a ella.

Así que atravieso las puertas corredizas, con una bolsa de comida para llevar en una mano y un ramo en la otra. Ah, y también una gran y estúpida sonrisa en la cara. Probablemente me veo ridículo, dada la cantidad de gente que se detiene a echarme un vistazo, aunque apartan la mirada en el segundo en que me giro en su dirección.

Qué más da. De todos modos, no se trata de ellos, se trata de mí.

Y de Amy.

Me pregunto qué pensará de las flores. Me pregunto qué expresión pondrá. Supongo que una sonrisa desconcertada, entre el asombro y la interrogación.

De la misma manera que me miró cuando bailamos bajo el atardecer con la música suave y melodiosa fuera del patio de ese restaurante.

Nunca he hecho algo así en mi vida. Quiero hacerlo una y otra vez, recapturar esos momentos con ella, tanto los mágicos como los mundanos. Comer comida china en la habitación del hotel con ella y correr por las calles me entretuvo y me llenó más que las noches que pasé haciendo cosas más locas.

Estar con ella me hace pensar que tal vez haya un significado para todo esto de la vida. Tal vez hay una razón por la que la gente se molesta en formar relaciones y casarse, incluso si saben que podría salir mal más adelante.

Porque lo de estar enamorado es que no me di cuenta de lo jodidamente adictivo que se sentiría. Consume todo, cada pensamiento y cada impulso.

También me está haciendo ver lo jodidamente triste y vacía que ha sido mi vida hasta ahora.

La necesito conmigo para siempre esta vez, y a la mierda las consecuencias.

Probablemente me estoy adelantando demasiado. Es decir, apenas me di cuenta de que la amo hace unos días, y una parte de mí quiere saltar de este acantilado con los ojos cerrados, pero tengo que tomarme mi tiempo. Puede que ella ni siquiera sepa que me ama todavía, e incluso si lo sabe, podría tener sus reservas. Probablemente la herí cuando me fui hace tantos años, sin ningún tipo de cierre. Tendré que compensárselo y demostrarle que no lo volveré a hacer.

También considerará a su hija, y necesito demostrarle que amaré a esa princesita como si fuera mía.

Espero con ansias esa conversación.

Al salir del ascensor y acercarme a la oficina, oigo inmediatamente una voz que hace que me hierva la sangre.

Es inconfundiblemente la de Monty, e incluso mientras la ira nubla mis pensamientos, la voz de ella se abre paso.

—No podré hacer eso —está diciendo—. Él ya sospecha de mí. Imagínese lo que pasará si le doy más información. No solo perderé mi trabajo; podrían demandarme.

—Entonces, debería haber pensado en eso antes de ponerse en mi contra.

—No me puse en su contra. Él descubrió lo que usted estaba haciendo por su cuenta.

—¿Ah, sí? Porque uno de mis espías me dijo que usted lo llamó urgentemente durante una conferencia en Ginebra. Y después de eso, él se enfureció y comenzó a congelar todas las cuentas.

Maldita sea. Sabía que probablemente tenía espías en esa convención, pero en el calor del momento, me olvidé por completo de ello.

—Eso fue por otra cosa —dice ella, y su voz suena firme—. Por favor, no quiero perder mi trabajo.

—No es solo su trabajo por lo que tiene que preocuparse. Es el hecho de que no le ha dicho que la niña que tiene es de él.

Las palabras me golpean en el pecho y frunzo el ceño.

¿Qué clase de mentira patética es esa? ¿Qué pretende Monty?

—No, no lo es —dice Amy.

—Sí, lo es —añade Monty—. Pensé que ya se lo habría dicho. Cuando mi socio lo vio con una niñita, pensé que usted había tenido esa conversación con él. Pero luego investigué más a fondo, y él no figuraba en ninguno de los documentos como el padre de su hija, ni se había presentado ningún papel de adopción. Pierre no es el tipo de persona que dejaría algo así sin la documentación adecuada. Él sabría que yo lo usaría en su contra.

—¿Tiene alguna prueba de lo que está diciendo o solo está diciendo estupideces? —pregunta ella, con ardor en su tono—. Pierre no tiene nada que ver con mi hija. La tuve con otra persona, a quien conocí después de Pierre.

—¿Cómo se llama? —pregunta él—. Porque debo decirle que busqué por todas partes a esa «otra persona». Pensé que podría usarlo para presionarla, pero no pude encontrar nada sobre el tipo, ni siquiera con mi mejor investigador privado. En cambio, me topé con noticias aún más jugosas: que usted y Pierre solían acostarse y que su hija fue concebida alrededor de ese período general.

Sigo con el ceño fruncido, preguntándome por qué no se defiende de esa afirmación claramente errónea. Tamara no fue concebida en esa época, sino unos meses después. Al menos eso es lo que ella me dijo. ¿Por qué no lo dice ahora?

La sospecha se abre paso en mi mente mientras mi corazón comienza a latir al doble de su ritmo, mis oídos de repente ahogando todo lo demás excepto el sonido de mis propios latidos.

¿Por qué no lo niega más? ¿Por qué no repite que él está completamente equivocado, que yo no soy en realidad el padre de su bebé?

¿Quizás porque no siente que le deba una explicación?

¿Es esta otra de sus estrategias para despistarlo, haciéndole creer que la tiene donde quiere?

Quizás. Tiene que ser eso. Tal vez está grabando esta conversación ahora, como prueba de su chantaje.

—Lo que me deja preguntándome, ¿por qué no se lo ha dicho? —continúa Monty—. ¿Es por su ego? ¿Cree que no querrá a la niña? ¿O lo intentó y él no le creyó? Pero entonces no tendría sentido que hoy sea tan cercano a la niña.

—No creo que nada de esto sea de su incumbencia.

—Tiene razón. No lo es, y al final del día, de todos modos no importa. Lo que importa es que haga exactamente lo que le pido, como se lo pido. ¿Entendido?

No espero la respuesta. Monty está a punto de dejar la suite, y yo retrocedo y doblo la esquina para que no sepa que estaba escuchando a escondidas.

Sale y pasa a mi lado, silbando para sí mismo como un villano de película cliché. El ascensor suena cuando la puerta se abre, y lo oigo entrar.

Observo cómo lo lleva hacia abajo, mientras sus palabras todavía resuenan en mis oídos.

Luego, camino hacia la oficina en un estado de trance, tratando de armar el rompecabezas.

Monty cree que Tamara es mi hija, pero eso no tendría sentido. Eso significaría que Amy me ha estado mintiendo todo este tiempo, y ella no haría eso. No es el tipo de mujer que inventaría y mantendría una mentira tan elaborada cuando podría simplemente decirme la verdad.

Tiene que haber algo más. Sin embargo, aunque mi mente intenta encontrar una razón, le cuesta trabajo.

No soy un hombre naturalmente confiado. Está en mi propia naturaleza dudar de todos, incluyendo, y quizás especialmente, a los más cercanos a mí.

Pero decido no hacerlo ahora. Amy merece mi confianza, y ¿qué es el amor sin confianza?

Así que reprimo todas mis dudas y las entierro para recuperar las emociones que tenía antes.

Mientras atravieso las puertas, capto la expresión alterada en su rostro y le pregunto: —¿Estás bien, cariño?

—Sí —reacciona y me dedica una sonrisa temblorosa—. Es solo que Myers vino aquí a amenazarme.

—Bastardo —una furia familiar me recorre—. ¿Con qué?

—Con algo ridículo —dice, y toma asiento, arreglando apresuradamente las cosas sobre él.

Espero a que continúe, y como no lo hace, insisto: —¿Quieres hablar de ello?

Ella niega con la cabeza. —No. Es una estupidez y es mejor que dediquemos el tiempo a idear un plan para la reunión de mañana — sus ojos finalmente captan las flores, y se abren de par en par.

—¿Son para mí?

—No, solo las compré para alegrar el ambiente de la habitación.

—Oh —su rostro se descompone ligeramente, y yo me río entre dientes.

—Claro que son para ti —le digo, caminando hacia ella para dárselas. Mientras le dejo un beso en la cabeza—. Esto también es para ti —pongo la bolsa de papel en su mesa.

Sus ojos están paralizados por las rosas, y en su mirada está esa expresión que tanto anhelo.

—Gracias —susurró—. Nadie nunca, quiero decir, nunca pensé...

—Lo sé —incapaz de resistirme, me inclino de nuevo para rozar mis labios sobre los suyos, moderando el deseo que ruge en mi interior—. Quería hacerlo.

Sus ojos se encuentran con los míos, su expresión se vuelve suave y conflictiva. No insisto, no pregunto por razones. Elijo simplemente confiar.

Sin embargo, incluso cuando vuelvo al trabajo, no puedo olvidarlo. Las preguntas acribillan mi mente, y a menudo me encuentro volviendo a mi puerta para observarla, esperando.

Elijo confiar.

Va en contra de todo lo que creo no hacer preguntas, no curiosear. Quiero cavar más profundo, pero no lo hago. Por ella.

Después del trabajo, mientras se prepara para irse, le digo: —Oye, ven a mi casa un ratito.

Se muerde el labio mientras sujeta la correa de su bolso. —No estoy segura de poder.

—Solo un ratito —camino detrás de ella y la abrazo por la cintura —. Te llevaré a casa cuando terminemos —dejo un beso en la base de su cuello, lo que la hace estremecerse.

Ella no puede resistirse a mí más de lo que yo puedo resistirme a ella.

Pido la cena de camino a casa, que nos espera cuando llegamos: filet mignon y tartar de atún con acompañamientos.

—Gracias —me dice cuando ve la mesa puesta, con vino y decoraciones.

—Por supuesto —le digo.

Nos sentamos a comer, y siento sus ojos sobre mí. La tensión flota en el ambiente como un aliento contenido, y la preocupación surca su rostro. Confío en ella. Me repito el mantra una y otra vez. Le creo. No me mentiría sobre algo así. Es ridículo siquiera pensarlo. Es una persona honesta. Fui yo quien la hirió hace tantos años. Yo soy el deshonesto aquí.

Y realmente creo también las palabras, hasta que pronuncia la temida frase: —Tenemos que hablar.

37

Amy

He tenido un nudo de plomo en el estómago todo el día, mi mente distraída, desde esa reunión con Monty Myers que puso mi vida de cabeza.

Su ultimátum sigue retumbando en mi mente, y sé lo que tengo que hacer. Tengo que decirle la verdad a Pierre. Dejé que esta mentira se alargara demasiado, y por eso estoy en este lío.

Pero cada vez que pienso en hacerlo, siento un nudo en la garganta y náuseas. Sé que no va a reaccionar bien. ¿Cómo podría, considerando el golpazo que esto será?

Le he estado mintiendo durante años, sin tener en cuenta sus sentimientos. Solo he pensado en los míos y en los de mi hija. Si no fuera por Mel y por haberme reencontrado con Pierre en esa entrevista, puede que nunca le hubiera contado de la existencia de Tamara, y él nunca habría tenido una relación con su hija.

Decirlo así, con todas sus letras, me inunda de un odio hacia mí misma, y anticipo la explosión que se avecina. Ciertamente se molestará.

Puede que grite.

Puede que me despidan.

Pero hay que hacerlo.

Está mirando su plato, cortando su bistec con firmeza. —¿De qué quieres hablar?

Dilo, Amy. He practicado las palabras una y otra vez en mi cabeza, pero incluso ahora, forzarlas a salir de mi boca se siente como si estuviera vomitando grava. Y me siento aún más culpable porque acabo de acostarme con él varias veces antes de decirle la verdad. No debí haberlo hecho. Eso lleva la traición a otro nivel, hace el golpe aún más duro.

Pero no pude evitarlo.

Cada vez que sus labios se unían a los míos y su cuerpo se presionaba contra el mío, no podía evitar entregarme a él de nuevo, sabiendo perfectamente que podría ser la última vez.

Pero esa... esa podría haber sido realmente la última vez.

Respiro hondo.

—Mmm... bueno... sobre el dad de Tammy...

Se tensa imperceptiblemente, pero continúa cortando su bistec y llevándoselo a la boca. —¿Qué pasa con él?

Hazlo, Amy. Arranca la curita de un tirón. Aunque te mate, es lo correcto.

—La historia que te conté sobre él era mentira —suelto de sopetón. Él parpadea y finalmente me mira a los ojos. Su expresión es serena, para nada desconcertada. Pero hay una mirada en sus ojos como si estuviera viendo un choque de autos inminente.

—Tamara... fue concebida durante nuestro encuentro. —Aprieto los dedos en mi regazo, clavándome las uñas en la palma de la mano mientras doy el golpe final—. Es tu hija.

No dice nada. Su mano continúa el movimiento de cortar, pero no está mirando lo que hace, incluso cuando el cuchillo empieza a raspar el plato, habiendo atravesado por completo la carne.

Sus ojos se clavan completamente en los míos hasta que bajo la mirada.

—Traté de decírtelo —continúo—. Cuando descubrí que estaba embarazada, te llamé, pero la llamada no entraba. Decía que el número no estaba disponible, como si me hubieras bloqueado o algo así. Luego intenté ir a tu casa, pero no estabas y el portero no me dejó entrar. —Traga saliva—. Supuse que no querías saber nada más de mí ni del niño, y siempre supe que probablemente no querías tener hijos. No es que lo hubiéramos hablado, pero lo sospechaba. Así que supe que estaba sola en esto, y me resigné. Empecé a pensar si tendría al bebé o no. Me incliné por no tenerlo e incluso llegué a concertar una cita en la clínica, y entonces, simplemente... no pude hacerlo. —Quiero explicarle la profunda agitación emocional que sufrí durante ese período, la culpa y la pérdida que me atormentaban cuando pensaba en ello. Y, finalmente, la paz que

sentí cuando acepté que sí quería tener al bebé, aunque no estuviera preparada para ello—. Simplemente no pude. Y estoy tan contenta de no haberlo hecho porque ahora tengo el mejor regalo del mundo. —Niego con la cabeza—. Supe, cuando decidí tener a la niña, que probablemente estaría sola. Lo acepté. Por eso nunca te puse en ningún papel. Nunca te pedí una pensión alimenticia porque no quería a nadie en la vida de mi hija que no quisiera estar ahí. En lugar de eso, me partí el lomo trabajando para poder mantenerla.

Sigue en silencio, su mano ha dejado de hacer el movimiento de cortar. Ahora solo me mira, y una parte de mí piensa que probablemente no me cree. No es que necesite convencerlo, pero al menos necesito explicarle por qué le estoy diciendo la verdad ahora.

—No te digo esto porque necesite algo de ti ahora —digo—. De hecho, si ya no quieres tener nada que ver conmigo o con tu hija, está bien. Pero estoy diciendo la verdad. Estoy dispuesta a demostrarlo.

Espero que responda, que diga algo, lo que sea. Pero cuando finalmente habla, no alivia la opresión en mi pecho.

—Así que es verdad —dice.

Parpadeo, sorprendida. No esperaba que dijera eso, especialmente de una manera tan calmada.

—¿Qué es verdad? —¿Sospechaba algo?

—Tamara es mi hija.

Quiero decir, puedo entender que sospechara después de pasar tanto tiempo con Tammy. Tiene sentido que algo le susurrara en su mente que ella era suya, y que el parecido se volviera demasiado evidente como para negarlo. Aun sabiendo todo eso, no pude mantenerlos alejados después de ver lo mucho que se querían. Fue un crimen haberlo hecho por tanto tiempo.

—Sí —respondo—. Es tu hija.

Finalmente deja el tenedor y entrelaza los dedos frente a su cara. Y cierra los ojos.

Pierre permanece en silencio por unos minutos, solo mirándome. No dice nada, no me hace ninguna pregunta. No hay una explosión de violencia ni acusaciones de traición como esperaba, como merecía.

Espero que el interrogatorio comience en cualquier momento: ¿Por qué no me lo dijiste la semana pasada? ¿Por qué no me lo dijiste cuando te pregunté? ¿Por qué me has mentido en cada paso del camino hasta ahora? ¿Y por qué me lo dices ahora? ¿Qué cambió?

Pero no. Permanece en silencio hasta que se vuelve asfixiante.

—¿No vas a preguntarme nada? —digo con vacilación, porque su silencio me hace sentir aún peor en lugar de mejor.

Niega con la cabeza y empuja su silla hacia atrás, poniéndose de pie.

—¿A dónde vas? —Me levanto también, yendo tras él. No responde. Camina hacia la puerta y la atraviesa, cerrándola detrás de él con un suave clic que tiene el impacto de una bala.

Ahí es cuando me doy cuenta de que hay algo peor que Pierre me grite, me despida o me eche.

Sería esa mirada retraída en su rostro y la devastación de su silencio total.

***

Vuelvo a casa sintiéndome absolutamente miserable.

Esperé casi una hora a que Pierre regresara antes de darme por vencida. No respondía a ninguna de las llamadas ni a los mensajes, y por más desesperada que estuviera por saber de él, podía reconocer que era egoísta de mi parte esperar una comunicación instantánea. Probablemente soy la última persona con la que quiere hablar en este momento, mientras procesa la noticia.

Necesito darle espacio para que asimile todo lo que le dije y decida qué quiere hacer al respecto.

Así que, con el corazón vacío, me dirijo a casa.

Siento el pecho hundido, las lágrimas atascadas en la garganta. No lloro porque no siento que tenga derecho a hacerlo. Yo misma me busqué este lecho de miseria, y tengo que soportarlo lo mejor que pueda.

Además, ya casi estoy en casa.

Cuando bajo del Uber que tomé desde la casa de Pierre, noto que las luces de mi sala están encendidas. A través del cristal, encuentro a mi hija sentada en el sofá viendo dibujos animados mientras Mel está en su computadora a su lado.

La imagen me atraviesa de dolor, y casi rompo a llorar ahí mismo, pero logro contenerme.

Subo las escaleras un escalón a la vez y dudo en la puerta, armándome de valor y serenándome.

—¡Mami! —llama Tamara en cuanto entro por la puerta. Su alegría y felicidad infantil me hacen sentir simultáneamente mejor y peor. Intento sonreír para ella mientras corre a mis brazos, pero cuando la levanto para que esté a la altura de mis ojos, frunce el ceño—. ¿Qué pasa, mami?

Niego con la cabeza. —No pasa nada. Mami solo está un poco cansada.

—¿Día largo? —pregunta Mel desde el sofá, sus ojos todavía pegados a la pantalla de su laptop. Supongo que tiene mucho trabajo que recuperar, y me siento mal por hacer que todavía cuide a Tamara. Aunque Mel nunca se ha quejado, no debería ser su responsabilidad. Debería ser la mía.

Por eso intentaba llegar temprano a casa hoy para relevarla, pero luego me entretuve con Pierre y...

—Lo siento, Mel —le digo—. Debería haber estado aquí. O al menos haber conseguido una niñera.

—No pasa nada —dice Mel sin apartar la vista de la pantalla.

Decido no molestarla más con la conversación y coloco a mi hija en el sofá, donde sigue viendo los dibujos animados que ha visto tantas veces que ya se sabe todos los diálogos. Al menos, es suficiente para distraerla y que no note mi estado de ánimo mientras voy a quitarme los zapatos y el bolso.

—Voy a darme una ducha. Salgo pronto.

—De acuerdo. Pedí pizza antes. Debería llegar en unos cuarenta y cinco minutos.

—Suena bien —respondo y entro al baño.

Cuando me miro en el espejo, me doy cuenta de por qué mi hija estaba tan preocupada. Mis ojos parecen muertos, sin vida. Mi cara

está pálida, la nariz roja.

Parece que acabo de trabajar un turno de noche en una morgue y he visto la muerte.

Así es como me siento también.

Estoy siendo dramática, pero no puedo evitarlo. Realmente siento que arruiné lo que podría haber sido una hermosa relación entre padre e hija.

Y también entre Pierre y yo.

Abro el grifo y me echo agua en la cara. Mi estómago sigue hecho un nudo, y no he comido mucho hoy, pero no sé si podré soportar la pizza.

Me lavo la cara y luego me quito la ropa, entrando en la ducha. El calor es un agradable respiro, pero cuando salgo, todavía me siento como la mierda.

Espero poder ocultarlo por el resto de la noche, pero cuando salgo del baño, Mel ya no está concentrada en su laptop. Está jugando con mi hija en su regazo, antes de mirarme directamente.

Inmediatamente pregunta: —¿Qué pasa?

Niego con la cabeza. No quiero hablar de ello, especialmente no delante de mi hija, pero la comprensión apareció en los ojos de Mel de todos modos.

—Ay, cariño. Se lo tomó mal, ¿verdad?

Las lágrimas se me anudan en la garganta, y solo puedo asentir.

—Lo siento mucho.

—¿Quién se tomó qué mal, mami? —pregunta Tammy—. ¿Por qué estás triste?

—Mami solo tuvo un mal día en el trabajo. —Me acerco para tomarla de los brazos de Mel y la abrazo con fuerza, enterrando mi cara en su cabello—. Solo un mal día.

Mi hija no se retuerce por una vez, me abraza pacientemente y me acaricia el pelo. Es como si pudiera sentir cuánto lo necesito, y ya no puedo contener las lágrimas mientras caen lentamente por mis mejillas.

No sé cuánto tiempo me quedo así, pero oigo sonar el teléfono de Mel.

—Debe ser la pizza —murmura mientras contesta—. ¿Hola?

Se queda en silencio unos segundos más, y luego carraspea: —¿Qué?

Finalmente aparto la cara y la miro. Un shock absoluto se refleja en su rostro.

—Grace, más despacio, no te oigo... repítemelo... ¿Gracie? ¡Grace!

—¿Qué pasa?

—Es Grace —dice, mirando el teléfono con horror—. Creo que su novio acaba de pegarle.

38

Pierre

Me siento terriblemente insensible.

Un dolor hueco se aloja en el centro de mi pecho, intentando atravesar la insensibilidad, pero lo mantengo a raya mientras manejo. Ya manejé por kilómetros y no hay un destino a la vista, solo más confusión.

Ni siquiera sé qué carajo decir o pensar. Por un lado, no me sorprende. Siento que lo supe todo el tiempo, pero intentaba mantener esa información fuera de mi cerebro por lo que significaría para ella y para mí.

Por mucho que intenté engañarme a mí mismo hoy y decirme que todo era un malentendido, en el fondo sabía que Monty decía la verdad. Monty no haría una acusación como esa a menos que estuviera bastante seguro, y si hubiera estado mintiendo, ella me lo habría dicho de inmediato.

Desde el segundo en que se lo guardó, supe que era verdad.

Pero no quería creerlo. No quería creer que me hubiera estado mintiendo todos estos años, no quería creer que la mujer ingenua e inocente que creía conocer no existía.

Parte de esto es mi culpa. Ella me contactó y guardó el secreto después de que evité sus llamadas, y admito que eso fue culpa mía. No la culpo necesariamente por ocultar la información al principio de nuestro reencuentro.

Pero debió habérmelo dicho semanas después de que nos vimos. Una vez que empezó a confiar en mí de nuevo, una vez que establecimos la amistad y una vez que conocí a su hija, eso debió ser lo primero que saliera de su boca.

Me habría molestado, pero creo que lo habría superado. Habría cuidado de mi hija y también de Amy, para compensar el tiempo

perdido. Probablemente habría aceptado mis sentimientos más rápido.

Lo último que quiero ser es un padre irresponsable.

De todos modos, sin querer me convirtió en uno.

Cuando nos acostamos en Ginebra y durante nuestro viaje, tuvo múltiples oportunidades de decirme la verdad. En cualquiera de esos momentos, si hubiera hablado, lo habría entendido. Habría sido un trago amargo, pero me las habría arreglado para pasarlo.

Pero ahora se niega a pasar. No solo es amargo, es grande y espeso y me ahoga con la traición.

No quería tener que enterarme así.

No quería que me lo dijera porque no tenía otra opción, porque la estaban chantajeando.

No fue una elección hecha por confianza y remordimiento. Fue una hecha por desesperación y autoprotección.

Y esa es la mierda que me jode. Si Monty no lo hubiera descubierto y si no hubiera intentado chantajearla, ¿cuánto tiempo planeaba mantener esta farsa? ¿Planeaba pasar toda la vida sin decirme que Tamara era mi hija?

Si lograba casarme con ella, ¿habría pasado toda mi vida pensando que solo era el padrastro de Tammy?

Ahora veo la cara de la niñita, esos ojos grandes, esos hoyuelos.

Ahora que lo pienso, veo el parecido, pero no lo habría visto si no me lo hubiera dicho. Nunca habría pensado en hacer una prueba de ADN porque nunca habría pensado que Amy me mentiría sobre algo tan vital. Pero ahora lo ha hecho.

¿Adónde se supone que vamos a partir de aquí?

No puedo volver a la normalidad, no puedo volver a confiar y simplemente creer todo lo que dice.

Pero tampoco puedo darle la espalda, no solo porque es la madre de mi hija, sino porque la amo.

Mierda, no puedo resolverlo ahora.

Ahora mismo, apenas sé dónde estoy parado mientras pongo el auto en pare, deteniéndome al costado de una calle cualquiera. Apoyo la cabeza contra el volante y respiro.

Me dije a mí mismo hace mucho tiempo que nunca me enamoraría. Mis padres, créanlo o no, afirmaban haberse amado alguna vez, y eso había sido turbulento.

Peleaban, intrigaban y constantemente intentaban superarse el uno al otro. A veces, era difícil saber si lo que sentían el uno por el otro era amor u odio. Aunque no eran rivales en los negocios, eran igualmente ambiciosos y a menudo competían entre sí. Sobre todo, ninguno de los dos tenía un instinto paternal o maternal en el cuerpo.

Prueba de ello es la facilidad con que mi madre nos dejó, claramente sin querer saber nada más de nosotros. Lo último que supe es que estaba formando una nueva familia en Europa, pero nunca me molesté en investigar demasiado ese rumor. Ya no me importa lo que haga.

Al menos eso es lo que me digo a mí mismo. He cerrado mi corazón a mi familia para que no puedan herirme.

Al internalizar eso, aprendí a reprimir sistemáticamente mis sentimientos y a protegerme de ese dolor.

Pero no había manera de que pudiera protegerme por completo de la persona que se había colado sin mi permiso.

Lentamente golpeo mi cabeza contra el volante, una y otra vez. *¿Qué carajo hago ahora?*

El timbre de un teléfono me interrumpe. Supongo que probablemente sea Amy de nuevo. Me ha llamado tantas veces que desearía haber dejado mi teléfono en casa.

Todavía no estoy listo para hablar con ella.

O tal vez este sería el momento perfecto para hablar con ella, cuando puedo mantener la distancia física. Quizás por teléfono, sacar los detalles no dolería tanto.

Sin mirar la pantalla, presiono para contestar. —¿Hola?

—Oye, amigo —en lugar del tono suave de Amy, una voz masculina invade mis altavoces—. Soy Frank. No te he visto en el gimnasio en una eternidad, y estos tipos no me están pateando el trasero lo suficiente. ¿Cuándo vienes?

—Hoy no —le digo, incapaz de ocultar la ronquera de mi voz.

—¿Qué pasa?

Esa es la pregunta del millón, ¿no? Ni siquiera sé por dónde carajo empezar con esto, y no sé si estoy listo para hablar de ello todavía. Después de un segundo, se me escapa de todos modos. —Tengo una hija.

—¿Qué? —su pregunta es abrupta—. Perdona, creo que te escuché mal. Pensé que acababas de decir que tienes una hija.

—Yo... —¿Qué estoy haciendo? No puedo simplemente soltar información así sin pensarlo primero. Esto no se parece en nada a mí. Estoy perdiendo el control—. Mira, tengo que irme. Te veo pronto.

—Oh, está bien —suena desconcertado por el repentino final de la conversación—. Cuídate.

Doy la vuelta con el auto y regreso a una casa vacía. Amy ya se fue.

Me siento irracionalmente enojado por eso.

Ni siquiera pudo esperar dos segundos o dos horas a que yo volviera para hablar con ella, pienso con resentimiento.

Por supuesto que no. Porque tiene una hija que cuidar. Mi hija. Respiro hondo y me paso la mano por la cara. Luego vuelvo a subir al auto, manejando hacia su apartamento.

Ya no estoy insensible. Ahora estoy ardiendo de ira y dolor. A lo largo de los años, he aprendido a usar la insensibilidad como mi escudo, mi mecanismo de defensa, pero no está funcionando en este momento.

Oh, ella va a ver mi verdadero yo.

Me estaciono frente a su casa y salgo de mi auto, escuchando ya los sonidos de una discusión en su puerta. El repartidor de pizza está en la puerta a punto de tocar el timbre, pero se detiene cuando me acerco.

—Yo se las doy —digo, meto la mano en el bolsillo y le doy un billete de cien dólares—. Quédese con el cambio.

Sus ojos casi se salen de las órbitas. —Vaya. Gracias.

Asiento mientras se va, y toco el timbre.

Una de las mujeres que discuten tarda un segundo en hacer una pausa lo suficientemente larga como para venir a la puerta.

Es Mel y está diciendo: —De acuerdo, de acuerdo, hagamos una pausa el tiempo suficiente para pagarle al repartidor.

Mira hacia adelante, y su boca forma una «o» cuando me ve allí de pie. —Eres tú.

—Soy yo. ¿Puedo pasar?

—Mmm... claro —se hace a un lado y me permite entrar en la habitación, donde veo a Amy de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y en un conjunto de pijama que muestra sus bien formadas piernas.

Incluso ahora, cuando estoy tan enojado con ella, me inunda al instante una emoción y un deseo tan densos que me duelen hasta las muelas.

—Pierre —murmura.

—¡Pierre! —grita Tamara desde el sofá, y mi corazón sufre una punzada de alegría y tristeza simultáneas. Alegría porque estoy viendo su adorable rostro y escuchando su emoción, y tristeza porque me llama Pierre en lugar de cómo se supone que debe llamarme: Dad.

Me agacho para recibir su salto y la levanto en mis brazos. A pesar de la depresión que me aplasta, no puedo evitar devolverle la sonrisa llena de dientes; su inocencia infantil alivia lo peor de mi tristeza.

—¿Vienes con nosotros? —pregunta.

—¿A dónde?

—¿A rescatar a tía Grace?

—¿Rescatar? —miro a las dos mujeres, que se están mirando la una a la otra, peleando con los ojos—. ¿Qué está pasando?

Amy no habla, así que Mel suspira. —Es nuestra amiga, Grace. Creemos que podría estar en problemas. La llamé, y estaba en medio de una discusión con su novio, y sonaba como si estuviera subiendo de tono, y él la golpeó. El teléfono se cayó al suelo y la llamada se cortó. La volví a llamar y estaba llorando, pero negaba todo y se rehusaba a dejarlo, así que voy a ir allá y la arrastraré a casa, aunque tenga que hacerlo a patadas y gritos.

—Mel —Amy se frota el puente de la nariz—. Tienes una presentación muy importante mañana, después de que acabas de

faltar días al trabajo por mi culpa. No creo que a tu boss le parezca bien que faltes más.

—No me importa —dice acaloradamente—. Puede despedirme si quiere, pero no voy a dejar que Grace se quede con ese imbécil ni un segundo más.

—Ya llamé a Sab. Tiene una amiga en Boston que puede ir a ver cómo está Grace. También llamamos a la policía.

—No lo entiendes —dice Mel—. Grace todavía está enamorada de ese imbécil abusivo. O al menos cree que lo está. No lo va a dejar a menos que una de nosotras le haga entrar en razón.

—Tienes razón —digo, y ambas mujeres se giran hacia mí, como si hubieran olvidado que estaba aquí—. Alguien necesita ir y hablar con ella.

—Gracias —Mel le lanza a Amy una mirada triunfante.

—Pero no puedes ser tú —completo, y su expresión se convierte en un ceño fruncido—. Amy tiene razón. Ya has sacrificado suficiente tiempo por tus amigas, y si sacrificas más, podrías perder tu trabajo. Y eso no es justo para ti.

Mel levanta las manos y exhala pesadamente, poniendo los ojos en blanco. —Muy bien, ¿entonces qué sugieres, listillo?

Casi sonrío ante su tono irritado. —Sugiero que yo vaya a buscarla.

—¿Tú? ¿Pero si apenas te conoce?

—Tienes razón en eso. Puedo ir con Amy.

Amy se queda boquiabierta y dice tentativamente: —¿Pero y la reunión de mañana? Se supone que empieza temprano.

—Estaremos de vuelta a tiempo —le digo—. Con el jet, nos tomará unos cuarenta y cinco minutos llegar a Massachusetts. Una vez que estemos allí, la buscaremos, y luego son otros cuarenta y cinco minutos de regreso.

Los labios de Amy se fruncen en contemplación, y Mel asiente con clara aprobación.

—Muy bien —dice—. Eso puede funcionar.

Amy coincide: —Tienes razón. Ese es un plan mejor. Vamos a buscar a Grace. —Amy también está claramente ansiosa y

preocupada por su amiga, incluso cuando intentaba cuidar de Mel y ser la voz de la razón.

—Deberías cambiarte —le digo mientras intenta tomar su abrigo del perchero. Actualmente está en un conjunto de pijama que muestra sus largas y bien formadas piernas y me hace querer olvidar todas las razones por las que estoy enojado con ella.

Ella baja la mirada y se sonroja. —Tienes razón. Dame dos minutos.

Mientras se va al dormitorio para cambiarse, y Tammy la sigue, Mel se me acerca.

—Así que —dice—. Finalmente te lo dijo, ¿eh?

La miro, la tormenta furiosa comenzando de nuevo. —¿Tú sabías?

Ella asiente, encontrando valientemente mi mirada fulminante. —Quería que te lo dijera desde el principio. No por ti, sino porque la vida ha sido dura para ella, y no creía que eso fuera justo. No debería haber tenido que pasar por todo eso sola.

—No debería —digo—. Tampoco debería habérmelo ocultado todo este tiempo, hasta que esencialmente la chantajearon para que me lo dijera.

Ella frunce el ceño. —¿De qué estás hablando? Nunca la chantajeé.

—Tú no. Pero alguien más en el trabajo se enteró, e iba a chantajearla. Esa es la única razón por la que me lo dijo.

Mel se ríe. —No, no es así. Mira, no sé quién es este tipo o cómo se enteró, pero llevo un tiempo jodiéndola para que te lo dijera, y sé que iba a decírtelo pronto. Me lo dijo ella misma.

—¿Y se supone que debo creer eso?

—Me importa una mierda lo que creas —se burla—. Tú no eres una víctima en esto, espero que lo sepas. Te acostaste con ella y luego la ignoraste durante años. Si no se hubieran encontrado por casualidad en ese trabajo, probablemente habrías olvidado que existía, y nunca habrías pensado que podría tener un hijo.

—Eso no es... —no puedo completar la frase. Aunque no es del todo cierto que la habría olvidado (no creo que pueda olvidar a Amy aunque lo intentara), puede que no la hubiera vuelto a ver. No

habría tenido la audacia de luchar contra los dictados de mi padre y buscarla.

La vergüenza se arrastra por mi cuerpo, reprimiendo lo peor de mi indignación. Al final del día, no tengo a nadie con quien estar enojado aquí más que conmigo mismo.

—Amy es una buena persona —continúa Mel en un tono más bajo—. Puede que no lo creas ahora, pero tomó las decisiones que tomó realmente con el mejor interés de todos en mente, en detrimento de sí misma. Lo que hiciste antes... la destrozó. Espero que no planees hacer nada parecido nunca más. —La última oración la dice en un tono duro, la amenaza clara en sus ojos. Era tanto como decirme que me lastimaría si volvía a herir a su amiga.

No tiene que preocuparse por eso. Aunque todavía no he asimilado todo, sé una cosa en mi corazón. Nunca volveré a herir a Amy intencionalmente, ni siquiera si ella me hiere primero.

—No —le digo—. No lo haré.

39

Amy

El auto está sumido en un silencio tenso e incómodo. Me abrazo para protegerme de un frío que no tiene nada que ver con el aire helado de afuera. En cambio, el frío está en el ambiente mismo, el silencio absoluto hace tan obvio que todo ha cambiado entre nosotros.

Nunca antes había visto a Pierre así, tan frío y distante.

La tensión marca sus hombros, su mandíbula está apretada. Sus ojos están fijos al frente e irradia su descontento. Puede que se haya ofrecido a venir conmigo, pero desde luego no está contento por ello.

Me pego todo lo que puedo a la puerta del copiloto, dándole el espacio que necesita. Sus ojos se desvían hacia mí por un segundo, pero no comenta nada sobre lo que estoy haciendo. Simplemente sigue manejando, el auto zumba agradablemente en la carretera, el caleidoscopio de las luces de la calle y de los otros autos que pasan destellando en su rostro. Me pregunto qué estará pensando ahora mismo, cómo se sentirá. Probablemente no muy bien. Ya estaba enojado conmigo, y ahora se siente obligado a acompañarme a ver a Grace.

Respiro hondo. Este no es el momento de pensar en Pierre y en mí.

En cambio, obligo a mi mente a pensar en Grace y en lo que voy a hacer cuando llegue. Siempre supe que la relación que tenía con Morgan no era sana, pero tampoco pensé que fuera abusiva. Pensé que solo era el típico imbécil pijo del montón. Deberíamos haber visto las señales antes, por sus comentarios groseros, la forma en que sistemáticamente minaba su confianza y la aislaba. Deberíamos haberlo sabido.

El arrepentimiento me pesa enormemente.

Pobre Gracie. Tiene un corazón tan grande, y sé cuánto deseaba encontrar el amor.

En vez de eso, se encontró con este completo cabrón.

No me iré de Boston sin ella. Mel tiene razón. Sigue pensando que lo ama, e incluso si llega a un lugar seguro, él terminará convenciéndola de que lo deje entrar de nuevo en su vida. Necesito alejarla de él a rastras y llevarla de vuelta a Nueva York, aunque sea pataleando y gritando todo el camino.

En algún momento del viaje, Sav me manda un mensaje diciendo que va a enviar a su amigo a encargarse de eso. Ojalá este amigo llegue a tiempo. El miedo hace que apriete las manos, esperando que no lleguemos demasiado tarde.

—¿Cuál es su segundo nombre?

La pregunta surge de la nada, tanto que por un segundo pienso que me la he imaginado. Me vuelvo hacia Pierre y pregunto:

—¿Qué?

—Tamara. ¿Cuál es su segundo nombre?

Ah. —Es Chloe.

Por alguna razón, sus manos se aprietan en el volante. La emoción se refleja en su rostro, y se muerde los labios mientras exhala, diciendo la palabra como una plegaria:

—Chloe.

—Sí. Le puse el nombre de mi abuela —digo—. Pero nadie la llama así, y probablemente pueda cambiarlo si quieres... ya sabes, si quieres darle un nombre que tenga más significado para ti. —Se me ocurre que es una cosa más que le robé: el derecho a darle a su hija un nombre que signifique algo para él. Tampoco le di la oportunidad de ser parte de momentos importantes de su vida, sus primeras palabras, la primera vez que caminó. No estuvo allí para los cumpleaños, para las tomas de leche a altas horas de la noche.

A algunos hombres no les habría importado tanto. Quizás pensé que Pierre sería ese tipo de hombre, pero está claro que no lo es. Se nota en su rostro ahora que se arrepiente profundamente y le molesta no haber sido parte de eso.

—Dijo sus primeras palabras a los diez meses —digo—. Fue «mamá», o alguna variante de eso, al menos. Su segunda palabra fue kétchup, que seguro que puedes adivinar por qué.

No sonríe, pero asiente, lo cual es suficiente aliento para que yo siga.

—Dio su primer paso a las diez y treinta y nueve y cinco de diciembre a los once meses de edad. Inmediatamente se cayó de nuevo, pero a los trece meses ya caminaba bien. Y ya sabe leer bien. Siempre ha sido una niña muy lista. Supongo que tengo que agradecértelo a ti.

—¿Por qué? Tú también eres lista —dice, y me reconforta que, incluso estando tan enfadado conmigo, no puede evitar defenderme.

Finalmente me permito sonreír. —Sí, pero yo no alcancé esos hitos tan pronto. Lo sé porque le pregunté a mi mamá y a mi dad. Es muy perspicaz para su edad y también bastante precoz.

—¿Va a la escuela?

—Al preescolar por ahora —digo—. Voy a intentar meterla en Jameson Prep para el otoño. Es la mejor escuela del estado y tienen guardería después de clase. También tienen un buen programa de lectura y un horario de recogida flexible.

—Qué bien —dice débilmente.

—Sí.

El silencio desciende de nuevo mientras espero que diga algo a continuación, que haga más preguntas. Él continúa mirando a través del parabrisas, claramente perdido en sus pensamientos, así que me resigno a los míos.

El resto del viaje al aeropuerto transcurre en silencio, aparte de que Pierre llama para confirmar que todo está listo para nuestra partida. Una vez que llegamos, maneja directamente a la pista y se estaciona frente al elegante jet negro, lanzándole la llave al valet que emerge de la fila de personal que espera junto a la aeronave.

—Gracias —le digo al valet mientras pasa a mi lado con un breve asentimiento.

Pierre se gira para mirarme. Luego sus ojos se desvían hacia el valet, que ahora está abriendo la puerta, y lo llama:

—Luca.

El hombre se detiene, mirando a Pierre con aprensión, leyendo claramente en su cara que el boss no está del mejor humor.

—Gracias —dice Pierre, y visualmente sorprende a todos.

Sigue subiendo las escaleras, pero se detiene en la parte superior para esperarme.

Saludo a los auxiliares de vuelo y al piloto al subir.

El vuelo es tan fresco y acogedor como lo recuerdo. Intento tomar el asiento opuesto a donde nos sentamos antes, para poder seguir dándole espacio, pero no me deja. Se desliza justo a mi lado, y cuando lo miro, me golpea con una mirada insondable.

Casi tiemblo por la fuerza de las emociones que me recorren.

—¿Qué parte fue real?

Parpadeo. —¿Qué?

—Las últimas semanas que hemos pasado juntos, ¿fue todo una estratagema?

—Por supuesto que no —afirmo al instante, enfáticamente. No puedo creer que me esté preguntando esto—. Lo único sobre lo que te he mentido fue sobre Tamara y quién es su padre. Todo lo demás fue real. —Miro mis dedos entrelazados en mi regazo—. Sabía que debería haberme mantenido alejada de ti. Sabía que había una posibilidad de que te dieras cuenta, solo con mirarla, pero cada vez que los veía interactuar y veía lo feliz que te hacía a ti y lo feliz que la hacía a ella... no podía quitarles eso a ambos. —Vuelvo a mirarlo a los ojos, mientras expongo mi vulnerabilidad, buscando algo a lo que aferrarme que me haga sentir que no se va a ir otra vez para destrozarme el corazón de nuevo—. Te lo iba a decir más tarde. Este trabajo... solo iba a trabajar en él por unos años hasta que tuviera suficiente dinero ahorrado para empezar un nuevo puesto, uno que me permitiera quedarme en casa y cuidar de mi hija. Sabía que no podía mantener ese ritmo a largo plazo, así que supongo que es otra cosa sobre la que no fui sincera. Pero te lo iba a contar sobre Tamara después de renunciar, porque no quería que te enteraras y me despidieras. Pero entonces Monty...

—¿Qué pasa con Monty?

—Descubrió que Tammy era tu hija. Vino a la oficina a confrontarme y me amenazó con que si no lo ayudaba a sacar más

trapos sucios sobre ti, te lo revelaría. Fue entonces cuando supe que tenía que decir algo, ahora, pero no te lo dije solo por la amenaza de Monty.

—¿No?

—No. Le dije a Mel que te lo diría. Casi te lo digo esta mañana, pero luego toda la empresa estaba en DEFCON, y simplemente parecías tener demasiadas cosas en la cabeza. No quería añadir más. —Niego con la cabeza—. Es patético, lo sé, y quizás es solo una excusa que me di a mí misma para no hacer lo correcto, pero nunca me pareció el momento adecuado para decírtelo.

Sus ojos grises reflejan el cielo nocturno mientras la auxiliar de vuelo anuncia que vamos a despegar. No sé si es mi imaginación o si veo el regreso de un brillo titilando en sus profundidades como una estrella solitaria.

—Deberías habérmelo dicho sin más —dice finalmente—. No te habría despedido por eso.

¿No?

Niega con la cabeza. —No. Te habría convencido de que renunciaras. No deberías tener que trabajar tantas horas con una niña en casa, no si no quieres. Me habría asegurado de que tú y mi hija estuvieran cuidadas, para que solo tuvieras que trabajar si realmente lo deseabas.

Me sonrojo y vuelvo a bajar la mirada a mis manos. —No necesitaba eso.

—Sé que crees que no lo necesitabas, pero yo quería dártelo. Era mi responsabilidad cuidar de mi hija, cuidarte a ti, y me quitaste eso.

—No intentaba quitarte nada —digo—. Solo intentaba ser justa.

—Entiendo eso —dice—. También es culpa mía por cómo te dejé sin una explicación. Pensé que sería más fácil de esa manera, y que nos ayudaría a ambos a seguir adelante. La verdad es que fui un cobarde. No pude romper contigo cara a cara. No habría sido capaz de reunir el coraje para hacer algo así, así que en vez de eso, huí. Lo siento mucho.

—No pasa nada —susurro, una cicatriz que había olvidado sanando en mi pecho—. Ya te perdoné.

Me mira fijamente durante unos minutos más antes de apartar la vista. El resto del viaje transcurre en un silencio cómplice. Él sigue perdido en sus pensamientos, pero no es tan rígido como antes.

Fiel a su palabra, aterrizamos en unos cuarenta y cinco minutos, alquilamos un auto y manejamos a la dirección que envió Amy. Sin embargo, cuanto más nos acercamos, más crece mi ansiedad.

—Estoy llamando a Grace, pero no contesta. —La aprensión se mezcla en mi tono—. ¿Y si llegamos demasiado tarde? ¿Y si ya la ha lastimado?

—No te preocupes. La policía podría estar ya allí. Podría estar hablando con ellos, y por eso no contesta al teléfono.

—Eso espero —digo, pero mi estómago sigue hecho un nudo.

Cuando por fin llegamos, lo primero que vemos son los coches de policía. Hay dos aparcados frente a una hermosa casa adosada en un suburbio con un césped perfectamente cuidado y filas de edificios de aspecto similar. Algunas personas han salido de las casas vecinas para observar la escena, pero en el momento en que veo a Grace, todo eso pasa a un segundo plano.

—¡Gracie! —grito mientras salto del auto y corro hacia ella. Apenas me doy cuenta de los policías o del desconocido que tiene a un hombre corpulento inmovilizado en el suelo. Todo lo que veo es a Grace con un oscuro moretón alrededor del ojo, corriendo hacia mí, rodeándome con sus brazos y rompiendo a llorar.

—Lo siento —solloza, con la respiración agitada y furiosa—. Pensé... no pude...

—Ya pasó —le digo—. Ya estás a salvo. Estás a salvo.

40

Pierre

Lo que sigue es un torbellino de actividad que implica presentar denuncias policiales, hacer que un paramédico revise a Grace y hablar con el amigo de Sabrina, el hombre que tiene al maldito abusador inmovilizado en el suelo, sobre lo que ocurrió.

Al parecer, cuando él llegó en su auto, escuchó los sonidos de la discusión y llamó de inmediato a la policía. También entró para intervenir y se peleó con Morgan, logrando inmovilizarlo hasta que llegó la policía. Una vez que termina con la policía, Grace quiere irse a casa, pero nos negamos.

Entre él, Amy, Mel y yo, logramos convencer a Grace de que venga a Nueva York con nosotros.

Grace permanece envuelta en los brazos de Mel durante todo el viaje en auto e incluso cuando subimos al jet privado. Después de instalarnos, me lanza miradas de reojo. Finalmente, parece reconocerme y comenta:

—¿Pierre? Eres tú, ¿verdad?

Le dedico una sonrisa débil.

—En carne y hueso. Siento que tengamos que volver a vernos en estas circunstancias.

—No, está bien, es solo que no esperaba... quiero decir... —Su mirada oscila entre Amy y yo—. ¿Volvieron a estar juntos o qué?

Amy y yo compartimos una mirada. Todavía hay tantos asuntos sin resolver entre nosotros, tanto que tenemos que aclarar. Pero incluso con todo eso, sé que no voy a dejar ir a Amy. La amo. Estoy bastante seguro de que ella también me ama, e incluso si no es así, me voy a quedar a su lado y la voy a consentir hasta que lo haga.

Vamos a estar juntos para siempre.

—Sí —respondo antes de que ella pueda, haciendo que abra los ojos como platos—. Lo estamos. —Mi mirada la desafía a negarlo, pero aunque sus ojos destellan sorpresa, no pronuncia ni una palabra de negativa. No puede. Es mía.

Cualesquiera que sean nuestras diferencias, las resolveremos. Cualquier dolor que hayamos soportado en el pasado, gran parte del cual fue mi culpa, también lo resolveremos. Le rogaré hasta que me perdone por no haber estado ahí cuando más me necesitaba. No hay nada que no haría para recuperarla.

Ahora es mía.

—Vaya —dice Grace—. Creo que siempre supe que esto pasaría. Incluso después de que la cagaste, Pierre, algo me decía que encontrarían la manera de volver a estar juntos.

Amy me mira como si esperara que me defendiera, pero no lo hago. De verdad la cagué cuando la alejé la primera vez, y ese fue el catalizador que nos trajo hasta aquí. Por eso se escondió de mí, por eso dejó de confiarme sus partes más vulnerables. Por eso tengo que trabajar para reconstruir esa confianza.

Todavía no hemos llegado a ese punto, lo noto. Incluso ahora, después de todo, sigue esperando que me vaya, que me vuelva frío y la excluya una vez más.

Pero no puedo hacer eso con ella.

Con cualquier otra, tal vez, pero no con ella. El simple hecho de no haberle hablado durante las últimas dos o tres horas ha sido una tortura suficiente, y todo en mi interior anhelaba que resolviéramos nuestras diferencias. Odiaba estar enfadado con ella, odiaba pelear con ella.

Esta no va a ser una relación como la que tuvieron mi madre y mi padre, en la que cada uno intentaba superar al otro, intentando demostrar a quién le importaba menos, en la que guardaban rencores que duraban años.

Ya estoy deponiendo todas mis armas. La amo pase lo que pase. No puedo guardarle rencor, no puedo cerrarle mi corazón. Es la dueña de mi alma.

Me ha dejado indefenso ante ella, y no hay nada más que pueda hacer excepto rendirme.

—Estoy tan feliz por ustedes dos —dice Grace, y su sonrisa se vuelve triste—. Ojalá mi historia de amor hubiera terminado así también, pero al parecer nunca estuvo destinada a serlo.

—¿Quieres hablar de eso? —pregunta Amy en voz baja, extendiendo la mano para tomar la de Grace—. Sé que no hemos estado muy disponibles para hablar, y lo siento mucho...

—No, no te preocupes por eso. —Grace agita la mano al instante, con una sonrisa llorosa—. Sé lo ocupada que has estado con tu hija, tu nuevo trabajo y todo lo demás. No esperaba que me llamaras todo el tiempo. Además, yo también podría haber llamado.

Amy sigue pareciendo triste.

—Lo siento mucho.

—Está bien. —Grace contempla en silencio sus manos unidas, acariciando el dorso de la mano de Amy con el pulgar—. Es solo que tenía tantas ganas de que funcionara con Morgan. Pensé... no sé, pero pensé que solo estaba estresado en el trabajo, y que una vez que terminara la fusión, volvería a ser el de antes, el hombre dulce y romántico con el que quería casarme. Cuando me golpeó la primera vez, pensé que fue un error y que podríamos superarlo. Solo estaba borracho e irritable, eso es todo, y fue solo un pequeño empujón. No lo suficientemente fuerte como para herir. No pensé que todo esto pasaría. —Las lágrimas llenan sus ojos—. Fui tan estúpida.

—No, no lo fuiste —Amy se inclina y la abraza—. No fuiste estúpida. No es estúpido confiar en alguien o amarlo. El estúpido es él por mancillar eso.

Grace asiente contra el hombro de Amy, sollozando en voz baja y extendiendo la mano para sujetarla. Cuando su manga se desliza, veo más moretones que le suben por el brazo, incluso una marca de mano tensa, rojiza y manchada, donde alguien apretó con fuerza. Una nueva ira hierve dentro de mí. Ojalá hubiera golpeado a ese desgraciado al menos una vez antes de irnos. No tengo paciencia con los idiotas que les ponen las manos encima a las mujeres, o que usan su poder para intimidar, y si le hubiera puesto las manos encima...

No. Esto no se trata de mí. Exhibir violencia probablemente no habría hecho que Grace se sintiera mejor.

Solo me habría hecho sentir mejor a mí.

En cuanto aterrizamos, llevo inmediatamente a Grace al hospital para que la revisen.

Mientras estamos en la sala de espera, Amy llama a Mel para contarle las novedades.

—Llama a Sab también y dile que su amigo es un crack —dice Amy—. Se encargó de la situación incluso antes de que llegáramos. Ahora estamos con Grace en el hospital y la están revisando. El médico cree que no tiene lesiones permanentes, que solo necesita descansar. —Se muerde el labio—. No puedo creer que ese desgraciado de verdad le pegara. No puedo creer que no lo supiéramos todo este tiempo.

—Ya sé. —Puedo oír la voz de Mel por el altavoz—. O sea, sabía que era un pedazo de mierda, pero no pensé que fuera tan pedazo de mierda. Por Dios. Y yo aquí, aterrorizada de que se fuera a casar con él y que le pusiera los cuernos con su secretaria y le rompiera el corazón. No pensé que sería tan grave.

—Yo tampoco. —Amy se estira y hace sonar su cuello—. ¿Qué hacemos ahora?

—Bueno, no hay nada que podamos hacer más que estar ahí para ella. Ha presentado cargos, y todos sabemos que su familia es rica, así que probablemente se va a poner feo por un tiempo. Tenemos que apoyarla en todo y asegurarnos de que sepa que haremos cualquier cosa por ella.

—Por supuesto. —Me mira, y yo levanto una ceja, con un toque de sarcasmo. También asiento para hacerle saber que es más que bienvenida a usar mi influencia si lo necesita.

La familia de este tipo puede que sea rica, pero dudo que sea tan rica como la mía. Incluso si lo son, dudo que tengan tantos contactos, o que él sea tan retorcido como yo.

Estoy dispuesto a enfrentarme a él.

Grace es amiga de Amy, así que bien podría ser mi amiga también. Puede que este tipo, Morgan, no lo sepa, pero ahora ella tiene un tiburón de su lado.

—Tammy ya está dormida —dice Mel—. ¿Van a volver pronto?

—Sí, pronto —responde Amy—. El médico quiere mantenerla en observación durante la noche y esperar a que lleguen todos los resultados de sus análisis de laboratorio. Luego, probablemente pasaremos a recogerla por la mañana antes del trabajo...

Mientras habla, dos hombres de traje entran en la sala de espera. La mirada de Amy los sigue, rastreando su movimiento hasta que se detienen frente a mí. Les hago un gesto con la cabeza, y me lo devuelven y luego van a pararse frente a la habitación de Grace.

Cuando Amy me lanza una mirada interrogante, articulo sin emitir sonido: *Guardaespaldas.*

Parece desconcertada, y le dice a Mel:

—Sí, y para que veas, Pierre también contrató guardaespaldas para que la vigilen.

—¿Guardaespaldas? ¿En plural?

—Sip.

—¿No es exagerado?

—Es Pierre. Y ya están aquí. —Amy se levanta y va a darles la bienvenida a los guardaespaldas, quienes asienten y saludan a su vez.

Sonrío.

Ese es uno de los rasgos que más amo de mi Amy, la consideración que muestra con todos, sin importar quiénes sean. Siempre es agradable y respetuosa con el personal, asegurándose de decir por favor y gracias, y en general reconociendo su trabajo. Puede parecer algo menor, pero personalmente he estado rodeado de demasiados pendejos privilegiados que ven a su personal como nada más que esclavos bien pagados.

Después de lidiar con eso, su actitud es como un bálsamo.

La amo.

Muy pronto, entramos para despedirnos de Grace, presentarle a los guardaespaldas y decirle que volveremos mañana. Noto que Amy es reacia a dejar sola a su amiga, así que añado: «Estará bien. Estará vigilada y cuidada, y de todos modos estará sedada en un ratito. Dormirá hasta la mañana».

—De acuerdo —asiente y asoma la cara por la puerta una vez más, y se despide con la mano de una somnolienta Grace.

Nos dirigimos al auto y manejo, y Amy mira por la ventana. Noto que está físicamente agotada, pero no lo suficiente como para no darse cuenta de que vamos en la dirección equivocada.

—Espera —dice—. Este no es el camino a mi apartamento. ¿A dónde vamos?

—A mi casa —le digo—. Tenemos asuntos pendientes.

41

Amy

Pierre no dice nada más hasta que llegamos a su casa. Sin embargo, el silencio no es tan sofocante como antes. Sigue siendo tenso, pero no con tanta rabia. Más bien, pensativo. Yo también estoy pensando en lo que voy a decir cuando lleguemos a su casa. Pedir disculpas, en primer lugar, y luego... no sé qué pasará después de eso. ¿Elaborar un plan de custodia? ¿Hablar de cómo se lo vamos a decir a Tamara?

No estoy segura.

Espero que podamos encontrar una manera de hacerlo todo y mantener una relación cordial.

—Llegamos —dice mientras entra en el camino de su casa—. De repente, toda la actividad del día me pesa y hace que tarde en alcanzar la manija de la puerta.

Sin embargo, Pierre, que debería estar más agotado que yo, actúa con rapidez y se baja del auto en cuestión de segundos. Viene hacia mi lado, me abre la puerta y me tiende la mano.

Le lanzo una mirada de agradecimiento. —Gracias.

Pongo mi palma en la suya y él la envuelve con sus dedos más grandes. Y así como si nada, el calor, la posesión en su agarre, hacen que me duela el corazón y se me acelere el pulso. Me hace desear algo que probablemente nunca volveré a tener.

Me ayuda a salir del auto y cierra la puerta. Luego, su mano descansa en la parte baja de mi espalda mientras entramos en la casa.

Vuelvo a temblar, pero no por la brisa de la noche. Es por el deseo que todavía se filtra en mí. Ahora que la tensión ha disminuido, recuerdo cuánto lo miss y lo deseo.

Verlo en acción hoy solo ha intensificado eso.

Me encantó la forma en que tomó el control de la situación, manteniéndonos a Grace y a mí a salvo. En medio de la tensión, me mantuvo con los pies en la tierra y, una vez que la tuvimos, sentí que podía apagar mi cerebro y concentrarme en hacer que Grace estuviera cómoda, porque sabía que él podía encargarse de toda la logística.

No tuve que preocuparme por traerla a casa, ni por presentar una denuncia policial o conseguir seguridad. Él se encargó de todo.

Nunca antes había tenido a nadie que hiciera eso por mí. Lo que lo hace más conmovedor es que lo está haciendo incluso cuando es obvio que está furioso conmigo.

Estaba enojado por la traición, pero aun así me está protegiendo y aparece cuando lo necesito.

No me merezco eso, no después de lo que le hice.

Lo juzgué mal hace mucho tiempo. Creí que lo que me hizo significaba que carecía de virtudes, que no era más que un aprovechado egoísta.

Ahora, sé que quizá tiene más integridad que la mayoría de la gente que conozco.

—Toma asiento —dice mientras abre su puerta, guiándonos hacia la sofisticada sala de estar con su sofá seccional de cuero blanco.

Me siento mientras él se dirige al bar; sus zapatos hacen ruidos sordos sobre el piso de baldosas. Saca dos copas y una botella de vino. Luego, descorcha la botella y sirve el vino en las copas, se acerca con ambas y me pasa una.

Su pulgar toca el mío durante el intercambio, haciéndome tragar saliva. No sé por qué mi cuerpo está tan hipersensible hoy, tan atento a cada uno de sus roces y movimientos.

Tomo un sorbo del vino, suspiro y disfruto de la fresca efervescencia que baja por mi garganta.

Espero a que empiece.

El silencio se alarga, acentuado por el vacío de la casa. Mi corazón late lento y constante en mis oídos. ¿Qué va a decir ahora? ¿O espera que yo hable primero? ¿Debería empezar con la disculpa o eso solo lo enfadará de nuevo al recordarle lo que hice? ¿Quizá

debería empezar por decirle que aprecio lo que hizo por mí hoy? ¿O debería dejar que él tome la iniciativa?

—Lo siento.

Mi mente está tan ruidosa de preguntas que casi no escucho la declaración pronunciada con intensidad. Incluso cuando me llega, de alguna manera pienso que estoy imaginando cosas. Lo miro confundida. —¿Eh?

—Lo siento —dice de nuevo, con los ojos rebosantes de arrepentimiento mientras se hunde en el asiento a mi lado—. El aroma de su colonia es un olor familiar y reconfortante que me envuelve, y el calor de su cuerpo me llama.

Sus ojos parecen mirar dentro de mi alma mientras habla. —No tenía derecho a enfadarme contigo por lo que hiciste, considerando que fui yo quien te abandonó en primer lugar.

—No —niego con la cabeza frenéticamente—. Fue mi culpa. Yo...

—No fue tu culpa —dice—. Hace años, cuando dejé de hablarte, fue... fue cobardía de mi parte. Al principio de nuestra relación, mis sentimientos por ti me tomaron por sorpresa. —Un fantasma de sonrisa tocó sus labios—. Fue tan aleatorio. Tan inesperado. No esperaba enamorarme de ti tan intensamente como lo hice, y tan pronto como lo hice. Tampoco esperaba que estar contigo sacudiera mi mundo de la forma en que lo hizo. Pero Amy... me sacudiste, y mucho. No supe cómo lidiar con ello, así que lo hice de la peor manera posible.

El dolor me punza.

Su tono está cargado de arrepentimiento y quiero decirle que está bien, que lo entiendo, que ya lo perdoné como dije en el avión. Pero también quiero que siga.

Sus palabras están reavivando viejas heridas, perforándome profundamente, y es doloroso, pero hay heridas que hay que reabrir para que empiecen a sanar correctamente.

Necesitamos descubrir la herida, encontrar el origen, antes de poder aplicarle un bálsamo calmante.

Sus palabras también validan el dolor, la rabia que sentí, trayendo a la superficie todas las palabras que quise decir.

—Nunca planeé enamorarme —continúa—. Todo lo que siempre quise fue dirigir mi empresa. Quizá «querer» ni siquiera sea la palabra adecuada. Más bien es para lo que fui hecho. Lo que creía que tenía que hacer. Te conocí en un momento en que Revenant atravesaba grandes dificultades. Estábamos perdiendo a nuestros clientes más importantes y todo el trabajo duro de mi dad's estaba a punto de hacerse añicos. Se suponía que debía dedicar todo mi tiempo a evitarlo, pero en cambio, me encontraba pasando ese tiempo pensando en ti, preguntándome qué estarías haciendo y queriendo estar contigo. Todo lo que quería hacer cada día era hacer que tus ojos brillaran y tus labios sonrieran. Quería viajar contigo, besarte y tocarte por todas partes, aunque el mundo entero se estuviera quemando a mi alrededor. Ya no me importaba tanto mi trabajo. Todo lo que me importaba eras tú.

Sus palabras despiertan un suave resplandor en mi interior que brilla a través de las nubes oscuras.

»Mi padre se dio cuenta y me dijo que tenía que dejarte. Podría haber luchado por ti. Podría haberle dicho que se fuera a la mierda, pero en el fondo, sabía que mis crecientes sentimientos se convertirían en algo más de lo que podía manejar y eso me asustaba. También supe entonces que no podía tenerte y salvar a Revenant al mismo tiempo».

—¿Por qué no? —susurro, con la voz cargada de emoción—. ¿Por qué no podías?

—Porque habrías convertido a Revenant en mi segunda prioridad, y te habrías convertido en mi prioridad número uno —dice—. Incluso ahora, ya has degradado a Revenant en mi vida. No soy tan agudo como antes, tan atento a cada pequeño detalle. No se nota tanto porque eres una asistente excelente, pero es verdad.

Niego con la cabeza, pero ahora que lo pienso, recuerdo que Mel me advirtió de lo negrero que era Pierre antes de que yo aceptara el trabajo. Sin embargo, trabajando para él, no he sentido eso en absoluto. Si acaso, ha sido muy relajado conmigo.

¿Será por sus sentimientos hacia mí?

Su mirada suave parece confirmarlo. —Si no fuera por ti, se me habría pasado esa corrupción de datos en mi modelo, y yo no soy de

los que se les miss cosas así. Haces que mi cerebro se vuelva lento porque me paso todo el día pensando en ti, en nosotros. Quizá podría haber llegado a controlarlo con el tiempo si hubiéramos salido más, pero no estoy seguro de que lo consiga. Ni siquiera estoy seguro de querer hacerlo.

»Me vuelves loco y me calmas, Amy. Me haces sentir... como si hubiera un significado, como si hubiera algo más en esta mierda que alcanzar objetivos y maximizar beneficios. Haces que encuentre alegría en la vida fuera del trabajo. Me haces querer vivir».

Las emociones suben por mi garganta. No sé qué decir, pero no tengo que hablar todavía. No ha terminado.

»Fui demasiado cobarde para luchar por lo que quería antes. Te quería a ti más de lo que quería a Revenant, y la idea me asustó. Nunca antes me había enamorado. Tengo problemas de abandono, y volver a ser tan vulnerable por alguien me aterraba. —Suspira—. Así que rompí contigo. Me puse la excusa, y me dije a mí mismo, de que lo hacía por ti, para evitar que salieras herida a largo plazo. Pero si realmente lo hubiera hecho por ti, entonces me habría reunido contigo y habría terminado cara a cara. El hecho de que no pudiera hacerlo fue porque no creí que lo hubiera llevado a cabo si te veía en persona. Habría cedido —dice—. Fui un cobarde. Lo siento.

Su mirada es tan vulnerable, tan tortuosamente arrepentida, que al instante quiero hacer que se sienta mejor. Abro la boca para asegurarle que está bien, pero la verdad es que no lo está. No he estado bien desde que lo llamé presa del pánico hace años, cuando descubrí que estaba embarazada. No he estado bien desde que lloré sola en el piso de mi baño, preguntándome qué iba a hacer.

El dolor de su abandono sigue ahí, junto con el miedo de que vuelva a ocurrir.

—Dolió —le admito, y algunas lágrimas se asoman a mis ojos—. Me encuentro con su mirada, que también está inundada de dolor—. Dolió mucho.

—Lo sé, nena. —Se acerca, rozando sus labios con los míos, su mano acunando mi mejilla—. Lo siento mucho.

Un sollozo agudo se me escapa del aliento. —Creí que no te importaba, que me había imaginado todo lo que había entre

nosotros. Creí que me había convencido a mí misma de que sentías algo por mí. Creí que... —Otro sollozo entrecorta mi respiración y él me atrae a sus brazos.

Lloro en silencio contra su pecho, mi mano aferrada a él, empapándolo con mi corazón roto. Es como un forúnculo doloroso que ha reventado y ahora supura. Duele ahora, pero también hay un alivio después de decir estas cosas. Ya no tengo que fingir ser fuerte y que no me importó.

Por fin puedo desahogarme y admitir lo mucho que me destrozó lo que hizo.

—Intenté llamarte —susurro—. Cuando descubrí que estaba embarazada unas semanas después, intenté llamarte.

—Rompí mi teléfono —dice—. A propósito.

—¿Por qué?

—Era la única forma de evitar llamarte.

No sé por qué, pero eso me hace resoplar. —Podrías haber borrado mi número.

—Lo tenía memorizado —dijo—. Un día, la tentación fue demasiado fuerte y casi te llamo. Lancé el teléfono por la frustración y se rompió. Luego cambié mi número porque sabía que si me llamabas, no podría resistirme. Mi determinación se rompería también, mucho más fácilmente que el teléfono.

Me río. Los sollozos se convierten en una risita que se transforma en una carcajada en toda regla y, al cabo de un rato, él se une a mí.

Entonces me besa, sus labios saben a vino y a mis lágrimas. Mi corazón se eleva mientras me recuesta en el sofá y canta cuando deja caer delicados besos por mi cuello.

Gimo por él mientras su mano se adentra en mis bragas, frotándose contra mi intimidad. Me abro para él, mirándolo a los ojos mientras él me mira a los míos.

—Te amo, Amy —susurra mientras sus expertos dedos entran en mí—. Gimo, hundiendo la cabeza en el cojín, mis manos arañando sus fuertes hombros. Él encuentra sin esfuerzo todos los botones correctos que presionar, su pasión es un susurro en mi piel mientras repite—: Te amo.

Le creo. Mi corazón se eleva y le creo, dejando ir la duda y el dolor que me han atormentado durante años. Me abro para él, acogiendo su caricia, su calor, su dureza.

Él empuja dentro de mí lenta, suavemente, mientras ambos gritamos el uno por el otro.

Juntos cabalgamos la ola y alcanzamos el cielo.

42

Pierre

Tengo la oreja sobre los latidos de su corazón.

El sonido es fuerte y constante, pero no lo suficientemente regular como para que esté dormida. Tiene los ojos cerrados, el cabello esparcido sobre la almohada, como una diosa disfrutando del cálido resplandor de la luna.

La quietud de la habitación no hace más que aumentar la sensación mística.

Encendí la chimenea con el control remoto para dar un poco de calor y, probablemente, ya deberíamos estar dormidos. Mañana nos espera un día largo. Pero no puedo dormir.

Algo tan monumental ha cambiado en mi mundo que no puedo descansar. Necesito permanecer despierto, asimilarlo y celebrarlo.

Parece que, en las últimas horas, mi vida entera ha cambiado. Descubrí que tengo una hija. Y no solo eso, sino que tengo una hija con la mujer de la que he estado enamorado durante años, la mujer a la que abandoné cruelmente e intenté arrancar de mi corazón.

Me imagino a nuestra pequeña ahora, con sus ojos grandes y su sonrisa adorable. Pienso en todos los años que hemos desperdiciado, todo el tiempo que pude haber estado ahí para ella, pero no lo estuve.

Es mi culpa.

Olas de vergüenza amenazan con superar mi dicha del momento, pero las reprimo. Ya es pasado. Ahora no es momento de pensar en todos los errores que hemos cometido.

Tenemos que superarlo si hay alguna esperanza de que nuestra relación sobreviva.

Ajusto nuestra posición, recostándome y atrayéndola suavemente a mis brazos. Le paso la mano por el cabello y un suspiro se escapa de sus labios. Sus ojos se abren con un aleteo y su rostro se gira para mirarme, con un brillo en sus cálidos orbes.

—Hola —susurro.

—Hola —responde, con una sonrisa que se dibuja en sus labios. Es tan hermosa que quiero sellarla e imprimirla en mi memoria para siempre.

—¿Cuál es la comida favorita de Tam? —pregunto, porque siempre he querido saberlo.

Amy está igual de ansiosa por compartirlo. —Le encantan los dulces, pero aparte de eso, le gustan las zanahorias. Odia, y de verdad que odia, el brócoli. No hay absolutamente nada que puedas hacer para que se lo coma. También le encanta la pasta, pero odia el fettuccine por alguna razón. Le gusta el pollo, la carne de res, odia el pescado, pero come camarones, y le encantan sus hamburguesas con mucho kétchup.

—Cuéntame más. —Puedo ver el amor en sus ojos cuando habla de nuestra hija, la sonrisa que parece no abandonar nunca sus labios. Rozo mis labios sobre su cabello, inhalando su aroma e intentando absorber los recuerdos.

Puede que no pueda hacerlo, pero al menos puedo imaginar a Tamara como era antes y visualizar todos los momentos que me he perdido a través de su descripción.

—Como puedes ver, todavía le vuelven loca las muñecas y le encanta ir a los parques de atracciones. Quizá eso se deba en parte a que nunca tuve tiempo de ir con ella, así que se ha obsesionado con ir conmigo. —Suspira—. Quiere una bicicleta con muchas ganas, y tuvo un triciclo cuando era más pequeña. Mi dad solía enseñarle a montar, pero como mis padres se van a retirar a Boca, no ha tenido tiempo de practicar. A veces va con la niñera, pero prefiere cuando estoy yo. La mayor parte del tiempo, cuando no está en el preescolar, se queda en casa viendo dibujos animados, y odio no poder estar ahí tanto como quisiera. —Sacude la cabeza—. Esperaba que, después de unos años, renunciaría a mi trabajo para ti y tendría más tiempo para pasar con ella, mientras trabajaba a tiempo parcial.

Me lanza una mirada culpable, como la que me dirigió cuando me contó su plan en el avión, pero yo solo sonrío. Si cree que me voy a enfadar porque quiera pasar más tiempo con su hija, entonces no me conoce muy bien.

—¿Estás muy apegada a tu trabajo? —le pregunto, porque de verdad quiero saber. No quiero hacer que deje de trabajar si es algo que realmente disfruta, pero si es simplemente algo que hace por necesidad, entonces... bueno, aquí no hay necesidad.

—En realidad, no —dice—. Es un trabajo, ¿sabes? Paga las cuentas y Nueva York es una ciudad muy cara. Iba a mudarme a un lugar menos caro después de renunciar, pero necesitaría dinero ahorrado para empezar de nuevo o tal vez un trabajo ya asegurado que me permitiera pasar tiempo con mi hija.

—Entiendo. Solo para que lo sepas, si alguna vez quisieras dejar de trabajar, lo apoyaría al cien por ciento.

Se tensa. —Eso no estaría bien.

—Claro que estaría bien. —No puedo creer que diga eso, después de todo lo que acabamos de resolver—. Amy, además de ser el amor de mi vida, también eres la madre de mi hija, y cualquier tribunal te dirá que la niña tiene derecho a un cierto nivel de vida. Así que, si no me dejas cuidar de ti, al menos piensa en Tamara y en lo que ella querría. —La miro—. ¿No crees que ella también querría que estuvieras con ella, feliz y sana?

Amy frunce los labios. Al principio, pienso que me va a reclamar por el obvio chantaje emocional, pero se enfoca en otra parte de esa frase. —¿Soy el amor de tu vida?

Mis ojos se abren de par en par. —¿No es obvio? —Pensé que lo había dejado muy claro, pero parece que todavía me faltan las palabras.

O tal vez no está entendiendo lo que quiero decir.

Bueno, entonces, déjame dejárselo claro.

—Te amo, Amy, más que a nada en este mundo, con la excepción de Tamara. —No puedo creer que me esforzara tanto en luchar contra mis sentimientos por ella cuando es tan obvio que estoy perdidamente enamorado. —Nunca me he sentido así por nadie más. Lo digo en serio. Te amo, y sé que puede ser difícil para ti confiar en mí ahora mismo, pero al menos dame tiempo para demostrártelo. Y confía en esto: no importa lo que pase entre nosotros, tú y Tammy siempre serán mi familia y siempre cuidaré de ustedes.

Me mira, y el alivio aplaca parte de la ansiedad en sus ojos.

Pero todavía hay duda.

Lo entiendo.

Sé lo que le preocupa: el hecho de que un día me despierte y ya no sienta nada por ella, y se quede en la calle con su hija. Eso nunca pasará. Aunque no la amara, no pasaría.

Ahora que he notado y reconocido mis sentimientos por ella, sé que la amaré para siempre. Puede que ella no lo crea, pero yo sí.

Mis padres, por mucho que pelearan, se amaban, o al menos mi padre amaba a mi mamá. Por eso nunca se casó ni salió con otra mujer después de ella. Lo achacaba a estar demasiado ocupado con su trabajo, pero, como ahora sé, reconozco la mentira por lo que es. La verdad es que perder a mamá le dolió. Su traición lo destrozó, y enfocó todo su dolor en el trabajo, en lugar de sanar.

Por eso ha estado tan obsesionado con Revenant, aunque ya esté retirado. Porque no hay nada más en su vida que le dé alegría. Yo también tuve la misma obsesión, después de dejar a Amy, la misma necesidad de llenar cada momento de vigilia para no pensar en ella.

Después de que la dejé hace años, ni siquiera podía mirar a otra mujer de esa manera, y mucho menos estar con una. Fue la racha de sequía más larga que he tenido, y también lo atribuí a estar demasiado ocupado, pero eso nunca había sido un problema para mí antes.

Porque no se trataba de eso.

Mi alma ya le pertenecía a Amy en ese momento, aunque mi mente no estuviera lista para aceptarlo. Estar con otra mujer se habría sentido como una traición a lo que siento por ella.

—Hablando de familia —dice Amy—. ¿Quieres que tu dad conozca a Tam?

—Quizás —respondo—. Iré a verlo mañana y le hablaré de ella. Dependiendo de su actitud, puede que se la presente, pero no quiero a nadie tóxico en la vida de nuestra hija, nadie que la haga sentir que no es querida.

—Mírate, todo un papá oso protector —bromea.

—Por supuesto. —Ya era protector con Tammy incluso antes de saber que era nuestra hija. Ahora, se ha multiplicado por un millón. Siempre protegeré a nuestra hija, pase lo que pase.

—Probablemente también tendrás que conocer a mis padres —advierte Amy.

—Claro. Lo espero con ansias.

***

Mi padre está sentado en su estudio fumando un puro y leyendo el periódico cuando llego.

No levanta la vista cuando entro, ni cuando me siento.

—¿Traes buenas o malas noticias? —pregunta.

—¿Debería estar fumando eso? —le pregunto—. He leído que no puede ser bueno para su condición.

—Lo que sea que me vaya a matar, me matará —dice con indiferencia—. Además, tienes cosas más importantes de las que preocuparte. ¿Has arreglado el desastre?

—Casi. Iré a la reunión de la junta después de esto. Pero no es de eso de lo que quería hablarle.

—¿Entonces qué es?

—Tengo una hija.

Eso finalmente me gana toda su atención.

Su mirada se dispara hacia mí, el asombro extendiéndose por sus facciones. —¿Qué?

—Recuerda a la mujer que conocí hace años, cuando Revenant estaba perdiendo a nuestros clientes más grandes.

—Sí —dice.

—La encontré de nuevo. Dio a luz después de que la dejé y tenemos una hija juntos.

Mi padre frunce el ceño. —¿Está seguro de que es su...?

—Sí —lo interrumpo—. No es una trampa. Ella ni siquiera quería decírmelo. Lo descubrí por mi cuenta. Pero incluso si la niña no fuera mi hija de sangre, se convertiría en mi hija de todos modos.

—¿Qué está diciendo?

—Digo que estoy enamorado de su madre. También estaba enamorado de ella hace años, pero era demasiado ciego para darme cuenta y demasiado débil para aceptarlo. Ahora no soy ninguna de esas cosas. Me voy a casar con ella, sin importar lo que usted diga o piense, y quiero que lo considere antes de hacer cualquier tipo de comentario sobre mi futura esposa o mi hija.

Tantas emociones recorren su rostro. No sabe cómo reaccionar a la noticia y a mi postura firme. Rápidamente pasa por la indignación, la traición, el asombro y un ligero atisbo de esperanza.

—¿Es de buena familia? —pregunta.

—Suficientemente buena para mí —digo—. Y aunque no lo fuera, no importaría. Tampoco es que seamos el ejemplo de una familia sana, considerando que mi madre de la alta sociedad se fue y no nos ha hablado a ninguno de los dos en años.

El golpe le da de lleno, y mi padre baja la vista hacia sus manos. Parece estar suspendido al borde de una decisión trascendental, y cierra los ojos, tomando una bocanada de aire temblorosa.

—¿Puedo conocerla? —pregunta finalmente—. A su hija, quiero decir.

—Si promete comportarse —digo.

Asiente. —Lo sé... —Su expresión se crispa de nuevo, y es como si tuviera que forzar las palabras para que salgan de su garganta—. Sé que no he sido el mejor padre para ti mientras crecías.

Me tenso. No estoy seguro de dónde viene esto, pero no es la dirección que esperaba que tomara nuestra conversación.

—Lo siento —dice.

—¿Ha estado bebiendo? —pregunto, inclinándome para oler el aire, pero no hay ningún rastro de alcohol.

Las disculpas son muy inusuales en mi padre, especialmente así.

—No, no he estado bebiendo —dice—. He estado recordando mucho y creo que... he fallado en muchos sentidos como su padre. Estaba tratando de... Pensé que tal vez yo... —Sacude la cabeza—. No importa lo que pensara. Solo quería que supieras que lo siento.

Parpadeo, sin saber cómo recibir eso. Mi silencio hace que el calor se extienda por su rostro, pero no retira sus palabras, simplemente espera a que las acepte o las rechace.

Hubo un puñado de veces en que pensé que odiaba a mi padre.

No fue un gran padre. Ni siquiera creo que fuera uno bueno, pero estuvo ahí cuando mi madre se lo permitía, y eso tiene que contar para algo.

—Está bien —le digo con una sonrisa—. Podemos seguir adelante desde aquí.

43

Amy

Estoy sentada cerca de la cabecera de la mesa, junto a Pierre, mientras los miembros de la junta directiva comienzan a llenar la sala de conferencias.

Solo unos pocos me dedican una mirada. La mayoría mira fijamente a Pierre, que parece tranquilo y sereno, bebiendo agua y observándolos entrar.

Tanto la alta gerencia como la junta están en esta reunión. Unos pocos se ven aprensivos, pero podría ser porque el humor de Pierre los confunde. En contraste con lo agobiado que estaba ayer, hoy casi se podría decir que está de buen humor. Con los hombros relajados, tarareando, recostado en su asiento.

Un ojo inexperto lo catalogaría como calmado y feliz.

Solo su mirada penetrante revela que algo bulle bajo la superficie.

Monty Myers es una de las últimas personas en entrar, y cuando me ve, una sombra oscura cruza su rostro. La comisura de su labio se levanta, un destello de crueldad en el blanco de sus dientes.

—Ms. Michaels —canturrea, y por primera vez, la mirada de Pierre se tensa, endureciéndose en Myers—. Qué bueno verla de nuevo.

Simplemente asiento, sin inmutarme por su intento de intimidación. Pierre ya sabe mi secreto. Ya no tiene nada en mi contra.

Monty toma asiento en el otro extremo de la mesa, situándose físicamente en oposición a Pierre.

—Bueno —habla Pierre primero—. Ya que todos los importantes están aquí, vamos a empezar.

—¿Quiere decir que va a hablar de cómo la cagó tan gravemente que nuestras acciones han bajado casi un ocho por ciento hoy y siguen cayendo? —Monty entrelaza los dedos—. ¿Cómo piensa asumir la responsabilidad de eso? ¿O vamos a fingir que no estamos perdiendo clientes a diestra y siniestra?

—Hemos perdido clientes —dice Pierre—, pero no tantos como habríamos perdido si esto hubiera salido más tarde y no hubiéramos logrado controlar la situación. Sin mencionar que esta es una situación que usted causó, Myers.

Monty se ríe. —Ahora solo está diciendo mentiras ridículas.

—Ambos sabemos que no estoy mintiendo. Se creyó muy listo. Creyó que había cubierto bien sus huellas y debió de usar mucho dinero para hacer borrón y cuenta nueva. Planeaba hacer caer nuestras acciones, que los inversores huyeran, y entonces iba a comprar todas las acciones principales y absorber la empresa en Piercorp, una compañía de la que ya posee la mayoría de las acciones. Usted conspiró con el CEO de Piercorp a cambio de una participación mayoritaria. Eso es lo que quería hacer, ¿no es así?

—¿De qué demonios está hablando? —replica Monty—. ¿Todo su plan es venir aquí y hacer acusaciones descabelladas e infundadas para cubrir su propio desastre?

—Las acusaciones que hago no son ni descabelladas ni infundadas —responde Pierre con frialdad—. De hecho, tengo todo el derecho de hacer estas acusaciones porque tengo pruebas de todo lo que estoy diciendo.

A su favor, la expresión de Monty no cambia. O piensa que Pierre está bluffeando o es muy bueno ocultando sus emociones.

—Ah, ¿de verdad?

—De verdad. Verá, fue muy bueno cubriendo sus huellas, pero aquí está la parte que se le pasó por alto. Se olvidó de tener en cuenta la codicia de otra persona. Se olvidó de verificar que los hombres con los que trabajaba, el CEO de Piercorp, por ejemplo, no fueran más retorcidos que usted, y no estuvieran grabando conversaciones y reuniendo información que él pudiera usar para chantajearlo en el futuro.

El rostro de Monty se afloja. El inicio del pánico brilla en sus ojos.

—Fue tan meticuloso con eso, también. Grabó cada uno de los planes que usted intentó y contabilizó cada dólar que gastó. En su agenda hay pruebas de cada reunión que tuvieron. Hablé con él, le dije que ya tenía pruebas que lo llevarían a la cárcel, y que podía sentarse a su lado o ayudarme. Eso, más un pequeño incentivo, y estuvo dispuesto a entregarme toda esa evidencia.

—¡Eso es mentira! —Monty finalmente pierde la compostura, golpeando la mesa con la mano—. Todo lo que tiene es mentira. Falsificado y fabricado, y esas grabaciones son completamente inadmisibles en un tribunal porque yo no estaba al tanto de ellas.

—¿Quién dijo algo sobre ir a un tribunal? —sonríe Pierre—. Eso no me corresponde a mí decidirlo. Le corresponde a la junta. Esta es simplemente una reunión para descubrir exactamente por qué las cosas salieron mal con nuestro modelo, y estoy compartiendo lo que encontré durante mi investigación. Puede que hayamos o no descubierto pruebas de espionaje corporativo. No, vamos a entregar las pruebas a las autoridades competentes, y si su nombre aparece en alguna parte, bueno, estoy seguro de que ellos pueden decidir qué es inadmisible o no —se encoge de hombros—. Además, usted sabe cómo funcionan estas cosas. Una vez que la policía pone sus manos en ello, es solo cuestión de tiempo antes de que los reporteros también lo hagan. Y fue tan cuidadoso con sus planes, Monty, que estoy seguro de que este no es su primer rodeo. No puede ser la primera vez que hace esto. Solo soy el primero que se lo ha puesto tan difícil —levanto una ceja—. ¿Podríamos hablar de una demanda colectiva?

Su rostro se ensombrece, su nuez de Adán se mueve visiblemente.

Pierre se ríe.

—Es que me parece divertidísimo que un tipo tan listo tuviera un punto ciego tan enorme —continúa, metiendo el dedo en la llaga—. ¿Cómo fuiste tan estúpido como para confiar en un hombre así, cuando los dos se parecen demasiado? ¿O de verdad pensabas que eran amigos? Ja. Eras tan arrogante, pensando que habías ganado, y mírate. Derribado así nomás por tu propia arrogancia.

—Disculpe —uno de los otros accionistas levanta la mano—. Estoy confundido. ¿Qué está pasando aquí exactamente?

El resto de la sala está tenso, en silencio, y todos miran de Monty a Pierre como si fuera un partido de tenis.

—Bueno, déjenme explicárselo —dice Pierre—. Monty Myers y algunos de sus otros lacayos, que se han infiltrado en nuestra empresa, estaban introduciendo datos falsos para corromper nuestro modelo predictivo. Lo hizo para desviar nuestras predicciones y para que perdiéramos dinero y clientes. Amy, aquí presente —hace un gesto hacia mí y me sonrojo cuando todos los ojos se posan en mí— fue quien descubrió el error. Es extremadamente meticulosa y había estado revisando la base de datos de proveedores cuando notó que se había añadido un nuevo proveedor de datos sin mi conocimiento. Fue entonces cuando lo cerramos y alertamos a todos nuestros clientes relevantes sobre el error. Por supuesto, inmediatamente empecé a buscar al culpable, rastreando la línea y despidiendo a todos los implicados. Ellos también tendrán su día en el tribunal. Pero no podrían haberlo hecho sin que alguien de arriba los ayudara. Y gracias a Amy, sé quién es.

—Por favor —dice Monty—. Todo eso es pura mierda. Usted se acuesta con ella; puede conseguir que mienta por usted. ¿También olvidó que acostarse con sus empleados va en contra de la política de la empresa?

—No lo es —dice Pierre—. Acosar a su secretaria, sin embargo, sí lo es. Y sí, también tengo pruebas de eso. Después de investigarlo ayer, descubrí que la despidió porque ella rechazó sus insinuaciones. Sigue estando extremadamente furiosa por eso, y me encantaría que obtuviera justicia —los ojos de Pierre brillan amenazadoramente mientras apoya la mano en el escritorio, inclinándose hacia adelante e inspirando miedo en casi todos los que lo observan—. Lárgate de mi empresa, Monty. Puedes irte tranquilamente, o podemos sacarte a rastras.

¡No puedes hacerme esto! —gruñe—. No tienes derecho.

Miro a la junta. Algunos de ellos ya conocen esta información porque Pierre se la reveló en nuestras reuniones. Los otros que

estaban del lado de Monty serán revelados y comprados lentamente, también, para evitar el escándalo.

Monty palidece mientras Pierre le dedica una sonrisa dura y cruel.

—La única razón por la que esto llega tan tarde —susurra—, es porque en cierto modo, casi disfruté el juego que estabas jugando. Quería ver hasta dónde lo llevarías y cuánto durarías. Pero te metiste con mi familia, Monty, lo único que me importa, y por eso, voy a destruirte.

El rostro de Monty está gris ahora, sus ojos llenos de rabia y odio. —No voy a aceptar esto sin más, Pierre. Voy a contraatacar.

Pierre sonríe. —Oh, espero que lo hagas.

***

Más tarde ese día, mientras Pierre pasa un rato a solas con nuestra hija, Mel y yo vamos a ver a Grace al hospital.

Originalmente fuimos por la mañana, pero todavía estaba dormida y no quisimos perturbar su descanso. Según los guardaespaldas, nadie más había venido a buscarla, lo cual es bueno. La policía también confirmó que el imbécil seguía en la cárcel.

Grace está despierta cuando llegamos, sonriendo suavemente. —Hola, chicas.

—Hola, nena —la saludo con ternura, acercándome a ella. El rostro de Mel se contrae de tormento mientras mira su cara.

—Oh, Dios, quiero matarlo —murmura ella, y Grace se ríe entre dientes.

—Creo que yo también quiero matarlo —dice—. A veces. Y otras veces, todavía lo extraño. ¿No es una locura?

—No —le digo—. Es perfectamente normal —aunque mi relación anterior con Charles no fue físicamente abusiva, algunos momentos rayaban en el abuso emocional y la manipulación. A veces, lo odiaba por ello, pero aun así era difícil separarme de él—. Con el tiempo, se desvanecerá.

—Tiempo y terapia adecuada —bromea Mel.

—Sí, eso también.

Grace niega con la cabeza, sus ojos se llenan de lágrimas mientras baja la mirada. —Soy patética.

—No eres patética —dice Mel—. Eres valiente, fuerte y jodidamente cariñosa. Él es solo un imbécil y una bestia que se aprovechó de eso.

—No hay absolutamente nada malo en ti, Gracie —añado.

—Tiene que haberlo —replica—. Porque me enamoré de él a pesar de todo. Les mentí a ustedes, me mentí a mí misma. Dejé que me aislara de todos los que importan, y ni siquiera me importó.

—Está bien —aprieto su mano para consolarla porque veo que está empezando a emocionarse—. Todo estará bien.

Su sonrisa es temblorosa, su voz un susurro. —¿Por qué no puedo encontrar a alguien que me ame?

—Lo encontrarás —dice Mel—. Ese hombre solo estaba ocupando espacio en tu vida y chupando tu energía como un vampiro. Ahora que estás libre de él, alguien mejor puede ocupar su lugar. Pero primero tienes que estar lo suficientemente sana para reconocerlo.

—Y aunque eso no llegue pronto —digo—, siempre nos tendrás a nosotras. Nunca más nos volveremos a desaparecer.

Una lágrima cae por la mejilla de Grace. —Las amo, chicas.

—Nosotras también te amamos, Gracie. Muchísimo.

—Toc, toc —una voz femenina familiar llama detrás de nosotras —. Ya llegué.

Me doy la vuelta, y una oleada de placer me inunda al ver a nuestra amiga en la puerta.

—¿Sabrina?

—¡En carne y hueso! —sonríe mientras se quita su elegante chaqueta para revelar un traje-pantalón aún más elegante—. Tomé el primer vuelo que pude para llegar aquí. Oh, Gracie, nena...

—Hola, Sab —dice Gracie mientras Sabrina se acerca para abrazarla con fuerza, susurrándole afirmaciones en el pelo mientras Grace llora suavemente sobre su hombro.

Después de que Grace está más estable, nos sentamos a su lado y nos ponemos al día, y Sabrina me dice: —Así que, tú y Pierre, ¿eh? Mel me ha estado manteniendo al tanto.

—¿En serio? —me vuelvo hacia ella.

Se encoge de hombros sin arrepentimiento. —Oye, alguien más tiene que ser testigo de la locura conmigo. Nunca he visto a un hombre tan obsesionado y a una mujer tan despistada.

—Chicas, quizá este no sea el momento para hablar de esto —digo, tratando de ser sensible con Grace, quien niega con la cabeza frenéticamente.

—No, por favor —dice, radiante—. Cuéntenmelo todo desde el principio. Creo que ahora mismo, lo que necesito es una buena historia de amor.

44

Pierre

Observo a mi hija correr por el parque mientras tomo las manos de Amy, sentado en la banca.

Nuestra niña está jugando con una nueva amiga que conoció en el parque, cuyos padres están sentados frente a nosotros. Amy está muy atenta a su hija, sonriendo cuando se ríe y sobresaltándose cuando se cae.

Es como si cada célula de su cuerpo reaccionara, y al instante quisiera correr y arreglarlo todo. Solo se relaja cuando Tam se levanta sola, se sacude el polvo y vuelve a jugar.

Niego con la cabeza. Es una madre fantástica. Me pregunto cómo habría sido crecer con una madre tan devota como ella.

No puedo creer que por algún golpe de suerte loca, ahora la tengo en mi vida, como la madre de mi hija. Y casi lo eché todo a perder.

Si no nos hubiéramos vuelto a encontrar, me habría arrepentido por el resto de mi vida.

—Hay algo que quiero mostrarte —le digo a Amy, y ella se vuelve hacia mí.

—¿Qué es?

Recuerdo todo lo que hablamos ayer, y me puse a pensar. Entiendo totalmente cuáles son sus miedos con respecto a nuestra relación. Demonios, probablemente yo también tendría los mismos miedos si estuviera en sus zapatos, porque todavía no he tenido tiempo de recuperar su confianza.

Sin embargo, estoy aquí para mostrarle que voy a quedarme, que estaré con ella en las buenas y en las malas.

—¿Qué es? —repite.

Saco los papeles doblados de mi bolsillo y se los entrego.

—Abrí una cuenta para ti y un fondo fiduciario para nuestra hija —le informo—. La cuenta está completamente a tu nombre, y no

podré acceder a ella una vez que te la entregue. Ya hay un total de diez millones de dólares ahí.

Se queda boquiabierta. —¿Diez millones?

—Sí. Calculé, y eso sería aproximadamente la manutención que te debo más un poco extra por todos los problemas por los que te hice pasar.

Balbucea—. Quiero decir, eso es más que un poco extra.

—Habría sido incluso más, pero sé que no lo habrías aceptado.

—No puedo aceptarlo ahora. Pierre, aprecio lo que intentas hacer, pero esto es demasiado.

Me río entre dientes. —Oh, créeme, cariño. Aún no has visto lo que es demasiado —planeo consentir a Amy y a Tamara hasta más no poder—. La cuenta es tuya, solo para que sepas que, pase lo que pase, estarás cubierta. Por si mi palabra no fuera suficiente.

La culpa aparece en su rostro. —Oh, Pierre, no quise decir...

—Está bien. Entiendo por qué no puedes confiar totalmente en mí después de lo que pasó. Lo que pasa con la confianza es que es muy difícil de construir y muy fácil de hacer añicos —la hice añicos con mis acciones, y ninguna cantidad de disculpas lo compensará. Todo lo que puedo hacer es mostrarle cuánto he cambiado y darle suficiente poder para que sepa que puede ser feliz y próspera, incluso si me deja.

Aunque no pienso dejarla ir nunca.

—Esto es mi forma de trabajar para reconstruir esa confianza —le digo—. Y seguiré trabajando hasta que lo logre.

Su mirada se vuelve brillante, y se inclina y me besa. Le devuelvo el beso, suavemente, sosteniéndola con ternura hasta que oigo la risa infantil de Tamara que se dirige hacia nosotros.

—Tengo hambre, mami —dice mientras corre hacia nosotros—. ¿Podemos ir a comer?

—Claro que sí, mi asombrosa y hermosa niñita. ¿Dónde quieres comer?

Amy atrapa a Tamara en sus brazos, y Tammy se ríe mientras su madre le da besos en las mejillas.

Entonces los ojos de mi pequeña se encuentran con los míos.

—Gracias por traernos al parque a mami y a mí, tío Pierre —dice.

—De nada, ángel —respondo, pero algo en esas palabras hace que Amy frunza el ceño. Se muerde el labio un momento y mira a los ojos de su hija con una seriedad sorprendente.

—Tamara, creo que hay algo que deberías saber.

—¿Qué? —Tammy ladea la cabeza.

Amy me mira, e inmediatamente capto su intención. Está lista para que le diga a Tamara que es mi hija.

Mi corazón explota de gratitud.

Me está dando este regalo ahora, tan pronto.

Me encanta especialmente que me esté permitiendo tomar la iniciativa en esto, y me doy cuenta de que es su manera de decir gracias devolviéndome esta pequeña muestra de confianza. Sé lo protectora que es con su hija, y dejarme entrar en su vida y, además, permitir que sea yo quien le cuente estos secretos es su forma de abrirse de nuevo, y de darme esa confianza que deseché tan cruelmente en el pasado.

No cometeré el mismo error. De ahora en adelante, protegeré su corazón, el corazón de mi hija, con mi vida.

—Gracias —susurro, y Amy asiente y roza sus labios contra mi mejilla, tan dulcemente que me emociono.

—¿Qué quieres decirme, mami? —pregunta Tamara de nuevo, pero me doy cuenta de que este no es el lugar para decírselo. Hay demasiada gente, y es demasiado ruidoso y bullicioso.

—Ve a despedirte de tu amiga, Tam Tam —le digo—. Te lo diremos en la cena.

—¿Vamos a cenar en casa?

—Depende. ¿Dónde quieres cenar?

—Allí —señala un edificio detrás de nosotros, con un bonito restaurante con balcón en lo alto de un rascacielos.

—Creo que ese lugar es solo con reservación —susurra Amy—. Es un famoso restaurante de carnes, así que probablemente estén llenos con meses de anticipación.

Resoplo. Es como si hubiera olvidado quién soy.

—Yo me encargo.

Unos diez minutos después, estamos sentados en el restaurante de la azotea en uno de los mejores asientos del lugar, con vistas al

perfil de la ciudad. Solo hicieron falta unas pocas llamadas telefónicas, y vale la pena ver cómo se iluminan los ojos de mis chicas cuando ven el lugar.

Ambas miran asombradas al arpista en el escenario y la lujosa decoración.

—Wow —dice Amy—. Esto es hermoso.

—He oído que la comida también es buena —comento—. ¿Qué quieres tú, Tammy?

—¡Una hamburguesa!

Me río entre dientes. —¿Con mucha salsa de tomate, verdad?

—Sip —asiente, y sonrío.

Extiendo la mano, pidiéndole las suyas. Sin dudarlo, las pone en las mías.

—Tamara, hay algo que quiero decirte —digo.

Asiente, sus ojos parpadean lentamente, adorablemente.

—¿Qué te parecería si yo fuera tu papi?

Sus labios se separan. Una emoción apenas contenida salta a sus ojos mientras se para en la silla y se inclina para susurrar conspiradoramente: —¿Eres mi papi?

Me llena el corazón de calor oírla llamarme así. Nunca pensé que una simple palabra me traería tanta alegría, pero aquí estamos.

Asiento.

—¡Lo sabía! —chilla, atrayendo la atención de las mesas que nos rodean—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Eres mi papi.

—Sí, lo soy, Tammy —me río mientras ella salta al suelo y corre alrededor de la mesa para abrazarme. Con el corazón desbordado, la levanto en mis brazos y la abrazo, saboreando su risa, sintiendo la alegría inundar mi corazón. Por encima de su cabeza, veo la sonrisa con los ojos llorosos de Amy, y ella se inclina para unirse al abrazo.

Mientras mi mano libre se cierra también sobre ella, sé que finalmente he encontrado la pieza que faltaba y que causaba todo el vacío en mi vida. Finalmente encontré algo para calmar mi inquietud. Encontré un sentido.

Mi familia.

Epílogo

Amy

Una carcajada proveniente de la sala de estar de abajo me saca una sonrisa.

Vaya, parece que se están divirtiendo.

Hoy estamos organizando una cena familiar y es la primera vez que mis padres se reúnen con el dad de Pierre desde la boda. Nuestros primeros encuentros no fueron los mejores, por decir lo menos. No es que el padre de Pierre fuera grosero conmigo ni nada por el estilo. Al contrario, me di cuenta de que intentaba esforzarse por no ofenderme, haciéndome preguntas superficiales e inofensivas y lanzándole miradas a Pierre como para asegurarse de que las preguntas eran apropiadas.

Hasta ese momento, Pierre me había contado mucho sobre su dad, que era un hombre estricto y disciplinario que nunca expresaba afecto ni nada parecido al amor paternal. Le había inculcado a Pierre ese impulso tenaz por hacer más, por ser más y por no aceptar nunca nada que no fuera lo mejor.

Así que, después de que Pierre me propuso matrimonio y me llevó a cenar para conocer a su padre, creí que sabía qué esperar.

Y en su mayor parte, tenía razón. Era reservado y de semblante frío, y tardaba muchísimo en sonreír.

Pero Pierre no me habló de la absoluta profundidad de la soledad en sus ojos.

No sabía si yo era la única que lo había notado, porque Pierre no pareció darse cuenta ni le preguntó a su padre cómo se sentía. El hombre tampoco parecía esperarlo.

Después de saludarnos, Tam y yo nos sentamos en el sofá mientras los dos hombres se apartaron para discutir brevemente de negocios. El padre de Pierre le lanzaba miradas furtivas a Tamara todo el tiempo, y yo lo observaba.

Era alto y tenía los ojos penetrantes de Pierre, pero ahí terminaba el parecido. Sus rasgos eran mucho más severos, la piel tensa sobre los cortes afilados de su estructura ósea, sin mencionar su nariz aguileña y labios finos que lo hacían parecer un vampiro.

Tamara me agarró la pernera del pantalón cuando él miró hacia nosotras y no me ha soltado desde entonces.

Me di cuenta de que tenía miedo de que él la siguiera mirando. Pero no era hostilidad lo que vi en su mirada.

Era algo más suave, pero más fuerte. Anhelo.

Me arriesgué y le susurré a mi hija: «Ve a saludar a tu abuelo, Tammy».

Me miró con aprensión y los ojos muy abiertos, pero después de que asentí, tragó saliva. Me soltó y caminó arrastrando los pies hacia donde su padre estaba con su abuelo. Le tomó la mano a su dad con timidez.

Eso captó la atención de su padre y él envolvió la mano de ella con la suya. Ese contacto le dio el valor suficiente para hablar.

«Hola, abuelo», saludó, y en ese momento, la expresión del padre de Pierre se transformó, y el fantasma de una sonrisa tembló en sus labios.

El hombre se puso en cuclillas y le dijo algo en voz tan baja que no pude oír, pero fuera lo que fuera, hizo sonreír a mi hija y que los ojos de Pierre se abrieran de par en par por la sorpresa.

El resto de la cena transcurrió sin problemas, pero aun así fue incómoda y la conversación, forzada. Nuestras siguientes cenas fueron iguales, y así fue también durante la cena de ensayo de la boda.

Pierre y yo decidimos hacer una boda de destino en Ginebra, y llevamos en avión a todos nuestros amigos y familiares para una ceremonia tranquila e íntima, que fue todo lo que siempre habíamos esperado: una celebración de nuestro amor.

Todavía recuerdo estar uno frente al otro, leyendo nuestros votos, pensando en lo lejos que hemos llegado y lo mucho que nos queda por recorrer. Juntos. Para siempre.

Solo de pensarlo me hizo sollozar, y la mejor parte fue nuestra hermosa pequeña portadora de los anillos a nuestro lado,

presentando el símbolo de nuestro amor.

Después de la boda, nos fuimos de luna de miel con Tamara por Europa antes de regresar a casa a tiempo para la cirugía del padre de Pierre. Le descubrieron cáncer en el estómago, pero por suerte lo detectaron a tiempo para extirpárselo quirúrgicamente, y ahora solo tiene que someterse a quimioterapia preventiva para evitar que reaparezca.

Insistí en que se quedara con nosotros durante la recuperación y terminamos pasando mucho tiempo juntos.

Durante ese proceso, empecé a ver cómo se suavizaba mucho. Su ceño fruncido ya no era su expresión permanente y nuestra conversación comenzó a fluir con naturalidad.

Su amor por Tamara creció e incluso a veces la llevaba en brazos en sus paseos.

Antes de darme cuenta, bromeábamos el uno con el otro, y él me contaba sobre su infancia, su esposa, y el amor que aún siente por ella a pesar de todo.

«Cuida a Pierre», me dijo una vez, mientras mecía suavemente a Tamara en su regazo para que se durmiera. «Mi hijo se parece mucho a mí. Cuando amamos, amamos con todo, y solo vamos a amar una vez en toda la vida. Si lo dejas, nunca volverá a amar a otra mujer». Su mirada era suplicante y una advertencia a la vez, y extendí la mano y le tomé la suya.

«No te preocupes, suegro», le digo. «No pienso ir a ningún lado».

Mientras tanto, Pierre también estaba haciendo un esfuerzo deliberado por llevarse bien con mis padres. Los visitamos varias veces en Boca y ellos lo adoran. Ahora, mis padres están en la ciudad, y ambas partes de la familia están abajo riéndose a carcajadas. Para mi sorpresa, son mi dad y el dad de Pierre quienes tienen el vínculo más cercano. Son polos opuestos; mi padre, un chico de campo bullicioso y ruidoso, y el dad de Pierre, un chico de ciudad sofisticado y reservado, pero de alguna manera la amistad funciona.

Al mismo tiempo, han estado en eso todo el día y estoy agotada.

Ahora mismo estoy en la habitación, recuperando el aliento y enviándoles mensajes a mis chicas. Les va de maravilla. Grace se está tomando un descanso de las citas para sanar de todos sus traumas, pero sé que el jefe de la agencia de seguridad que le asignó los guardaespaldas está loco por ella. Se la pasó mirándola durante toda la boda, e incluso se acercó a Amy y Sab para preguntarles por ella.

Aunque no le revelaron todo, sí le dijeron que necesitaría tiempo y paciencia con Grace. Somos muy protectoras con ella y le dijimos que, si le hacía algo para lastimarla, lo mataríamos. Él sonrió ante eso.

Por ahora le está dando su espacio, porque sabe cuánto necesita sanar, pero veo la determinación en sus ojos. No se rendirá, y una vez que Grace esté lista para él, allí estará.

Sab, por otro lado, está viviendo la vida loca, soltera y sin ataduras. Acaba de ser ascendida a socia en su bufete de abogados y está eufórica. También es posible que vuelva a Nueva York, dependiendo de si abren una sucursal aquí. Todas cruzamos los dedos para que así sea.

Mientras tanto, Mel conoció a una mujer simpática en una cafetería, de todos los lugares posibles, y están saliendo. Las cosas se están poniendo bastante serias y puede que las próximas campanas de boda suenen por ella.

La puerta se abre detrás de mí y miro para ver a Pierre entrar a hurtadillas.

«¿Dónde está Tam?», pregunto.

«Tu mamá la está acostando». Se me acerca con el ardor en los ojos. «¿Estás bien?».

—Sí. Solo tomándome un descanso de socializar.

«Ah. Pensé que el que subieras era una indirecta para que termináramos lo que empezamos esta mañana».

Un deseo repentino eclipsa mi mente.

Esta mañana me despertó, su lengua trazando las líneas de mis labios vaginales y lamiendo amorosamente mi clítoris. Gemía y me retorcía, girando en las sábanas de seda mientras él me llevaba más y más alto.

Me metió el botón en la boca y grité, pero el sonido fue ahogado por las almohadas.

Justo cuando estaba al borde de un orgasmo, nos interrumpió la llegada de mis padres.

Pierre sonríe con malicia mientras yo dejo mi teléfono a un lado.

«Eso también», le digo mientras él roza sus labios contra los míos.